

EL TRAMPERO

Vardis Fisher



Frontera



Lectulandia

El Trampero (*Mountain Man*, 1965) narra la vida y aventuras de Samson J. Minard, cazador montaraz que recorre incansable las Montañas Rocosas, su hogar, y cuya filosofía resume el propio Fisher:

«Admiraba el valor sobre todas las demás virtudes; inmediatamente después venía el temple, y el tercero de sus valores era la compasión por los débiles o indefensos».

«Sam vivía en un mundo de criaturas salvajes, muchas de los cuales eran asesinas: la comadreja, el armiño, el halcón, el águila, el lobo, el glotón, el puma, el grizzly, el gato montés... un mundo en el que la primera ley de vida era matar o escapar del que mataba».

En su incesante y solitario deambular, tramperos como Sam, Solomon Silver, Jim Bridger o Cabellera Perdida Dan cazan, construyen sus propios refugios y llegan a emparejarse con indias Crow, Arapahoes o Pies Negros, haciendo de su irrenunciable libertad una forma de vida.

El Trampero fue llevado al cine en *Las aventuras de Jeremiah Johnson* (1972), de Sydney Pollack, protagonizada por Robert Redford y con guión de John Millius.

Lectulandia

Vardis Fisher

El Trampero

Frontera - 02

ePub r1.2

Oxobuco 28.10.14

Título original: *Mountain man*

Vardis Fisher, 1965

Traducción: Gonzalo Quesada

Ilustración de cubierta: Charles Marion Rusell "Carson's Men", 1913

Editor digital: Oxobuco

Corrección de erratas: jcmi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PARA JOE
QUE FUE UNO DE ELLOS

PRESENTACIÓN

EL TRAMPERO

Aunque descatalogadas hace decenas de años y en ediciones con frecuencia «cuestionables», son bastantes las novelas y relatos del género western traducidas al castellano. Predominan las más cercanas a la faceta historicista de este género —*Pasaje al Noroeste* de Kenneth Roberts o *Inconquistable* de Neil Swanson— pero, incluso algunos clásicos de los más específicamente western, como *Shane* de Jack Shaefer, *Río Bravo* de Leigh Brackett o *Paloma solitaria* de Larry McMurtry, han visto, mal que bien, la luz entre nosotros. Sin embargo, un número inmenso de novelas auténticamente «básicas» en la historia de esta literatura permanecen tristemente inéditas en castellano. Sin duda una de las más obvias, una de las que más se echaban en falta es esta que ahora finalmente tienes en tus manos: *Mountain Man*, de Vardis Fisher.

Si decimos *Mountain Man*, o *El hombre de las montañas*, que fue un título posible para esta edición española, o *El Trampero*, que es el que finalmente lleva, un hipotético lector interesado en el libro se hará una idea muy genérica del asunto de esta novela. Sí, seguro que va de tramperos, cazadores de pieles, la Frontera, pioneros, casas de troncos y posiblemente habrá pieles rojas. Pero si mencionamos *Las aventuras de Jeremiah Johnson*, el título de la película, protagonizada por Robert Redford, que Sydney Pollack basó en *Mountain Man*, una de las más grandes películas de Aventuras y Western nunca filmadas, ese hipotético lector, al que suponemos interesado por la Aventura, tendrá una idea más cabal del contenido de este segundo título de la colección Valdemar/Frontera. Se dice que no tiene sentido comparar un libro con su adaptación cinematográfica, pero creo que no hay por qué suscribir esa tesis. Es pertinente hacerlo; para bien o para mal, del libro o del film. En el caso de *El Trampero* (Vardis Fisher, 1965) y *Las aventuras de Jeremiah Johnson* (Sydney Pollack, 1972), estamos ante una novela y una película igualmente excepcionales. Ciertamente la película refleja en parte el libro... pero no en todos sus aspectos, ni argumentales, ni históricos, ni intelectuales. El Jeremiah Johnson de Pollack coincide sobre todo en una faceta fundamental con el Samuel Johnson Minard de Vardis Fisher: su «amor por la Naturaleza», su exacerbada sensibilidad ante los grandes paisajes, ante la apoteosis para los sentidos que significa la Creación. Según Sam Minard: «cuanto más miraba el mundo que lo rodeaba más clara le resultaba la gloriosa certeza de que el Creador era un gran artista en todos los campos». Pero, en casi todo lo demás, poco hay del apolíneo Robert Redford en el gigante de dos metros y ciento veinticinco kilos que protagoniza *El Trampero*.

Brillante, e intencionadamente, en *Las aventuras de Jeremiah Johnson* Sydney Pollack ha dado a luz una versión no excesivamente fiel, dulcificada y ennoblecida, de lo que cuenta Fisher en su novela.

Sí, el mundo en el que habita Sam Minard, el de los parajes semivírgenes de las Montañas Rocosas a mediados del siglo XIX, es de una belleza estremecedora, pero también de una dureza comparable a sus valores estéticos. Crueldad humana, crueldad animal, crueldad meteorológica... la lucha por la supervivencia en un sentido absolutamente darwinista. En ocasiones, en muchas ocasiones, planea el hálito de Jack London sobre las páginas de Vardis Fisher, que es capaz de mostrarse solemne, lírico, o coloquial, según convenga. Puede dedicar media docena de páginas a narrar la lucha entre unos lobos y un oso *grizzly*, o describir poéticamente una tormenta comparándola con los registros propios de la música de Bach o Mozart y, a continuación, embarcarse en contarnos con gracejo las negociaciones de Sam Minard con el jefe de los Flatheads, Montaña Alta, para comprar una esposa. Las aventuras de Minard, son toda una exposición de cómo se vivía a mediados del siglo XIX en la Frontera de los Estados Unidos. Bueno, a Fisher, autor centrado en plasmar la lucha del hombre contra la adversidad —es una constante en su obra—, le interesa muy concretamente ahora, más que cómo se vivía en la Frontera de los Estados Unidos, cómo vivían en ella los «mountain man», uno de los personajes más típicos de aquellos días. Y muy posiblemente porque, en su estudio del esfuerzo, ellos constituían una especie de «fuerza de choque» de la civilización que empujaba hacia adelante la frontera. Lo más parecido en castellano al término «mountain man» sería «trampero», pero nuestro término no es adecuadamente equivalente. Para los ingleses, para los norteamericanos en concreto, «mountain man» tiene unas connotaciones míticas e históricas que su equivalencia española «trampero» no tiene entre nosotros. «Mountain man», al igual que «outlaw», «saloon» «sheriff» o «tahúr» son términos que acarrear un determinado bagaje cultural anglosajón. Sí, un «mountain man» es un «trampero» que caza pieles con trampas, pero a la vez es un explorador, un nómada, un comerciante en tierra de indios, alguien apartado de la civilización que vive entre los pieles rojas o que combate contra ellos... De inicio «mountain man» implica, básicamente, un tipo de actividad económica, pero es también un modo de vida que llevaron en la Frontera durante el siglo XIX unos cuantos millares de personas. La actividad básica era el comercio de pieles, pero las motivaciones podían ser muy distintas. Hay quien lo ejercía como un negocio para ganarse la vida, quien lo ejercía para satisfacer sus ansias de explorar nuevos territorios, quienes huían de la forma de vivir en el Este o quienes, como fugitivos, se vieron forzados a ello... Si las motivaciones fueron muchas y distintas, también fueron variadas las maneras de ejercer la profesión. Unos trabajaban cazando y almacenando pieles durante meses, aislados, hasta reunir un gran lote, que luego vendían al mejor postor en los «Rendezvous» anuales de los tramperos; otros cazaban por cuenta de las compañías de pieles, recibiendo un salario y unas ventajas según los

rendimientos de su actividad, a veces en grupos, a veces como receptores en puestos de intercambio, o comerciando con las tribus... En todo caso, toda esta forma de vivir vio llegar su final cuando, a mediados del XIX, las grandes migraciones de colonos norteamericanos en busca de tierras baratas en el Oeste, sumadas al éxodo de los mormones en busca de una patria y a la avalancha de buscadores de oro hacia California, invadieron todos estos territorios. Extensiones que habían permanecido semivirgenes, apenas pobladas por las tribus indias de la zona y los tramperos que vivían entre ellos, se vieron roturadas, atravesadas por el ferrocarril y densamente pobladas. Estos «mountain man» se vieron forzados a cambiar de actividad, o irse más al norte, hacía Canadá, donde tradicionalmente los colonos franceses habían practicado actividades comerciales parecidas bajo el nombre de «coureur de bois», término que sí es muy homologable al anglosajón de «mountain man». Los que se quedaron en las zonas donde ejercían antaño su profesión acabaron enrolándose como exploradores en el ejército, guiando caravanas de emigrantes por esas rutas que ellos conocían por haber sido los primeros blancos en recorrerlas, cazando para los hombres del ferrocarril o estableciéndose en puestos comerciales. En su periodo de esplendor, la primera mitad del siglo XIX, debieron de ejercer esta actividad unos cuantos millares de individuos, de procedencias, ideologías, nacionalidades y preparación cultural muy distintas. De hecho, no sólo anglosajones nutrieron sus filas, también franceses como Benjamín Bonneville; mestizos, como el medio cherokee James Beckwourth, o españoles como el gallego Benito Vázquez, o Manuel Lisa, gran explorador, que aparece citado en esta novela, y se casó con Mitain, la hija del jefe principal de los Omaha, fueron famosos «mountain man». De algunos de ellos se conservan memorias, noticia histórica o tradiciones orales; un poco a la manera de los bandoleros en España.

Vardis Fisher, nacido en Idaho en 1895, profesor universitario, periodista, ensayista, novelista, poeta, experto en la historia de su Idaho natal, recibió dos Spur Awards —los máximos galardones del mundo del western— en 1965 y 1968. En 1965 en la categoría de mejor novela histórica, precisamente por este *Mountain Man* y, en 1968, a la mejor obra de no-ficción por *Gold Rushes and Mining Camps of the Early American West*. Se ha dicho que es un escritor de western que no se propone escribir western, en el sentido de que a él le interesa más la época y la vida de sus gentes que reproducir los clichés del género (bien, quizá esa es, precisamente, la mejor forma de escribir buenos westerns...) En todo caso western no fue, ni mucho menos, lo único que escribió. Aunque más de una decena de sus novelas y muchos cuentos se inscriben en estos escenarios, al menos una veintena de sus escritos se engloban en el apartado de novelas, ensayos, relatos y otros escritos que nada tienen que ver con ello. Esa primera decena de obras inscribibles en nuestro género darían, y han dado, para varios estudios críticos, estudios que suelen incidir en la relación entre Historia y Mito en la narrativa de Fisher (*The Past in the Present: Two Essays on History and Myth in Fisher's Testament of Man* de Lester Strong, por ejemplo), pero,

centrándose en este *Mountain Man*, o *El Trampero*, como se titula en castellano, ¿qué hay de Historia en la novela de Fisher?

La historicidad de *El Trampero* tiene dos planos: el primero es el de la recreación ambiental y el modo de vida que se describen. Bien, no tiene sentido —por incapacidad confesada— que quien suscribe esta breve presentación se dedique a intentar descifrar con qué grado de verosimilitud —según los estudios antropológicos e históricos que sobre la vida de los pioneros de la Frontera americana puedan consultarse— ha reflejado Vardis Fisher la vida de los «mountain man». A Vardis Fisher, todo un experto en el tema, se le supone esa capacidad y se le adivina el empeño de hacerlo así. Sí se puede comentar, para lectores curiosos, que las tres cuartas partes de los tramperos libres, compañeros de profesión, que se relacionan en la novela con Sam Minard, existieron realmente: William Bent, Bill Williams, Kit Carson, Jim Bridger, Joe Meek, Mick Boone, James Beckwourth, Jedediah Smith, Milton Sublette, Loretto, William Henry Ashley o Dick Wooten existieron.

Muchos de ellos son personajes famosos para cualquier experto en la vida en la Frontera del Far-West. Sam Minard es, intencionadamente, un arquetipo mítico construido por Fisher para personalizarlos a todos. De hecho, hacia el final de la novela, Fisher dice: «A la mañana siguiente llegó hasta el campamento el hombre a quien todos los tramperos habrían escogido mediante voto secreto como el más capaz de todos ellos. No porque Sam Minard fuese el mejor hombre del Oeste o el más poderoso físicamente». Luego el autor elabora una lista de habilidades de los más famosos «mountain man» de la historia y concluye diciendo: «Era porque tenía en amplia medida todos los rasgos y habilidades que definían a un soberbio trampero».

Sam Minard es por tanto el paradigma del trampero, casi un arquetipo, rodeado de tramperos reales, pero, y aquí va el segundo plano de historicidad de la novela de Fisher, las peripecias de este arquetipo del trampero están basadas en las de un personaje real: John “Liver-Eating” Johnson (John “Comehígados” Johnson).

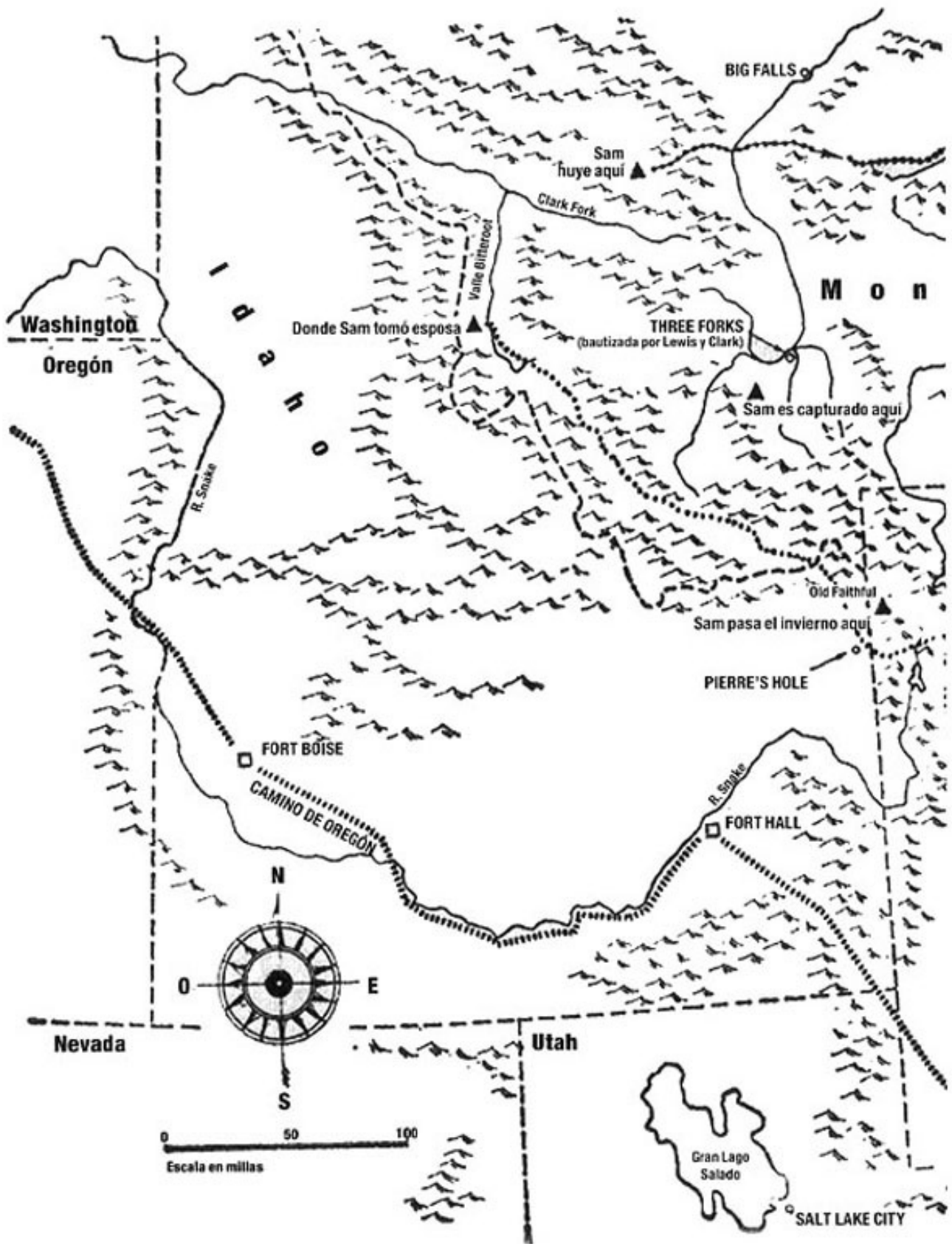
De todo este grupo de «mountain man» —o de «tramperos», que así los hemos llamado indistintamente— que conviven con Sam Minard en esa mitad del siglo XIX, falta uno de los más famosos, el más legendariamente siniestro de todos ellos: John “Liver-Eating” Johnson. Se dice de él que, desesperado por la muerte de su mujer india a manos de los crows, se embarcó en una venganza contra los integrantes de esta tribu que duró doce años. También dice la leyenda que, como muestra de desprecio, para sembrar el terror y dejar su firma, arrancaba y devoraba el hígado de los guerreros crow que mataba. Se cuenta también, sobre “Eating-Liver” Johnson, su enfrentamiento con los pies negros y su fuga de estos, recorriendo quinientas millas en condiciones casi imposibles y perseguido por la partida de guerra que le había capturado. Los varios libros que se han escrito sobre él, sostienen o rebaten episodios de esta biografía incierta, de su lucha contra crows y pies negros. Y no daremos ahora fecha de nacimiento y muerte de tal figura histórica por no «chafarle» al lector la intriga sobre su final. En Old Trail Town, una especie de parque temático sobre el

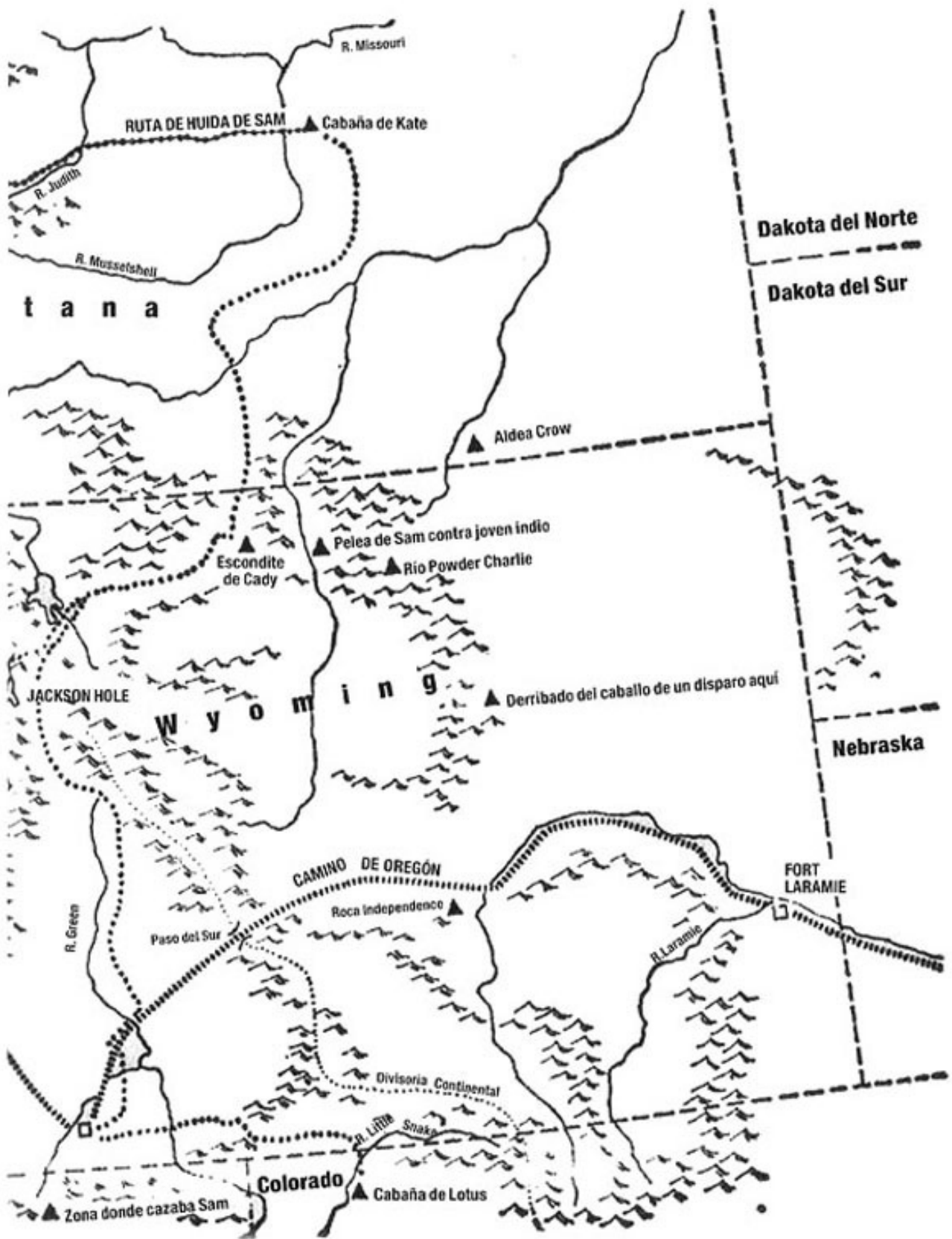
western, situado en la pequeña ciudad de Cody (donde nació William F. Cody), puede verse una gran estatua ecuestre de Liver-Eating Johnson. Vardis Fisher parece haber escogido, premeditadamente, lo más extremo de la figura del «mountain man» para construir su novela. Un arquetipo mítico compuesto de una especie de media aritmética de los más famosos «mountain man» que haya habido; una ambientación exquisitamente rigurosa desde los puntos de vista antropológico e histórico; la sensibilidad de un músico y un poeta para hacer ese canto a la Naturaleza virgen teñido de nostalgia sobre un estilo de vida que comienza a desaparecer, y parte de la trayectoria vital de una de las más siniestras biografías que atribuirse pueden a un «mountain man», la de John Liver-Eating Johnson. Parece como si Fisher hubiera querido cargar la paleta con todos los colores posibles. Espero que disfruten del cuadro.

NOTA. Se hubiera podido escribir una presentación totalmente diferente sobre *El Trampero* y las costumbres e historia de los «crows», «pies negros», «flatheads», «cheyennes», «diggers»... y los grupos y subgrupos de las naciones indias que aparecen en la novela. Tanto que no tiene sentido hacerlo... Se han conservado las formas más conocidas por el lector hispanohablante con independencia del idioma: «crows» sin traducir por «cuervos», pero «pies negros» en vez de «blackfoots», por ejemplo. Y no se ha considerado útil entrar en explicaciones sobre si los «diggers» y los «snakes» son «cavadores» y «serpientes», y que son subgrupos de la tribu shoshoni, o por qué a los «pies negros» en algunas ocasiones el autor les llama «bloods». Son pueblos de parecida cultura material y costumbres. Eso sí, hay que dejar constancia de que, ciertamente, como indica la novela, los «crows» fueron siempre tenidos por los más hábiles jinetes de la pradera.

EL TRAMPERO







NOTA AL LECTOR

Lo que al autor de esta novela le gustaría decir al lector ya ha sido tan bien expresado por distintos escritores que voy a permitir que sean ellos quienes lo digan. George Frederick Ruxton fue uno de los cronistas más agudos y sensibles de las tierras de las Rocosas y de sus gentes en el momento en que fue escrita esta obra, o un poco antes; y esas crónicas nos las dejó en sus libros, principalmente en *Life in the Far West*, publicado en 1849.

Sobre la relación de la mujer india con hombres blancos, escribió lo siguiente: «Las mujeres indias que siguen los destinos de los cazadores blancos son extraordinarias por su afecto y fidelidad a sus maridos, virtudes por otro lado que tan sólo ellas poseen; porque, con muy pocas excepciones, los tramperos raras veces sienten escrúpulos al abandonar a sus mujeres indias en cuanto les apetece cambiar de harén y, en tales ocasiones, se sabe que las *squaws*, abandonadas, locas de celos y desesperación, no dudan en recurrir con frecuencia a contundentes venganzas tanto contra sus maridos infieles como contra las bellezas ganadoras que las han desplazado del corazón del amado. Sin embargo, hay algunas excepciones a tal crueldad merecedoras de mención, y bastantes tramperos permanecen con sus mujeres pieles rojas, en la prosperidad y en la adversidad, y con frecuencia deben sufrirlas por hacerse con el control de la economía doméstica de sus chozas, y quedan sometidos por sus medias naranjas en todos los asuntos relacionados con la familia, y se debe mencionar que, una vez que la dama logra llevar los pantalones, se transforma en la arpía más consumada que jamás amargó la vida a un desafortunado marido».

Sobre la naturaleza de los tramperos, una serie de escritores perspicaces han expresado sus puntos de vista. Un poco antes de la aparición de esta novela, W. A. Ferris escribió *Life in the Rocky Mountains*, donde afirmaba: «Es extraña la manera en que algunas personas se sienten tan fuertemente fascinadas por esta forma de vida azarosa, nómada y tosca, como para abandonar sus hogares, tierra, amistades, y todas las comodidades, lujos y privilegios de la civilización, pero así ocurre, el esfuerzo, el peligro, la soledad, la privación que se sufre en estas condiciones de vida, forjadas con todas sus dificultades, y repletas de peligro, están para estas personas sobradamente compensadas por la libertad sin ley y la inspiradora excitación que les produce esta situación y la caza. El propio peligro ejerce una fuerte atracción, y el coraje y la astucia, y la habilidad, y la vigilancia necesaria debido a las dificultades que deben superar, las privaciones con las que se ven obligados a luchar, y los peligros contra los que deben estar prevenidos, se convierte inmediatamente en su orgullo y vanidad. Llevan una vida extraña, salvaje, terrible, romántica, dura y

excitante, en la que se alterna la abundancia y el hambre, la acción y el reposo, la seguridad y la cautela, y todas las demás circunstancias que conllevan unas condiciones tan precarias en una inhóspita, baldía, indómita y temible región de desierto, llanura y montaña. Sin embargo, llegan a hacerse tanto a esa vida que pocos la abandonan y, a pesar de todas las limitaciones que padecen, se consideran a sí mismos más felices —o, mejor dicho, realmente lo son— que los habitantes de pueblos y ciudades, subidos al tren del alegre y vertiginoso torbellino de los dementes espejismos de la moda...

»Sin embargo, casi nunca deseé cambiar tales horas de libertad por todos los lujos de la civilización y, a riesgo de que pueda sonar antinatural y extraordinario, creo que es tal la fascinación que produce la vida de trampero que no podría aportarse ni un solo ejemplo, incluso del más educado y civilizado de los hombres que, tras probar las mieles de la libertad que conlleva y la liberación de todas las ataduras terrenales, no se arrepienta en el mismo instante en que lo cambia por la vida monótona de los asentamientos, ni suspire, y vuelva a suspirar de nuevo al abandonar sus placeres y atractivos».

El difunto historiador Bernard DeVoto escribió: «... pero el mito más maravilloso de Norteamérica fue el del Lejano Oeste... una provincia perdida e imposible... donde los hombres no eran enanos y donde realmente encontraban la aventura. Piensen que durante un breve periodo el mito tan generosamente imaginado se hizo realidad. Durante unos cuantos años Odysseus Jed Smith y Siegfried Carson y el andariego Fitzpatrick realmente respiraron en esa provincia de leyenda. Entonces, de repente, volvió a ser de nuevo un mito. Las caravanas siguieron sus pasos y no quedó ni un solo rastro de los semidioses que habían pasado por allí».

Describe al trampero en los siguientes términos: «Pero era un hombre. Poseía la habilidad más extraordinaria jamás alcanzada en este continente. También poseía un valor difícil de comprender. Se aventuraba por cumbres vírgenes y salía airoso. Cientos de indios intentaban matarlo, y él a su vez intentaba matarlos con indiferencia y pasaba a otra cosa... Esta descripción de él [*Beckwourth* de Bonner^[1]] y de sus habituales dificultades, asesinatos e indiscriminada violencia es totalmente fiel».

«Quizás no haya —escribió Washington Irving— ningún otro tipo de hombres sobre la faz de la tierra, dice el capitán Bonneville, que lleven una vida tan esforzada, tan peligrosa y excitante, y que estén tan enamorados de sus ocupaciones, como los tramperos libres del Oeste». «Estos —escribió Stanley Vestal— eran los tramperos, una estirpe de héroes... Estos tramperos, en mayor medida que los soldados y gobernantes, fueron los verdaderos responsables de conquistar, defender y expandir nuestro amplio Lejano Oeste. Fueron los hombres del destino, cuya habilidad y valentía permitieron a aquellos norteamericanos que siguieron sus pasos en la conquista de un continente... Esos tramperos tan sólo fueron unos cuantos cientos en número, sin duda no llegaron a los mil en total. De estos, los tramperos libres eran la

élite, hombres cuyas trayectorias ilustraban perfectamente el principio de la supervivencia del más fuerte. Ser considerado uno de los mejores entre ellos es uno de los títulos de hombría más dignos que los Estados Unidos puedan ofrecer».

Justice William O. Douglas se aproximó a las «tierras salvajes» como botánico y como poeta: «Lo que experimenté fue una sinfonía de la tierra salvaje. Aquellos que nunca aprendieron a andar jamás conocerán su belleza. Sólo aquellos que deciden perderse en ella, cortando todos sus lazos con la civilización, pueden saber a lo que me refiero. Sólo aquellos que retornan al mundo elemental pueden conocer su belleza y su grandeza... y la unidad esencial del hombre con ella».

Lawrence Gilman, el distinguido crítico musical, afirma en *Nature in Music*: «... M. Pierre Janet, que sostiene que aquellos que, en diferentes periodos históricos de la civilización del mundo, han expresado una fuerte atracción hacia el mundo natural, siempre han sido personas de un tipo determinado y concreto: emocionales, sometidas a cambios de humor, deseosas de romper con las tradiciones, esencialmente anticonvencionales. Mr. Havelock Ellis, en su estudio sobre la psicología del amor por la Naturaleza, caracteriza a todas estas personas, en mayor o menor grado, “de un temperamento excepcional”. En las manifestaciones más rotundas y simples de este tipo, estos amantes de la naturaleza salvaje han sentido un rechazo instintivo hacia sus entornos habituales... Chateaubriand, que veía poca utilidad en las montañas más allá de ser “las fuentes de ríos, una barrera contra los horrores de la guerra”, es contrarrestado por Petrarca, el cual, tras escalar Mont Ventoux... observó que su alma “se elevaba a las más nobles contemplaciones en la cima”. (...) El mayor atractivo de la belleza natural siempre ha sido de suma importancia para aquellos individuos de hábitos emocionales, y especialmente para aquellos que poseen una imaginación libre y tendencia al inconformismo: en otras palabras, para los radicales de mentes poéticas de todos los tiempos y regiones. Es probable que el indagador curioso y lúcido que tenga en cuenta estos hechos, no se sorprenda al descubrir que, al estudiar las distintas manifestaciones de esta atracción según quedan plasmadas en las artes, el singularmente sensible y elocuente arte de la música ha acompañado desde hace mucho tiempo al amante de la naturaleza, y no debiera extrañarle averiguar que el propio amante de la naturaleza aparezca con frecuencia bajo la apariencia de ese ser inherentemente emotivo y frecuentemente heterodoxo, el creador musical».

Los lectores que estén interesados en ejemplos de la declaración concluyente de Mr. Gilman pueden encontrarlos en las sinfonías sobre el «bosque» y la «primavera» del siglo dieciocho: los intentos de Handel por traducir a la música los vientos, los gorjeos de las aves, el rumor de las aguas; el “Retrato musical de la naturaleza” de Knecht y “Las cuatro estaciones” de Vivaldi; y en el paisajismo tonal de tiempos más recientes, tales como “Après-midi d’un faune” de Debussy, “Jour d’été à la montagne” de Indy, “Wandering Iceberg” de MacDowell, y muchos otros.

Los lectores familiarizados con la historia del Oeste americano sabrán que los

personajes de Sam y Kate están inspirados hasta cierto punto en John Johnston, el «asesino de crows», y Jane Morgan, cuya familia fue asesinada junto al río Musselshell. Aunque estas dos personas en realidad vivieron, hoy en día sus vidas se han perdido casi por completo en leyendas.

PRIMERA PARTE

Lotus

Se había detenido a escuchar el exquisito madrigal de un turpial gorjeador y se había ofrecido a cantar con él, escogiendo *Dame los dulces deleites del amor*, pero no había encontrado ningún pájaro que quisiera cantar con él aunque de vez en cuando alguno, como la tarabilla, trataba de seducirlo imitándolo. En un pedazo de suave piel de cabritilla llevaba una armónica y un kilómetro y medio y diez minutos después la sacó y miró a su alrededor en busca de enemigos. Había descubierto que tocar arias de Bach o Mozart estando en territorio enemigo era bueno para su soledad y además la música llenaba de asombro a los indios ocultos. A esa hora, en casa, lejos, su padre quizá estuviese tocando el pianoforte.

Una hora después lo que le cautivó la mirada, mientras estaba montado sobre su garañón negro con dos pesadas pistolas colgándole de la cintura y un rifle atravesado sobre el arzón, fue un enorme monstruo marrón amarillento al que algunos hombres llamaban *grizzly*. La bestia excavaba en la húmeda marga con impaciente frenesí usando sus poderosas garras curvadas como si fuesen escoplos. De vez en cuando se detenía para acercar la cara al agujero y olfatear, volviendo a excavar con lo que parecía el doble de energía que antes. El hombre a caballo creyó que el oso trataba de sacar a un perrillo de la pradera, aunque por qué el muy idiota iba a dedicarse a hacer eso escapaba al entendimiento de cualquiera; en el último momento el perrillo aparecería de repente y se largaría, y el monstruo se quedaría allí sentado, con lúgubre frustración, sobre su enorme y gordo trasero, como si estuviese hundido hasta la cintura en pelaje. Sus pequeños ojos se quedarían observando el mundo a su alrededor.

De repente el hombre del caballo sintió una sacudida de asombro. Lo que la bestia estaba invadiendo no era la madriguera de un perrillo, sino la guarida de un tejón, y el hombre no conocía a un luchador más letal. Creyó saber lo que había ocurrido; el tejón, al que le brillaban los negros ojos de ira e indignación, se había retirado al fondo de su madriguera subterránea y allí, gruñendo en la oscuridad, había esperado. Al fin, hirviéndole la sangre de furia, se había abalanzado por el túnel y con unos dientes tan puntiagudos como agujas había mordido el hocico del oso.

Con la emoción de la majestuosidad llenándolo por completo, el hombre observó el extraordinario drama que se desarrollaba ante él. El hocico de un oso es tan blando y sensible que un ataque contra él era una afrenta que llenaba a la gran criatura de una furia colosal. Aquella bestia, que calculó que debía de pesar alrededor de quinientos kilos, dejó escapar desde su pecho una serie de salvajes rugidos guturales y se levantó sobre sus cuartos traseros con quince kilos de enfurecido tejón colgando de su hocico. Las garras del tejón se clavaban como bisturíes en la cara y los ojos del oso. En pie,

el monstruo giraba y giraba como un hombre gordo que llevase un abrigo de piel al tiempo que sacudía la cabeza de lado a lado tratando con débiles gestos de quitarse de encima a su enemigo. Pero el tejón había clavado casi todos sus dientes en el hocico del oso y era quince kilos de salvaje furia luchadora.

El hombre soltó un resoplido de incrédulo deleite y siguió observando.

Desde que había llegado al Oeste siete años atrás, había sido testigo de unas cuantas peleas extraordinarias, pero ninguna había hecho que se le salieran los ojos de las órbitas como le estaba ocurriendo ahora. El oso seguía girando, sacudiéndose y aullando, o lloriqueando como un niño asustado o herido mientras las cuatro patas del tejón le arañaban los ojos, la cara y la garganta. Las patas delanteras del *grizzly* parecían tan inútiles como si las hubiese tenido rotas o le hubiesen arrancado las garras. El hombre que los observaba no comprendía del todo que con esos cinceles de tejón enterrados en su sensible hocico el grandullón estuviese tan pasmado, tan lleno de asombrada indignación, confusión y dolor como para que su voluntad hubiese quedado paralizada. Lo único que podía hacer era seguir girando y girando, cayendo sobre sus cuatro patas y volviendo a levantarse mientras todo el tiempo seguía emitiendo el lúgubre lamento quejumbroso propio de algo a quien se le estuviese rompiendo el corazón.

—¡Que me zurzan! —dijo el hombre en voz alta. Miró a su alrededor y olfateó el aire en busca de enemigos. Oyó cantar a una alondra y durante un instante pensó en lo extraño que resultaba que el canto de un pájaro fuese pura música y en la misma escena dos bestias estuvieran enzarzadas en una furia asesina.

Tan repentinamente como había empezado, acabó. Dentro del diminuto y limitado cerebro del monstruo se iluminó la comprensión de que tenía dos poderosas zarpas; con ambas agarró al tejón y literalmente lo despedazó. Como un digno príncipe abrumado por la cólera, lanzó los ensangrentados pedazos al suelo y, todavía llorando como un niño con el corazón roto, cayó sin hacer ruido sobre sus patas delanteras y se alejó trotando entre unos juncos.

El hombre pasó una pierna por encima del caballo y desmontó. Vio lo que había esperado ver: la parte carnosa del hocico del oso seguía aferrada entre los dientes del tejón.

Era una mañana de sábado a principios de agosto del año 1846. El hombre alto que permanecía de pie junto al Musselshell, mirando con admiración y asombro la cabeza de un tejón, era un trampero libre, cazador y hombre de montaña que remontaba el río en dirección al Valle Bitterroot, donde esperaba tomar una esposa. Era un gigante, incluso entre los hombres de la montaña del Oeste americano. Sin los mocasines alcanzaba el uno noventa y tres de altura y sin ropa pesaba alrededor de ciento veinticinco kilos. Tenía veintisiete años. Su oficio era el de trampero y las Montañas Rocosas y sus valles eran su hogar; y matar indios sólo significaba apartar cosas que se interponían en su camino. Admiraba el valor por encima de todas las demás virtudes; inmediatamente después venía el temple y el tercero de los pocos

valores por los que vivía era la compasión por los débiles o indefensos. Sus pasiones eran el amor a la vida, un combate mortal con un enemigo digno, la buena música, la buena comida y esa cualidad de la naturaleza que empujaría a un poeta a decir, cien años después, que su belleza continuaría rompiendo corazones cuando ya no quedasen corazones que romper. Además del rifle y sus pistolas llevaba al cinto un cuchillo Bowie con una afilada hoja de veinticinco centímetros. Era un Bowie auténtico, no un Green River ni un Laos ni cualquier otra imitación barata.

Miró un minuto entero al tejón presentando, a su silenciosa manera, sus respetos a un luchador sin igual. Aguzó el oído, pero no oyó al *grizzly*. Oteó el horizonte y olfateó el aire en busca del olor de los indios Pies Negros. Luego, montando en su garañón negro, tomó el camino del río mientras sus ojos azul grisáceo observaban el paisaje que le rodeaba. Sus amigos y parientes del Este habrían calificado ese terreno como una tierra desolada dejada de la mano de Dios, con sus riscos erosionados y calientes, sus pinos y enebros amarillentos a causa de la cal, pero este hombre lo amaba, todo entero, amaba incluso los salares donde no crecían plantas. Amaba toda aquella vasta grandeza, las montañas coronadas de nieve, las vaguadas cubiertas de bayas, los campos que parecían parques que nunca hubiesen visto un cortacésped, las praderas con sus inmensas manadas de berrendos y bisontes. Era agradable estar vivo, con el vientre lleno de carne, frutos y agua de la montaña, un veloz caballo entre las piernas, un rifle que nunca fallaba, la pipa encendida, la armónica en el morral, una alondra emitiendo dulce música desde su diminuta alma de pájaro y un gorrión revoloteando como si lo guiase. ¡Dios, cómo amaba todo aquello!

Al norte y el oeste de su posición se extendía el territorio de los Pies Negros. Desde aquel día, hacía cuarenta años, en que Meriwether Lewis y Reuben Field mataron a dos de ellos en defensa propia cerca del río Marias, habían dedicado sus salvajes voluntades al exterminio de todos los blancos. Este hombre, por ahora, no había tenido problema alguno con ellos, pero sabía que eran los más vengativos, crueles y peligrosos de todos sus enemigos de piel roja, y cuando estaba cerca de sus tierras, como era el caso, no cerraba los ojos ni dejaba por un momento de aguzar el oído.

Ya se decía de él, por boca de otros hombres de montaña (e igual podrían haberlo dicho las águilas y los lobos si pudiesen hablar), que su sentido de la vista era como el del halcón y su olfato como el del lobo. Su oído no era tan agudo. Creía que el olfato le había salvado la vida dos veces, pero podría haber dicho, si algún hombre le hubiese sacado alguna palabra sobre el tema, que al igual que las palomas torcaces, los avetoros o los indios, él tenía un sexto sentido. Lo que él creía su sexto sentido era en realidad que sus cinco sentidos convergían y se comunicaban con su mente actuando juntos como una red de espionaje para discernir, aceptar o rechazar y evaluar las impresiones que les llegaban.

Cuando a unos cuantos kilómetros río arriba de la escena de la pelea tiró suavemente de las riendas y se detuvo, no estiró el cuello mirando estúpidamente a su

alrededor como habría hecho un novato, sino que se quedó sentado inmóvil mientras sus sentidos buscaban por tierra y aire y le informaban. Había visto el rojizo pecho de un azulejo en lo alto de un chopo, había oído el suave silbido de advertencia del zorzal y había olido la presencia de enemigos. Durante cinco minutos permaneció inmóvil mientras todos sus sentidos analizaban las pruebas. Y entonces estuvo seguro de que una partida de guerreros Pies Negros le había pasado no hacía más de diez minutos y que se encontraba a no más de tres kilómetros. Tocó suavemente con el tacón el flanco del caballo y siguió adelante.

Tras ochocientos metros se volvió a detener, profundamente inquieto por algo cercano pero que no veía. Dos pájaros habían dado voces de alarma; un tordo que saltaba entre los sauces del río actuaba con la misma agitación que le hace temblar y dar la voz de alarma cuando los enemigos se acercan a su nido. Pero no era época de anidada. Una paloma que no veía se lamentaba en alguna parte por delante de él. Pero la certeza más definitiva de que había algo extraño y peligroso le llegó a través del olfato. Estaba seguro de haber olido sangre fresca. De nuevo siguió adelante, subiendo la suave cuesta de una colina y miró hacia el río; se detuvo, miró, escuchó y olfateó y volvió a avanzar, llegando enseguida y de repente a la escena más espeluznante que había visto nunca.

John Bowden era un hombre testarudo. A su testarudez él la llamaba fuerza de voluntad. En su ciudad un abogado le había dicho a la cara: «Eres el cabezota más inflexible, recalcitrante y obcecado desde la época de Adán». La caravana que se dirigía a Oregón, de la que John y su familia formaban parte, había acampado en Big Blue cuando Bowden, furioso e impaciente, le dijo al capataz que el viejo mapa que llevaba consigo tenía razón y que, de hecho, como ya le había dicho antes, señalaba una ruta mejor y más corta que la del Paso del Sur y el interminable desierto. ¿Por qué ir por el río Platte y el Sweetwater, simplemente porque unos condenados necios habían ido por ahí antes? El capataz, como había hecho en encuentros anteriores, se había negado a escucharle y le había dicho bruscamente que se fuera, momento en el que Bowden había desenganchado su carreta de la caravana y con su mujer y tres hijos emprendió uno de los viajes más fantásticos y peligrosos de la historia de la humanidad.

Con él iban su esposa Kate, su hija Lou, de dieciséis años, su hijo John, de catorce y su hijo Robert, de doce. Mientras los otros componentes de la caravana observaban a Bowden y a su familia desaparecer lentamente hacia el noroeste pensaban que se había vuelto loco. Creyeron que no volverían a verlos nunca. El porfiado e imprudente tipo se jugaba su vida y la de su familia basándose en un mapa que nunca había servido para nada y en su conocimiento de las tierras del Oeste, aunque nunca se había alejado más de cuarenta kilómetros de la puerta de su casa en Pensilvania. Con su familia se internó en territorio Cheyenne, luego en territorio Crow y finalmente en territorio Pies Negros, o lo hubiese hecho de haber encontrado por dónde vadear el Musselshell. Durante casi mil trescientos kilómetros recorriendo tierras salvajes de indios hostiles, atravesando docenas de ríos y cientos de riachuelos, rodeando grandes cadenas montañosas, aquel hombre tenaz y obstinado continuó avanzando sin dudar nunca de sí mismo, sin mirar atrás jamás. Tuvo la suerte de mil estúpidos: ni una carreta entre mil podría haber atravesado aquella vasta distancia donde ninguna otra había llegado. Que a él y a su familia no les hubiesen acechado los indios, los hubiesen matado y arrancado la cabellera mucho antes de que alcanzasen el Musselshell o incluso el río Cheyenne o el Powder se convertiría en una historia increíble que contarían los tramperos alrededor de mil fogatas. ¿Cómo rayos consiguió atravesar el Yellowstone? «M'imagino», dijo Windy Bill, «que miró p' al cielo y caminó sobre las aguas». ¿No los vio ningún indio durante aquel viaje de ochenta días y mil trescientos kilómetros? Ciertamente no, ningún indio los vio; y los océanos de bisontes, incluso los lobos, hasta los *grizzlies*, huían ante ellos. Ni una sola vez en ochenta días vio el humo de una fogata, excepto el suyo propio. Bowden

sabía tan poco sobre los indios que ataba a sus dos bestias por la noche como si estuviese en el patio de su casa y, con la inocencia de los ángeles, él, su esposa y sus hijos dormían un sueño profundo. Kate llegó a creer que le guiaba un poder del cielo que le había comunicado un camino más corto y seguro hacia la costa del Pacífico. Antes de ponerse en marcha había oído historias sobre las dificultades del camino y sobre todas las tumbas que había en la ruta del Paso del Sur. En la ruta que John había tomado había habido dificultades, pero no tumbas.

La cuestión es que, enfurruñado y contrariado, sólo tenía la más mínima noción de lo que estaba haciendo y de dónde estaba. Llegó tan al norte que al final de los ochenta días se encontró en el Musselshell, a sólo unos pocos kilómetros al sur de su desembocadura en el Missouri. Por lo que él sabía, bien podría haberse tratado del Columbia o del Saskatchewan. Nunca había oído que el lunes 20 de mayo de 1805 William Clark, en ruta hacia el océano, había escrito sobre aquel río llamándolo el Shell y el Muscle Shell, anotando en su diario que desaguaba en el Missouri «a 3.650 kilómetros al norte» desde la boca del río. Clark había escrito que tenía 100 metros de ancho y que era de un color verde amarillento. John sólo sabía que era demasiado profundo para vadearlo. Vio fruta madura en la orilla del río y, dado que su desvencijada y chirriante carreta necesitaba alguna reparación, decidió detenerse en la orilla este durante unos días. Es difícil de decir qué habría pensado de haber sabido que un explorador Pies Negros se encontraba tumbado tras un cedro enano y le observaba. Se dijo que haría los arreglos mientras su familia reunía y secaba fruta. El hecho de que decidiese acampar durante una semana al mismo lado del territorio Pies Negros indica el insondable alcance de su ignorancia.

En la mañana en que Samson John Minard subía por el río, Bowden dejó su campamento y tomó un sendero a través de una hondonada en busca de sus dos caballos. Cuando media hora después no había regresado aún, su esposa primero lo llamó y luego envió a sus tres hijos a buscarlo. Apenas se habían perdido de vista cuando algo, nunca fue capaz de decir el qué, la alarmó tanto que se quedó rígida, escuchando. Pudiera ser que hubiese oído un grito, o posiblemente olió sangre. Agarrando un hacha, corrió por el sendero que habían tomado su marido y sus hijos, y a menos de trescientos metros se topó con una escena que habría dejado de piedra a una mujer más débil. En el primer instante de asombro y sorpresa vio una imagen relampagueante de varias cosas: a su marido atado a un árbol e inclinado hacia delante con toda la parte superior de la cabeza roja de sangre; a sus dos hijos tirados en el suelo con unos espantosos pieles rojas inclinados sobre ellos; y a su hija, también caída, pero gritando desesperadamente mientras un indio le agarraba del pelo y alzaba el *tomahawk*.

Kate se convirtió no en piedra, sino en una tigresa. Su furia era tal que su fuerza se multiplicó por diez al abalanzarse hacia delante levantando el hacha. Se movió con tal devastadora velocidad y sus golpes eran tan certeros que cuatro guerreros cayeron antes de darse cuenta de que una vengadora los atacaba. En el momento en que el

tomahawk cayó sobre la hija, ella enterró siete centímetros su hacha en una columna vertebral en la base del cráneo. Los dos golpes fueron simultáneos. Sin prácticamente pausa alguna, voló hacia un guerrero que estaba inclinado sobre su hijo y le abrió el cráneo con tal violencia que las dos mitades se hundieron entre los hombros. Al tercero y al cuarto también los derribó de un solo trompazo. Todo había terminado en cuestión de unos pocos segundos. En el momento en que se volvía hacia su hija, dos indios cortaron las ataduras de Bowden, lo cargaron sobre un caballo y huyeron por el río antes de que Kate pudiese entender lo que habían hecho. Media docena de indios y un hombre sin cabellera y muerto, o moribundo, habían desaparecido y Kate Bowden se quedó en pie, temblando de furia y locura con sus hijos y cuatro indios muertos a su alrededor. Con la furia maternal convertida en náusea, con todo el cuerpo sacudiéndose tan terriblemente que se movía como un juguete mecánico, se mantuvo en pie con sangre india sobre el pelo, la cara y las ropas, sintiendo tan inmensa y completamente el horror que su mente consciente estaba eclipsada.

Lo único que hizo durante media hora fue arrastrar al indio caído quitándolo de encima de su hija.

Allí seguía temblando, enferma, entumecida y loca cuando apareció un hombre sentado sobre su caballo a cuarenta metros de ella, mirándola. Al instante supo que una partida de guerreros había pasado cerca de él de camino al río.

Veía claramente a las siete personas tendidas, todas las cuales parecían muertas, y a la mujer cubierta de sangre que tenía un hacha ensangrentada en las manos. Había visto a hombres matar a otros hombres. Él mismo había matado y arrancado la cabellera a ocho indios desde que había salido de St. Louis en dirección al oeste. Que el fuerte matase al débil era la primera ley de vida en el mundo en el que ahora vivía, desde los más diminutos mosquitos y arañas al lobo, al alce y al *grizzly*. No pasaba un día sin que viese a algunas criaturas matar a otras. No pasaba un día en que los enemigos no le mirasen y desearan su carne. Aquella no era una tierra para personas dedicadas a evitar la crueldad de los seres vivos para con otros.

Sam no era un hombre al que pudiese conmover la muerte y la pérdida, pero sí le conmovió la escena que tenía ante él. No los guerreros muertos; esos no le importaban nada. Posiblemente tampoco se conmoviera por los hijos y la hija. Debía de haber sido el modo en que la madre estaba en pie, mirando a su alrededor, hacia atrás y adelante; el modo en que se inclinó ligeramente hacia delante y miró a un hijo y se volvió lentamente para mirar a su hija; el modo en que se arrodilló y observó los rostros muertos y los brillantes cráneos ensangrentados de sus hijos, quienes hacía sólo un momento tenían espesas cabelleras de pelo castaño; o el modo en que se arrodilló y miró a su hija, con el profundo corte del *tomahawk* sobre la parte superior de la cara y la frente. Tan absorbida se encontraba por los espantosos sucesos que habían desolado su vida y su alma, tan ausente y eclipsada se encontraba su mente consciente, tan lentos eran su pulso y su respiración que casi no se había dado cuenta de haberse quedado abandonada en el mundo sólo Dios sabía dónde.

Sam tenía al menos una ligera idea de lo que había ocurrido. Supuso que aquella mujer, que ahora se encontraba completamente indefensa ante sus enemigos, había matado a cuatro bravos Pies Negros con sólo un hacha. ¿Se quedaría arrodillada ahí todo el día y toda la noche ante sus hijos muertos? ¿Estaba rezando? Había soltado el hacha y se arrastraba hacia atrás y adelante, atrás y adelante entre los niños. Veinte minutos después de que apareciese Sam estaba arrodillada junto a la niña y parecía tratar de vestirla; rasgó un pequeño chal que llevaba sobre los hombros y lo colocó sobre los costados de la niña. Poco después miró hacia el chopo en el que su marido había estado inclinado. En ese momento comprendió lo que le habían hecho, pero lo entendería tan sólo en efímeros momentos de lucidez y sólo durante una semana o dos. Habría algunos breves destellos en la oscuridad en los que sabría que no le quedaba nada más que los muertos, una vieja carreta, ropa de cama, algunos utensilios, un hacha, un rifle...

Al apartarse de su hija vio al hombre grande sobre el caballo. Se puso en pie de un salto, recogió el hacha y echó a correr. Como este se encontraba en el sendero por el que ella había bajado, trazó un amplio desvío a través de la hondonada, corriendo con lo que al hombre le pareció una velocidad asombrosa. Unos momentos después ella apareció caminando en su dirección por el sendero con un rifle en la mano y el hombre sintió una vívida sensación de horror y el vello se le erizó como carne de gallina. Le cambió la expresión de la cara. Santo Dios, ¿tenía intención de dispararle? «¡Mujer, más vale que se detenga!», le gritó, pero ella no se hubiese detenido ni ante una manada de tigres ni ante ríos de fuego. Siguió avanzando, pero a veinte pasos de él se detuvo abruptamente y con ambas manos trató de alzar el rifle y apuntarle. El hombre pensó que estaba temblando demasiado como para poder afinar la puntería, pero colgó su rifle del arzón, pasó una pierna por encima del caballo y se deslizó al suelo con ambas manos por encima de su cabeza. Avanzó hacia ella y todo el rato esta trataba de apuntarle con el arma. Al fracasar en sus intentos, le amenazó con el fusil.

—Mujer —dijo severamente—, soy su amigo. Parece que le hace falta uno —cuando ella no mostró gesto amistoso alguno, volvió a avanzar lentamente tratando de mirarla a los ojos; y cuando estaba a diez metros de ella se desabrochó los revólveres y los dejó caer. Extendió los brazos con los dedos separados.

—Soy Sam Minard, del Estado de Nueva York. Como le he dicho, necesita un amigo. Tenemos unas tumbas por excavar. ¿Tiene una pala?

Sujetando el rifle con ambas manos, apuntando al hombre con el cañón, la mujer no dijo ni una palabra. Tenía tanta sangre de piel roja en el rostro que él no podía distinguir qué clase de cara tenía, excepto que parecía fuerte, como la de su madre. Tenía sangre sobre un párpado y cuando pestañeaba el punto rojo relucía al sol. Sam la miraba con asombro y admiración; nunca hubiera creído que una mujer con un hacha como única arma pudiese matar a cuatro guerreros sin que estos la tocasen siquiera.

Durante dos o tres minutos la miró y esperó. Sabiendo que le flaqueaba la voluntad y que ya no estaba en peligro, volvió a abrocharse las pistolas alrededor de la cintura y se dirigió hacia su caballo. Guiando con el garañón y el caballo de carga siguiéndolo, subió por el sendero hacia el campamento de la mujer observando a su alrededor los lugares donde el marido o los hijos habían recogido la madera para la hoguera. Quería preguntarle qué demonios estaban haciendo tan al norte en territorio Crow y Pies Negros y dónde creían que se dirigían, pero dudaba de poder sacarle alguna palabra. Estaba alerta, como un animal salvaje; estaba perdida en la sangre y el horror. ¿Qué haría cuando sus muertos estuviesen enterrados? ¿Le dejaría llevarla al norte hacia el Missouri a esperar una barcaza o más al sur hacia el camino?

Encontró una pala en el campamento y, pensando que cualquier lugar podría valer, estaba a punto de ponerse a cavar cuando ella llegó corriendo hacia él haciendo gestos como si fuese muda. La siguió y la mujer subió hasta una elevación del terreno lo suficientemente alta para que se viese el río y la orilla, tanto hacia el norte como hacia el sur. Entonces le quitó la pala y marcó tres puntos. Luego, convulsa, según le pareció a Sam, por la frustración o la angustia, cayó de rodillas y con un palo marcó un pequeño rectángulo y cerca de él otro el doble de ancho. El hombre entendió que quería que sus dos hijos estuviesen enterrados en una sola tumba. No había visto lágrimas en sus ojos, ninguna señal del dolor histérico que asociaba a las mujeres. Ahora que se había acostumbrado a su rostro ensangrentado, vio que tenía las facciones duras, mandíbulas fuertes y una barbilla y frente no muy grandes. Creía que tenía los ojos grises, pero no podía estar seguro, pues se avivaban con escalofrantes destellos de luz. Tenía manos fuertes.

Este, pensó, no es sitio para tumbas, donde el suelo era pobre y los vientos salvajes del invierno lo azotarían a cuarenta bajo cero. Aun así, el suelo estaba más seco y tenía mucha cal. Así que empezó a cavar y tras unos minutos tenía la cara cubierta de sudor. La mujer llevó mantas desde el campamento. Cuando las tumbas estuvieron excavadas, el hombre tomó una manta y con el rifle atravesado sobre el brazo izquierdo se dirigió a la escena de la masacre seguido por la mujer, que había dejado su rifle en alguna parte. Sam extendió la manta junto a la muchacha muerta y delicadamente la colocó sobre ella mientras la madre la miraba atentamente. Dobló la manta sobre su desnudez y al mismo tiempo le retiró el chal. Luego le dio el rifle a la mujer y con la niña acunada sobre ambos brazos la llevó hasta su tumba. Como había brotado tanta sangre de la terrible herida que le había cubierto la cara, no pudo saber qué aspecto tenía, aunque se dio cuenta de que estaba totalmente formada y quiso pensar que había sido excepcionalmente adorable. Se arrodilló y muy delicadamente la depositó a un metro de profundidad, hasta el fondo de la tumba. Al instante siguiente la madre estaba al otro lado de la tumba, arrodillada, y aunque no oía palabras y no veía movimientos en sus labios pensó que estaría rezando; e, inclinando la cabeza, rezó con ella. Sin duda ahora el Todopoderoso estaba escuchando. Siguió arrodillada mientras él lanzaba paladas de tierra sobre la manta hasta que la tumba

estuvo cubierta. A los dos muchachos los enterró con la misma delicadeza, colocándolos uno al lado del otro en una manta y cubriéndolos con pieles de alce que tomó de su macuto. De nuevo, como antes, se arrodilló enfrente de ella y rezó.

Luego la dejó junto a las tumbas y se dirigió hacia los indios muertos. Con una habilidad aprendida de otros tramperos mayores, les arrancó la cabellera a los cuatro y, mientras las ataba juntas, se preguntó si la mujer se iría con él para volver con su gente o si aquel lugar se convertiría en su hogar. En cualquier caso él tenía la intención de consagrar las tumbas tan bien como pudiese con cuatro marcas, de modo que empezó a cortar las cuatro cabezas sin más emoción que la que sentiría cortando las cabezas de cuatro ciervos y se las llevó, junto con cuatro estacas fuertes de cerezo y con el hacha, y subió la colina. Era casi al atardecer cuando hubo colocado los cuatro palos y con ambas manos empujaba las cabezas hacia abajo con una fuerza terrible, de modo que las estacas se clavaron por las gargantas y chocaron con los cráneos. Esas cuatro cabezas servirían de advertencia para los Pies Negros, esos hijos de perra, y para los Crows, si algún día aparecían merodeando por ahí. Les dirían que dejasen en paz a la mujer. Los cuervos llegarían y dejarían las cabezas mondas... Los alcaudones, las urracas y las águilas ratoneras, los escarabajos y todos los insectos; y en no mucho tiempo habría cuatro calaveras blancas sonrientes mirando a las cuatro esquinas del mundo.

John Bowden había montado un rudimentario cobertizo de ramas en su campamento. Asomándose al interior, Sam había visto ropa de cama, utensilios, unas cuantas herramientas y algo de comida. Cerca estaba la destartada carreta. ¿Querría ella que llevase esas cosas a las tumbas esa noche? Se quedó en pie en el crepúsculo, mirando hacia la colina y a la mujer; supuso que querría estar sola con su dolor y su pérdida. ¡Pobre, pobrecilla! Estaba sentada entre las dos tumbas con el rifle en el regazo, la mano derecha en el montículo que cubría a sus hijos y la izquierda en el montículo bajo el que estaba su hija. Él nunca había visto un pesar tan profundo como aquel ni había conocido a hombre o mujer alguno que de un solo golpe, procedente del cielo o del infierno, hubiese sufrido una pérdida tan abrumadora.

Preguntándose si se quedaría ahí sentada toda la noche, llevó a sus caballos a abreviar al río. En alguna parte al norte de donde se encontraba, la partida de guerra de los Pies Negros todavía se dirigía hacia una aldea de cabañas en la que, siempre era así, toda la repugnante manada de *squaws*, niños y perros torturarían y mutilarían al esposo de esta mujer, matándolo muy lenta y horriblemente con la diabólica habilidad para producir dolor en la que los Pies Negros eran maestros. Sam Minard odiaba a los Pies Negros. No había trampero desde el Rio al Athabasca, del Ohio hasta el Océano Pacífico, que no detestase a esos pieles rojas. El odio en alguno de aquellos hombres era una pasión tan feroz y salvaje que hervía en sus emociones y ardía en sus conversaciones y los mantenía ocupados afilando sus hachas y cuchillos. Los Bloods y los Piegans de la Nación Pies Negros eran las tribus más salvajes del Oeste; pero la mayoría de los tramperos odiaban a todos los indios y por encima de

todas sus leyes de tramperos se encontraba el axioma de que el único indio bueno era el indio muerto... Y no sólo muerto, sino con los huesos mundos por cuervos y lobos.

Tras atar a los caballos para pasar la noche, Sam se dirigió al campamento de la mujer para ver cómo estaba. La noche era oscura. Su oído detectó un sonido por encima del de las ranas arborícolas. Escuchó. Sí, había un sonido que helaba la sangre, un penetrante lamento salvaje proveniente de las tumbas. Estando allí de pie, mirando en dirección a la mujer, volvió a sentir la carne de gallina, escuchando; se la imaginó allí, mes tras mes, año tras año, alejando a las águilas y a los lobos y lanzándole sus inconsolables jeremiadas a Dios hasta que se marchitase, se encogiese y muriera por el frío, la pérdida y la soledad. Tenía miedo de que olvidase su campamento, su ropa de cama y su comida y se hundiese en el estupor del dolor, doblada sobre su regazo, y muriese.

Iba a descubrir que no la conocía.

Tras recorrer medio camino por la colina para escuchar y volver a bajar, pensó en la cena. Normalmente, cuando atravesaba tierras enemigas no encendía hogueras, ni siquiera en invierno; comía un pedazo de carne seca de bisonte y se abrigaba con las pieles del animal. Pero aquel día había trabajado mucho y estaba tan hambriento como un lobo en invierno. Decidió hacer una hoguera, pero antes esperaría a que saliera la luna, dado que confiaba en poder deslizarse por las colinas y cazar un ciervo. Dos horas después regresó con un buen ciervo sobre el hombro. Tras abrirlo desde el cuello hasta la grupa, cortó las partes más sabrosas, incluyendo el hígado, el lomo, la grasa del riñón y las partes superiores de las patas. Hizo una hoguera y cogió agua del río. Todo el rato estuvo pensando que sería propio de un hijo llevarle filetes calientes o un buen asado a la madre.

Tras comerse dos kilos de venado, medio kilo de bayas secas y beberse un litro de café solo, llenó su pipa de maíz y la encendió. Era una noche agradable. Podía oír el aleteo de las aves nocturnas y el agua que corría en el río. Por encima de su cabeza veía mil estrellas. A su alrededor podía oler el humo del tabaco, la fértil marga del fondo del río, los nidos de urracas y los cuervos en los álamos, las galerías de los topos, el esponjoso musgo, las colinas calizas enfriándose en la noche y las ascuas de álamo temblón y sauce en el fuego. Se preguntó si debía usar dos de sus pieles como mortajas. No era un hombre muy sentimental; sabía que enseguida la persona muerta o el animal muerto serían sólo un puñado de huesos, pero también sabía que a la gente le gustaba enterrar a sus seres queridos lo mejor que se pudiesen permitir. Tenía dos pieles grandes y varias pequeñas. Pensó que le daría una de ellas a la mujer. Al día siguiente, si se negaba a ir hacia el norte con él y esperar una gabarra, o hacia el sur por el camino, le daría más pólvora y balas y cualquier cosa que necesitase y le fuese a ser útil. Si estaba decidida a quedarse allí, dudaba de que pudiese sobrevivir el tiempo suficiente en un territorio en el que los más fuertes caían uno tras otro. Estaría sola con cuatro cráneos y dos tumbas. Nunca volvería a ver a un ser humano, nunca en este mundo de Dios, excepto a un piel roja en una colina distante o a un trampero

subiendo o bajando por el río.

A sólo treinta kilómetros al norte de donde estaba, se encontraba el ancho Missouri. Los barcos de vapor resoplaban por sus aguas hasta las Grandes Cataratas, pero ella nunca las vería ni las oiría. Al sur, más allá de lo que le alcanzaba la vista, aunque pudiese elevarse a trescientos metros sobre las tumbas, era tierra de colinas onduladas cubiertas por pinos y cedros. Al este se encontraban las mismas tierras baldías y solitarias alejadas de la confluencia del Missouri y el Yellowstone, y al oeste las Montañas Judith, el arroyo Wolf, el arroyo Arrow y el arroyo Dog. A menos que escalase una colina alta nunca vería el Big Belt o las Montañas Crazy, y mucho menos las masas de escultura divina de las Teton, las Bitterroot, las Bighorn y las Montañas Azules. A su alrededor habría toda clase de caza salvaje: unos cuantos bisontes, muchos ciervos y berrendos; cincuenta o más clases de patos y gansos; ardillas y gallos de la pradera; y en el río, peces; frutas y raíces de distintas variedades, pero no los exuberantes huertos naturales que vería si se dirigiese hacia los valles Madison o Gallatin...

Sam le daba vueltas a aquellas cosas mientras chupaba de la pipa y ponderaba los problemas de la mujer. Deseaba poder dejar de pensar en ella; después de todo, la maravillosa tierra creada por el Todopoderoso estaba llena de moribundos y gentes a punto de morir. Trató de dirigir sus pensamientos hacia su plan de tomar una esposa, de cazar en las Uintah el siguiente invierno, de encargarse de una trompeta... Trató de pensar en esas cosas o de hacer conjeturas sobre qué estarían haciendo en aquel momento otros tramperos: en qué impenetrable chaparral se escondía el alto y flacucho Bill Williams de los guerreros rojos, su voz aguda y chillona silenciada por esa noche; junto a qué fogata con su aroma a cedro y café Río Wind Bill estaría contando sus historias y diciendo: «M'encantan las mujeres, ya lo creo que sí»; en qué aldea española el bajito y rubio Kit Carson estaría contoneándose con señoritas de ojos negros; qué aventuras fantásticas les estaría contando Jim Bridger a pimpollos de ojos como platos en la caravana que se había detenido en su posta para cambiarles las herraduras a los caballos y arreglar las ruedas... Jim, escupiendo el tabaco y diciendo: «¡Argh! Este bicho tiene los cascotes en carne viva... Me pa'ce que voy a tener que ponerle mocasines», y en qué tranquilo refugio Cabellera Perdida Dan se pasaba la encallecida mano por el hueso sin piel de su cráneo como si esperase descubrir que le había crecido pelo. Luego la mente de Sam pensó en Dick Wooton, quien, en el lenguaje de los tramperos, era todo un personaje: uno noventa y ocho y tan tieso como el largo cañón de su rifle, y que había estado hombro con hombro con Rube Herring y «No había ni un pelo de diferencia ni en altura ni en anchura entre ellos». Incluso Marcelline, aunque mexicano, podía tranquilamente mirar desde arriba a cualquier hombre que midiese uno ochenta; Marcelline, que tenía un carácter que iba de la furia a la ferocidad, que despreciaba a los suyos y renegaba de su sangre y que vivía entre los tramperos blancos. Marcelline era toda una visión, con su pelo negro como el carbón mojado que le llegaba a la mitad del brazo y salía por debajo de

su gorro inclinado de castor y le cubría la chaqueta de piel de ciervo como una melena salvaje...

Pero una y otra vez los pensamientos de Sam volvían a la mujer de la colina. Se sacó la pipa de la boca, cogió un grueso trozo de carne asada del trípode colocado sobre las brillantes ascuas, lo atravesó con una rama verde, recogió su rifle y una de las pieles pequeñas y enfiló el sendero. Calzado con mocasines y tan silencioso como el lobo o el ratón, se acercó a la mujer hasta que estuvo sólo a unos pocos metros de ella y miró desde arriba su cabeza inclinada. Llevaba en silencio dos horas o más. A su manera había llorado hasta que ya no pudo llorar más. Todavía estaba sentada allí donde la había dejado, con el mentón hundido sobre el pecho. Una mano tocaba la tumba de la hija, la otra la de los hijos. Lo que llamó la atención del trampero fue el descorazonado quejido tembloroso que emitía cuando la recorría el largo y profundo estremecimiento provocado por el dolor y el horror. Él no era hombre que albergase una gran piedad, pero en aquel momento la compasión lo inundaba. Durante quizá diez minutos estuvo observándola y escuchando, hasta que la completa amargura de todo aquello, el estremecimiento de su carne y de su alma por la pérdida fue más de lo que quiso soportar. Dejando el rifle en el suelo y sujetando la carne con la mano izquierda, con la derecha le puso la piel sobre los hombros y el regazo. Entonces clavó la rama verde con el pedazo de carne en el suelo a su lado. Ella no dio indicación alguna de ser consciente de su presencia. Tras mirarla durante todo un minuto, él estaba convencido de que no lo era. ¡Padre de los Cielos, el dolor no puede ser más profundo!

Afectado, se giró y bajó la colina. Junto a la hoguera se puso por encima una piel como si fuese una tienda caída y sacó una armónica de su bolsa de medicina. Su padre tocaba el clavicordio con brío y claridad aunque sus manos, casi tan grandes como las de su hijo, cubrían fácilmente una octava y media y a veces golpeaba en la tecla equivocada. Sam había aprendido a tocar varios instrumentos, incluyendo el cuerno y la flauta. Cuando se dirigió hacia el Oeste se había llevado consigo sólo dos armónicas y las había tocado durante siete largos y solitarios inviernos. Aquella noche, cubierto con la piel, tocó suavemente, de modo que no inquietase a las aves nocturnas, las ranas arborícolas y los lobos. Beethoven había imitado el canto del ruiseñor con la flauta, el de la codorniz con el oboe y el del cuco con el clarinete. Sam había estado intentando imitar cantos de aves; la quejumbrosa vocecilla del papa-moscas, como la de una diminuta cría perdida en un matorral repitiendo su nombre una y otra vez; el canto del herrerillo, el escribano o la alondra cornuda. Esa noche tocó suavemente unas pocas notas tristes y un himno religioso o dos, pues se sentía lleno de nostalgia por el hogar o por el anhelo que había sentido Schubert, que nunca había encontrado el amor que ansiaba.

Era la mujer de la colina. Se quitó la piel de encima, pues no quería tocar bajo todo ese pelaje. Quería levantarse y elevar el puño al malvado destino que llamaba a la puerta con los compases de apertura de la sinfonía de Beethoven en do menor y

proclamarle al mundo su poder sobre el oído de Beethoven. Era el mismo destino implacable y despiadado el que había llevado a los salvajes a ese lugar, a matar a esos críos a hachazos y a llevarse a un padre para torturarlo. ¿Qué había allí, se preguntó mirando al hogar de las estrellas, una benevolencia divina o una maldad absurda? Se abrigó con una piel pero no pudo dormir; miraba hacia arriba a través de las copas de los árboles, hacia las constelaciones, y creía que sería sobre la medianoche. Percibiendo los olores en la brisa nocturna, escuchó; trató de dormir y volvió a escuchar; y al fin se levantó y se sentó junto a la hoguera apagada, encendió su pipa y pensó. Tenía que hacer algo. Quizá la mujer de allá arriba querría beber agua. Entre sus cosas encontró una cafetera, la enjuagó en el río y la llenó.

Cuando llegó a unos pocos metros de ella, se detuvo para mirar a su alrededor, pues la luna todavía brillaba. Los cuatro cráneos parecían bastante cómodos en sus estacas. Allá donde se ponía la luna en el noreste, un animal se movía sigilosamente, quizá fuese un lobo. Ella seguía allí, entre las tumbas, la piel cubriéndola, la carne en la rama verde clavada en el suelo a su lado. Por un momento pensó que podría estar muerta, sencilla, eternamente, de dolor. Quizá fuese mejor así. Acercándose cuidadosamente a ella, vio que las ratas o los ratones se habían estado comiendo la carne. No, no estaba muerta; los mismos largos temblores la atravesaban, en cada tercer o cuarto aliento que tomaba, y el mismo sonido sobrenatural de pérdida y dolor seguía a cada estremecimiento.

Se sentó silenciosamente en el suelo a su lado. En voz baja, dijo:

—Pensé que quizá querría beber algo.

No esperaba respuesta. Toda la vida había oído cosas sobre el acertijo llamado mujer, pero si era tal acertijo, lo sería en el amor entre hombre y mujer, no en el dolor. En el dolor era tan claro y evidente como el mismo rostro de la muerte. Quizá Windy Bill habría dicho que hacía que un hombre se sintiese como si hubiese muerto; como lo que una vez definió como una criatura nonata en un bosque «putrificado». Ella hacía que Sam sintiese añoranza de su casa, de su padre y su madre y de la Navidad alrededor de la chimenea.

Inclinándose al tiempo que se adelantaba, echó un vistazo para ver si tenía los ojos cerrados. Los tenía abiertos de par en par. Una segunda vez, en algún momento en el futuro, vería una mirada como aquella que alteraría el curso de su vida. Ahora sólo podía sentir una impotencia estúpida y exasperante. ¿Se iría con él y subiría a una gabarra o se uniría a una caravana que la llevase de vuelta con su gente? Sabía que no lo haría nunca a no ser que la atase. Lucharía como aquella loba cuando el *grizzly* se acercó a su guarida. Aunque la llevase a mil kilómetros de allí, encontraría el camino de regreso como un gato... Regresaría, moviéndose entre los árboles y las montañas aunque le llevase diez años. Se lo decían sus más profundos instintos. Le dijeron que todo lo que aquella mujer tenía en el mundo estaba allí, bajo su mano izquierda y bajo su mano derecha.

—¿Sabe? —dijo con amabilidad—, creo que va a necesitar una casita aquí —y

regresó al campamento.

Desató el extremo de una larga cuerda de cuero del tronco de un álamo y desde cinco metros de altura bajó del árbol el resto del venado. Pensaba comerse un desayuno fuerte porque sabía que iba a trabajar duro durante todo el día. Frió el lomo entero con magro y grasa de riñón además de dos gruesos filetes de un jamón; y se lo comió casi todo y se bebió medio litro de café. Luego, dándose un gusto con una pipa, miró los árboles que lo rodeaban. El álamo temblón o el chopo valdrían. La madera de ambos era blanda y se pudría fácilmente, pero una cabaña construida con ella duraría tanto como durase la mujer. Si la construía de tres por tres debería servirle de refugio perfectamente. No era albañil y por lo tanto no construiría una chimenea, pero podía reunir piedras y formar unos cimientos de modo que los troncos no se pudriesen enseguida; y dejaría un agujero en el tejado, como hacían los indios, para permitir salir el humo. No tenía cristal ni papel encerado para una ventana ni planchas para una puerta a menos que arrancase el suelo de la carreta. Supuso que moriría congelada de frío cuando los fuertes vientos de Canadá bajasen aullando de los cielos y el río se congelase de orilla a orilla. Pero quizá no, porque él y otros tramperos le llevarían mantas y pieles. La cuidarían a su manera.

Subiendo por la colina, miró a su alrededor. ¿Dónde había dejado el hacha? ¿Tenía ella entre sus cosas un martillo, un serrucho, clavos, un par de zapatos viejos que pudiese utilizar como bisagras para la puerta? Poniéndose a su lado, le dijo que iba a construirle una casa: ¿La quería allí junto a las tumbas o al lado del río, donde tendría más cerca el agua y la leña y estaría protegida de los vientos? ¿Le entendía?, le preguntó, arrodillándose junto a ella. ¿Le importaba si miraba entre su material? No había tocado el agua; los insectos estaban correteando por la carne asada.

Encontró el hacha y volvió a notar que era una buena hacha, aunque él hubiese preferido una de tres kilos con un filo de sus buenos doce centímetros de ancho. Con el rifle sobre el brazo izquierdo y sujetando el hacha, bajó hasta el campamento y lo registró meticulosamente. Encontró unas cuantas herramientas dentro de un cubo grande; unos cuantos clavos, tornillos y tuercas en una caja pequeña de madera; algo de harina, sal, azúcar, frutas secas, café, té y un trozo de carne sin cocinar que olía. Lo tiró. No encontró tabaco: el marido, supuso, no era fumador. Bueno, en cualquier caso, ¿qué clase de hombre era para adentrarse con su mujer y sus hijos mil kilómetros en territorio indio sin más armas que un hacha, un rifle viejo y un cuchillo de carnicero con el mango de madera roto? Hurgando, encontró un par de zapatos de niño que servirían de bisagras. La inspección de la carreta le dijo que habría suficientes tablas baqueteadas y agrietadas para hacer una puerta si podía quitarlas de los tornillos sin hacerlas astillas. Parecía que tendría suficiente ropa de cama por un

tiempo, pero no la bastante cuando el frío del invierno abriese los árboles y congelase tanto a los lobos como al río. En ese frío no había suficiente ropa de cama en el mundo como para mantener caliente a una persona. Se la imaginaba arrastrándose, tras la llegada del frío, dentro de su montón de colchas y mantas, llevando con ella el rifle, el hacha, frutas del bosque, un pedazo de carne y quizá algunas galletas. Parecía fuerte y capaz. Ahí fuera, bajo las moscas y las hormigas, había cuatro salvajes sin cabeza, y al norte había toda una horda de ellos que tenían una nueva idea de lo que era capaz de hacer una mujer blanca. No parecía tener más que unos cuantos harapos como ropa; él le traería rollos de tela, agujas e hilo y piel curtida. El Todopoderoso allá arriba sin duda observaría y protegería a la pobrecilla hasta que hubiese aprendido las costumbres de los tramperos y de la montaña y se hubiese convertido en parte de aquella vasta y hermosa tierra, a la que conocerla era amarla, en la que tenías que abrirte tu propio camino, como hacían el tejón y el perro de la pradera, a la que había que cantar con toda el alma, como hacían millones de pájaros por todos los valles y colinas, y hacían los lobos con su canto de apareamiento, los uapitíes machos con su bramido o los alces machos con su berrea. Aprendería y adoraría todas las maravillosas llamadas salvajes de gansos, gavias y somormujos, de los playeros alibancos, halcones y gallos de las praderas. Y un día vería a Sam Minard sobre la cumbre de una montaña, sacudiendo sus alegres y poderosos puños hacia el cielo, llamando al Señor Jehová para que se asomase desde una ventana celestial y viese el fantástico mundo que había creado. El hombre que quisiera irse de esa región, una vez la hubiese encontrado, era un necio. Una mujer podía aprender a amarla. Como las pieles rojas, podía aprender a cazar castores (él le llevaría dos o tres trampas) y a romperle el cuello a un ciervo (él se aseguraría de que siempre tuviese suficiente pólvora y balas); y podría cultivar un pequeño jardín, incluso tener flores silvestres alrededor de la casa y sobre las tumbas, aunque tendría que llevar el agua desde muy lejos. Maldita sea, quizá hasta podía convertirse en la mujer de algún trampero, tener otro par de hijos y aprender a hacer ropa de piel tan elaborada como una baqueta de nogal o los mejores abalorios de los Crow. O sea, si su marido no regresaba. Pero no iba a regresar. Para entonces su sufrimiento había terminado y sólo quedaban sus huesos mundos.

Así discurrieron sus pensamientos durante tres días, desde el amanecer a la noche, trabajando en el bosque y en la colina construyendo una cabaña de troncos para una mujer que en aquellas setenta y dos horas nunca, al menos que él supiera, ni dio un trago de agua ni un bocado a la comida, aunque él le ponía siempre a su lado ambas cosas. Ni siquiera una vez se levantó de donde estaba, con la mano derecha sobre sus hijos, la izquierda sobre su hija. Él ignoraba que el dolor pudiera paralizar la mente y la voluntad humanas de tal modo. Tras derribar los árboles y cortarlos en trozos, los arrastraba hasta el lugar de la construcción con su robusto caballo, con un extremo de la cuerda de cuero atado alrededor de un tronco y el otro alrededor del cuerno de la silla de montar. Los troncos eran de unos veinte centímetros de grosor en el extremo

mayor. Hizo una pared de diez troncos de altura, con una puerta en el lado oeste, delante del río. La puerta era una cosa fea y pesada hecha de planchas de la carreta dobladas y agrietadas sujetas con tres tablillas clavadas a través. Clavó las suelas de un par de zapatos de niño en la puerta y entre dos troncos para que sirviesen de bisagra. Era, se dijo a sí mismo, la puerta más chapucera que se pusiera nunca en una casa en territorio indio, pero si lo hacías con cuidado se podía cerrar. En el lado opuesto de las bisagras clavó una tira de cuero de modo que se pudiese tirar desde dentro de la cabaña y atarla a un clavo para asegurarla. A través de una grieta a la derecha de la puerta que había dejado sin cubrir podía mirar si alguien llamaba o, si se trataba de un enemigo, meter por ella el cañón del rifle y pegarle un tiro al bastardo piel roja. El viento, la lluvia y la nieve se colarían por ahí y por otras rendijas, a pesar de sus esfuerzos, pero esperaba que ella las tapase con trapos cuando él se hubiese ido. No tenía una paleta, nada para revocarla con barro del río. Era una choza, sí, y sería una choza fría, incluso con un fuego en el centro, pero hasta que pudiese comprar materiales y volver tendría que bastar. El tejado consistía en postes puestos unos junto a otros a través de las vigas del techo, con una inclinación de unos treinta grados a cada lado. Sobre los postes había echado tierra hasta una altura de quince centímetros. En el centro justo del tejado había dejado una abertura de treinta y cinco centímetros en diagonal enmarcada con pedazos de tabla de la carreta para que el humo pudiese salir. No era una mansión, pero no había cinco tramperos en toda la región que tuviesen una casa mejor. Él tenía una choza de invierno a mil quinientos kilómetros al sur de ese lugar, junto al Little Snake, y no era mejor, y la puerta tampoco lo era. Pero su novia Flathead probablemente la creería algo maravilloso. Durante las estaciones cálidas ningún trampero que valiese algo se metía bajo techo, excepto bajo las ramas generosas de un abeto, bajo la pérgola de un enebro o debajo de una piel de bisonte estirada sobre un par de postes. Si te gustaba el mundo que el Creador había hecho para ti, no tapabas el cielo azul y sus luces ni te tumbabas en medio del aire viciado de una habitación mal ventilada cuando en una cama al aire libre podías oler la mañana y observar su luz madreperla acariciar suavemente las colinas.

Esperando sacar a la mujer de su dolor, cantaba canciones de Robert Burns cuando estaba cerca de ella, o silbaba arias de pájaros o de ópera, y en su profunda voz de barítono entonaba melodías de Bach o Beethoven mientras la observaba para ver si llegaba a ella; o le hablaba de esto y aquello, diciendo una vez: «Si toca algún instrumento pequeño lo encargaré y cuando vuelva podremos sentarnos y tocar a dúo», o diciendo en otro momento: «Cuando consiga a mi mujer allá en las Bitterroot vendremos a visitarla y quizá quiera venir a cazar con nosotros». Pero ella nunca dio muestras de haberle oído.

Cuando la choza estuvo terminada subió a la colina todas sus posesiones excepto la carreta. Sin el remolque era un cacharro torcido con ruedas quemadas por el sol y curtidas por el viento, los rayos sueltos y los aros medio salidos de las pinas.

Pensando que quizá pudiese querer tenerla junto a su casa, amarró una cuerda al final del tiro y con su caballo arrastró el chirriante y escandaloso cacharro hacia la colina. Levantando primero un extremo y luego el otro, empujó hacia aquí y hacia allá hasta que lo encajó contra la pared norte, con el tiro hacia arriba apoyado contra el travesaño. Ahora estaban allí todas sus cosas, incluyendo el hacha y el rifle. Le dio harina, sal, azúcar y café de sus propias provisiones; dos pieles de uapití tan suaves como el terciopelo; pólvora y balas; un par de agujas grandes y un rollo de hilo de ante; un bolsito de cuero medio lleno de bayas silvestres y ciruelas secas; un par de anzuelos y un sedal y una piedra plana de obsidiana de cuarto de kilo que podía utilizar como afiladora. Le afiló el cuchillo de carnicero. Luego se fue hacia las montañas y regresó con dos ciervos gordos.

¿Sabía cómo curar carne? Bueno, él le enseñaría cómo hacerlo. Encendió una hoguera a unos cinco metros delante de ella y montó encima un tendedero; y juraría que durante las horas que le llevó curar casi toda la carne ella no le miró una sola vez ni a él ni al fuego. Hubiese creído que estaba muerta ahí sentada de no ser por el movimiento de su respiración. Pensando que posiblemente oía y entendía, aunque se negase a ver, le contó cómo colocar el tendedero, cómo cortar la carne en tiras delgadas, como colocar la carne, cómo cuidarla y conservarla. Le dijo que le iba a dejar todo aquello y también algunos cuartos traseros y delanteros hervidos o asados. Si asentía una sola vez le haría un puñado de panecillos. Lo creyese o no, era el que hacía mejores panecillos en todo el Oeste, exceptuando a Hank Cady... Pero Hank, si seguía vivo, estaba lejísimos, más allá del Yellowstone.

De vez en cuando, mientras trabajaba y hablaba con ella, Sam se incorporaba y con su aguda visión exploraba las montañas que le rodeaban. No dudaba de que habían estado espiándolo exploradores Pies Negros y posiblemente Crows preguntándose qué estaba haciendo. ¡Qué hombres tan valientes eran! Diez, cincuenta o cien podrían haber llegado allí y llevárselo, pues no tenía amigos ni ayuda a menos de tres o cuatrocientos kilómetros; y hubieran ido a por él no uno, ni dos ni seis, sino posiblemente diez, veinte o cuarenta, de no ser por el hecho de que no querrían pagar el precio. Los tramperos les habían enseñado que al menos dos de ellos morirían, o quizá tres, en el ataque, y hacía falta mucho ron, el olor de un gran botín, incluyendo buenos rifles y mucha munición, para animarlos a correr el riesgo.

Tras observar el horizonte, le habló a la mujer de los desayunos de Hank, pues pensar en ellos había hecho que se le hiciese la boca agua. Si Hank esperaba a algún visitante que se quedase a pasar la noche, se aseguraba de tener a mano medio litro o así de la maravillosa miel de abeja, un cuarto de grasa refinada de cadera o, mejor, de grasa de tuétano, para utilizar como mantequilla; una docena de huevos de ganso, pato o urogallo, si estaban en temporada; y el mejor uapití en mil kilómetros a la redonda. Ningún trampero podría olvidar sus desayunos con filetes de uapití chorreando con sus chisporroteantes jugos, una cafetera de cinco litros, galletas tostadas empapadas de grasa de tuétano, miel dorada, mermelada de arándano o una

macedonia de frutos silvestres. Algún día quizá ella iría con él y desayunarían con Hank. Hank no se iría de la lengua, como haría Windy Bill o Rio Powder Charley; si decía diez palabras en veinticuatro horas se sentiría agotado.

De repente Sam dejó de despellejar al animal y, poniéndose en pie, miró a la mujer con una expresión digna de verse. Era como si de repente hubiesen llegado a su mente las palabras de varios hombres sabios para quienes había en la hembra humana una superioridad natural; su mayor compasión, para empezar, que se esforzaba por socorrer a los indefensos y desvalidos; para continuar, su mayor devoción que obligaba a su corazón de madre a sentarse durante días y noches junto a las tumbas de sus hijos sin comida ni bebida y probablemente (hubiese jurado Sam) sin dormir. ¿Tenía la intención de quedarse ahí sentada todo el otoño, el invierno y la primavera?, le preguntó. ¿Se iría con él a buscar una gabarra o una caravana? ¿No creía que allí arriba el Todopoderoso, mirándola, querría que despertase de todo aquello, comiese, durmiese y siguiese viviendo?

—Le propongo una cosa —le dijo—, voy a hervir esta grasa de ciervo y le traeré una taza de caldo.

En unos minutos tenía cinco kilos de carne de venado cociéndose en un fuego y un lomo entero tostándose lentamente en las ascuas de otro. Cuando la carne hervida estuvo tierna, le llevó un tazón de caldo y una rodaja de lomo caliente en un plato de latón; y, arrodillándose, se lo ofreció diciendo:

—Tiene que comer. Estos jugos de venado le calentarán las entrañas y harán que el mundo tenga mejor pinta.

Sam bebió caldo y comió hígado crudo y unos tres cuartos de lomo. Llenó luego su pipa y miró a su alrededor. Era una necedad pensar que aquella mujer podría soportar mucho tiempo allí si los pieles rojas decidían llevarse su cabellera y sus armas; sería mejor correr la voz entre todos los tramperos libres de que estaba allí, que a su vez la harían correr entre las tribus indias con la advertencia de que, si un piel roja le arrancaba la cabellera, la venganza de los tramperos exigiría diez cabelleras por cada pelo de su cabeza. Los cráneos de las estacas eran el único idioma que los pieles rojas entendían.

Mientras Sam se fumaba la pipa y miraba el paisaje, su desprecio por los pieles rojas y algunas de sus costumbres alimentaron sus emociones hasta que se encontró en un estado de furia incandescente. El desprecio, por ambas partes, había empezado en los primeros encuentros entre pieles rojas y blancos y se había convertido en una ley en sus vidas tan fija como el canto de muerte del piel roja o el fatalismo del hombre blanco. Los pieles rojas no podían entender por qué los hombres blancos daban auténticos tesoros por las pieles de castor y nutria que para ellos tenían poco valor en una tierra donde había tantos castores como árboles. Los hombres blancos no podían entender por qué los pieles rojas estaban dispuestos a cambiar un puñado de pieles por bagatelas sin valor como un puñado de cuentas azules o un pedazo de metal brillante. «Es como el negro», decía Windy Bill, «si brilla, tiene que ponerle la

zarpa encima». Cada cual pensaba que el otro era espectacularmente estúpido y su baja estima de la inteligencia y valores del otro le daba acicate al asesinato y el descabello. Si los pieles rojas hubiesen puesto cuatro cráneos blancos sobre estacas, los tramperos se habrían partido de risa. Si Río Wind Bill hubiese estado allí para ver la obra de Sam habría dicho: «M'imagino queso los mandará echando virutas hacia sus tipis». Sam les dijo a los pinos y a las montañas cubiertas de enebro que probablemente así era y quedó satisfecho de su trabajo.

Era la hora de marcharse, pero se mostraba reacio. En un momento de absurda galantería masculina se había planteado excavar un pozo junto a la choza, pero sabía que tendría que excavarlo hasta el nivel del río en una profundidad de treinta metros. Debería pedirle que se fuese con él, no como compañera nocturna (no era un hombre libidinoso ni de los que se aprovechan de la indefensión femenina), sino para distraerla del dolor. Pero por lo que sabía, ella no le habría aceptado como amigo. No estaba seguro de que ella fuese consciente de su presencia, de la de los lobos que aullaban por la noche ni del sonido de las aguas del río que atravesaban las montañas. Estaba enfadado consigo mismo porque no acababa de marcharse: era problema del Todopoderoso, no suyo. La noche de su octavo día allí se obligó a mirarla y, después de observar durante varios minutos su cabeza inclinada, se arrodilló y le besó el sucio pelo castaño y le dijo al oído:

—Hay mucha carne para usted en la casa. Me voy a buscar una esposa, pero volveré pronto.

Montó sobre su caballo y se dirigió hacia el sur siguiendo el río, pero se detuvo cuatro veces para mirar hacia atrás. En aquella situación un hombre sencillamente no sabía qué hacer. Si estaba decidida a quedarse sentada junto a las tumbas y morir, supuso que tenía el derecho a morir sola. Ningún animal, ningún hombre la molestaría. Su viaje no le llevaba por las Bighorn, los ríos Powder, Tongue y Wind, sino hacia el Valle Gallatin, la montaña Beaverhead y el Jefe Montaña Alta, cuya hija mayor, que estaba convirtiéndose en una mujer tan adorable como el canto primaveral del azulejo o como el lirio de montaña al borde de un banco de nieve que se derrite. Sabía que una esposa era una responsabilidad enorme y la responsabilidad era una enfermedad en el hombre. Pero se sentía solo y se sintió el doble de solo después de dejar a la mujer junto a las tumbas.

La cuarta vez que miró hacia atrás la vio salir por la puerta de la cabaña y quedarse ahí. Parecía estar mirando a su alrededor. No podría haberse alegrado más aunque la alondra junto a la puerta del cielo hubiese cantado sólo para él. ¡Ella estaría bien! ¡Sólo había estado esperando a que él se fuera! ¡Santo Dios, sé bueno con ella! La vio ir y sentarse en el suelo junto a las tumbas. ¡Santo Dios, sé bueno con ella! Sintiendo que todo estaba bien, la saludó con la mano sabiendo que no le veía y luego cabalgó hasta la medianoche, a cincuenta kilómetros de ella y sus espantosos centinelas cuando encontró un matorral en el que ocultarse y dormir. Santo Dios, pensó, besándose la mano mientras fingía que era la mejilla de su madre, Santo Dios,

sé bueno con ella.

Ya estaba a quince kilómetros de la vista de la mujer cuando ella oyó que decían su nombre. «¡Kitty!», dijo la voz. Era la voz de su marido, y así era como su marido la llamaba. Poniéndose en pie, miró a su alrededor con los ojos desorbitados y entonces comenzó a correr hacia el lugar de la masacre. «¡John!», llamaba mientras corría. Tras doscientos metros se detuvo y miró en todas direcciones y volvió a llamar «¡John!» Sentía que él estaba presente no muy lejos. Miraba fijamente al árbol donde le había visto ensangrentado e inclinado cuando pensó en sus hijos. Girándose, corrió hacia la colina, esperando encontrarlos sentados junto a las tumbas; y cuando vio sólo los dos montículos se quedó mirándolos, escuchando, con el corazón en la boca. «¿John?», dijo. Se dirigió a la choza y miró dentro. Miró hacia el río y, recordando que su campamento estaba allí abajo, corrió hacia allí con la desgarbada actitud de alguien que no había comido ni bebido y casi no había dormido durante tantos días y tantas noches. Miró bajo el cobertizo que su marido y sus hijos habían montado, pero allí no había nada. Miró a su alrededor y llamó en voz baja «¿John?» Escuchó, pero sólo se oía el agua del río. Como una mujer esperando al hombre que sin duda aparecería, se quedó junto al cobertizo durante una hora, mirando y escuchando.

No tenía ningún arma junto a ella, ni siquiera un cuchillo. Era como si en aquel momento de soledad y pérdida absolutas ignorase por completo todas las armas y toda idea de armarse; pues ahora iría indefensa al río a por agua, a los valles en busca de comida, a las cumbres en busca de su esposo. Poniéndose en pie junto al cobertizo y temblando de esperanza, con los ojos abiertos de par en par explorando, los oídos atentos a todas las cosas que se encontraban entre el cielo y la tierra, regresó hacia la colina y se quedó en pie junto a las tumbas. Había visto pero no había identificado los cuatro cráneos; y una hora después, mientras caminaba hacia el norte y el este por las colinas buscando a su esposo, pasó cerca de una de las cabezas de los indios, pero pareció no verla. Su idea de lo que había ocurrido desde aquella mañana era sólo una débil sombra; había quedado apagada por el dolor, el cansancio y el abatimiento del alma. Caminó casi dos kilómetros por las montañas, deteniéndose aquí y allá para llamar en voz baja, para mirar a su alrededor y escuchar y luego regresó a las tumbas. Volvía a moverse una y otra vez; hacia el cobertizo, hacia el árbol de la masacre; porque él la llamaría una y otra vez en las semanas siguientes. En mitad de la noche su voz la despertaba de un sueño ligero y se incorporaba, diciendo «¿John?» Él volvería a llamarla cuando agosto se convirtiese en septiembre y los álamos y los chopos se volviesen dorados.

De vez en cuando le veía en la distancia y corría hacia él. Sabía que un día le encontraría. Una mente racional habría visto un mundo distinto al que veía Kate. De

pie junto a las tumbas, habría mirado hacia el norte o el sur y habría visto la larga e irregular línea de árboles que ocultaban el río. Al oeste, más allá de la línea, habría visto colinas que parecían vacías y muertas de no ser por su raquítica población de atrofiados cedros. Mirando al otro lado, al este, habría visto la misma clase de montañas, de palidez celestial y de soledad gris; y en todas direcciones habría notado una extensión de silencio y vacío. Kate no veía nada de eso o lo veía tan indistinguiblemente que era sólo la niebla sobre el nítido mundo en el que vivía.

Sus sentidos no construyeron inmediatamente el mundo en el que iba a vivir; lo evocaba la oración, el anhelo y la esperanza, los sueños y las visiones, y llegó a crearse lentamente del cielo. Pues Dios fue bueno con ella. Era o esa ensoñación o la locura que la habría arrojado al nivel de los animales. Sin sus visiones se habría ido de allí y habría muerto, a manos de lobo o de indio; o habría perecido de hambre o frío cuando llegase el invierno. En unos pocos meses los tramperos que andaban de acá para allá, después de haber sabido su nombre, hablarían sobre la loca Bowden junto a las hogueras. Nunca volvería a casa, viviría y moriría allí junto a las tumbas. Aquello bastaba para que un hombre se sintiese despegado de sí mismo y hundido en el agua como un castor muerto. Aquello bastaba para que un hombre quisiera arrastrarse bajo un matorral y llorar como un niño.

La leyenda llegaría a decir que John Bowden estaba allí. Su esposa sabía que estaba allí; ella le veía de vez en cuando, siempre de lejos, siempre sonriéndole, y su sonrisa y su mirada le decían que estaba bien, que todos estaban bien y que algún día estarían todos juntos de nuevo, con Dios. Llegaría el momento en que ya no le llamaría ni correría hacia él. Ella contestaba con una sonrisa a la de él, y su mirada decía que sí, así era, estarían juntos de nuevo, estaban juntos ahora.

Su más asombrosa transformación por la pérdida y la soledad tenía que ver con sus hijos. Unas tres semanas después de que Sam se fuese, miró las tumbas y decidió que necesitaban belleza. Buscó arriba y abajo del río flores silvestres y encontró unas cuantas, pero la planta que le llamó la atención fue una especie de salvia con una belleza propia verde grisácea. Tomó algunas de esas plantas con la pala sin levantar la tierra que albergaba las raíces y las colocó en huecos en el extremo sur de su diminuto cementerio. Llevaba agua del río para regarlas. Crecieron y llegó el momento en que tuvo un jardín, allí en la desolada ladera. Llegó el momento en que ya no supo exactamente dónde estaban las tumbas. Llegó el momento en que de su alma se borró todo recuerdo y toda necesidad de ellas, pues sus hijos ya no estaban en la tierra, sino arriba, sonriéndole tal y como le sonreía su padre.

La primera visión tuvo lugar en una fría noche iluminada por la luna antes de que el decadente recuerdo de las tumbas la hubiese abandonado por completo. Había salido de la choza y había ido hasta las tumbas para arrodillarse allí y rezar cuando se quedó paralizada por la débil figura celestial que se arrodillaba tras un matojo de salvia, o dentro de él o al lado de él... Nunca fue capaz de determinar dónde estaba. Aquella visión era de su hija. No era ella como había sido en vida: aquella chica en la

salvia, o tras ella, era tan etérea, tan parecida a un vaporoso rayo de luna, tan onírica, tan parecida a una pálida y delicada parte del cielo que Kate, mirándola, contuvo el aliento y pensó lo dulce que era morir. Tras largos momentos se dirigió hacia ella, sólo para verla desvanecerse y desaparecer, no rápidamente, sino como se disuelve y se desvanece una nube en movimiento. Horrorizada, se retiró, y tan lentamente como había desaparecido, la visión regresó, saliendo de la nada y convirtiéndose en una exquisita aparición que la miraba y sonreía e inclinaba lentamente la cabeza como movida por la brisa. Kate sólo tuvo ojos para ella hasta que, al mirar otras plantas, vio a sus hijos, que emitían exactamente el mismo brillo trémulo tras una salvia, o dentro de ella, o junto a ella. Igual que la hija, la miraban y sonreían y movían lentamente la cabeza arriba y abajo.

Toda la noche, hasta que desapareció la luna, Kate llenó su alma con esos tres rostros. Habría estado algo peor que loca si hubiese dudado de que sus hijos estaban allí. Si cerraba los ojos no los veía. Si avanzaba demasiado hacia ellos, sencillamente se disolvían en la noche y ante ella quedaban sólo las salvias. Pero cada vez, sin fallo, volvían cuando se retiraba y la sonreían del mismo modo angelical. La miraban como seres de fragancia y ropajes exquisitos recién bajados del cielo. Los ojos de los tres le sonreían a sus ojos, no para sondear su alma, sino sólo para tranquilizarla. «¡Queridos míos!», les susurraba, sonriendo y moviendo la cabeza arriba y abajo como hacían ellos.

No aparecían durante el día o cuando no había luna; y si la luna era sólo un fragmento, o un cuarto, o estaba pálida, no aparecían. Su marido llegaba en cualquier momento del día o de la noche en cualquier estación. Podía verle sobre un caballo y tirando de un caballo de carga, subiendo o bajando por el río; y siempre le saludaba con la mano y ella le respondía. Sabía que tenía trabajo de hombres que hacer. O podía llegar por la noche cuando ella estaba dormida; por las mañanas encontraba junto a su puerta, o justo dentro de la choza, un saco de cuero lleno de cosas para ella y dentro de otra piel carne curada de uapití o de bisonte. Encontraba pólvora y balas, agujas e hilo, semillas de flores, azúcar, sal, café, harina; y una vez había un reluciente cuchillo nuevo, y muchas veces pieles curtidas, medicinas como alcanfor, aloe, bálsamos, glicerinas, bicarbonato y un vestido o un par de zapatos.

Nunca disparó su arma para alejar a los asesinos. Acabó pensando en su mundo como en un mundo sin cazadores ni cazados, aunque de vez en cuando los lobos la obligaban a tomar otro punto de vista. Era principios de noviembre durante su primer otoño allí cuando una noche la despertaron unos gritos lastimeros. En lo primero en lo que pensó fue en sus hijos; agarrando el hacha, que tenía junto a la cama, salió corriendo al exterior. No había luna, pero no era una noche oscura. Escuchó. Volvió a oír el grito; ahora era algo constante, un quejumbroso balido de dolor y tormento que no venía desde el río, sino desde alguna parte detrás de la casa. Corriendo hacia el sonido, se detuvo cuando vio los tres cuerpos pardos. En el largo viaje con su esposo e hijos había visto al gran lobo gris; durante la semana anterior había visto a aquellas

bestias insolentes, audaces, con las lenguas fuera y unos agudos ojos buscando algo que matar.

Convencida de que estaban matando aquella noche ahí fuera, no dudó y salió corriendo hacia ellos como había corrido hacia los guerreros Pies Negros, y era tan fuerte y ágil y estaba tan empujada por la furia que estaba junto a los lobos y le había cortado la cabeza a uno antes de que estos se dieran cuenta de que estaba allí. Los otros dos saltaron lejos de su alcance increíblemente veloces y, con un grito más salvaje que el de ellos, Kate los obligó a huir. Al regresar vio que su víctima era una cría de bison: los lobos se habían estado comiendo la parte superior de sus flancos, donde habían hecho un agujero para llegar al hígado, el lomo y los riñones. El pobre animal no estaba muerto y seguía llamando a su madre.

Kate no sabía, y Dios quiso evitarle el conocimiento, que la familia de los perros salvajes se comen vivas a sus víctimas si estas tienen la resistencia y la fuerza para seguir respirando hasta que el hambre de su enemigo estuviese saciada. Aún correteaban por las praderas muchos bisontes a los que les faltaba la cena que se había comido algún lobo. Dependiendo del hambre que tuviese o del humor del que estuviera el lobo, le cortaría y arrancaría con sus largos dientes afilados el costado o la grupa para llegar al hígado; y a menudo devoraba toda la tierna carne a lo largo de la columna inferior antes de que su víctima muriese. O podía abrir un agujero en el vientre. Si le apetecía jamón, podía comerse casi toda la carne de unos cuartos traseros. Muchas crías de bison o de uapití sobrevivían a un lobo que se hubiese comido su carne y bebido su sangre y vivían como tullidos, espantosamente marcados. Kate nunca sabría que aquel letal asesino que, en manada, era capaz de hacer huir al monstruoso *grizzly* macho, a menudo atacaba y torturaba, o mataba, por pura diversión gratuita. Tres o cuatro de ellos podían apartar de la manada a una cría de bison y perseguir a la aterrada criatura, que no dejaba de chillar, por todas partes de la alta hierba de la pradera, dándole mordisquitos, arrancando agujeros en la carne y pasarse quizá una hora o más jugueteando y retozando antes de acabar con la agonía del animal.

La cría a la que estaba viendo Kate no estaba muerta, pero sabía que debía morir. Apartando al lobo muerto con salvajes patadas, examinó las heridas del becerro. Cuando vio que le habían abierto uno de los costados y le habían sacado algunas de las entrañas, se dio un fuerte golpe en la frente y puso una compasiva mano en la carne temblorosa mientras agonizaba.

El nuevo mundo de Kate era sin duda un mundo de cazadores y cazados. Veía a halcones atacar y matar patos en pleno vuelo. En el fondo del río, mientras buscaba raíces y bayas, veía los huevos del tordo y el carrizo, del azulejo, de la paloma torcaz y la alondra empalados en espinas en la vieja carnicería del alcaudón. Llegó a imaginarse cosas que no había visto ni oído y, tras un tiempo, se convirtió en hábito en ella coger el hacha y salir corriendo por la noche y temblar de ira mientras escuchaba y miraba. Según pasaba el tiempo, llegó a oír a crías de otros animales

gritando bajo los asesinos dientes y a ninguna más frecuentemente que a las del conejo. Su vida se vería atormentada por el grito de los conejos atrapados por un halcón o por los de las liebres vencidas por un lobo.

Nunca entendería por completo que vivía en un mundo de seres salvajes, muchos de los cuales eran asesinos: la comadreja, el armiño, el halcón, el águila, el lobo, el glotón, el puma, el *grizzly*, el gato montes... Esos eran feroces y letales; pero el conejo, el ciervo, el uapití, el bisonte, el berrendo y muchas de las aves no mataban nada, aunque a ellos mismos los matasen y devorasen a miles. En su vida en un pequeño pueblo de Pensilvania, Kate apenas sabía que este era esa clase de mundo. Sabía que había criaturas que mataban a otras criaturas, hombres que mataban a otros hombres, fuese por Dios o por pasión; pero el mundo allí era uno en el que la primera ley de vida era matar o escapar del que mataba.

Sus sentimientos femeninos sobre esos asuntos habrían dejado pasmados a la mayoría de los tramperos. Windy Bill habría dicho: «¡Caray, que me parta un rayo! ¿Se cree que Chimbly Rock es el campanario d'una iglesia?» Bill Williams, con expresión astuta y hermética en todos los pliegues y poros de su largo y delgado rostro, quizá habría mordisqueado su tabaco una vez o dos antes de decir: «Pobrecilla. Me parece q'esa mujer nunca ha sabido qué clase de mundo creó el Todopoderoso». Tres Dedos McNees habría sido lacónico: «¿Por qué no se vuelve pa casa?»

Los tramperos gruñirían asombrados al saber que Kate se sentaba a la luz de la luna para leerles la Biblia a sus hijos en voz alta. Era una Biblia muy vieja que había pertenecido a la madre de su madre; y como muchos versículos habían sido subrayados al margen con tinta azul, sólo tenía que pasar las páginas y buscar las marcas. Cuando llegaba a alguna que estaba marcada, la leía. Sus labios se movían, pero no producían sonido alguno. Y si le parecía que era algo que a sus sonrientes seres queridos les gustaría oír, se lo leía: «Yo, el Señor, te llamé en la justicia, te sostuve de la mano, te formé y te destiné a ser la alianza del pueblo para abrir los ojos de los ciegos, para hacer salir de la prisión a los cautivos y de la cárcel a los que habitan en las tinieblas».

Tras leer esos versículos miraba a sus hijos y sonreía y asentía; y como flores de tallo largo, ellos asentían y sonreían. No tenía una voz educada, pero era clara y fuerte; les había leído a sus hijos el Libro Sagrado desde que eran lo bastante mayores como para comprenderlo. A veces cerraba el Libro y dejaba que se abriese por donde fuera. A veces era un salmo: «Mi Dios, en ti confío; no dejes que mis enemigos se burlen de mí». Sonriéndoles, les decía: «Vuestro padre nos dejó algunas cosas anoche. Últimamente está muy ocupado; quiere que le esperemos aquí, porque algún día volverá con nosotros».

Entre la niebla de sus sentidos sabía que su esposo no estaba muerto, pues si lo estuviese, sería un ángel allí, con sus hijos. Se preguntó por qué cabalgaba arriba y abajo del río. Hubiese dicho que no estaba colocando trampas, pues nunca lo había

hecho; había sido granjero durante un tiempo, luego había sido tendero. El porqué nunca enganchaba sus caballos a una carreta, lo ignoraba; hacía su trabajo de la manera que le parecía mejor y cuando todo estuviese terminado volvería con ellos.

Sabía que, siendo ángeles, sus hijos no podían darle respuestas excepto las celestiales sonrisas y los dulces cabeceos. Durante la luna llena, cuando los veía con más claridad, Kate no se acostaba hasta que la luna hubiese desaparecido. Pues, ¿cómo podía dejarlos allí, arrodillados entre la salvia y sonriéndole? A veces la luna no desaparecía hasta por la mañana, o no desaparecía en absoluto y simplemente se iba desvaneciendo en el cielo diurno; sólo después de que sus hijos regresaban a su hogar celestial se levantaba de la piel de bisonte que le había dejado su marido. Si después de que sus hijos la dejasen, su soledad era demasiado amarga para soportarla, no entraba en la choza sino que se quedaba junto a ella. En aquellos momentos era cuando más cerca se encontraba de darse cuenta de dónde estaba... No, no de dónde estaba, dado que después de dejar el Big Blue nunca había sabido dónde estaba; sino de su soledad, su desvalimiento y sus enemigos. Entonces quizá se dirigía a mirar casi con curiosidad los lugares donde se habían arrodillado sus hijos; era entonces cuando más cerca estaba de un impulso de buscar en la tierra las huellas de pisadas.

Pero se pasaba en unos momentos. Entonces era consciente del libro que sostenía en las manos y le llegaba, infinitamente dulce y tierno, el recuerdo de sus tres ángeles, que volverían a estar presentes cuando hubiese salido la luna. Aquello era lo que esperaba ansiosa y le daba sustento durante los largos días vacíos. Sus más profundas emociones, de las que no era consciente, y que rara vez se reflejaban en sus rasgos, las revelaba de las maneras más curiosas. En lugar de hacer su cama en la cabaña, lejos de la puerta, la hacía justo al lado de modo que tuviese que pasar por encima de ella; de ese modo, cuando estaba tumbada, podía extender una mano fuera de su fea prisión y tocar el gran mundo exterior. Contra una pared en ambos lados de la cama apilaba su comida y sus utensilios, y allí estaba su rifle. Cuando no estaba llevándole agua a sus plantas se sentaba en la cama, con aguja y pieles, y cosía chaquetas de cuero, faldas o mocasines. Levantaba la mirada innumerables veces para ver si sus hijos habían vuelto o la elevaba hasta el cielo para ver si había salido la luna. A veces, al volver del río, le parecía oír a uno de sus hijos llamando y corría como una salvaje, todos sus nervios temblando. Al llegar a la cabaña y comprobar que sus hijos no estaban allí, se convertía en un trágico retrato de la pérdida y la desesperanza, demasiado afectada para mirar o escuchar.

O si mientras les leía a sus queridos niños y respondía a sus sonrientes caras de ángel oía el ruido de un enemigo, como el desafiante gruñido de un lobo casi junto a su puerta o el chillido de un halcón que descendía, se transformaba al instante en una tigresa y, cogiendo el hacha, corría ciegamente gritando hacia la amenaza. Ningún animal aguantó nunca su ataque.

Esta clase de cosas era la que se extendía como leyendas. En una noche iluminada por la luna, un año o dos después de la masacre, Windy Bill pasaba cerca cuando oyó

unos gritos salvajes y recortada contra el cielo sobre una colina vio a una mujer correr y correr, y el filo de su hacha brillaba. «Me quedé alelao», dijo. «Me se pusieron los pelos de punta como briznas de hierba y la sangre me se volvió como los géiseres de Yellowstone que vio John Colter». Mejoraba o, en cualquier caso, embellecía su relato cada vez que lo volvía a contar hasta que lo que había visto se convirtió en una bruja montada sobre una escoba volando por el cielo chillándole a los vientos.

Otros hombres fueron a ver a Kate cuando pasaban cerca y contaban historias sobre ella, y la leyenda de la mujer creció en una zona de más de dos millones y medio de kilómetros cuadrados; pero, aunque todavía se encontraban en sus inocentes comienzos, otras leyendas que serían aún más asombrosas e increíbles estaban madurando, y una de ellas tendría que ver con la gigantesca figura de Samson John Minard.

Tuvo su origen en su decisión de tomar una esposa.

Los tramperos libres eran los individualistas más duros e inflexibles de la tierra. Sólo de vez en cuando uno de ellos podría pensar en una compañera india como esposa, incluso después de haberla aceptado en la ceremonia matrimonial de los pieles rojas; pero Sam Minard tenía un apego sentimental por su madre y una hermana mayor, y bajo su áspera y sarcástica superficie había canales emocionales en los que el sentimiento era profundo y cálido. Sus mejores amigos nunca lo supieron. Hank Cady, Windy Bill, Jim Bridger, George Meek, Mick Boone y otros que lo conocían y llegaron a conocerlo bien creían que una piel roja era para Sam lo mismo que para ellos, un miembro de una especie subhumana que un hombre podría desear llevarse a la cama un día y al siguiente matarla con un *tomahawk*. Así pierda mis provisiones, dijo uno de ellos, no había más criaturas humanas que las blancas. Las criaturas rojas y las negras eran las que l'abían sobrao al Todopoderoso después de crear a las doce tribus. A la mayoría de los tramperos blancos no les importaba el hábito del piel roja de mandar a sus esposas-*squaws* viejas a las montañas para que muriesen de enfermedades, hambre, edad o cayeran presa de los lobos.

Sam tenía un punto de vista distinto, pero se lo guardaba para sí.

La primavera anterior había visto a una muchachita india que le había gustado. Desde entonces había soñado con ella y, usando melodías del zorzal y el turpial, había tratado de componer una letra para ella. La parte lógica de su mente veía objeciones a tomar una esposa. Se preguntaba, por ejemplo, si el emparejamiento físico de una chica que pesaba cincuenta kilos con un hombre de su tamaño era algo que el Padre omnisciente vería con buenos ojos. Sam era sensible al respecto de su tamaño. Su madre le había contado que al nacer era tan grande que su padre, tras mirarlo espantado, había dicho que suponía que tenía que ponerle de nombre Samson. No era divertido ser tan grande, y resultaba bastante molesto. Una segunda objeción era la edad; ella sólo tenía unos catorce o quince años (suponía), y aunque él sólo tenía veintisiete le parecía ser de mediana edad comparado con ella. Una tercera objeción, había decidido tras pensarlo mucho, no era en realidad tal objeción: sospechaba que no era completamente india; los hombres de Lewis y Clark habían dejado sangre blanca en todas las naciones indias desde San Luis hasta el océano.

Sam se había sorprendido al conocer el origen del nombre Flathead. Antigualmente (ahora habían abandonado esa costumbre) ahuecaban un pedazo de madera de cedro o de chopo y se pasaban horas trabajando con él, grabándolo y adornándolo con piel de ciervo. Esa cuna, o abrevadero, o canoa, o *canim*, la forraban con pelusa de espadaña, sedosa corteza interior de viejos cedros, lana de muflón, y cuando estaba bien forrada y tenía aspecto cómodo se la ponían sobre el cráneo de un

pobre bebé al instante en que nacía y le envolvían la cabeza con pieles de ciervo curtidas tan suaves como el pelo del vientre de una cría de berrendo. De espaldas, con sus ojos negros fijos en los sabios de la tribu, al bebé le ponían un chal de pluma o lana alrededor de la frente. Finalmente se fijaba sobre el chal y la frente una tabla larga y plana sujeta a un extremo de la cuna que se ataba con cuerdas de cuero, poniendo de ese modo una presión considerable en el blando hueso frontal del cráneo. El desafortunado bebé estaba tan envuelto y asegurado que era incapaz de mover una mano o un pie y ya era suficiente que fuese capaz de menear un dedo o parpadear. Permanecía un año o más en tan horrible confinamiento excepto en aquellos momentos en que lo desataban, le lavaban la suciedad y lo subían y bajaban a modo de ejercicio. La presión constante en el cráneo hacía que la cabeza creciese y se aplanase como un gran sapo bajo la garra de un *grizzly*, de modo que el aspecto de la parte superior de su rostro se volvía anormalmente ancho y el cráneo plano.

La chica que le gustaba a Sam no tenía el cráneo aplanado; era, pensaba él, la hembra humana más adorable que había visto nunca; era más adorable incluso que los preciosos lirios de montaña o la colombina con sus cinco pétalos blancos en una copa enmarcados por cinco sépalos de color azul. Todo su cuerpo era de un color tostado dorado excepto el pelo, los ojos y los labios. El pelo y los ojos eran negros como un cuervo y los labios eran de un lujurioso rosa que él deseaba morder. Si estaba totalmente desarrollada o no, no podía saberlo, pero ya tenía, a su temprana edad, las formas femeninas, con la clase de pechos llenos, firmes y altos que rara vez veía un hombre en las muchachas indias. La cualidad que más le hipnotizaba era lo que habría llamado, de haber encontrado palabras para ello, una vivacidad aparente en sus emociones, como ver espuma de agua tiliar como joyas ante la luz del sol; y tenía un modo de mirar a los hombres como si deseara burlarse, excitarlos y embrujarlos. Había sido fantástico de ver y ahora se encontraba de camino a comprarla.

Aquella sería la parte más desagradable. Un jefe indio, fuese Flathead, Crow o Sioux, o incluso de los humildes Diggers, empezaba a sentir el comezón de la avaricia en cuanto sabía que un rostro pálido deseaba a una de sus hembras. De no ser por el increíble amor de los pieles rojas por las bagatelas y baratijas que el hombre blanco podía comprar por apenas dinero, el precio de una esposa piel roja hubiese sido demasiado elevado para el bolsillo del trampero. Sam se había dado cuenta de que aquellos que decían que el piel roja no era un buen negociador simplemente no lo conocían. El padre de la chica, el Jefe Montaña Alta, la había puesto a la venta fuera de su tribu; esto le decía a todas las personas que conociesen a los indios que ese codicioso granuja creía que valía cien veces lo que una potranca piel roja ordinaria. El jefe esperaba preciosos regalos para él. Luego estarían la madre, las madrastras, tías y tíos, hermanos y hermanas, hermanos y hermanas de las madrastras y tantos primos que uno diría que estaba emparentada con todos los miembros de la tribu y todos esperaban al menos un caballo veloz, un rifle Hawken con cien balas, un par de

Colts, un Bowie, un barril de ron, una barrica de azúcar y otra de harina, una caja de cuentas y una pequeña montaña de tabaco. El regateo podía durar semanas si lo tolerabas. Tenías que dejar que se alargase durante varios días por el motivo de que parte de la alegría en la vida del piel roja venía de prolongar la emoción de lo que sabía que no tendría nunca.

Estaría bien si uno pudiese mirar la etiqueta con el precio, pagarlo y echarse al hombro a su muñeca dorada y marcharse. Pero el piel roja, cuya vida era aburrida excepto cuando se encontraba en pie de guerra y por algunas fiestas aisladas, le exprimía hasta la última emoción a todo lo que se le ponía por delante. Sam sabía bien que, después de entregar regalos y renovar el juramento de hermandad, quizá tendría que satisfacer al viejo fraude con horas de misterioso silencio mientras el jefe conversaba con las almas más avaras de sus ancestros; o Sam quizá tendría que sentarse durante horas fumando esa pipa de la amistad saturada de babas que le revolvió el estómago o quizá tendría que esperar durante días mientras el miserable de expresión solemne fingía que iban a acudir desde las montañas lejanas unos cuantos miles de tías y primos.

Sería el mismo mal trago, no importaba a qué tribu acudiese.

Estando junto a las fogatas con otros tramperos, Sam había prestado mucha atención a las conversaciones de aquellos sobre las mujeres indias. Algunas de las historias le parecieron increíbles, como la de Baptiste Brown, un canadiense que dio casi dos litros de su sangre como parte del precio de su prometida; o la de Moose Creek Harry, al que su esposa mató con un *tomahawk* en la noche de bodas. Los misóginos de entre los tramperos, como Cabellera Perdida Dan, creían que todas las mujeres eran la maldición de la tierra y no querían ni oír hablar de ellas; pero los pretendientes asombraron a Sam por la vehemencia, y a veces por las amenazas y la violencia con la que defendían su gusto por la mujer piel roja. Solomon Silver juraba por las Osages, Bill Williams por las Utes, Rose y Beckwourth por las Crows, Jim Bridger por las Snakes, William Bent por las Cheyennes y Loretto por las Pies Negros. Sam había encontrado distintas virtudes que admirar en las distintas tribus. Las Utes hacían el mejor cuero de piel de ciervo y, al contrario que las Crows, Arapahoes y Pies Negros, no robaban. Por otra parte, porfiaban hasta que uno llegaba a detestarlas. Un jefe podía presentar a todos los niños de la tribu y estos lloraban desconsoladamente y se tambaleaban como si estuviesen muertos de hambre aunque hubiese suficiente comida almacenada como para durarles todo el invierno.

Los Arapahoes valoraban la hospitalidad tanto como el valor. Le ofrecían a un invitado lo mejor que tenían y protegían la vida de este con la suya. Entre este pueblo uno podía tomar tantas esposas como pudiese pagar, pero Sam había decidido que una esposa le bastaba. Tras conocer a William Bent en Bent's Fort y haberle oído hablar maravillas de los Cheyennes, Sam se había dirigido hacia territorio Cheyenne. Le habían dicho que la primera cabaña en la que entrase sería su hogar mientras deseara quedarse, y aquella cabaña resultó pertenecer a Vipponah, o Jefe Delgado,

que le había dado la mano derecha a Sam con gesto grave y había gritado «Hook-ah-hay! Num-whit?» (¡Bienvenido! ¿Cómo estás?) A Sam le habían ofrecido comida y bebida y, tras una noche en aquella cabaña, había quedado favorablemente impresionado por los modales de aquel pueblo. La cabaña, con palos de cinco metros de altura dispuestos en forma cónica y atados en un extremo de manera suelta para que el humo pudiese pasar a través de ellos, y cubierta con pieles de bisonte, tenía una hoguera en el centro. Ningún indio pasaba nunca entre el fuego y las personas que estaban sentadas a su alrededor. A Sam le pareció extraño que hubiese tantos niños que tenían mechones blancos en sus negras cabelleras y que los niños de hasta seis o siete años fuesen completamente desnudos, mientras que las niñas iban vestidas desde pequeñas. Jefe Delgado, observando la valoración que Sam estaba haciendo de las muchachas casaderas que lo rodeaban, le explicó cómo sería el proceso si Sam quisiera una de ellas. Debería atar a su caballo favorito a la cabaña del padre de la chica. Si el padre y la chica lo aceptaban, a la mañana siguiente encontraría su caballo entre los caballos de su suegro. Si no, encontraría su caballo allí donde lo había dejado, con todos los chicos de la tribu alrededor del animal, riéndose y mofándose.

Sam había pensado en echarse una esposa de los Crows antes de saber que eran los mayores mentirosos del mundo y los más avezados ladrones de caballos. En cualquier caso, eran un pueblo tan hermoso y vivaz que tuvo que volver dos veces para observar a las chicas. Le divertía cómo miraba a las mujeres en las distintas tribus y se preguntaba si algún hombre blanco que buscara una esposa miraría entre las francesas, alemanas, inglesas, judías y otras.

En conclusión, había encontrado que los indios eran de estatura media, de cuerpos rectos y delgados y miembros delgados. Sus cabelleras negras caían sueltas sobre sus hombros y sus agudos ojos negros brillaban con la alegría de vivir. Algunos tenían el pelo tan largo que les llegaba hasta el suelo. Excepto por aquellos que vivían principalmente de pescado, tenían hermosos dientes blancos. Prácticamente todas las tribus adornaban sus ropas con espigas de puercoespín, cuentas, piedras de colores, plumas, flecos de cuero y pelo humano de las cabezas de sus enemigos teñido de varios colores. Se pintaban la cara con bermellón, ocre, polvo de carbón, cenizas, grasa y coloridos jugos de frutas. En sus melenas negras llevaban cuentas, botones, plumas, conchas, piedras y prácticamente cualquier cosa que brillase o reluciese. No era extraño ver a una *squaw* con cuatro o cinco kilos de cuentas de cristal cosidas a la falda, pantalones y mocasines. A todos los indios les gustaba cantar, pero para los hombres blancos los sonidos que hacían no eran melódicos: su canto de guerra empezaba con la nota más alta que pudiesen alcanzar y caía nota a nota hasta convertirse en un gruñido gutural; pero repentinamente volvía a ser agudo y chillón, y de nuevo caía, se elevaba y caía, hasta que los blancos que lo oían sentían cómo se les embotaban los sentidos y un escalofrío les recorría la espalda.

En opinión de Sam no había indias más guapas que las Crows. Eran un pueblo colorido y gallardo con una inteligencia por encima de la media; algunos hombres

blancos como Rose y Beckwourth habían llegado a ser jefes de la nación Crow y habían vivido con ellos durante largo tiempo. Aunque los bravos tenían sillas de montar, siempre cabalgaban sin ellas cuando cazaban animales salvajes y ningún otro hombre en el mundo entero se les podía igualar con un caballo. Como decía Windy Bill, aquello hacía que uno se percatase del impresionante talento con el que podían cabalgar en plena carrera, con el talón izquierdo sobre uno de los lomos, la muñeca izquierda sujeta por un mechón de crin y disparando flechas o armas bajo el cuello del caballo; o recogían en plena carrera las flechas caídas. Pero eran un pueblo notoriamente adúltero. Bill, que había vivido entre ellos, decía que los hombres nunca parecían estar celosos; si encontraban a una esposa con un amante se la daban a un bruto que probablemente le iba a dar palizas. La mayor ambición en la vida de un guerrero Crow era hacerse con veinte cabelleras y mostrar tal talento y valor que le permitieran llevar en el pelo las plumas del águila dorada como insignia de valor y categoría. Uno que llevase incluso una sola pluma tenía derecho a ser respetado, y lo era; uno que tuviese media docena de plumas era contemplado con admiración.

En la primera visita de Sam a los Crows estaba fumando una pipa y por algún motivo había dejado el Bowie a su lado. Se había percatado de la presencia de un Crow a su lado y de lo que aquel bravo estaba haciendo. El astuto ladrón estaba pisando el cuchillo y lo tenía agarrado entre dos de los dedos del pie, y la túnica que llevaba sobre los hombros casi lo tapaba por completo. Se quedó inmóvil durante quizá un minuto; luego, agarrando el cuchillo con el pie, lo llevó lentamente hacia arriba entre los pliegues de su túnica y bajó una mano silenciosa. En ese momento Sam se puso en pie rápidamente y, agarrando al indio del cuello y del trasero, le dio literalmente la vuelta y el cuchillo cayó de entre la túnica mientras el indio volaba por los aires. Tres años después, cuando los Crows cambiaron el curso de su vida, Sam se preguntaría si todo había empezado en aquel momento.

Tras dejar a Kate cabalgó Musselshell arriba hasta la gran curva y luego hacia el oeste casi cien kilómetros antes de girar al sur hacia el Yellowstone. Subió por el Yellowstone hasta que en la brumosa distancia pudo ver la marca de sus profundos barrancos y lo dejó para seguir un afluente, porque Windy Bill había dicho que pasaría el verano allí, escondido de sus enemigos. Sam todavía estaba a diez kilómetros del campamento de Bill cuando notó que se le acercaba un jinete. Sam se detuvo, con el rifle atravesado sobre el brazo izquierdo y esperó. No se sorprendió nada cuando oyó el silbido de una bala pasar cerca de su oído. Era un saludo que los tramperos se hacían unos a otros.

En unos momentos, vio a Bill, que a grandes voces se disculpaba burlescamente y le daba la bienvenida.

—¡Vaya, vaya, compadre! —dijo—. M'abían dicho que l'abías palmao, ya te digo. M'abían dicho q'un pagano Pies Negros t'abía quitao tus cosas y t'abía dejao tieso —aquello era sólo la clase de chanzas que la mayoría de los tramperos libres se lanzaban unos a otros. Todos pensaban que sufrirían muertes violentas, de modo que

fingían sorprenderse al encontrar a un amigo todavía con vida. Sam sonrió tras su barba dorada.

Pero Bill no sonrió cuando, junto a la hoguera de la cena, oyó el relato de Sam sobre la mujer del río. Estaba muerta, dijo; Dios bendito, los lobos se llevarían los cráneos y el primer Pies Negros que pasara le arrancaría la cabellera. «Lo siento mucho por esa mujer. ¿Por qué no te l'as traído?»

Sam le dijo que ella no habría querido ir; le rompería el corazón apartarla de las tumbas. Además, se le había ocurrido animarse un poco y hacerse con una chiquilla para su bolsa de medicina.

Con fingida gravedad, Bill miró a su alrededor como si viese esta y aquella tribus indias intentando averiguar en cuál iba Sam a buscar a su pareja.

—No veo Muslos-Quemados —dijo—, ni Flechas-Rotas, ni Yankataus, ni Pian-Kashas ni Corta-Cuellos —todos aquellos eran nombres para las tribus de la nación Sioux—. No será una Digger, espero que no. Ni una Snake. Entonces, ¿ande vas a ir ahora?

—Los Flatheads —dijo Sam, volviendo a servirse en el plato uapití asado.

—Vaya —dijo Bill—, me parece mu inteligente, ya te digo. Los Flatheads, no hay paganos mejores. Son los únicos coloraos que no han matao toavía a un blanco. Pero una cosa, Sam, me pienso yo que cuanto más lejos esté un hombre de su familia política, más va a durar su matrimonio. Toa la puñetera tribu va a querer que los des de comer como vivas a menos de quinientos kilómetros.

—Ya se me había ocurrido —dijo Sam.

Los Flatheads eran buena gente, dijo Bill mientras se llenaba la pipa. Les tenían muchísimo miedo a los Pies Negros, así que nunca irían a visitarlo porque nunca se atreverían a salir de casa. ¿Ya había escogido a su cariñín?

—La vi la primavera pasada.

—Ahora ya podría ser la yegüita de otro.

—Podría —dijo Sam.

—¿La hija del jefe?

—Montaña Alta.

—¡Caray! ¡Una princesa! —dijo Bill. Fijó sus grandes y bastante saltones ojos azules en el rostro de Sam. Le parecía haber visto al bichillo hacía un año o dos cuando estaba curtiendo pieles pa Pares Hole. Vació la pipa, la llenó, escuchó los ruidos nocturnos, olió la brisa que soplaba del riachuelo, colocó una brasa en la cazoleta de la pipa, dio unas cuantas chupadas mientras sus pilosas mejillas se ahuecaban con cada soplido y dijo—: Bueno, te deseo suerte, pos claro. En cuanto a mí, veintiséis inviernos m'an nevao encima en estas mismas montañas y hasta un negro o un mexicano habrían aprendido unas cuantas cosas tos estos años. Debería distinguir a un toro de una vaca. Sé qu'el ciervo es ciervo y que la garra de un *grizzly* no es el suave vientre d'una mujer y que un cactus no son sus labios pero nunca he sabio los caminos al corazón d'una mujer.

Estaba teniendo problemas con su pipa. Puso otra brasa en la cazoleta y aspiró profundamente; y al final dijo:

—Sam, deja que te diga. Durante diez años tuve una *squaw*, Cheyenne era, y era la sujeta más mezquina que jamás llevó cuentas de colores. La monté un tipi en el arroyo Dead Wolf y la cambié por un rifle Fíawken. Mi siguiente mujer era Crow y, lloviera o tronara, no había cuentas ni pintura roja suficientes en todo Sublette pa que esa *squaw* dejase de llorar. Cambié a esa perra por un caballo de carga. No m'entiendas mal, me gustan las mujeres, pero hace casi tres años que lidié con ese bicho y m'arañó hasta que sangré por cien agujeros. Luego me hice con un terruño, pero... déjame ver... me parece que la siguiente fue Pájaro Cantor, una Pawnee. Y ella no era mejor.

»Te lo digo, Sam, si es mujer, no importa que sea piel roja, negra o blanca, t'atormentará pa toa la vida. To'l día y toa la noche. Conozco a tramperos que las han probao toas, las Diggers, las Snakes, hasta las negras; y m'han dicho que la negra es tan dulce como la miel de Hank Cady. Pero te juro por el jamelgo que me llevó cincuenta kilómetros y me salvó de cincuenta Pies Negros que se deslomaban a correr pa quitarme la cabellera que el lobo es el lobo y la mujer es la mujer, y este viejo ya no aguanta más. Pero un joven como tú necesita una docena o así. El pecho de una mujer es la roca más dura que el Todopoderoso creó en toda esta vieja tierra y yo no veo ningún rastro en ellos. Soy capaz de rastrear hasta una pelusa, pero nunca he podido ver ningún camino hacia el corazón de una mujer. ¿Piensas volver por aquí?

Sam dijo que eso creía. Quería ver a la mujer antes de dirigirse hacia el sur hacia las Uintahs para poner trampas. Bill dijo que él podría subir por el río para ver si la mujer estaba bien; le hacía sentirse muy mal pensar en una mujer blanca a la que sólo separaba de territorio Pies Negros un río y no tenía un amigo en quinientos kilómetros. ¿Cómo se llamaba?

—No lo sé —dijo Sam—, no hablaba.

—Entonces no es una mujer. ¿Qué debería llevarle?

Bisonte o uapití curado; una gran manta caliente, si le sobraba alguna; azúcar, sal, harina y semillas de flores silvestres, si encontraba alguna por el camino. Bill dijo que le llevaría un montón de cosas.

—¿Cómo se llama tu cariñín?

Sam se quedó mirando su pipa. Había decidido que no podía usar el impronunciable nombre Flathead de aquella mujer, pero no se había decidido por un nombre nuevo. Alguna flor silvestre, quizá: Lily, Daisy, Rose... No había muchas mujeres con nombres de flores. Quizá la llamaría Lotus.

Bill no se esforzó por ocultar su escepticismo. Después de mirar a Sam un largo rato, dijo:

—A mí no me gustaban los nombres de mis *squaws*, así que las llamaba a todas por el mismo nombre, Lucy era. Cuando era crío había una chica que me gustaba que se llamaba Lucy. Sam y Lotus. Bueno, ¿vamos a tener algunos pequeños Sams y

Lotus?

—Claro —dijo Sam con una sonrisa amistosa—, quizá dos, uno de cada.

—Mu bien —dijo Bill—, que me corten las bolas. ¿Sabes, Sam?, debo de tener tantos hijos como un obispo mormón. ¿Y sabías que los mormones vienen p'acá?

Sam se volvió para mirarle.

—Eso es lo que he oído, Sam. Todo el condenao tinglado *políngamo*, Brigham Young y todos. Dentro d'unos años nos van a echar de nuestras casas. Los indios lo han sabido siempre. Veinte años, treinta, y no quedará ni un bisonte... Ná en ninguna parte más que condenaos idiotas arando la tierra y plantando repollos. Soy trampero y hombre de montaña pero no hay futuro pa los míos. Nos echarán a Canadá y luego al mar —Bill vació su pipa. Miró a su alrededor—. Diez, veinte mil, toda la jarana *políngama* se viene pa esta zona y si no *fuerese* cristiano querría que se murieran de hambre. Me pongo del hígado sólo de pensarlo.

—Y yo —dijo Sam, mirando a su alrededor preguntándose dónde podría dormir. La mayoría de los tramperos que conocía dormían boca arriba con los brazos estirados como un bebé y roncaban con una violencia que sacaba de quicio a quien durmiese a su lado. Bill empezó con graves gruñidos, silbidos y resuellos que fueron aumentando de forma constante en un *crescendo* de resoplidos y rugidos hasta alcanzar un devastador *fortissimo*. Tras unas cuantas notas que se podían oír a un kilómetro de distancia, el salvaje clamor de música para ranas de la garganta de Bill pareció venirse abajo entre sus amígdalas y sus vegetaciones y resolló y carraspeó hasta que parecía que iba a morirse. Pero como un sapo con un mal catarro tocando variaciones de una sonata sobre el mismo tema, lanzó unos cuantos resoplidos tremendos, se quedó sin aire hasta que todo su cuerpo se estremeció por el tormento y volvió a comenzar con los gruñidos y silbidos en un tono distinto.

Sabiendo que no podría dormir ni a cincuenta metros de Bill, Sam dijo:

—Me parece que me voy a dar un paseo.

Bill se giró para mirarlo con la sonrisa cómplice del que había tenido unas cuantas mujeres.

—Paeces inquieto —dijo—, tu Lotus te va a quitar eso.

—Supongo —dijo Sam. Se internó en el bosque con el rifle. Cuando Bill estuvo dormido volvió a por su saco y bajó hasta el riachuelo, a cien metros. Miró a las estrellas. Las constelaciones le decían que era más o menos medianoche.

Resultó ser menos complicado de lo que Sam había esperado. Montaña Alta fingió que otros quince o veinte tramperos aparecerían en cualquier momento para hacer ofertas por su hija y cada uno de ellos llevaría diez percherones cargados de regalos. Sam sonrió al oírlo. El jefe fingió asombro de que su hermano Sam Minard, Jefe Garras Largas, hubiese podido pasar tantas lunas lejos de aquella niña, que era más adorable que las flores silvestres, el cielo, las nubes y los árboles con sus ropajes primaverales; ¿pues acaso el uapití macho deseoso de copular con la hembra se esconde en un matorral y se amohína? Sam le explicó por señas que había tenido que cazar muchos castores para cambiarlos por muchos regalos, incluyendo la bonita cazuela de cobre que había traído para Montaña Alta, el más bravo y noble de todos los guerreros, para que cocinase en ella su uapití. ¿Acaso se habría atrevido a acudir al más grande jefe sobre la tierra con un caballo vacío y ofrecerle un puñado de moras de los pantanos y un cuchillo roto a cambio de su más hermosa hija? El jefe admitió que aquello era razonable y probó por otro lado. Dijo, con palabras, signos e intérpretes, que había tenido más problemas que un conejo en la guarida de un lobo manteniendo virgen a su hija durante tanto tiempo, negándose a otros rostros pálidos que habían llegado resoplando como sementales con montañas de regalos; rechazando inmensas fortunas que incluían a los más veloces caballos de la nación Crow, suficientes rifles como para exterminar a los Pies Negros, bastantes cazuelas como para cocinar a todos los bisontes de las praderas y todo porque amaba profundamente a su hermano Jefe Garras Largas. Su dolor había sido inconsolable. Se había puesto muy enfermo. Por tal devoción, paciencia y tolerancia, ¿no se merecía algunos regalos especiales? El hermano Garras Largas dijo que ciertamente así era, y de su equipaje sacó un barril de ron de diez litros. Cuando los ojos negros de Montaña Alta vieron lo que era, llegó hasta ellos la alegría que se ve en la mirada de los niños pequeños. Su cara bronceada sonrió. Estaba a punto de emborracharse.

Sam Minard no bebía nunca. En ciudades fronterizas como San Luis o Independence o en las postas había visto a hombres, llenos de ron y lentos a la hora de desenfundar, salir tambaleándose con la sangre brotando de sus heridas. Con todas las conversaciones y todos sus deberes cumplidos, intercambió munición por un caballo ligero y resistente y una brida de piel de ciervo, le entregó las riendas a su niña-esposa de ojos negros, le colgó un revólver y un cuchillo en su delgada cintura y cabalgaron hacia el sur. Ella no tenía silla, pero sí llevaba una manta. «Caballo de squaw», dijo él, dándole una palmada al animal cuando la chica se montó. Él le enseñaría su idioma, pues quería que sus hijos lo hablaran. «Nudo de squaw». Tocó un nudo de arriero del mulo de carga. «Fuste... estribos... cuerno... cincha». Había

decidido que por las venas de ella corría sangre de un hombre de Lewis y Clark y esperaba que aquel hombre fuese John Colter. Mientras estudiaba sus rasgos ella le miraba con sobrio interés infantil. Como todas las niñas indias, había oído que los hombres pálidos eran crueles con sus mujeres; quizá se estaba preguntando lo lejos que estaría de su gente cuando él le pegase hasta dejarla sin sentido y la abandonase. Pero respondió a las palabras de Sam con la boca abierta y un centelleo de sus dientes.

—Lotus —dijo Sam, tocándola suavemente—, la señora Lotus Minard.

Su boca abierta dijo:

—Lo...

—... tus. Lo-tus. Mi galletita dorada.

—¿Ga'etita?

—Galletita. Mi yegua india. Mi esposa.

Los habían rodeado cientos de indios, con sus negros ojos fijos en ellos. Inclinando la cabeza hacia sus hermanas como haría un pájaro, había dicho, señalando a Sam, «Garras Largas».

—Jefe Garras Largas y Princesa Samson Minard. Sería un día estupendo para los dos si tú resultases ser Delilah. Delilah Lotus, esa eres tú.

«Sam», había dicho ella. Conocía su nombre blanco. «Alto». En la primera visita de Sam los Flatheads le habían preguntado qué era; él había levantado la mano alrededor de un metro y noventa y tres centímetros y había dicho «Alto».

Mientras cabalgaba hacia el sur alejándose de la aldea, con Lotus siguiéndolo, estaba pensando que durante unos días estaría a salvo en territorio Flathead. Aquellos indios no sólo no habían matado, robado o engañado nunca a un hombre blanco, por lo que sabían los hombres blancos, sino que eran conocidos por su valor, prudencia, sinceridad y piedad. A sus hijos les enseñaban a no pelear nunca excepto en defensa propia, o, como decían los indios, no ir nunca de caza en busca de sus propias tumbas. Un principio de su fe les prohibía buscar venganza.

¿Cómo, se preguntaba Sam, mientras cabalgaba por las estribaciones este de las Bitterroot, querría Lotus enseñar a sus hijos? La mayoría de los padres indios eran tipos sentimentales que mimaban a sus hijos, cantándoles y relatándoles historias valerosas; pero tenían poca paciencia con uno que mostrase cobardía o se rebelase contra la disciplina de la tribu. Sam había visto a un niño Crow de seis años con un gran berrinche en mitad del invierno y había sido testigo con asombro de cómo el padre le arrojaba cubo tras cubo de agua helada al muchacho tembloroso y chillón. Había visto a madres colocar sobre la nieve a bebés de unos pocos meses y dejarlos allí durante diez o quince minutos; cuando habían llevado a los niños al calor de las tiendas estos, movían los brazos y gritaban encantados. Hank Cady había contado una vez, en una de esas raras circunstancias en que pronunciaba más de diez palabras, que llegaría el día en que los niños blancos no valieran ni pa darles capirotaos. Bueno, los de Sam Minard serían maravillosos, un niño y una niña, y los querría con toda su

alma.

Le dio a Lotus la primera de muchas sorpresas cuando desmontó, adquirió una postura de Don Giovanni y comenzó a cantar con su voz de barítono. Fingiendo que ella era la doncella de Doña Elvira y que el caballo sobre el que estaba era el alféizar de una ventana, le dio una serenata, cantando el aria con toda el alma. Si ella tenía voz le enseñaría a cantar. Volvió a asombrarla cuando se detuvieron para montar el campamento. Ella había supuesto que su señor se fumaría su pipa mientras ella recogía leña para la hoguera, traía agua y le preparaba la cena; pero Garras Largas la bajó de su caballo, se la acercó unos instantes manteniéndola con los pies en el aire y besando su melena negra; y luego hizo un fuego y organizó una cena de bisonte curado, galletas rancias y una cafetera... Un banquete de bodas muy triste, le dijo, pero mañana habría algo mejor. Abrió una lata de azúcar y chupándose un dedo, tocó el azúcar y se lo llevó a la boca. Entonces la tomó de la mano, le chupó el dedo, lo metió en el azúcar y se lo llevó a la boca. Cuando la miró a los ojos había tal asombro infantil en ellos que tuvo que sonreír. Mientras él estaba sacando la comida y ella se preguntaba qué clase de hombre era aquel que hacía el trabajo de las mujeres, miró a su alrededor y vio matorrales repletos de bayas. Cogió una taza, se fue hacia allá y regresó con la taza rebosante. Sam puso la mitad de las bayas en el plato de latón de ella y la mitad en el suyo y espolvoreó azúcar en ambos.

—Veo que serás una buena esposa —dijo; y la volvió a sorprender cuando, inclinándose, le tomó del rostro y le dio un beso en los labios manchados por las bayas.

Bendito Eros, qué bueno era tener a una esposa en los brazos y andar cabalgando por el mundo. Qué bueno era estar durante unos días en territorio amigo donde un hombre podía dormir. Estaba a más de trescientos kilómetros de los Pies Negros, a quinientos de los Crows, a setecientos de los Utes. Después de haber cenado ella le miró fijamente, fascinada, mientras él lavaba los platos en un frío riachuelo de montaña. Para la mayoría de los indios la única herramienta para lavar los platos era la lengua de un perro. Ató a los animales, apiló las mantas contra un árbol, se inclinó sobre ella, llenó y encendió su pipa y entonces, mirando a Lotus, le dijo suavemente:

—Ven con tu hombre.

Ella debió de entender su mirada, si bien no las palabras, pues se acercó hasta que él pudo tomarla por el brazo y acercarla a su lado. La acurrucó cómodamente entre las mantas, la abrazó con su fuerte brazo izquierdo y, mirando al cielo, dijo:

—Mira hacia abajo, Todopoderoso, y ve a tu Adán y a tu Eva aquí en el paraíso. Ella me dio bayas-manzanas pero no calculo que vayamos a pecar hasta que ella se acostumbre a mí —mirando su cara, dijo en voz baja—: Pobrecilla Lotus-Lilah, has dejado a todo tu pueblo para venir conmigo. Seré un buen esposo.

Aquello no era lo que quería decir; supuso que no era tan galante. Ella le miraba a los ojos pero él no podía leer nada en esas negras profundidades. Con el brazo izquierdo se la acercó un poco más y su mejilla izquierda se hundió en la lustrosa

calidez de su melena. Bajó la sien hasta que con la suya tocó la de ella. Luego contuvo el aliento, porque notaba el pulso de Lotus acelerándose a cien latidos por minuto. Apartando su pipa, se incorporó y le tomó las manos colocándolas, con el dorso hacia abajo, sobre su gran mano izquierda. Luego estudió las líneas de sus manos. De joven sabía qué significaban algunas de las líneas. Le pareció que la línea de la vida había sido cortada por la mitad, pero en otra línea había dos hijos, y eso era bueno. Se acercó las manos de ella a su boca rodeada por la barba y le besó las dos palmas. Luego se volvió hacia ella y, sosteniendo su cara, trató de mirar más profundamente aquellos ojos negros como si estuviese mirando en un frasco de tinta negra colocando una luz por debajo. Le dio una palmada en las rodillas, volvió a rodearla con su brazo izquierdo y, tomando su pipa, la llenó con el tabaco de un bolso de piel de ciervo. Mientras él andaba ocupado con el tabaco, ella se separó rápidamente de él y regresó con una brasa encendida.

Unos minutos después él volvió a apartar su pipa y tomó su armónica. Tocaba y cantaba a intervalos. *Au clair de la lune*, una canción francesa del siglo XVIII; *La canción del trovador*, *Verdes ramas de laurel*, pero en mitad de esta se interrumpió para contarle que muy al sur, en la tierra de Kit Carson, las llamaban lilas. Tocaba una melodía, la cantaba y la volvía a tocar; y todo el rato ella lo miraba atentamente, como un niño decidido a comprender.

Moscas en la pemmican, saltad a mi Lotus.
Moscas en la pemmican, saltad a mi Lotus.
¡Moscas en la pemmican, saltad a mi Lou!

Ella le dedicó una maravillosa sonrisa: conocía la palabra *pemmican*^[2].

—¿Sabes, señora Minard?, creo que voy a encargarme un banjo.

—Ban-jo.

—Banjo —repitió Sam mientras fingía tocar un instrumento y hacía sonidos de banjo con la boca. Cuando se fue de casa el único banjo que había visto era aquel instrumento de largo mástil sin trastes que usaban en los espectáculos de cara pintada y para acompañar baladas inglesas y canciones irlandesas y escocesas populares en su día. Una carta de su hermano David le decía que ahora había un banjo con cinco cuerdas y trastes en el mástil y que el estilo de tocarlo estaba evolucionando de hacer funciones de acompañamiento a un solo desarrollado. Todo aquello le sonaba bien.

¡Eh, adelante, adelante Josey!
¡Eh, adelante, Jim con Joe!

Ella le sonrió. Él le tomó las manos, se las llevó a los labios y las besó, las palmas y el dorso, y luego los dedos. Le parecía que se estaban llevando bien. Cuando la luna se elevó por encima de los árboles, él la señaló y dijo:

—Luna.

—Luna.

—Una luna de Mozart —cuando la luna era redonda y madura, como la que había aquel día, quería hacer sonar su armónica como una trompa de modo que pudiese tocar un solo de trompa; quería expresar la música como vientos, las susurrantes nanas como agua que corría, las exquisitas arias de los pájaros, la gran vista de los amantes que formaban los árboles, pues le había dicho su padre que el Todopoderoso tenía las mejores orquestas y las más magníficas sinfonías del mundo. Era su padre quien le había dicho que el *Retrato musical de la naturaleza* había abonado el terreno para la Sinfonía *Pastoral* de Beethoven. Tocando el *pianoforte* su padre se había esforzado por describir tonos, evocar imágenes mentales con impresiones auditivas; con su armónica Sam podía imitar decentemente la flauta, el violonchelo y el oboe, pero fracasaba completamente al tratar de reproducir los dorados y llenos tonos de campana de la trompa.

—Cuánto nos vamos a divertir —dijo, abrazándola—. Sin impuestos, sin policía, sin gobierno, sin vecinos, sin predicadores... Sólo nosotros cuatro, comiendo y durmiendo, tocando y cantando —se giró y la besó con suavidad en la frente, las mejillas, los labios, pero ella no respondía. Él creía que Eva era igual en todas las mujeres. ¿Sabía ella que algunos de los mejores cantantes del mundo eran pájaros? Los oírían durante su largo viaje hacia el sur, al turpial, el zorzal ermitaño, el zorzal maculado, el picogordo, la oropéndola. Pensó en fumarse otra pipa y luego dormir. Poniéndose en pie, miró al acantilado que había sobre ellos y todos los alrededores para asegurarse de que la única manera de acercarse que pudiese tener un enemigo fuese por delante. Luego se sentó, y mientras se fumaba su pipa y miraba a su mujer, la mirada de ella se posó sobre su cara, como si la estuviese fijando en la memoria, o como si estuviese examinando las diferencias entre la cara de un piel roja y la de un blanco. Él supuso que ella no entendía la música del hombre blanco, ni sus besos, pues los pieles rojas no besaban a sus mujeres. Quizá se preguntaba cuándo la iba a tomar con la pasión brutal y salvaje con que la mayoría de los machos mamíferos tomaban a sus hembras. ¡Pobrecilla Lotus! Tendría unos cuantos días más de paz.

Sí, era una luna de Mozart. Septiembre casi había llegado; en esa estación las noches en las altas tierras de montaña del norte parecen haber sido llevadas desde los glaciares. Pero tenía muchas mantas. Apartando su pipa, la abrigó con una piel de bisonte como si fuese una muñeca. Levantando la parte en la que apoyaba la cabeza, colocó agujas de pino y ramitas bajo la piel de modo que tuviese una especie de almohada, aunque no estaba seguro de que los pieles rojas usaran almohadas; y colocó el revólver y el cuchillo en un pliegue de la manta, para que tuviese rápido acceso a ellos. Si aparecían enemigos, le dijo, él se encargaría de cuatro y ella debía encargarse de dos. Luego se envolvió en una manta y se tumbó a su lado con el rifle entre ambos. Había mil estrellas en el cielo y la luna entre ellas parecía la redonda nota dorada de una trompa. Sam no era un hombre religioso en el sentido de seguir un credo o ir a la iglesia, pero sentía una potente afinidad con la tierra, los cielos y todos los seres vivos que lo rodeaban, excepto con los asesinos profesionales. Miró la luna

y las estrellas y comenzó a hablar.

Le dijo a su silenciosa y atenta esposa que el Todopoderoso había creado un mundo hermoso y que las Montañas Rocosas, las cordilleras de la columna continental, o las Montañas Stony o Snowy, como algunos las llamaban, eran la médula, el corazón y el alma de ese mundo. No los había visto, pero el sentido común le decía que por comparación los Andes eran sólo colinas y los Alpes eran para que los niños trepasen. Esa vanidad le hizo sonreír entre su manta. Juntos explorarían el Gallatin y el Madison y cien valles más; las Teton, las Bighorn, el río Green, el Columbia, el Blue, las montañas Big Belt; y mil picos que cualquier hombre vivo y alegre querría subir; y los ríos, lagos y las altas cascadas blancas que se recortaban contra las nieves de altura. El porqué ningún hombre viviría voluntariamente en una ciudad, con esos ruidos y olores infernales, no podía entenderlo. Por qué un hombre querría vivir allí entre las colinillas que llamaban montañas al este del Mississippi cuando podía ir al Oeste a ver las mejores esculturas de Dios, tanto griegas como góticas, y ser su propio dueño, rey y conciencia, sin leyes excepto la de que los valientes sobrevivían y los cobardes perecían, y sin manicomios para locos que ya no podían volver a contemplar la vida en la ciudad sin chillar... Y sin iglesias excepto aquella en la que estaba, sin predicadores excepto las alondras, los reyezuelos y los zorzales, sin biblias excepto el lenguaje de la tierra para aquellos que supiesen leerlo. Esta era la vida que él adoraba. Allí era donde quería vivir hasta que una flecha o una bala lo encontrasen y cuando llegase esa hora le parecería bien dejar que los lobos limpiasen sus huesos y lo dejaran sobre ese gran mapa del magnífico...

La chica, que estaba tumbada a su lado, entendía sólo algunas de sus palabras, pero comprendía la emoción, pues en esencia el humor de él era el de ella. Estaba emocionada tanto por la felicidad como por el miedo cuando la mano de él se acercó para tocarla, para apretarle el brazo o (una vez) para posarla sobre la piel que le cubría el ombligo. Las emociones fuertes las entendía, pues su propio pueblo, de entre todos los pieles rojas, era altamente emotivo; pero no comprendía a un hombre, blanco o moreno, que durante horas no hiciese con su mujer más que hablar. Nunca sabría que, sencillamente por el sentimiento glorioso, un hombre romántico estaba enamorándose.

Al día siguiente continuarían creciendo su asombro y fascinación.

Se demoró en territorio amigo, apartándose de su ruta más directa para acampar junto a un lago de montaña. Miró la fría agua de alta montaña y se dijo que necesitaba un baño. A su astuta pero humana manera quería ver a su mujer sin ninguna ropa encima. Se olió las axilas pero el único olor que había ahí era el de los ahumados que habían usado para curtir la piel. Como todos los tramperos libres, cuyas vidas dependían exclusivamente de su viveza y su valor, había saturado muchas veces su ropa de cuero con el humo del cedro, la salvia y anís estrellado para enmascarar el olor humano. El olor del humo, las pieles curtidas y la piel de castor era prácticamente el único olor que tenía. Pero como era recién casado y le gustaba el

olor del pelo y la piel humanos recién lavados, quería bañarse.

Después de atar sus caballos y colocar las armas donde pudiese acceder rápidamente a ellas, se quitó la ropa. Sabía que su mujer lo estaba observando; suponía que ella se estaría preguntando si tenía la intención de desvestirla. Pobre cervatilla asustada, ¿se creía que había llegado la hora de que la violase? Le hizo una señal de que se quitase la ropa y en unos momentos se quedó desnuda; pero él ya se había lanzado a las frías aguas y estaba nadando. Entonces se puso en pie, chapoteando, mirándola, con el agua cayendo por los mechones de su larga cabellera. Después de que ella entrase en el agua él nadó hasta la orilla y, usando arena como jabón, se la restregó. Luego volvió a tirarse al agua y nadó como un bisonte comparado con su esposa, que nadaba ágilmente como un berrendo. De pie con el agua hasta la cintura, Sam la observó. Como si le estuviese demostrando su talento, ella nadó treinta metros a su izquierda; se giró con tanta facilidad que parecía que la estaban remolcando y nadó hacia su derecha; y luego fue directa hacia él. No podría estar más hipnotizado si se hubiese tratado de una sirena. Estaba delante de él, con el agua casi por la barbilla y el pelo negro echado hacia atrás en una enredada melena mojada y su cara húmeda tenía una expresión tan seria como la de un niño que lo miraba con sus ojos negros.

—Nadas mucho mejor que tu hombre —le dijo—. Espero que dis pares igual de bien.

Acercándose a ella y metiendo los brazos bajo el agua, colocó el brazo derecho bajo las rodillas de su esposa, el izquierdo alrededor de su espalda y la levantó. Chapoteó hacia la orilla y se quedó en pie sosteniendo su cuerpo empapado, admirando la belleza de su bronceada piel india; sus pechos, que le parecieron perfectos; su adorable cuello y sus hombros; y al fin sus ojos. Para lo que creyó ver en aquellos ojos no tenía palabras. Era como si hubiese vivido durante veintisiete años dentro de la prisión de sí mismo sin comunicarse una sola vez con otro ser vivo y descubriese ahora, en el milagro de aquel momento, que no estaba solo. Supuso que aquello era lo que significaba amar. Todavía sosteniéndola con un brazo bajo sus rodillas y el otro alrededor de la espalda, la levantó de modo que sus labios pudiesen tocarla, desde las rodillas hasta la boca. Besándola por todas partes, la movía adelante y atrás con tal facilidad que parecía no pesar nada. La lanzó hacia arriba y la volvió a coger en el aire, y esta vez sus dedos se extendieron por los muslos y contra su pecho justo debajo de los senos; y la besó en los muslos subiendo por la espalda hasta la nuca y el pelo. La volvió a lanzar y extendiendo las manos la agarró por la cintura y la posó en el suelo. Con un dedo tímido e indeciso ella le tocó suavemente el músculo superior de su poderoso brazo derecho. No sabía que hubiese hombres con esa fuerza. Ahora sólo le habría sorprendido un poco que Mick Bone le hubiese dicho que había visto a aquel hombre, a quien la habían vendido para bien o para mal, agarrar a dos indios de tamaño medio por el cuello y hacer chocar sus cabezas con tal fuerza que ambos cayeron muertos; que Sam podía colocar la mano estirada sobre su vientre y

levantarla por encima de su cabeza con la facilidad con que la mayoría de los hombres hubieran levantado a un bebé y que podía ponerse bajo el vientre de cualquier animal de la manada de su padre y con las manos sujetando por detrás las rodillas podía levantar del suelo las cuatro patas del caballo. Sus ojos le decían que ella sabía que era fuerte. Le estaba mirando las manos.

Sacando de su bolsa de medicina la armónica, tocó unas cuantas tonadas, tratando de encontrar lo que quería; y tras haberlo encontrado, comenzó a bailar, solo, atrás y adelante en la arena de la orilla del lago y la niña bronceada, brillando con las gotas de diamantes fundidos y la espalda completamente cubierta por su melena negra, se quedó quieta mientras lo miraba. Él no sabía si la maravillosa melodía afectaría al humor de ella como la canción del zorzal ermitaño. Para él era como el olor de la miel silvestre derritiéndose; como la canción de primavera del azulejo; como un ramo de lirios. Entonces apartó la armónica, olió el aire y escuchó, y sólo oyó la dulce nota del zorzal de agua. Luego se acercó a su esposa.

Lo que hizo la asustó y la asombró. Inclinandose y colocando el brazo izquierdo tras sus rodillas, la levantó estirada; le dio un empujón hacia arriba con el brazo izquierdo y la mano derecha y enseguida estuvo sentada sobre el hombro izquierdo de él, que se dirigió hacia sus ropas. Allí la dejó caer hasta su brazo izquierdo y, mientras estaba allí posada como un gran pájaro dorado, mirándolo, él la miró a los ojos y sonrió. Adán y Eva estaban midiendo el milagro del otro. Entonces él pronunció unas palabras que, una vez dichas, encontraría diez veces más difícil el repetir las:

—Lotus-Lilah, creo que este trampero te quiere.

Ella era su esposa, su mujer, su compañera, su acompañante en el camino mientras quedasen caminos para los hombres libres; a través de los valles, hasta que estuviesen repletos de repollos y personas; y arriba en las montañas hasta los más altos picos, mientras los hombres sintiesen la necesidad de buscar a Dios.

La sentó y ambos comenzaron a vestirse. Él pensó que ella estaba rindiéndose a su hombría, pero no estaba preparado para tomarla, aún no. Dentro de él había un gigantesco vacío que llenar y muy poco de ese vacío podía llenarse con pasión sexual. Cuando ambos estuvieron vestidos se giró hacia ella, que estaba en pie mirándolo y poniendo sus brazos alrededor de sus hombros bajo su pelo, se la acercó, murmurando:

—Mía, toda mía.

Luego, colocando las manos bajo los hombros de su esposa, la apartó y la miró fijamente. Sus pies todavía no tocaban el suelo y sus maravillosos ojos negros y brillantes le devolvían la mirada. Acercó al suyo todo su cuerpo, de los pies a la cabeza, y apretó su barbuda boca contra su pelo.

—Bueno —dijo, soltándola—, creo que será mejor que nos pongamos en marcha. No vas a comer raíz amarga en mucho tiempo —la raíz amarga, que su pueblo llamaba spetlem y la hervía hasta que formaba una especie de crema, era demasiado

amarga para el paladar del hombre blanco. Dado que ella y su pueblo no habían vivido lujosamente, al modo de los Crows, estaba deseoso de prepararle banquetes en el largo viaje al sur. Esperaba encontrar urogallo.

—¿Te gusta el urogallo? —le preguntó—. ¿El ganso? ¿La codorniz? —trató de imitar las llamadas de aquellas aves. La canción o lenguaje de los gallos de la pradera era tan inquietante y en ciertos aspectos tan humano que le provocaba a uno una sensación extraña; y la codorniz y la tórtola aliblanca podían hacer que se le erizase el vello de la nuca. Imitó los gritos tapándose las fosas nasales, graznando y silbando, ahuecándose el pelo para imitar las plumas y moviendo las manos para representar alas. Le hizo reír por primera vez. Aquello, para él, significaba que su matrimonio iba viento en popa.

Sam nunca había pensado mucho en el amor. Había tenido buenos padres. De niño nunca se había sentido no deseado o poco querido. Su padre, un gigante bastante incapaz cuyas principales pasiones eran la música y la filosofía y que a veces se lo había encontrado leyendo a Descartes, Locke y Tom Paine cuando debería haber estado atendiendo su tiendecita, estaba mucho más interesado en el esfuerzo de Descartes por «hacerse con el conocimiento de todas las cosas» que en la despesa familiar. Sam heredó el amor por la música de su padre; su sentido pragmático en un mundo en el que un hombre tiene que adaptarse o perecer y su amor por la aventura y la libertad lo heredó de su madre inglesa. Su padre era de ascendencia francesa y escocesa con grandes aportaciones de otras nacionalidades; tenía, concluyó Sam, tantas sangres distintas que estaban constantemente en guerra unas con otras. Pero amaba aprender mientras que su madre amaba la vida. Daniel Minard tenía una biblioteca pequeña pero excelente y anhelaba escribir un libro algún día. Sam creía que podría escribir uno si alguna vez dejaba el Oeste y regresaba a casa. Algunos de los tramperos eran analfabetos hasta la médula, como Kit Carson o Jim Bridger, que ni siquiera, se decía, sabían leer o escribir. Algunos tenían educación. Algunos habían escrito libros sobre sus aventuras en el Oeste.

A los diecinueve años Sam les había dicho a sus padres que tenía la intención de ir más allá del Mississippi y echar un vistazo por allí. Su intención era quedarse sólo un año o dos, pero en la ciudad fronteriza de Independence se había sentido fascinado por los relatos de Kit Carson y otros tramperos. Entonces, un día lanzó a un matón por encima de sus hombros con tanta fuerza que le rompió los dos brazos a aquel hombre y huyó de la ley, como habían hecho muchos otros jóvenes antes que él. Mucho antes de ver por primera vez las Teton supo que los tramperos libres eran su gente y que aquellas montañas serían su hogar.

De camino hacia allá había escuchado cuantos relatos había podido de aquellos que habían ido antes que él. Estaba Edward Rose, que, si seguía vivo, sería ya un viejo. Negro, Cherokee y blanco, Rose (según decían aquellos que lo habían visto) tenía la expresión más demoníaca a este lado del infierno. Tenía la cara marcada por viejas heridas de cuchillo, un labio torcido que hacía que mostrase los dientes constantemente y unos ojos tan crueles y fríos como los de un halcón. Le habían devorado casi toda la nariz, tenía en la frente una marca horrible que un enemigo le había hecho con un hierro al rojo; tenía perdigones y balas en ambas piernas y, como Jim Bridger, durante un tiempo había llevado una punta de flecha clavada en la espalda. Había ido al Oeste hacía treinta y cinco años y se había unido a los Crows convirtiéndose en un poderoso jefe y, debido a su temerario valor en la batalla contra

los enemigos pieles rojas de los Crows, habían cambiado su nombre de Nariz Cortada a Cinco Cabelleras. Jim Beckwourth, que también había llegado a ser jefe Crow, decía que a Rose lo mataron más o menos por la época en que Hugh Glass tuvo aquella temible pelea con el *grizzly*. Pero había quien decía que Beckwourth era el mentiroso más grande del Oeste junto a Bridger.

Fue Caleb Greenwood, casado con una india, trampero y guía, quien cambió la vida de Beckwourth y lo convirtió en el hermano del Diablo. Tal como le contaron la historia a Sam, Caleb y algunos compañeros habían matado involuntariamente a un par de Crows y todavía tenían las dos cabelleras cuando media nación Crow los rodeó. Para salvar las vidas de sus hombres, Caleb había convencido a un jefe Crow de que Beckwourth era Crow, que cuando una banda de Crows había sido capturada por los Shians, Jim era un muchacho Crow que se encontraba entre los capturados. Años después, cuando Beckwourth y Bridger huían para salvar la vida, Beckwourth fue capturado y llevado a una aldea Crow. Habiéndolo visto con Greenwood, varios Crows lo reconocieron como su hermano y reunieron a todos los hombres mayores y les dijeron que examinasen a aquel hombre para ver si alguno podía identificarlo como un hijo perdido. Un vejestorio que lo había examinado casi por todas partes dijo al fin que si tenía un lunar bajo el párpado izquierdo era su hijo; cuando le bajaron los párpados como si fuesen dos pequeños toldos de goma, tan evidente como la luz del día, estaba el lunar. Durante las siguientes horas Beckwourth casi murió durante la bienvenida; los apasionados abrazos y apretones que le dieron docenas de histéricas hermanas, tías y primas le habían hecho sentir, decía Jim, como si lo hubiesen hecho rodar una y otra vez por una tonelada de *bois de vache* fresca. Pero sobrevivió a ello, se convirtió en un famoso jefe Crow y durante años pudo escoger cuantas esposas y caballos quiso, la única forma de riqueza reconocida por los indios. Se dijo que se enamoró de una guerrera que había jurado no dejarse tomar nunca por un hombre pero, que daría su vida por exterminar a los enemigos de su pueblo. Jim se vanagloriaba de haberla tomado, pero nadie se creía su historia porque hasta Jim Bridger decía que era un mentiroso sin igual. Fue un día triste para él cuando, cansado de mujeres y caballos, se marchó; al regresar con los Crows lo envenenaron rápidamente para poder conservar su valiente corazón, el hogar de su fantástico valor.

Sam ni siquiera había visto a Rose o a Beckwourth ni a otra docena de tramperos libres canonizados por las leyendas, pero había conocido a Kit Carson, el más famoso de todos ellos. Kit había servido como guía para un explorador y se habían escrito tantas páginas sobre él en el Este que los pisaverdes lo habían convertido en un ídolo nacional. Sam había visto dos veces a aquel escocés de Kentucky y se había fijado mucho en él. En un grupo de tramperos Kit parecía más bien un muchacho; con los mocasines puestos medía sólo un metro setenta y dos y pesaba, suponía Sam, no más de sesenta y ocho kilos. Tenía el pelo rojizo, las piernas arqueadas, pecas y firmes ojos azul acero. Se decía que había matado a muchos hombres, yacido con muchas mujeres y estado en muchas peleas. Cuando sólo era un crío, su familia había tomado

el sendero de Daniel Boone y cuando sólo tenía nueve años Kit Carson había visto morir a su padre machacado por un árbol. A los dieciséis se dirigió al Oeste. Cuando en un accidente un hombre se aplastó el brazo todos los hombres que estaban con él dijeron que no tenían el valor de serrárselo. Kit, que sólo era un muchacho, dijo que él se lo cortaría si le sujetaban, y con una vieja sierra desafilada cortó el hueso de la parte superior del brazo, cauterizó la herida con un tornillo al rojo y dijo que suponía que el hombre se curaría.

Ese tipo de historias habían hecho que Sam se fijase mucho en él. También se decía que Kit era un perro romántico que no creía que las mujeres, blancas o rojas, fuesen algo a lo que abrazar y luego tirar al río más cercano. El gusto de Kit se inclinaba por las muchachas españolas y mexicanas de ojos negros de la zona de Taos, para quienes besar a un hombre o apuñalarlo venía a ser lo mismo. Sam había visto a algunas de las señoritas y las había etiquetado de vanidosas y violentas. Prefería a su Lotus y para cuando pasó una semana habrían hecho falta un montón de palabras largas para expresar el alcance de sus sentimientos hacia ella. Era madre, esposa, hija, compañera de camino y ángel, y el alma de su bolsa de medicina. Le había estado enseñando cómo manejar el rifle y el revólver y a lanzar el cuchillo. Era una buena alumna con todas las armas, y también con el inglés. La había entronado en el vacío en el que durante siete años sólo había conocido comer, matar y evitar a sus enemigos, y ella empezó a llenarlo; y sus emociones la envolvían igual que ella lo envolvía a él, hasta que al despertarse ella era lo primero en lo que pensaba y lo último antes de dormirse. Que el cielo ayudase al hombre, blanco o rojo, que se atreviese siquiera a tocarla.

Posiblemente tenía miedo de que alguien lo hiciera, pues durante aquellas felices semanas doradas de otoño nunca apartó su vista de ella más que unos minutos. Para su asombro y felicidad descubrió que el acto sexual le había hecho ganar el aprecio de ella. Antes de aquello, ella había estado apartada, como si estuviese midiendo el alcance de su villanía; después, se acercaba a él, tímidamente, y le miraba a los ojos. Por las noches se acostaba desnudo en su manta y la abrazaba, desnuda, contra su cuerpo. La dejaba tumbarse de espaldas sobre su pecho, vientre y muslos, con la parte superior de la cabeza justo debajo de su barbilla y los dedos de sus pies apenas le llegaban a los tobillos. A veces se quedaban dormidos así, con una manta cubriéndolos. La llamaba su botón dorado, sus manzanas gemelas, la casa de su hijo y una docena de apelativos cariñosos tontos mientras sus grandes manos se movían tiernamente por su cuerpo. A veces se sentaba con Lotus en su regazo y le miraba durante todo un minuto aquellos maravillosos ojos y ella le miraba a sus ojos azul grisáceo, pasando la mirada de uno a otro, aquí y allá. Sam la miraba y no decía una palabra como si intentase mirar el cielo a través de una ventana opaca. A veces ella le hacía cosquillas en la barba o en el pecho; y aunque su expresión era seria él podía ver la risa en su mirada.

—¿Me quieres? —decía ella.

—Ya puedes estar condenadamente segura de que te quiero.

—¿Cena?

—Filetes de lomo y fresas.

Al mirarla a los ojos se acordaba de Loretto, que había ido al Oeste unos años antes que Sam; un impetuoso y apasionado español que tras pagar un rescate a los Crows, sus captores y enemigos, había tomado como esposa a una hermosa Pies Negros. Un año después él, su mujer y su hijo estaban con Jim Bridger y sus hombres cuando se toparon con una banda de Pies Negros; la chica, reconociendo a un hermano, le dio el bebé a Loretto y corrió a sus brazos. Entonces los indios se movieron rápidamente y se llevaron con ellos a la chica, que protestaba y lloraba. Y Loretto, con el bebé en sus brazos, fue llorando tras ellos, rogándole a su esposa que volviese con él. Un jefe Pies Negros se acercó entonces para enfrentarse con él y le dijo que no lo matarían si se callaba y se iba. Aquel era el precio por su vida, pero no el de su amor. Vivió y esperó el momento en que volvería a verla; y el relato de su duradero amor por ella se convirtió en una encantadora leyenda en todo el Oeste. A la mayoría de los hombres blancos les parecía extraño que otro hombre blanco pudiese amar a una muchacha india y razonaban sus prejuicios diciendo que un español, después de todo, no era blanco, sino un primo de los pieles rojas. ¿La volvió a ver Loretto? La leyenda decía que no. Sam no había pensado mucho en aquella historia antes de tener a Lotus a su lado y sentir la maravilla viva de su ser; después de aquello pensaba en la leyenda cada vez que miraba las luces y el fundido negro líquido de sus ojos.

En un prado de alta montaña encontraron fresas silvestres maduras y en la ladera de una colina a una joven y gorda hembra uapití estéril. La cena de aquella noche sería un banquete. No habría crema para las fresas ni pan de masa madre ni miel con grasa que hiciese de mantequilla, pero sería un banquete de todos modos. Tomándola en sus brazos, dijo:

—Bebe a mi salud sólo con tus ojos y yo prometeré con los míos.

«Sí», dijo ella, y entonces hizo algo que le sorprendió. Escogió una de las fresas más grandes y maduras y la aplastó contra los labios de Sam. Luego aplastó otra contra los suyos y, de puntillas, le miró y le dijo:

—¿Tú bebe?

—¡Que me aspen! —dijo él, y miró al cielo a través de su pelo. Luego la besó—. ¡Mmmm! —dijo, amando la fragancia de las fresas y el sabor del beso. La volvió a besar. Había tratado de enseñarle el significado de la palabra «qué» cogiendo un objeto, diciendo «¿Qué?», y nombrándolo. Ahora ella le miraba después del segundo beso y dijo:

—Lotus. ¿Qué?

Sam frunció la frente bronceada concentrado en sus pensamientos. Una fruta, le dijo. Era la fruta del loto la que la gente comía y los emborrachaba. Señaló las bayas.

—Lotus. ¿Qué? Esto.

—Ohhh —dijo ella, absorbiendo el significado. Creía que loto era la fresa silvestre. Se quedó mirando las frutas; él supuso que se estaba diciendo a sí misma que él le había puesto el nombre por aquella deliciosa fruta. Parecía muy complacida.

Sabiendo que él no siempre estaría presente para protegerla, se pasó muchas horas enseñándola a disparar y a lanzar el cuchillo. La mayoría de los indios no tenían rifles y los pocos que los tenían nunca dejaban a sus mujeres tocarlos. El retroceso y el ruido de la explosión la asustaron al principio, pero estaba decidida y era capaz; tras cincuenta disparos podía darle a un objeto del tamaño de la cabeza de un hombre a cincuenta metros. Nunca llegó a dominar el pesado revólver, pero practicaba a diario con el cuchillo. Fue James Black quien empezó a fabricar los cuchillos, que endurecía y templaba el acero con un método que nunca reveló a hombre alguno. Después de que James Bowie matase a tres asesinos contratados para matarlo con un cuchillo fabricado por Black, el arma empezó a ser conocida como un Bowie y se volvió tan famoso y tanto se extendió su uso que aparecieron escuelas en las que se enseñaba la lucha con el Bowie. De camino al Oeste, Sam había pasado un tiempo en una de esas escuelas. El auténtico Bowie tenía una guardia y además un filo por la parte opuesta de la cuchilla de unos seis centímetros desde la punta. Para lanzar, un cuchillo estaba fabricado y equilibrado para girar una, dos o tres veces desde cierta distancia. Sam había hecho que equilibrasen su cuchillo para que girase dos veces a nueve metros; a esa distancia era capaz de clavárselo a un hombre en el corazón. Le enseñó a su mujer a lanzarlo porque en su opinión era la mejor arma para una lucha a corta distancia; se podía lanzar más deprisa de lo que tardabas en apuntar con el rifle y podías cortar a tres hombres en el tiempo que se tardaba en dispararle a uno. Dijo que le compraría un Bowie en la posta de Bridger y un montón de cosas más. Quedarían endeudados, pero al invierno siguiente confiaba en conseguir cuatro, quizá cinco cargas de castor. ¿Sabía ella cuántas pieles había en una carga?

Una carga, le dijo, con palabras y señales, tenía diez pieles de bisonte, catorce de oso, sesenta de nutria, ochenta de castor, ciento veinte de zorro o seiscientas de rata almizclera. Cuatro cargas de castor serían trescientos veinte que se traducirían en setecientos dólares en una posta o en un *rendezvous*. Ella conocía la palabra *rendezvous* y preguntó si sería en seis lunas.

—Más —le cogió las manos y estiró todos los dedos y, empezando por el pulgar, dijo—: Este pulgar es octubre, índice, noviembre, el grande, diciembre... aunque no es muy grande —dijo, y lo besó—. Este es enero, el pequeño es febrero, y así debería ser. Este otro pulgar es marzo y el índice es abril. Alrededor de siete lunas y media —plegó los pulgares y enseñó ocho dedos.

De las Bitterroot se habían dirigido hacia el suroeste, hacia la divisoria continental, y la habían cruzado justo al norte del Lago Henry. Desde allí fueron a Pierre's Hole y subieron por la columna de la cordillera Teton y se dirigieron hacia el este, hacia lo que se conocería como Jackson Hole. En las estribaciones este de la cordillera, arriba en las laderas, había más flores silvestres de las que Sam había visto

juntas, hectáreas enteras, laderas enteras con tal riqueza de colores y aromas que sólo pudo quedarse pasmado mirándolas. Sólo conocía algunas de ellas, el áster, la castilleja, el penstemon, la gilia, las malvas; ninguna de ellas tan encantadora como la centella, que él llamaba lirio de montaña, con sus centros amarillos y seis pétalos blanco crema, y la colombina. Pero le fascinaban todas y se maravillaba ante la belleza de aquella ladera. Entre las flores, como para separarlas, había heléchos, las fuertes hojas del mirto, la kalmia y varias plantas de bayas, incluido el arándano negro. Y los arándanos estaban maduros.

Sam recogió algunas de las flores más bonitas y entretejió los tallos entre la melena negra de su esposa. Algún día, dijo, le haría un manto de azucenas blancas, lilas, amarillas y rojas. Mientras ella recogía bayas, él bajó por la montaña hasta un manantial para llenar la cafetera, porque iban a cenar en la cumbre, con las magníficas esculturas del Todopoderoso rodeándolos. Esta, dijo, era la mayor zona de uapitíes del mundo y, más allá, a sólo cien kilómetros, había tantos bisontes que las praderas eran de color negro. Estuvo en pie un instante mirando hacia el noreste; por allí a lo lejos había una mujer triste y sola y supuso que debería ir a verla.

Ya había oscurecido para cuando llegó con el lomo, el hígado y los cuartos traseros de un uapití. En un espacio natural, elevado y fragante, formado por densos ramajes de coníferas, hizo una hoguera y colocó el café y la carne. Lotus había reunido medio kilo de bayas. El arándano, decía Hank Cady, era el mejor del mundo; todos los otoños juntaba kilos y fabricaba su deliciosa mermelada usando miel silvestre y un poco de azúcar para espesar la fruta. Recordando cómo Hank usaba el zumo de las bayas y el tuétano caliente, Sam dio de comer a su mujer como si esta fuese un pajarito: abrió un panecillo caliente, puso tuétano fundido, lo mojó en el zumo del arándano y se lo dio de comer. Él cogió otro y, cerrando los ojos de modo que no tuviese más sentidos que el del paladar y el olfato, masculló sonidos de pura felicidad. El calor destacaba todo el maravilloso olor y sabor de la baya. Sam le preparó otros manjares en el cálido y oloroso espacio bajo los abetos. Sobre un pedazo de hígado crudo, bien calentado, espolvoreó una pizca de pimienta, luego extendió el tuétano caliente y se lo puso en la boca a su esposa. Imitándolo, ella cerró los ojos mientras masticaba. Él le besaba los labios húmedos por la grasa del tuétano o el zumo de las bayas.

Allí pasaron dos noches y un día dándose un festín de caza y frutos silvestres, luego bajaron a un hermoso lago y pasaron más allá de las majestuosas torres graníticas azul grisáceas de las Teton. Dos días más tarde se encontraban en el extremo sur de lo que se conocería como Parque Yellowstone. Aquella era la zona del agujero infernal y los géiseres calientes de John Colter, agujeros humeantes y fumarolas de barro. En la cuenca de un géiser estarían seguros todo el otoño y el invierno; los pieles rojas rara vez se aventuraban tan cerca de los grandes vómitos de agua caliente, o a aquella parte del lago donde había manantiales de aguas termales bullendo en las frías profundidades. El viaje hacia el norte para ver si la mujer seguía

allí supondría mil trescientos kilómetros extra, pero un trampero no le prestaba mucha atención a eso. No había mucho que hacer antes de las nieves del invierno. Además, pensó que la mujer podría recuperar la cordura si viese a otra mujer. Al entrar en las tierras de los Crows, ambos cubrieron sus cuerpos y sus ropas con el humo de madera de fuerte olor, como el cedro, la salvia y la hierba de bisonte; y Sam dejó su música y sus canciones y no elevaba la voz más allá de un susurro. Cuando cambió su comportamiento también lo hizo ella; se volvió tan silenciosa como una comadreja.

Después de haber ido al norte más allá de las Bighorn y de acercarse a territorio Pies Negros, Sam se guardó la pipa y dejó de hacer hogueras. Ahora comían carne curada, raíces y bayas secas. El pueblo de Lotus, como los Shoshonis, había sido desde hacía mucho tiempo presa para los Pies Negros y vivían con un miedo crónico hacia ellos. Sam se había dicho a sí mismo infinidad de veces que nunca debía caer en sus manos. Los Crows, los Cheyennes, incluso los Sioux quizá lo liberasen a cambio de un rescate, pero las *squaws* Pies Negros bailarían a su alrededor como seres chillones salidos del infierno y le arrancarían la carne de los huesos pedazo a pedazo. Sabía con qué alegría infernal los guerreros Pies Negros abusarían de su mujer si alguna vez le ponían las manos encima. Así que se volvió tan alerta como el lobo y Lotus se volvió más animal perseguido que ser humano.

El olor de los indios Pies Negros le hacía pensar siempre a Sam en John Colter. ¿Había habido alguna vez alguna carrera con la muerte como la suya? Sorprendido junto a un compañero por quinientos guerreros en la zona de Three Forks mientras colocaba trampas, John no se había resistido. Al idiota de su compañero lo habían aseado. A John le dieron una oportunidad. Era una oportunidad muy remota, pero al menos era alguna, y Sam podía imaginarse con qué ansia la había aprovechado. Allí estaba, desnudo, indefenso, con quinientos salvajes aullando a su alrededor y su compañero muerto sobre un charco de su propia sangre. Le habían quitado hasta los mocasines. Le dijeron que podía correr para salvar la vida con los quinientos hombres tras él. Colter no sólo debía correr descalzo; tenía que cruzar una amplia zona densamente poblada por cactus, cuyas púas eran tan afiladas y duras como agujas. Sam había cruzado la zona por la que había corrido John y había examinado las espinas. Supuso que un hombre que corría no sólo por salvar la vida sino para huir de la tortura no le prestaría mucha atención a las espinas que se clavaban en sus pies desnudos. ¿Cómo tendría Colter las plantas de los pies después de trescientos metros?

Tras cinco kilómetros, Colter había mirado hacia atrás y había visto a un indio regodeándose a sólo cien metros de distancia. Invocando lo que a Colter le habían parecido sus últimas fuerzas, trató de correr más deprisa y pronto comenzó a sangrar. La sangre le brotaba de las fosas nasales y le caía por el cuerpo. Tras otro kilómetro y medio miró de refilón hacia atrás y lo que vio le aterró: ahora el guerrero piel roja estaba a sólo diez o quince metros detrás de él y estaba a punto de arrojarle una lanza. En ese instante Colter tomó una decisión. Se detuvo en seco y se giró. Posiblemente

su cuerpo, rojo por la sangre, puso nervioso al indio, pues pareció hacer sólo un débil esfuerzo y luego tropezó y se cayó; y al instante siguiente Colter estaba sobre él y lo clavó en el suelo con la lanza. Al menos había todavía doscientos de esos salvajes aulladores avanzando rápidamente y sus lanzas brillaban al sol. La sangre todavía caía sobre él, pero Colter corría ahora con la energía de la desesperación y llegó al fin a un río. Se lanzó. Salvó la vida por el hecho de que había llegado al río a la altura de un gran remolino cubierto por restos de árboles. Buceó y nadó; subió a la superficie un instante para tomar aire y volvió a bucear y nadar; y siguió buceando y saliendo a la superficie hasta que estuvo a cien metros de la orilla. Encontró entonces sobre él un enorme tronco de chopo con una hendidura provocada por un rayo en la parte de abajo. Tumbándose, pudo poner la cara en el hueco que había hecho el rayo y respirar. Estuvo horas bajo aquel árbol, mientras en la superficie los confundidos y aulladores guerreros saltaban de tronco en tronco enloquecidos por haber perdido a su corredor más veloz y a su presa. Cuando Colter estuvo seguro de que se habían ido, salió cautelosamente de su escondite y miró a su alrededor. No salió del remolino hasta el momento más oscuro de la noche; entonces nadó silenciosamente río abajo varios kilómetros y se sentó en la orilla para considerar su situación. Tenía las plantas de los pies llenas de espinas. No tenía ropa ni armas y estaba al menos a una semana del hombre blanco más cercano, en el río Roche Jaune. Pero como era John Colter, trampero, lo consiguió, sin más comida durante siete días y siete noches de tortura que unas pocas raíces.

Sólo pensar en él hacía que un trampero se sintiese orgulloso. Le hacía sentirse orgulloso pensar en Hugh Glass que, herido en el pecho y la espalda por un *grizzly* y dado por muerto, se había arrastrado ciento cincuenta kilómetros a cuatro patas, con gusanos arracimados en las heridas. Había muchos por los que sentirse orgulloso. Estaba Jedediah Smith, un explorador tan intrépido como Meriwether Lewis; Jed, que llevaba la Biblia en una mano y el rifle en la otra; que tanto rezaba como le volaba la cabeza a un enemigo. En un encuentro con un *grizzly*, el monstruo le había agarrado la cabeza con la boca y los enormes dientes habían excavado surcos en la carne y el hueso y casi le había arrancado una oreja. A Jed le cosieron la oreja a la cabeza con una primitiva aguja e hilo de piel de ciervo.

Era un acertijo, pensó Sam, escuchando los sonidos de la noche y acariciando arriba y abajo los muslos de su esposa; era un acertijo cómo el *grizzly* conseguía meterse tantas cabezas en la boca. Estaba Lewis Dawson en el Río de las Ánimas Perdidas: en su pelea con un oso, el arma de su compañero había errado el tiro tres veces; tres veces había atacado al oso tan ferozmente una perra que el oso se había girado para perseguirla; y tres veces la bestia había regresado para machacar a Dawson. Tres veces distintas había tenido la cabeza entera de Dawson en la boca y sus heridas, como las de Jed, las cosieron con hilo de cuero. Pero un gran diente había atravesado el cráneo y después de tres días el cerebro comenzó a supurarle y Dawson murió entre delirios.

¿Cómo moriré?, se preguntaba Sam mientras buscaba en el aire de la noche el olor de los Pies Negros. ¿Cómo morirá Lotus? Estaba seguro de que ninguno de los dos moriría en la cama. Pocos hombres blancos en aquella tierra habían tenido el sentido común suficiente, cuando empezaban a fallarles la vista y el gatillo, de recoger sus pertenencias y marcharse. Puede que Tom Fitzpatrick muriese en la cama, pero ¿cuántas veces había estado a punto de morir? No se había vuelto canoso de la noche a la mañana porque sí. Alto, entrecano, musculoso, Fitz había sido uno de los más grandes y mejores hasta aquel día en 1831 en que el pelo se le volvió blanco, la mayor parte de la carne se le escapó de los huesos y, demasiado débil para mantenerse en pie, había sido encontrado por dos mestizos arrastrándose por el fondo de un arroyuelo. Un día, mientras estaba solo en el Big Sandy, se había visto cara a cara con una banda de Gros Ventres y había cabalgado para salvar la vida hasta que su caballo cayó muerto. Se metió entonces en una gruta en la ladera de una montaña, tapó la entrada con rocas y hojas y se quedó allí hasta casi morir de hambre y sed. Salió arrastrándose y se dirigió hacia Pierre's Hole, pero al cruzar aguas bravas en una balsa perdió su rifle, la bolsa y el cuchillo. Indefenso, tuvo que subirse a un árbol y quedarse allí sentado toda la noche, cuando lo atacó una manada de lobos. No había palabras, suponía Sam, para expresar cuánto había sufrido un hombre a quien el pelo y la barba habían pasado de castaño a blanco en unos pocos días.

Cuando llegaron al gran meandro del Musselshell, Sam y Lotus juntaron una pila de ramas secas de cedro y se quitaron la ropa. Sam encendió la pila y se colocaron desnudos ante el denso humo, sujetando las ropas con las manos. Es posible que Sam sobrevalorase el sentido del olfato del piel roja, porque el suyo era muy agudo; pero sus años en territorio indio le habían convencido de que a menudo el piel roja podía oler a un enemigo cuando no podía verlo ni oírlo. Había sacado como conclusión que el hombre blanco tiene un fuerte olor corporal del que no es consciente. Después de todo, ¿era la cabra montesa consciente de su olor? ¿O lo eran el puma y el lobo? Cuando el viento soplaba desde donde se encontraban los animales, Sam podía oler a una manada de lobos a diez kilómetros de distancia. Había llegado a reconocer el olor corporal de todos los animales que comían humanos y el de aves como el búho cornudo y el ratonero de cola roja; pero eran los olores de los pieles rojas los que había estudiado especialmente hasta que ahora, sólo por el olor, podía distinguir entre Pies Negros y Crows y entre aquellos y los Cheyennes y Utes. Cuando vio a los cuatro guerreros que la mujer había matado, habría jurado por su olor corporal que eran Pies Negros, incluso aunque no lo hubiese sabido por la forma de sus mocasines o su forma de llevar el pelo.

Después de que Lotus y él hubiesen saturado sus poros y sus ropas con el humo del cedro, volvieron sus mocasines del revés y los ahumaron, pues no había parte del hombre con un olor más fuerte que sus pies. Si encontraban su rastro una docena de guerreros Pies Negros, lo seguirían a cuatro patas para olfatear las huellas de caballos y humanos.

Cuando, un día a finales de septiembre, llegaron a la choza de la mujer, no vieron humo ni rastro de alguien vivo. Después de mirar fijamente durante todo un minuto, Sam dijo:

—No veo ni rastro de ella, pero noto que está ahí.

Bajó por el camino hacia el río y llegó hasta el cobertizo. Hacía tiempo que allí no había estado nadie. En el camino que llevaba al río vio las huellas de la mujer y se dirigió hacia la colina. Estaba sentada dentro de la choza, en la cama. Nunca olvidaría su aspecto nada más verla, allí dentro de la cabaña con el rifle en la mano, el cuerpo inclinado hacia delante, la mirada fija y aguzando el oído.

—Soy yo —dijo en voz alta, porque estaba a unos cincuenta metros de ella—. Soy Sam Minard, su amigo —durante dos o tres minutos se miraron el uno al otro y no dijeron más palabras. A él le pareció que lo miraba de un modo muy extraño. Poniendo la mano detrás de su cuerpo, movió los dedos para señalarle a Lotus que se echase atrás porque sospechaba que la mujer la había visto y la había reconocido como india. Entonces avanzó lentamente hasta que estuvo delante de ella mirando su pelo cano. Le pareció que se había vuelto gris desde la última vez que la había visto. Padre del Cielo, ¡cómo ha sufrido!—. Soy su amigo —dijo, mirando las plantas de salvia y las flores silvestres que había junto a las tumbas. La tierra húmeda a su alrededor le decía que las había regado en las últimas dos o tres horas. Por ninguna parte había muestras de que hubiese hecho un fuego.

Todavía moviéndose lentamente, no fuese a ser que se asustara y gritase, apoyó su rifle contra la pared y le quitó el arma de las manos.

—Supongo que la ha disparado desde que me fui —dijo—, porque ahora no está cargada.

Ella aún no lo había mirado. Pensar en ella sentada con un arma descargada delante de sus enemigos le inundó de tal compasión y dolor que posó suavemente la mano en su cabeza cana y le besó la melena.

—Soy su amigo —le dijo amablemente en voz baja.

Luego cogió su rifle y volvió a bajar por la colina. No podía soportarlo más; tenía miedo de venirse abajo y llorar como un niño. Para ocultarle a Lotus su emoción, dijo que irían a cazar un par de ciervos, pero incluso después de haber vuelto con ellos y estar cortando el hígado sentía un profundo malestar. El problema con los ciervos y los berrendos, dijo por hacer conversación, era que su carne no tenía el cuerpo de la carne de vaca. Le pareció que sería seguro hacer un fuego; los cráneos seguían en las estacas, los Pies Negros habrían reconocido la zona quizá una docena de veces. Habían visto la advertencia. Nunca atacarían allí, ahora menos. La mujer de arriba

tenía aspecto de no haber comido nada desde que él la había dejado allí; estaba tan flaca y desmejorada y tan llena de dolor que hacía que un hombre quisiera echarse a llorar sólo de verla.

Con el rifle cerca, se arrodilló para cortar la carne de venado y Lotus llevó leña para la parrilla. Cortó los intestinos en pedazos de unos cuarenta y cinco centímetros de largo y, volviéndolos del revés, los llevó al río y los lavó cuidadosamente. Con un hacha partió la columna y los huesos de la paleta y la cadera para extraer el tuétano, porque tenía la intención de hacer salchichas aquella noche. Lotus se acercó para ver qué hacía. No se había acostumbrado a que a él le gustase cocinar y tuviese un interés de *gourmet* por la comida; invariablemente ella parecía asombrada cuando él daba un gemido de placer ante alguna exquisitez. Ella prefería una loncha de hígado crudo a sus panecillos dorados mojados en grasa de tuétano caliente, y los guillomos antes que cualquier otra baya. Pero, cuando él comía y exclamaba, había aprendido a sonreír y exclamar con él y decir «Es gratis», después de oírle a él decir esas palabras cien veces. No tenía ni la más remota idea de que lo que un hombre blanco quería decir con la palabra «gratis». Las salchichas sí le gustaban, y le observaba con fascinado interés mientras las preparaba.

Cuando oyó a un turpial, se puso en pie y escuchó. Su canción era mucho más elegante que la del turpial del Este; lo tomó como una señal de que aquellas montañas eran un hogar mejor para el hombre que las colinas de Nueva Inglaterra. El pinzón púrpura tenía un trino constante; la calandria le daba la bienvenida a la primavera con un canto casi tan elegante como el del azulejo; el zorzal ermitaño allá en los altos y fríos cañones cantaba como imaginaba que debían de cantar los ángeles; pero aquel vocalista solitario de los prados y los campos, con su chaleco amarillo y su corbata negra era su favorito de entre todas las aves cantoras. Lo escuchó hasta que se alejó volando.

—Me pregunto —dijo— si ella lo oye alguna vez.

Puso el tuétano y la parte más tierna del sebo del riñón en una sartén y los fundió. Picó la carne más sabrosa de los solomillos usando el hacha y el cuchillo junto a un pedazo de hígado, dos riñones, algo de sesos y casi un kilo de lomo cortado de cerca del hueso; toda esta carne picada la mezcló con la rica grasa del tuétano y con el sebo, aderezó el compuesto con sal, le puso el jugo de una cebolla silvestre y lo metió todo en los intestinos, atando uno de los extremos. Cuando las salchichas estuvieron preparadas para cocinar, cada una tenía unos veinticinco centímetros de largo y estaban atadas por ambos extremos. Había tardado una hora en prepararlas para asarlas a la parrilla; ahora se dedicó a los panecillos y los filetes, pero se detenía cada uno o dos minutos para echar un vistazo a su alrededor y escuchar. Mientras, Lotus colocaba las lonchas de carne en la parrilla y alimentaba el fuego.

Un hombre y una mujer enamorados, preparando la cena, era lo más hermoso en la vida. ¿No se lo parecía a ella? Nada de impuestos, le dijo por vigésima vez; nada de policías ni de leyes; la fértil y fragante tierra girando en su jardín de cosas buenas,

dando vueltas y vueltas y su rostro mirando al sol como un hijo a su madre. Estaba mezclando la masa de los panecillos. Las costillas y el redondo estaban preparados para la hoguera. No le había dejado demasiada carne para secar, ¿verdad?, preguntó mirando los cortes que había hecho de los dos animales. Mañana quizá encontrarían un uapití, aunque estaban muy lejos de su territorio.

Cuando la cena estuvo casi preparada, el redondo y los filetes dorados y jugosos, las salchichas haciéndose lentamente en sus jugos calientes dentro de los intestinos, los panecillos listos para hornear y el café para hacerse, dijo que quizá deberían subir a la colina y decirle a la mujer que comiese con ellos. Suponía que no lo haría, pero deberían preguntárselo de todos modos. Con el rifle sobre el brazo izquierdo y el derecho alrededor de los hombros de su esposa, subió por la colina; y en cuanto Kate oyó sus pisadas cogió el arma. Con Lotus ahora detrás de él, Sam siguió adelante sabiendo que el arma no estaba cargada; y Lotus le siguió, mirando por detrás de él porque su marido le había contado la historia de la mujer y sentía curiosidad. Sam le había señalado las tumbas y las flores y sus ojos negros pasaban de las tumbas a la mujer. Sabía que la madre que permanecía allí, de aspecto tan frágil, solitario y asustado tenía a tres hijos asesinados enterrados bajo las marchitas flores.

Tomando la mano de su esposa, Sam le dijo a Kate:

—Somos sus amigos —le miró a la cara con la esperanza de poder saber si le estaba entendiendo—. Hemos preparado una buena cena junto al río. Nos preguntábamos si querría venir a comer con nosotros —antes de haber terminado de hablar sabía que no iría; el modo en que estaba sentada y toda su expresión le decía que quería que se fueran, que deseaba estar sola. Parecía terriblemente delgada debajo de su montón de ropa y muy blanca, cansada y vieja.

La siguiente respuesta de Kate le sorprendió. Aparentemente sólo se había dado cuenta de la presencia de Lotus de pasada, si es que se había dado cuenta, y ahora la veía como india, porque empezó a gritar y ni los gritos del colimbo, el avetoro, el halcón, el somormujo juntos son tan sobrecogedores como el grito de aquella mujer. En el momento de gritar, corrió frenéticamente hasta la cama junto a la puerta de la cabaña y comenzó a buscar el hacha. Su grito había sido tan espeluznante, tan inhumano en su odio, miedo y desesperación que Sam se quedó desconcertado, casi destrozado; su rostro bronceado empalideció, tomó a su esposa del brazo y se echó rápidamente hacia atrás. La mujer había encontrado el hacha, pero esta se había enredado en algo y estaba forcejeando por ponerse en pie; y como estaba tan débil, tan desesperada por el miedo, volvió a gritar. En toda su vida Sam había oído un sonido igual. Volvió a echarse atrás, cada vez más, hasta que Lotus y él estuvieron a casi cien metros; y allí se quedó, temblando e incrédulo, la mirada fija en la criatura (en aquel momento apenas se la podía llamar mujer) que estaba en cuclillas junto a la puerta y los miraba con el hacha en la mano. «¡Dios Todopoderoso!», dijo. Sintió cómo le invadía la náusea. Sintió que iba a echarse a llorar como un niño. Y estaba temblando de la cabeza a los pies.

Entendiendo al fin la tragedia, la espantosa aflicción, el corazón roto de una madre, tomó a su esposa del brazo y bajó por la colina. Le habían arruinado la cena. Toda la belleza y la dulzura del mundo se había vuelto amargura en aquel momento, cuando comprendió totalmente la situación de una madre cuyos hijos habían muerto: solitaria, angustiada, absolutamente insana. Se comió una salchicha, un filete, un pedazo de redondo y media docena de panecillos, y se bebió un litro de fuerte café solo; pero apenas era consciente de que estaba comiendo. Dobló entonces una de las pieles de ciervo con la parte de la carne hacia dentro formando un cuenco, y dentro del cuenco puso unas salchichas, un pedazo de redondo, un filete y algunos panecillos. Le dijo a Lotus que se quedase allí, alerta, con el arma, mientras volvía con la mujer. Si la mujer de alguna manera conseguía escapársele y abalanzarse hacia Lotus con el hacha, debía dispararle, si era necesario, o trepar a un árbol, si podía. Subió a la colina con el rifle y la comida caliente y se dirigió hacia la mujer, que ahora estaba sentada entre las tumbas. Dejó la piel con la comida delante de ella, desdoblándola para que viese lo que había allí. No le habló y no se entretuvo. Supuso que reconocería la comida y que la ignoraría o la tiraría. ¿Qué podía hacer él o cualquier otro hombre que le sirviese de algo a ella? ¿Había en el mundo entero algo que pudiese atravesar un dolor como aquel? Quizá el Todopoderoso podría hacer algo por ella; quizá lo estaba haciendo de la única manera en que podía hacerse. Sam suponía que acabaría hundiéndose más profundamente en el dolor y, del dolor, en la muerte.

Pero no la entendía. Bien podría haberse preguntado, ¿quién podría ayudarla? Nunca supo lo de sus frenéticos ataques a los asesinos que invadían su pequeño mundo, o que había olvidado completamente a los suyos. De haber sabido lo de sus visiones en el jardín de salvias y sus lecturas y que hablaba con sus muertos, habría pensado sólo que Bill diría que estaba como un cencerro. Kate por su parte habría encontrado difícil entender a los pieles rojas y a los tramperos que mes tras mes mataban miles de sanos y hermosos animales y sólo tomaban algunos kilos de carne dejando el resto para los lobos y los buitres; que encontraban placer en librar una guerra salvaje de unos contra otros; que cazaban y mataban criaturas adorables como el castor y la nutria tan sólo por sus pieles. Apenas habría podido entender a Sam Minard, que en la cima de una montaña se golpeaba el pecho durante una tormenta y le decía al Todopoderoso que mirase el mundo que había creado.

Al día siguiente Sam y Lotus llevaron tres ciervos de las montañas, hicieron fuegos y curaron casi toda la carne; Sam la metió en bolsas de cuero y las puso junto a la puerta de Kate. Quería tocarle el pelo un instante, con la mano o los labios, antes de irse tan lejos de ella, pero su actitud le dijo que quería que desapareciese de su vista. Y sin volver a decirle otra palabra, tomó a su esposa y subió por el río. Los chopos y los álamos estaban vistiéndose con sus ropajes amarillos, el cerezo de Virginia con los suyos escarlata; el río, desaparecidas las nubes de mosquitos primaverales, era un ancho flujo de aguas cristalinas que bajaba desde las más altas

cumbres.

Era un día hermoso. Un turpial cantaba exquisitamente en dos octavas; las palomas torcaces y los búhos advertían de la llegada de las lluvias. Cuando, tras pasar el gran meandro, Sam vio las lejanas brumas azules al sur del Yellowstone, le dijo a su mujer que más allá se encontraban las cumbres Wolf y Rosebud y los picos más septentrionales de las Bighorn.

La pasión de sus emociones, derramándose durante todo el día en entusiastas declaraciones espontáneas, o en canciones, era nueva para ella. Su pueblo era emotivo, pero no exclamaban con felicidad ante cosas como las flores, la repentina zambullida de un zampullín, los extraños sonidos que hace la becada con las plumas de la cola al anochecer, el dulce sabor de una ciruela, las marcas en las alas de lo que decía que era una mariposa de cola de golondrina, las huellas de un tejón. Después de cruzar el Yellowstone habían salido de territorio Pies Negros y Lotus pensó que su hombre parecía sentir que no tenían enemigos. Empezó a cantar de repente. Le gritaba para llamar su atención hacia las cosas que los rodeaban. «¡Mira!», dijo, señalando el cinturón azul y morado de picos en el este y el norte de las Bighorn. Ella miró y sólo veía montañas y niebla a lo lejos. En su mente, Sam tenía un mapa completo de todo aquello: el Yellowstone, el Bighorn, el Wind, el Powder, el Creen, el Snake y otra docena de ríos y todos sus valles; y el Little Snake, el Yampah, los Uintah y cien más. Había decidido detenerse el tiempo suficiente para saludar a Bill Williams, si es que podía encontrar al astuto y delgado viejo escondido en algún matorral entre las montañas Medicine y Bald. Desde el río Bighorn, que había estado siguiendo corriente arriba desde su unión con el Little Bighorn, giró hacia el este y, señalando los dos picos, le dijo a Lotus:

—En algún lugar entre esos, si no está muerto ya.

Bill no estaba muerto y tampoco dormido. Dos días más tarde, temprano en la mañana, Sam iba andando y tirando de sus animales atravesando matorrales y malezas, cuando de repente una voz aguda y chillona gritó:

—¿Qué te parece? Iba a darte lo tuyo, ya lo creo. Te juro por lo más sagrado que creía q'eras un Pies Negros que quería mi cabellera.

Apareció un momento después, alto, cadavérico, desgarbado, con un rifle cruzado sobre los brazos y la mano derecha en la guarda del gatillo. Sus brillantes y casi centelleantes ojos grises lo miraban debajo de unas pobladas cejas. La cara que vio Lotus tenía una nariz larga y fina, mejillas delgadas cubiertas de barba y una frente estrecha con venas que destacaban sobre las sienes. Tenía una voz aguda, casi quejumbrosa, que a algunos hombres les hacía creer que estaba llorando. Alrededor de la cintura llevaba colgados muchos cacharros, incluyendo un molde de balas de extraño aspecto, un punzón con mango de cuerno de ciervo en una funda de madera de cerezo tallada por él mismo y un frasquito hecho con la punta del cuerno de un berrendo en el que, durante la temporada, llevaba el cebo para castores. Bill había comenzado su vida como predicador metodista en Missouri, pero (según su relato)

cada vez que aparecía en la puerta de la iglesia los gallos gritaban: «¡Aquí llega el predicador Williams! Uno de nosotros va hoy a la cazuela». Un día, cuando estaba predicando fervientemente a una niña en un banco de la iglesia, se confundió tanto que se imaginó que no había nacido para predicar. Cogió su arma y se fue al Oeste.

—¡Vaya, que me zurzan! —dijo, acercándose sin prisa—. Pero si es Sam Minard. ¿Y quién es esta yegüita piel roja?

—Mi esposa, Bill. La señora de Samson John Minard, la mujer más hermosa del mundo.

—Vaya, vaya —dijo Bill entrecerrando sus pequeños y agudos ojos mirando a la chica—. Si servidor conserva la vista, no está nada mal. ¿Ande vas?

—Los Uintah. Necesito cuatro o cinco cargas, porque ahora tengo una mujer a la que mantener.

—Sí, m'an dicho que son caras. Creo que será mejor que paséis una noche conmigo. Tengo algunas conservas de arándanos de las de Hank Cady y el mejor lomo de bisonte c'ayas probao.

Pasaron la noche con Bill. Después de cenar los hombres y la chica se sentaron junto a una pequeña fogata y Lotus miraba a Bill casi todo el rato, porque estaba contando aventuras disparatadas y sus expresiones faciales la fascinaban. Si Sam hacía una pregunta que afectaba a las emociones de Bill, la cara hundida se volvía grave, entrecerraba los ojos hasta que se quedaban como dos rendijas luminosas y vaciaba la pipa, la volvía a llenar y la encendía antes de decir otra palabra.

—¿Ivar Carlsson, dices? Esa es una historia triste, Sam. Tábamos cazando la primavera pasá, aquello fue en el río Shields. Vaya, yo no lo sabía, pero que me zurzan si no debía d'aberlo sabido. En esa época del año los Pies Negros andan por toas partes. Te digo, Sam, que Ivar estaba tan lleno de flechas que parecía un puercoespín, una le atravesaba los dos carrillos, otra la barriga y seis o siete las costillas. Se las quité pero casi era peor el remedio que la enfermedad; pero era un trampero, ¡demonios!, y nunca dio más que un gemido, y que me aspen si no fue cuando le corté la flecha de las tripas. Esa estaba tan profunda que noté la punta contra su columna. Por supuesto que a la que tenía en los carrillos le quité la punta y tiré de ella, pero la de la barriga estaba bien enterrada ahí, y esa condenada de sus tripas. Tuve c'abrirlo pa poder meter la mano...

Mientras escuchaba la aguda voz de Bill, la mente de Sam vagó a una ventisca tres años antes, cuando tuvo que pasar una noche con Bill en la cabecera del río Bear, cerca de la Montaña Sublette. A una docena de metros estaba la vieja mula entrecana de Bill. Tenía la tripa llena de hierba y corteza de chopo, y allí estaba, medio muerta por el frío y los años y completamente dormida sobre la estaca, con las patas algo dobladas bajo el cuerpo, el trasero expuesto a la ventisca, el desnudo hueso de la espalda arqueado ante la violenta aguanieve, todo su baqueteado y delgado cuerpo temblando un poco de lado cuando, interrumpida en su sueño, abrió los ojos mínimamente para observar la tormenta. De vez en cuando Bill miraba con punzante

fijación a su alrededor los fuertes vientos nevados, pero al final su mirada siempre volvía a su fiel mula; y al fin se había levantado, crujiéndole las rodillas y había dicho: «Que me zurzan si no creo que sería mejor que le ponga una manta a Balaam. Aquí no hace tanto calor como en Moab y parece que está temblando de lo lindo».

—¿Ivar está vivo? —preguntó al fin Sam.

—Que me zurzan si no lo está. ¿Pos no vivió el viejo Hugh Glass? Hace falta mucho, hijo, pa matar a un trampero.

Para desayunar Bill les dio lo que los tramperos llaman buñuelos franceses. Después de picar solomillo y giba de bisonte con grasa de tuétano y de la giba y hacer bolas cubriéndolas de masa de harina, hirvió a fuego lento y frió los buñuelos en metano. Sam juró que nunca había probado un desayuno mejor. Sobre los panecillos calientes extendió la mermelada de arándanos de Hank y, con estos llenándole un carrillo y los buñuelos el otro, escuchó los cuentos de Bill y bebió un litro de café solo. Se fumó dos pipas antes de ir a por sus caballos.

—Bill —dijo, cayendo en el habla de los tramperos—, pasa por donde nosotros este otoño y te voy a preparar un condenado banquete para que te pienses dejar de cocinar.

—Bueno, pos me parece mu bien. ¿Qué tal la cena de Navidad?

Sam no lo esperaba ni en Navidad ni en ningún otro momento. Sabía que el viejo Bill Williams era un solitario que nunca visitaba a nadie, sino que iba de escondite en escondite a su solitaria manera.

—Cuidado con la cabellera —dijo Sam cuando ya estaba preparado para marcharse.

—Y tú con la tuya —dijo Bill.

Tres años y medio después, cuando las nieves de las montañas empezaban a derretirse, encontraron a Bill sentado contra un árbol, totalmente congelado, con el corazón atravesado por una bala. Su rifle había desaparecido, pero sobre el regazo tenía una vieja arma rota que su asesino había dejado en su lugar.

La tormenta profetizada por las palomas y los búhos llegó con asombrosa furia cuando todavía estaban en las estribaciones de las montañas Bighorn. En el instante en que las primeras gotas besaron sus mejillas, Sam se detuvo, desmontó y se quitó toda la ropa. Sabía que aquella tormenta iba a ser de órdago. Viendo lo que hacía su hombre y conociendo el motivo, Lotus se bajó de su caballo e hizo lo propio. Sam metió la ropa de cuero de ambos dentro de un bolso impermeable. Los tramperos contaban historias de pisaverdes vestidos de cuero y atrapados en lluvias intensas que luego habían cabalgado bajo el sol caliente sólo para darse cuenta una hora o dos después de que el cuero de su ropa estaba más tieso que sus propias pieles y tenían que cortársela. Elevando la mirada para estudiar el cielo, Sam estaba seguro de que aquella sería una de las mejores tormentas-sinfonías del Todopoderoso.

Mientras cabalgaban, ambos completamente desnudos, con las primeras gotas gruesas acariciándoles la piel, Sam comenzó a cantar, aullando en la tormenta su admiración por el Creador, cuyo genio había compuesto tales maravillas. Sobre una tormenta en la Sinfonía Pastoral de Beethoven un músico había dicho que era más que una tormenta; era un cataclismo, una fantástica convulsión de todos los poderes; pero para Sam no era nada comparada con lo que había oído en aquellas montañas. Beethoven rara vez había hecho algo más que susurrar entre los álamos. En horas como aquella el espíritu de Sam necesitaba una música más fuerte que cualquiera que hubiesen podido soñar Beethoven, Bach o Vivaldi. Lanzó un enorme grito sabiendo que una vez que el director le hubiese cogido el tranquilo abriría con un prelude que sacudiría la tierra. Pensó en las palabras de Blake, que la música se regocija en pensamientos inmortales; pero a su mayor alcance, cuando los instrumentos celestiales lanzan la grandeza de sus truenos, la música era un lamento sobre lo que Thomas Browne había llamado la iniquidad del olvido, el solitario destino de la muerte y la eterna noche de la tumba. Pero hoy era joven y estaba enamorado, y su desnuda esposa estaba cerca de él. Se esforzó por improvisar su humor, voceando salvajes armonías de barítono que se disolvían en los vientos. Cuando la voz del relámpago rugió en su espantosa grandeza, como una gigantesca orquesta de timbales y percusión, las hojas de fuego envolvieron en llamas partes enteras del cielo y Sam se volvió tan decidido en intentar convertirse en parte de todo aquello que por un instante olvidó a la chica que cabalgaba tras él. Cuando se giró para mirarla supo que la tormenta resonaba en las profundidades de sus emociones primitivas, porque veía que estaba cantando. Lotus no podía oír sus palabras más que de vez en cuando, pero sí podía ver sus imperiosos gestos, como los de un hombre que usara un pino como batuta, y supo que se encontraba perdido en sus salvajes arrebatos. Al principio había

estado dedicado a los halagos de las primeras gotas y a afinar su garganta, pero cuando las primeras notas cayeron con estrépito abrió su alma al cielo y la lanzó alada. Si Lotus hubiera tenido conocimientos sobre la música del hombre blanco, habría creído que su hombre estaba improvisando una modulación: estaba cantando *¡Regocíjate, oh corazón mío!*, pasando de clave a clave hasta que se le rompió la voz y dobló el cuerpo, tosiendo. Componía una figura hermosa: un tipo grande y dorado sobre un garañón negro, mojado por la lluvia, con el pelo al viento que soplaba sobre él, haciendo gestos con los brazos para que sonaran los metales o las cuerdas, como si en su imaginación estuviese pastoreando las armonías hacia un abrumador *crescendo*. Por el camino, matorrales y árboles se movían en tales convulsiones de frenética alegría que de vez en cuando uno liberaba su raíz del suelo y salía volando entre el aire y los truenos como un enorme pájaro desaliñado. «¡Escucha! ¡Escucha!», gritaba Sam, ahora ya empapado, el pelo pegado y oscurecido, la lluvia moviéndose como una delgada y fría capa por todo su cuerpo y el brillante pelaje de su caballo. La lluvia también removía los innumerables olores de la dulce tierra de modo que todas las armonías de la música de lluvia estaban infundidas de fragancias. Se le ocurrió que un teatro de la ópera debería inundarse con dulces esencias en lugar de con el mal aliento y el olor corporal de mil criaturas demasiado vestidas. Recordando de nuevo que su esposa iba tras él, se giró para mirarla; y le pareció que su rostro y pelo mojados, los ojos brillantes como dos joyas negras y los labios entreabiertos sobre los blancos dientes componían tal retrato de la belleza femenina que se detuvo, desmontó y se dirigió a ella para besarla. «¡Es hermoso!», le gritó al oído, y besó el empapado oído. Luego le besó la pierna mojada que tenía a su lado y, levantándole el húmedo pie, lo besó.

La tormenta, pensó, estaba cerca del climax de la obertura. El relámpago ahora estaba incendiando grandes partes del cielo; el trueno caía con estrépito con tales notas que toda la tierra temblaba; pero para él todo aquello no era sino un popurrí de los temas que se movían de *allegro* a *vivace*. Esperaba que fuese así; no había tormenta que fuese demasiado violenta para él. Ahora tenía los brazos extendidos para acaparar todo el mojado mundo que lo rodeaba; volvió a besarle la pierna y el pie a su esposa; y, lanzándose de nuevo a sus tempestades de canto, regresó a su caballo. Su esposa-niña, fascinada, mojada y algo temblorosa, miraba su amplia espalda desnuda y azotada por la lluvia y se preguntaba, a su inocente manera india, si era en realidad un hombre o un espíritu. Él la asustaba, pero en su presencia se sentía a salvo de sus enemigos; pues era una gran fuente de energía y coraje que aullaba sus alabanzas al Gran Espíritu mientras seguía cabalgando en la más severa, oscura y salvaje tormenta que su esposa había conocido en su vida.

Siguieron avanzando y avanzando entre la celestial música de la lluvia y toda la atmósfera de la tierra se había oscurecido como si fuese de noche. Lotus sabía que no era de noche. En alguna parte, por delante, el sol estaría brillando, y ciertamente así era justo al otro lado del cinturón montañoso azul y púrpura. Tras cabalgar durante

dos horas en un chaparrón que parecía deseoso de llevarse por delante todas las montañas hasta los ríos, llegaron a los límites exteriores de la tormenta. La luz del sol convertía en joyas las incontables gotas que colgaban de árboles y matorrales. En aquella tierra de las maravillas, que era medio bruma húmeda y medio brillo del sol, cabalgaron durante una hora más y terminaron de salir de la tormenta. Había quedado detrás de ellos, barriendo en una vasta y lúgubre oscuridad por todo el Paso Beartooth. Cuando Sam se detuvo, Lotus fue la primera en pisar el suelo. Él se retrasó y cogió el bolso con las ropas de la mula de carga; pero entonces miró a su esposa, y encontrándola tan sumamente adorable como un ranúnculo lavado por la lluvia y acariciado por el sol, apartó el bolso y la levantó, colocando un brazo bajo sus rodillas y el otro apoyado en la parte baja de la espalda y la abrazó contra su pecho, posando los labios sobre su hombro. Entonces la apartó, de modo que ella pudiese girar la cabeza para mirarlo y por unos momentos se miraron a los ojos sin sonreír.

—¿Sabes? —dijo él—, creo que deberíamos darnos un banquete.

Ella trató de mirar a su alrededor en busca de bayas y raíces.

Después de besarla por todo el cuerpo, la posó en el suelo y miró hacia el sol; estaba una hora y media alto. Tras ponerse la ropa de cuero, de un bolsillo sacó un trapo de algodón seco para limpiar las armas. Un motivo por el que le gustaban las tormentas como la que acababa de tener lugar era que entonces era seguro que un hombre cabalgase desarmado; ningún bravo acechó nunca en una tormenta como aquella, sino que se encogía en su miserable tienda con goteras mientras el diluvio lo aterraba mortalmente y cada explosión de un trueno hacía que temblase como un perrillo enfermo.

Vestidos, volvieron a cabalgar, ahora a la pálida luz dorada del sol, mientras Sam olfateaba. Tenía más hambre que un lobo en invierno y quería cenar giba y lomo de bisonte, aunque aquel no era el mejor territorio para los bisontes. Tendría que conformarse con filetes de uapití, o incluso berrendo o ciervo. Pero, al entrar a un bosquecillo de álamos, vio la clase de ganso que los tramperos llaman gallinas tontas, porque esas aves parecen no tener mucho instinto para sus enemigos. Desmontó y corrió entre ellas con un palo largo, golpeándolas en la cabeza. Estaban rollizas. Pensando que necesitaría al menos ocho para la cena y media docena para el desayuno, siguió persiguiéndolas entre los árboles y subiendo por la ladera; y cuando regresó a los caballos tenía once. Vio que Lotus había enganchado los animales a un árbol y se había ido. ¿Estaría buscando bayas? No, buscaba champiñones, y en unos minutos regresó con varios kilos. «¡Bien!», gritó Sam, mirando los gruesos botones blancos. ¡Qué banquete se darían! Los asarían en una fogata de álamo o de cerezo, y debajo, en una tetera, recogería los jugos para rociarlos y freír los champiñones. Mientras él recogía leña, Lotus, con el revólver y el cuchillo en la cintura, exploraba los matorrales; regresó con un kilo de bayas de saskatún grandes y maduras; volvió a desaparecer y regresó con una docena de ciruelas rojas maduras, cebollas silvestres y

un puñado de hongos que había arrancado de un tocón.

—¿Y qué es eso? —preguntó Sam mirando los hongos. Sabía que los indios comían prácticamente todas las plantas, excepto las venenosas como la falsa oronja, la espuela y la berula. Era asombroso lo que hacían con la espadaña corriente; desde las puntas a la raíz, se la comían casi toda. Las puntas las hervían en agua salada, si tenían sal; con el polen hacían harina; con el centro del tallo hacían una especie de pudín y los bulbos del extremo inferior de las raíces los pelaban y los hacían a fuego lento.

Lotus le miraba para ver si estaba complacido. Para mostrarle lo complacido que estaba con una esposa de tantos recursos, se llevó la armónica a los labios, la rodeó por la cintura con un brazo y comenzó a bailar con ella. Los vales de Johann Strauss padre que habían barrido Europa como una epidemia durante años; la primavera pasada su padre le había escrito a Sam que Johann hijo era todavía mejor y que estaba muy de moda en las capitales. El ritmo de tres por cuatro a Sam le parecía perfecto para él cuando llevaba mocasines y sin más suelo que las hojas de un bosquecillo de álamos. Dio vueltas y más vueltas, controlando a su esposa con el brazo derecho y sosteniendo la armónica en sus labios con la mano izquierda.

—¡Bueno! —dijo, deteniéndose al fin; y levantándola como si fuese un niño hasta que su cara estuvo a la altura de la de él, la besó—. Qué cena tan estupenda vamos a tener.

Pero los hongos le inquietaban. Sabía que las mujeres indias hervían el hongo y el musgo de los árboles con la carne de bisonte como las mujeres blancas hervían patatas y repollo; pero le habían parecido correosos y sosos. Un bravo podía abrir la vesícula de un animal y usar la bilis para aliñar un pedazo de hígado crudo; y los guerreros que sentían un ansia abrumadora de ron se emborrachaban bebiéndose el contenido de tantas vesículas como pudiesen arrancarle a los animales muertos.

Lotus se fue una tercera vez y regresó con algunas de las suculentas raíces que le habían salvado la vida a John Colter. Sam las arrojó sobre las ascuas; más tarde las pelaría, las cortaría y las freiría en grasa de ganso. Colocó una cafetera. Cuando la cena estuvo lista, extendió una manta para que se sentaran con la espalda apoyada en una caída formada por la roca. Con el rifle a su lado, el revólver y el cuchillo en la cintura y la mirada puesta en la única dirección por la que un enemigo podría acercárseles, se enjuagó la boca con agua fría de montaña y comenzó a comer. ¿Qué más, le preguntó a Lotus, podía cualquier loco querer en este mundo? Ella le preguntó qué significaba «loco». «El Rey de Inglaterra», le dijo, «el presidente de los Estados Unidos. Todos locos, locos por el dinero o por el poder». Nunca habían probado un ganso como aquel. Nunca lo harían. El mundo, dijo, antes de hundir los dientes en media pechuga y tirar de ella, estaba lleno de vanidad y contrariedades del espíritu, como decía la Biblia; y también de personas que no tenían suficientes ánimos y agallas para buscarse su comida después de que sus madres se hubiesen pintado los pezones con aloes y les hubieran retirado el pecho. Metiéndose en la boca

carne, jugos y champiñones calientes, le contó a su observadora mujer que en ningún restaurante del mundo se podían encontrar aves así, ni tales champiñones, ni aquellos olores celestiales ni pinturas como aquella magnífica puesta de sol atravesada por dos arcoíris. Mañana comerían lomo de bisonte rociado con sus jugos; champiñones fritos a fuego lento con tuétano y sebo; panecillos calientes cubiertos de grosellas silvestres aplastadas y a no tardar mucho comerían lengua de bisonte y cola de castor, y tortitas que brillaban con la grasa del tuétano como si fuesen platos dorados. ¡Aah! ¡Qué vida llevarían! Era un mundo hermoso y se abrirían paso por sus mejores parajes comiendo, cantando y amándose como campesinos de Breughel de camino al cielo.

Arrancando puñados de hierba para limpiarse la grasienta barba, se giró para ver cómo le iba a su mujer. Él se había comido tres pájaros y había cogido un cuarto; ella todavía estaba con el primero. «¿Bueno?», le preguntó. Su mirada le dijo que era bueno. ¿Qué sabían los pieles rojas, se preguntó mientras la miraba, sobre cocinar? Si tenían hambre, sencillamente abrían cualquier animal y metían la cabeza dentro, como los lobos; y, después de beberse el charco de sangre del cuenco de grasa que había bajo los riñones o enterrar su hambriento rostro en el hígado, era muy probable que el indio le arrancase las tripas y, mientras con una mano sacaba los contenidos de las tripas y los tiraba, con la otra se las metía en la boca como si fuese un tubo húmedo y gris, que así era en realidad, mientras los ojos se les salían ferozmente de las órbitas y lo tragaba con hambre devoradora. Como cocineras, las *squaws*, o al menos las pocas que él había visto, eran sucias según las costumbres de los blancos. Para el indio prácticamente cualquier ser vivo era comida, incluyendo las moscas, las arañas y los escarabajos que caían en el caldo de bisonte, o las polillas, mariposas y saltamontes, o incluso un pedazo de carne que hubiese estado masticando un perro. Sam habría dicho que no era remilgado, pero nunca tenía buen apetito al sentarse en un banquete indio. Después de haber pagado por su esposa, su suegro le había servido carne de perro hervida y asada y, aunque había oído que Meriwether Lewis prefería la carne de perro a un filete de uapití o a un lomo de bisonte, tuvo que tragársela entera, como si estuviese comiendo gato. Bueno, había tramperos blancos que creían que la del puma, un asesino duro y musculoso, era la mejor de todas las carnes.

De vez en cuando Sam era consciente de que su esposa lo estudiaba. No sabía por qué. No sabía que Lotus creía que debía de haber alguna carencia fatal en ella, o si no él le habría ordenado que cocinase y limpiase. Entre su pueblo el esposo era señor y amo; él cazaba, hacía la guerra y golpeaba a su mujer, y eso era básicamente todo lo que hacía. Sam la desconcertaba. Al principio desconfiaba de él y lo despreciaba un poco, pero su extraordinaria gentileza durante el acto íntimo, su consideración, el hecho de que todos los días recogía flores para ella, que le cosiera espectaculares mantos para que se cubriese los hombros, su modo de tocarla y de sobrevolar como un coloso por todas sus necesidades y su bienestar le habían llegado al interior de lo que habitaba dentro de todas las mujeres y allí habían encontrado calidez y acomodo. Le había fertilizado y alimentado un sentimiento que, si no era amor, era lo más

parecido que había. Incluso había llegado a apreciar sus comidas y a gustarle su abrazo. Cuando la miraba ahora, con el cuarto pájaro en las manos, los ojos centelleantes, le dedicó una sonrisa que mostraba unos dientes perfectos húmedos por la grasa de la gallina tonta. Él se comió cinco de los pájaros y ella dos, y se comieron todos los champiñones, las raíces y las bayas, y se bebieron una cafetera de dos litros. Él se limpió la barba con hierba y dijo que suponía que algún día debería afeitarse la muy condenada barba, y luego llenó su pipa.

Cuando ella echó las manos atrás en busca de hierba, él la miró. Durante el viaje la había observado subrepticamente para ver si comía bichos. Los indios de algunas tribus, por ejemplo los Diggers, se comían todos los insectos que tenían a su alcance; era extraordinario, decían los hombres blancos, que todavía quedase algún escarabajo, chinche o patas largas en todo el desierto del Humboldt. Los Diggers parecían capaces de subsistir semanas, meses, o incluso años comiendo nada más que hormigas secas y sus larvas. Sam había visto a los desgraciados desechos hambrientos con sus sucias pieles de coyote meterse en la boca hormigas vivas, polillas, grillos y orugas. Había visto a *squaws* encender un fuego alrededor de un hormiguero de hormigas rojas, meter dentro un palo que sostenía un saquito de piel en un extremo y cazar a todas las hormigas del hormiguero que en filas de dos o de tres trepaban por el palo para escapar de las llamas. Nunca había visto a un Flathead comerse un bicho; su comida consistía básicamente en pequeños corzos, pescado, raíces y frutas silvestres. También había observado a su mujer en busca de signos de enfermedad. Todos los tramperos habían oído el relato del misionero que les había contado a los indios que adorar al Gran Espíritu era un error. Los indios enviaron a cuatro jefes a San Luis para aprender el camino correcto y allí habían enfermado por la comida del hombre blanco y habían muerto. Lotus le parecía a Sam el vivo retrato de la salud, aunque una mañana después de beberse una taza de café se había retirado a los matorrales para vomitar y había vuelto pálida y avergonzada.

—Huele —dijo Sam, y aspiró profundamente. ¿Qué era? Además de los olores de la comida, el tabaco y el café, podía oler los álamos y los matorrales de bayas y la hierba; geranio en la roca que tenía sobre él; menta de gato en la palma de su mano izquierda y algo que no fue capaz de identificar. Levantándose con el rifle atravesado en el brazo, comenzó a caminar entre los árboles que lo rodeaban. Lotus le vio olfatear a través de los árboles, girando la cabeza en un sentido y en otro; inclinarse para mirar algo en el suelo y acabar por arrodillarse y ponerse a cuatro patas como un animal. Al regresar dijo—: Es curioso que no lo haya olido antes. Hank dice que cuando un hombre se casa pierde la mitad de sus sentidos y sus enemigos lo encuentran pronto —empezó a olerse un dedo—. Crows —dijo—, los Absaroka. Este es territorio Crow. Por allí han encendido una hoguera y han quemado pelo en ella. Para mí eso no tiene buena pinta.

—Crow —dijo Lotus.

—Una partida de guerra —dijo Sam. Acercó a su caballo y lo ató como centinela

a sólo quince metros de su cama. Luego caminó hacia el este dos o tres kilómetros por el camino que habían tomado los Crows para explorar la zona. Él y su esposa llevaban varios días en territorio Crow; la mayoría de los tramperos confiaban en los Crows, pero Sam no confiaba en ningún piel roja. Estaba preocupado, pero trató de ocultárselo a Lotus.

Con las primeras luces de la mañana se dirigieron hacia el sur y, a eso del mediodía, al ver un lobo, supuso que los bisontes no podían andar lejos. Unos pocos minutos después se sentó sobre la cima de una colina, observando a un rebaño. Viendo entre las grandes bestias peludas algunos ciervos y berrendos, supo que manadas de lobos habían rodeado al rebaño para cazar a los jóvenes, los enfermos, los heridos, los viejos y los rezagados. Los ciervos y berrendos tenían el hábito de buscar protección entre los rebaños de bisontes. Aquel era un rebaño grande y, mientras Sam los estudiaba, le volvió a impresionar el orden con que se movía un rebaño grande, incluso de cien mil cabezas. Por otra parte, un rebaño podía romper en estampida sin más provocación que una sombra. Los veteranos como Bill Williams decían que los rebaños ponían centinelas, como los ejércitos, para que diesen la voz de alarma si se acercaba el enemigo; cuatro o cinco machos jóvenes que, al oler al oponente, corrían en tropel hacia el rebaño. Las hembras y las crías se movían entonces hacia el centro y los machos los rodeaban. En abril y mayo, durante la época de cría, los machos rodeaban constantemente a las hembras para protegerlas de los lobos. De viejos, los machos se volvían víctimas del terror; sólo en una vasta pradera un macho emitía un débil grito al ver aproximarse a los lobos y estos respondían en concierto.

Mientras se preguntaba si sería seguro disparar sin que le oyese los guerreros Crow, se le ocurrió que posiblemente aquel era el primer rebaño de esos animales que Lotus había visto. Se volvió para mirarla a la cara. Lo que vio allí le llamó tanto la atención que se quedó mirándola fijamente. Estaba tan perdida contemplando las decenas de miles de animales que teñían la pradera de negro hasta donde llegaba la vista que no era consciente de la presencia de él. Bueno, Santo Dios, debería ver una de las grandes migraciones, cuando un rebaño ocupaba ciento cincuenta kilómetros de lado a lado y se extendían tanto que sólo podía adivinarse el número de animales. Williams y Bridger y otros tramperos decían que habían visto rebaños de al menos un millón de cabezas con diez mil lobos rodeándolos.

¿Le gustaba el bisonte más que el pescado o el conejo? ¿Se iba a atrever él a cenar solomillo? Era su carne favorita. A Mick Boone le encantaba el alce, si el animal estaba en plenitud. Garras de Oso Meek era hombre de cola de castor; juraba que una cola, adecuadamente aliñada y expertamente rociada de aceite de ganso salvaje, era la única comida que pensaba pedir cuando llegase al Cielo. Cady prefería el uapití.

Sam examinó su rifle y cabalgaron de frente hasta que estuvieron a unos trescientos metros de los animales más cercanos. Los volvió a estudiar. Quería uno

gordo y tierno y una caza limpia y rápida. Un bisonte, a menos que le disparen en el corazón, en el cerebro o en la médula, tardaba mucho tiempo en morir. Mientras estaba allí observando le contó a Lotus su historia favorita sobre un pisaverde. Un novato, especialmente inmaduro y tierno, le había disparado ocho o nueve balas a un macho y se había quedado allí, desconcertado y perplejo, mientras la sangre manaba del hocico del animal. Un bromista le había dicho al pobre bobo que se colocase por detrás y lisiara al bicho. Entonces podría cortar el cuello. Aceptando la sugerencia, el pieterno de ciudad se había arrastrado detrás del animal y le había clavado un cuchillo en una de las patas. En aquel momento el animal explotó de furia y expulsó por el hocico sangre y espuma a diez metros. Por algún inexplicable motivo el pieterno había agarrado el rabo corto y tieso del bisonte y este se puso a girar y girar a tal velocidad que el hombre aferrado a su cola perdió pie y salió volando por el aire, y dio vueltas y más vueltas con los ojos desorbitados como canicas vidriosas suplicando ayuda. Luego el bisonte cayó muerto. Lo que más le había aterrado, confesó luego el pisaverde, era el miedo de que la cola se le resbalase o se rompiese.

Diciéndole a Lotus que estuviese atenta, Sam la dejó y avanzó hasta que estuvo a sólo cuarenta metros de una joven hembra. Le disparó al corazón y le estaba cortando el cuello cuando se le acercó Lotus. Sam le dio la vuelta al animal y tiró de las cuatro patas hacia fuera como si fuesen tiradores rotos para colocarlo. Hizo una incisión desde el esternón hasta la cola y tiró del pesado pelaje hacia atrás por ambos extremos. Desde un lado, cortó el hígado y lo extrajo. Posándolo sobre el lomo del animal, cortó varios pedazos, le ofreció uno a Lotus con la punta del cuchillo y se metió uno en la boca. Lotus masticaba y sus ojos negros le sonreían. Mientras se dirigía a su alforja a por el hacha, Sam tuvo que patear a un coyote para quitárselo de en medio y amenazar a una docena más para que se alejasen. Los coyotes eran una molestia mayor que las moscas cuando uno estaba cortando a un animal. Los coyotes se acercaban mientras los lobos, más alejados, corrían hacia atrás y adelante babeando. Si le lanzabas un pedazo de carne a un coyote, el muy idiota, en lugar de comérselo, lo cogía con la boca y escapaba con él, y entonces los lobos lo acosaban y le quitaban la carne de la boca. A veces parecía que el coyote fuese el lacayo medio tonto de su primo, más grande y más feroz. Ambos animales también eran una molestia para los campamentos. Se colaban a hurtadillas y mordisqueaban sillas de montar, bridas y ropa de cuero y hasta se había oído que algunos se habían comido los mocasines de un tipo que los llevaba puestos mientras dormía.

Deteniéndose a cada momento para mirar en busca de enemigos, Sam cortó las costillas en dos por ambos lados, también la columna de modo que pudo cortar la parte más sabrosa del solomillo. Esto les valdría como cena, dijo. Lotus había ido a buscar raíces comestibles y volvió con un puñado de altramuces y dos docenas de champiñones. Sam miró fijamente los altramuces. Había comido la raíz de quamash después de haber sido molida y mezclada con agua para hacer unas tortas planas que luego cocinaban sobre piedras calientes. El bulbo de la cebolla, o poh-poh, hecho una

masa espesa, era aún más insípido que la quamash o que la hierba fétida mezclada con la corteza interior del pino o del tsuga. Prefería las tortas hechas de girasol o con las semillas de la hierba bisonte o la grama azul. Nunca había comido la raíz del altramuz.

Lotus volvió a marcharse y regresó con un kilo de cerezas de Virginia azules y moradas. Sam hizo un gesto al verlas, porque esas frutas eran amarguísimas. Sabiendo cómo preparaba él los champiñones, Lotus hizo incisiones en los gruesos tallos, metió dentro una bola de grasa de tuétano y colocó los botones sobre un dedo de sebo caliente. Cuando habían adquirido un bonito marrón dorado, los filetes estaban calientes y jugosos, las raíces de altramuz cortadas chisporroteaban en un plato de grasa y el café hervía, Sam miró al cielo, pues aquella era su manera de bendecir la mesa. Cada vez que comía le agradecía al Creador la exuberante abundancia de la tierra.

—Sin impuestos —dijo.

Había dicho esas palabras tantas veces que Lotus repitió:

—Sin impuestos.

—Sin cárceles.

—Sin cárceles.

Los filetes estaban tan tiernos como la carne de un joven ganso del Canadá. Los champiñones se deshacían en su boca. Hasta los altramuces sabían bien.

—¿Bueno? —preguntó.

—Bueno —asintió ella con seriedad.

Sam escogió un champiñón gordo y dorado y se lo ofreció a su esposa pinchado en la punta de un palo verde. Ella abrió la boca frunciendo los labios, tomó el champiñón y cerró los ojos. Él le daba de comer pedazos de carne escogidos, sabiendo en todo momento que a ella le avergonzaban esas galanterías. Era más probable que en lugar de darle de comer a sus mujeres deliciosos bocados los maridos pieles rojas las echasen a patadas de la lumbre y dejaran para ellas sólo las sobras del banquete. Aun así, la mayoría de las *squaws* estaban gordas y Lotus, le parecía a él, había engordado unos cuatro kilos desde el día de su boda.

Sam había cocinado todo el solomillo y medio hígado. Hígado crudo y escaramujos, según decían los tramperos más veteranos, bastaban para mantener sano a un hombre, si también tenía agua y aire puros y una cama dura. Algunos comían mucha aquilea, incluidas las blancas flores cuando florecían; también los bulbos de las cebollas, los espinos, los piñones, los berros de agua y otras vísceras además del hígado. En frías mañanas de septiembre Sam había visto a mujeres indias de la zona del río Snake coger saltamontes congelados de las plantas de salvia, meterlos en cestas, tostarlos al fuego y molerlos para hacer tortas. Y también grillos, ratones, serpientes, garrapatas y hormigas. Las había visto engordar la sopa con esas cosas y, aunque Bill Williams decía que todo eso estaba bien, Sam se había negado a probarlo. En cualquier caso, Bill podía andar más que cualquier otro en todo el territorio y

pasarse dos o tres días con sus noches sin comida, sueño o descanso.

Después de comer y de que Sam se hubiese fumado una pipa, ambos se pusieron a trabajar con la piel del bison. Estirándola sobre el suelo, con la parte del pelo hacia abajo, cortaron hasta el último resto de carne y grasa con cuchillos y escoplos de piedra. Mientras Lotus hervía la carne y la grasa para hacer una sopa gelatinosa, Sam le abrió el cráneo al animal y extrajo el cerebro. Luego le pasó la tarea a su esposa porque ningún hombre parecía tener el talento intuitivo de una mujer para hacer buenos cueros y mantas con la piel de los animales. Sam se sentó con el rifle atravesado sobre el brazo y se fumó otra pipa mientras bebía una nueva taza de café.

¡Qué noche tan hermosa y qué vida tan maravillosa era aquella! Esperaba vivir hasta los cien años.

Sam nunca había sido tan feliz como en este largo viaje hacia el sur; nunca más volvería a serlo. Los amaba tanto que encontraba solaz en decirle a su esposa el nombre de todas las cordilleras, picos, ríos, calas, valles y referencias por los que pasaban o podían ver en la distancia: el río Yellowstone, el río Powder, el lago Meadowlark, la cala del río Sun, el río Tongue, la cala Rosebud, el pico Papoose, la cala Black Panther, la cumbre Absaroka, el paso Little Goose, el Paso del Sur... Los amaba todos, pues en su alma eran como la llamada de la trompa en un concierto de Mozart.

Mientras comían, dormían o cabalgaban uno al lado del otro, Sam le hablaba de los hombres que había conocido desde su llegada al Oeste: Tres Dedos McNees, un hombre alto y delgado tan tieso como un palo, de melena y barba negras y foscas, semblante grave y un ojo inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto al otro. Era un tipo duro en una pelea, y también lo era Cabellera Perdida Dan, un gigante musculoso y malencarado que no hacía más que pasarse la mano por el despellejado cráneo, como si estuviese atusándose el pelo. ¡Dios, cómo odiaba a los pieles rojas! La ambición de Dan era arrancarle la cabellera a mil; y no se limitaba a arrancar la coronilla, sino to' l tinglao, como diría Bill, desde las orejas hasta las cejas. Pronto conocería a Jim Bridger; con la excepción de Kit Carson, debía de ser el más famoso de todos ellos, a menos que lo fuese el viejo Caleb Greenwood o Solomon Silver o Moses Harris o Jim Clyman. No todos eran tramperos libres. Los tramperos libres formaban su propio clan y hombre por hombre podían derrotar a cualquier banda de la tierra o de más allá del espacio.

Jim Bridger era probablemente el más mentiroso de toda la cuadrilla. Aunque se decía que no sabía ni leer ni escribir y hablaba como si hubiese aprendido inglés en un tipi indio, le encantaba darle a la húmeda y contar sus historias, especialmente si había pietiernos escuchando. Adoraba contarles a aquellos novatos del Este c'una vez había corrido para salvar la vida con trescientos cheyennes a sus espaldas; c'avía llegao hasta unos árboles, había trepao por ellos, se había caído y había trepao a otros; que s'avía asomao por una rama y c'avía tantos indios como abejas en un arbusto de arándanos maduros; que se había caído al suelo y había trepao por otros árboles hasta que tuvo las manos pegás en dos centímetros de la pringosa resina de los pinos. Pero siguió corriendo y llegó a un cañón que se estrechaba y se estrechaba tanto que llegaba a un punto por el que no podía pasar una araña; y allí estaba él, con trescientos diablos rojos acercándosele y cayendo sobre él tal cantidad de flechas que parecían agujas de pino en un huracán. En ese momento Jim se detenía. Los asombrados y boquiabiertos pisaverdes, nerviosos, lo miraban fijamente; y con un

ronco susurro uno de ellos preguntaba: «¿Y qué ocurrió, señor Bridger?» Con voz vieja y cansada, Bridger decía: «Me mataron».

Otro de los cuentos para novatos favoritos de Jim trataba de un puma. Estaba cazando uapitíes en las estribaciones de la montaña Battle cuando zas, salió d'entre unos matorrales un puma que lo estudiaba con sus fríos ojos verdes mientras movía la cola d'atrás p'alante. Jim se había sentido muy inquieto; sólo mirar al animal le hacía temblar y agitarse porque le parecía que el puma estaba pensando en su cena. «Buen chico», le dijo Jim, y hacía como si estuviera deseando acariciarlo. Pero con un salto p'aquí, otro p'allá y dos piruetas, el puma se puso delante de él con la boca abierta lo menos metro y medio. Tenía unos colmillos tan largos como cuchillos Bowie. Lo único que podía hacer era meter la mano dentro de la boca hasta el rabo, agarrarlo, y a toda velocidad volverlo del revés. Entonces se quedó mirando p'al otro lao y, supusiendo que Jim s'había marchao, se largó.

—Cuando uno de los pisaverdes dijo: «Vamos, hombre», casi me pareció que creía que Jim no estaba contando precisamente la verdad.

Suponía que quizá ella nunca habría oído hablar del viejo Caleb Greenwood. Caleb decía que los más valientes de todos los pieles rojas eran los Crows, pero no era parcial, porque se había casado con una Crow llamada Batchicka. No era una simple *squaw* de invierno, como lo eran muchas pieles rojas para los hombres blancos, sino una auténtica y buena mujer para todo el año. La verdad era que Caleb había amado a su esposa y a sus cinco hijos y dos hijas.

Ellos tendrían un hijo y una hija, dijo Sam, dando palmadas en el vientre de su esposa.

La relación de Caleb y Batchicka le había tocado la fibra sentimental a Sam. Con setenta y muchos años, Caleb se había quedado prácticamente ciego, y cuando las medicinas indias fallaron le pidió a su esposa que lo llevase a San Luis. Durante semanas ella mató bisontes y curó la carne, secó frutas, recogió raíces e hizo ropa de cuero para todos ellos. Luego, con su esposo y todos sus hijos excepto el mayor, habían cogido una canoa para bajar por el río. En territorio Sioux fueron atacados por una horda de guerreros aulladores y la mayoría se lanzó al agua y nadó hacia ellos con la intención de saquearlos; pero cuando Batchicka le abrió el cráneo a uno de ellos con el remo de la canoa, los otros se retiraron gimoteando a la orilla. Tras averiguar de algún modo que su hombre estaba ciego e indefenso, los bravos admiraron tanto el valor de la mujer que le permitieron el paso por el río. En San Luis le extirparon a Caleb las cataratas de ambos ojos y volvió con su familia de nuevo por el río. Ahora, con sus ochenta y tantos años, seguía siendo tan duro como siempre.

Sam se preguntaba qué pensaría la gente del Este, con sus turbios y fétidos ríos y vertederos de basura, del amor de Caleb por una *squaw*, o el de Loretto, o el suyo propio, o el de Kit Carson por María Josefa Jaramillo. Después de contarle a Lotus la historia de Caleb y Batchicka, Sam se sintió algo emocionado. Desmontando, rodeó a su esposa con los brazos según estaba montada sobre su caballo; y ella le observó con

sensaciones extrañas y maravillosas en la mirada. Él levantó la vista para mirarla a los ojos (esto se había convertido en una costumbre entre ellos), y se miraron fijamente el uno al otro, sin sonreír ni hablar.

Si se quedaba ciego, dijo Sam, con palabras y señas, ¿ella le llevaría por el río?

—Sí —dijo ella.

—¿Harías *pemmican*?

—Sí.

—¿Matarías a mis enemigos?

—Sí.

—¿Me amas? —ella conocía las palabras, pero no sabía qué significaba «amar».

—Sí —dijo.

Sam la abrazó, apretando el rostro contra su vientre.

—Te amo —dijo, y montó sobre su caballo.

Cuando encontraron a un animal muerto, Sam lo examinó mientras Lotus estaba a su lado. Dijo que normalmente podía saber quién o qué lo había matado. El lobo casi siempre atacaba a los bisontes, uapitíes, ciervos y berrendos en el costado o los cuartos traseros; el puma se tiraba a los cuellos de los animales más grandes y, haciéndoles girar la cabeza, les rompía el cuello; el *grizzly* dejaba las marcas de sus terribles garras. De todos ellos, el lobo, para su tamaño, tenía las mandíbulas y dientes más fuertes. Los hombres blancos, le contó a su esposa, tenían un perro pequeño llamado terrier; podía atacar a un lobo o a una manada entera. Había visto una vez unos lobos partir literalmente a un terrier en dos, como había visto hacer a un *grizzly* con un tejón. Los hombres blancos tenían un perro más grande, parte lebel, parte bull, que podía matar a un lobo, o incluso dos o tres, en una pelea. El lobo era un animal tan poderoso que había habido algunos capaces de arrastrar un cepo de ocho kilos aferrado a una pata hasta cuarenta kilómetros en unas pocas horas, y después de aquello le había quedado suficiente energía como para superar corriendo a un hombre y desaparecer.

Con orgullo juvenil de todo lo que había aprendido en siete años, Sam se detuvo para mostrarle un árbol territorial y los surcos que habían dejado en la tierra las garras. Después de orinar contra el árbol, el lobo había rascado el suelo, a la necia manera de los cánidos. Aquel era su territorio, le dijo señalando; estaba siempre en campo moderadamente abierto, en los fondos de los cañones, las quebradas secas, los collados más hondos entre divisiones de terreno. El único cebo de olor indefectible para un lobo era el de las cortezas de un árbol territorial tomadas lejos del territorio del lobo para el que habían tendido la trampa. El orín de lobo conocido hacía que un lobo macho temblase de nervios y corriese por los alrededores, olisqueando y dando bocados, y cayendo al fin en el disco oculto del cepo. Sam le contó que mientras él estuviera lejos de ella aquel invierno, los lobos podrían rodearla por la noche y tratar de derribar a su caballo. Él le enseñaría cómo atraparlos. Debía matar a un conejo y mojarse las manos con su sangre; cortar el conejo en pedazos pequeños y esparcirlos

en una zona tan grande como la aldea de su padre; y en el centro colocar la trampa justo por debajo de la nieve y tapar el disco ligeramente.

Sam le contaba aquellas cosas después de que se hubiesen acostado, tratando de prever todos los peligros posibles. Construiría un corral para su caballo, pero si no vigilaba los lobos se colarían para morder las correas de cuero o para tratar de morderle los tendones al animal y derribarlo. Por algún motivo desconocido al lobo le gustaba mucho la carne de caballo. Tomando una de sus pequeñas manos en sus grandes palmas y olisqueando el aire nocturno en busca del rastro de enemigos, le hablaba hasta que se quedaba dormida. Su sentido de la afinidad con todo lo salvaje de la naturaleza era tan fuerte que deseaba que su mujer lo compartiese; que supiera las costumbres del mirlo acuático, del zarapito, del chorlito y del pájaro carpintero; los cantos de las aves, como el chorlito, cuyas dos notas eran los dos sol de los registros de un órgano; o el turpial, pues le parecía que con la más baja de dos claves exponía el tema y lo volvía a expresar en clave más aguda. Con la armónica trataba de imitar los cantos de las aves y, al fin, creyéndose un hombre muy bendecido, se dormía.

No quería que Lotus supiese nunca sobre las ciudades y el modo de vida de los hombres blancos. Hasta una posta estaba tan abarrotada de gente y hedía tanto de los olores de los humanos que se alegraba cuando había hecho sus trueques y podía irse, solo y libre, hacia la naturaleza. Las grandes empresas cazadoras habían corrompido tanto a los pieles rojas con el alcohol que la embriaguez, que él detestaba, campaba rampante por las postas; había guerreros pieles rojas tirados por todas partes, con sus negras miradas desenfocadas y con sus mentes obnubiladas por el alcohol hirviendo de malos propósitos. Sam había oído que algunos de los compradores de las empresas metían narcóticos en el ron y que las drogas les provocaban a los pieles rojas tales locuras que en una ocasión asaron vivo a un comprador en su propia hoguera; le habían atravesado el cuerpo con una rama y lo habían suspendido sobre dos trípodes de modo que pudiesen girarlo sobre las llamas como un pedazo de carne de venado. Sam había visto cómo arrastraban por los talones fuera de las postas a bravos completamente borrachos y los lanzaban en un campo hasta que este estuvo literalmente cubierto de indios. Había visto a orgullosos guerreros sentados bajo parasoles que habían obligado a construir a sus viejas, cojas y repudiadas esposas, medio borrachos, acompañados de bellas jóvenes, mientras las viejas daban vueltas tratando de robar más ron para sus señores, o comprar más con sus cuerpos. Delante de cada arrogante príncipe piel roja había un trípode sobre el que colgaban su escudo, su arco, su carcaj, su bolsa de medicina y su pipa. El varón indio era tan inocente y crédulo que cuando le daban ron a cambio de pieles el comprador blanco podía deslizar tres o cuatro dedos en la copa para ahorrarse ese licor; o metía sebo fundido en la copa a una altura de un centímetro y dejaba que se endureciese antes de llenarla de ron. Según se iba emborrachando el piel roja, el blanco diluía el ron, hasta que como mucho había una parte de ron y diez de agua de río. Sam había visto a

guerreros borrachos apostar al juego de Adivina la Mano hasta que uno se quedaba con todos los caballos, la ropa y las armas y el otro estaba sentado completamente desnudo preguntándose qué más podía encontrar para apostar.

Para impresionar a su esposa con el modo en que miles de emigrantes se dirigían a las tierras del Oeste y se llevaban por delante los hogares de los pieles rojas, Sam habría querido mostrarle algunos lugares como la Roca Independence en el hermoso valle de Sweetwater, un río que al principio no había sido *Eau Douce* sino *Eau Sucrée* debido a que en él se había perdido un cargamento de azúcar. La gran mesa de granito tenía seiscientos metros de largo y casi sesenta de alto y acabaría por tener, suponía Sam, al menos cien mil nombres mormones grabados en su parte superior, ochenta mil de los cuales serían de esposas de polígamos. Pero había decidido dirigirse muy al oeste de la Roca, porque iba de camino a la posta de Bridger. Habría querido mostrarle a su esposa el Barranco de Scott después de contarle la historia de otro hombre valeroso.

Una partida de tramperos que bajaba por el Piarte había volcado su canoa y perdido prácticamente todos sus suministros, incluyendo la pólvora. Indefensos en tierra enemiga, se habían entregado al pánico. Uno de ellos, un hombre llamado Scott, se había puesto demasiado enfermo como para caminar y los otros, fingiendo que sólo iban a mirar más allá de las colinas para buscar comida para él, lo habían abandonado en la orilla del río. ¿Qué se le había pasado por la cabeza tras darse cuenta de que aquellos cobardes lo habían abandonado? Ni siquiera después de que los huidos se encontrasen con un grupo armado de hombres blancos mencionaron al enfermo que habían abandonado para que muriese, sino que dijeron que Scott había muerto y que lo habían enterrado. Al año siguiente algunos de los hombres de aquel grupo armado que regresaba por el río encontraron su esqueleto. Estaba claro que Scott se había arrastrado sobre sus codos y rodillas más de sesenta kilómetros en un intento patético y desesperado por encontrar a los cobardes que lo habían abandonado. Hugh Glass se había arrastrado a más distancia, las heridas abarrotadas de gusanos, excavando en la tierra en busca de raíces y royendo huesos viejos todo el camino hasta Fort Kiowa en el Missouri, el alma ardiéndole con la sola idea de la venganza. ¿Podría Sam Minard alguna vez dedicar su vida a la venganza? No lo creía probable, pero no podía ver el futuro.

Cuando llegaron al Camino de Oregón, Sam se detuvo durante una hora y miró al este y al oeste. La mayoría de las tribus indias creían ahora que, a no tardar, enormes masas de hombres cubrirían aquella magnífica tierra y expulsarían a los pieles rojas de sus hogares. ¿También preveían que cientos de hermosos ríos y arroyuelos serían contaminados? Ahora un hombre podía tumbarse sobre su vientre y beber de las aguas puras de cualquiera de ellos, excepto de aquellos que se encontraban en eriales alcalinos, como el Humboldt; pero no había aguas puras allí donde el hombre construía sus ciudades y diseminaba su suciedad. ¡Qué paisaje tan horroroso sería todo aquello algún día! Con sus ciudades que crecían vertiginosamente sin planificar,

la hedionda y repugnante oscuridad de miles de chimeneas, los venenos paralizantes de las alcantarillas y el amontonamiento de enormes vertederos. Supuso que los pocos hombres que necesitaban espacio y libertad tanto como necesitaban oxígeno se irían al norte, hacia Canadá; y de nuevo al norte, hasta que en toda la tierra no quedasen más tierras limpias a las que ir, sino tan sólo los desperdicios, el hedor y la fealdad en que miles de millones de enjambres humanos convertirían la tierra.

Cruzando el Camino, miró con curiosidad los surcos de ruedas. La semana anterior una caravana había chirriado y tironeado por esos surcos, con sucias mujeres polvorientas agarrando a sus niños llorosos bajo las carpas de lona con la mirada fija en las espaldas encorvadas de los conductores y en el terreno que tenían delante. Semana tras semana y kilómetro tras kilómetro seguían adelante. Al llegar a la posta de Bridger en Black Fork, Green River, Sam supo que los mormones no habían pasado y sintió alivio cuando Bridger dijo: «Calculan que la primavera próxima. Ahora están n'el Missouri, el viejo Brigham y sus mil esposas, refugios durante el invierno».

—¿Todos los mormones?

—T'ol campamento, miles y miles.

—¿Dónde van?

—Sólo Dios y Brigham lo saben.

—¿Y todos con más de una esposa?

«Espabila», le dijo Jim, «¿alguno que no fuese un jefe había tenido más de una, en la Biblia o en otro lao? Brigham tenía, se decía, cincuenta o así; el siguiente tenía cuarenta y cinco acaso, y el siguiente cuarenta, y así tos hasta'l cabo, que igual tenía dos».

Uno nunca sabía cuándo Jim Bridger hablaba en serio.

«Qué yegua tan maja tienes, Sam», dijo, mientras sus extraños ojos (parecían grises pero tenían diminutas motas de acero brillante) observaban a Lotus. En aquella posta Sam compró a crédito, a cambio de las cargas de castor de la primavera siguiente. Compró un caballo veloz para su mujer, un buen rifle y un Bowie y mucha pólvora y balas; además compró útiles de cocina, media docena de mantas grandes, punzones, agujas e hilo; porque estaría cazando y ella estaría haciendo ropa de cuero para los tres.

—¿Dices que vas a dejarla sola? —le preguntó Jim, mirando a Sam mientras entrecerraba los ojos.

—En la cabaña junto al Little Snake —dijo Sam.

—¿Tol invierno?

—Tendrá un caballo rápido —dijo Sam—, sabe disparar. Además, ninguna alimaña piel roja va nunca por allí.

¿Cómo sabía Sam que no l'abían vigilao en su viaje hacia el sur? «Por Dios, piénsatelo», dijo Jim; «nunca sabes cuándo van a aparecer las alimañas rojas, ni ande». Después de que Sam se hubo preparado para partir y Jim le dijo que vigilase

su cabellera, este le repitió: «Mejor piénsatelo». Las palabras inquietaron a Sam, porque sabía que en todo el Oeste no había un hombre que conociese mejor a los indios que Jim Bridger. Pero miró a su esposa y se dijo que no le pasaría nada.

Con Lotus sobre su nuevo caballo, un alazán fuerte y animoso con una lista en la cara, y con dos mulos cargados, Sam se dirigió hacia el suroeste. Era un territorio desolado, con montañas a lo lejos. Era más allá de un afluente del Yampah donde Henry Fraeb y Jim Bridger habían construido una posta; y hacía sólo cinco o seis años que Henry y cuatro de sus hombres habían muerto luchando contra los Sioux. Posiblemente Jim tenía esa lucha en mente cuando le dijo a Sam que se lo pensara. Sam había ido dos veces a los Uintahs para cazar; por lo que él sabía, ningún indio había ido tan al sur como para llegar hasta el Little Snake en invierno.

Cuando se acercaron a las montañas, Sam y Lotus mataron cuatro ciervos, curaron la carne y siguieron cabalgando. Había visto a su mujer mirar hacia atrás de vez en cuando hacia el neblinoso paisaje del que venían. ¿Añoraba a su pueblo? ¿Se preguntaba por qué su hombre iba tan lejos para cazar? Él había tratado de explicárselo; había buena caza en zonas al norte, pero las ocupaban los hombres mayores. Había una cabaña por allí abajo, en una zona repleta de gamos fáciles de matar y abundancia de comida para su caballo. En la cabaña estaría abrigada y protegida, y ocupada con sus agujas. El territorio del Little Snake era prácticamente tierra de nadie; al oeste en las montañas estaban los amistosos indios Utes; al noroeste estaban los Snakes, pero lejos. Los Pies Negros estaban lejísimos, a mil quinientos kilómetros al norte; y los Crows, Cheyennes, Comanches y Arapahoes todos muy lejos. Una partida de guerreros de cualquiera de esas tribus podría matarla por su caballo y sus armas, pero estaba seguro de que ninguno iría tan al sur después de que cayesen las grandes nevadas. Y estaba seguro de que ningún explorador los había visto al viajar al sur. La caza en las Uintah sería muy buena y rápida; podía regresar con cinco cargas, incluso seis. Allí no tendría que estar vigilando día y noche en busca de enemigos, y así podría trabajar mucho. Lotus había dicho que ella quería ir con él y ayudarlo, pero Sam creyó que debía mostrarse firme; como esposo no sería mejor que un Digger si se llevaba a su mujer embarazada a los altos prados de montaña a temperaturas bajo cero sin sitio para una cama excepto la tierra bajo un abeto. Ahora estaba muy endeudado; tenía una esposa y pronto tendría un hijo. Era hora de coger su bolsa de medicina y marcharse.

La cabaña a la que llevó a Lotus era más o menos como la que había construido en el Musselshell. En el lado por el que soplaban los vientos construyó un pequeño corral y un refugio de tormenta para su caballo; con su ayuda reunió mucha hierba para el caballo y la apiló contra la cabaña en la pared en la que soplarían los vientos más fríos. Recogió mucha leña. Todos los días le daba lecciones sobre cómo disparar el arma, y en poco tiempo era capaz de cabalgar hacia las montañas y regresar dos horas después con un ciervo. Curaron suficiente carne como para que se alimentase hasta mayo. Le dijo, una y otra vez, que nunca se alejase de la cabaña después de que

llegasen las grandes nevadas. Hizo un agujero en la pared con la forma necesaria para que ella pudiese destaparlo en un instante y sacar por él el cañón del rifle. Una y otra vez le señaló las montañas en el oeste y dijo que él estaría allí, trabajando duro todas las horas de luz y hasta después de que hubiese oscurecido. Estaría pensando en ella todo el día y soñando con ella toda la noche.

Tras una semana o dos en la cabaña, supo que estaba embarazada; ella puso la mejilla derecha sobre el corazón de él mientras la abrazaba. ¡Dios Todopoderoso, ahora iba a tener un hijo para que fuese el más rápido cabalgando y el más certero disparando en todas las montañas! ¿Cuándo nacería? Contó los meses: en mayo quizá, o en junio: en algún momento cercano. Aquella noche él la abrazó hasta el amanecer y al día siguiente miró a su alrededor en busca de otras cosas que hacer para que estuviese cómoda y protegida. Posiblemente, cuando hiciese sol a ella le gustaría sentarse junto a la puerta y mirar hacia el oeste donde él estaría; así que le llevó un grueso tronco para que pudiese sentarse. Estaban sentados en él una noche cuando, repentinamente, ella se levantó, escupió sobre el regazo de Sam y le miró fija y gravemente a los ojos. Su mirada era tal que Sam se inquietó. ¿Creía que tenía la intención de abandonarla? Entregándose a una gran sensación de ternura que se abatió sobre él y lo reconfortó, la abrazó y murmuró promesas y palabras de cariño en su oído: «Nunca te abandonaré», le dijo, «Nunca en todos los días de mi vida. Nunca, nunca. Volveré», dijo una y otra vez. Regresaría con muchas cargas de finas pieles de modo que el verano siguiente pudiesen pagar sus deudas y tener dinero para comprar cosas para el invierno siguiente y para su hijo. En todos los idiomas que conocía le dijo que antes de dudar de su regreso haría bien en dudar de que el sol salía o que la nieve caía. Le rodeó el rostro con ambas manos y la besó en la frente, en los párpados, en las mejillas, en los labios, y en la chaqueta de cuero sobre sus pechos. Mirándola a los ojos, le dijo: «Te quiero, te necesito, nunca te abandonaré». Con un movimiento rápido e impulsivo ella le tocó los labios y la punta de la nariz y dijo: «Te quiero». El corazón le dio un vuelco. ¿Entonces, después de todo, se había ganado a aquella extraña muchacha de un pueblo extraño? Le dijo que quería llevarse con él un mechón de su pelo, y de la parte de atrás, por encima de la nuca, le cortó el mechón, y lo besó y lo mantuvo en sus labios. Lo estiró y calculó que tendría cincuenta centímetros de largo; cuando ella tenía el pelo suelto le llegaba por debajo de la cintura. Enrolló el pelo alrededor de su índice y lo besó, lo apretó contra sus labios; luego se lo metió bajo su camisa de cuero. Ella le había observado algo atónita. ¿Algún marido indio en alguna parte del mundo se había llevado un mechón de pelo de su esposa para recordarla durante un largo y solitario invierno?

Se dijo a sí mismo mil veces que ella estaría bien mientras él estuviese fuera. Las mujeres indias, al contrario que las blancas, no necesitaban doctores, enfermeras y una rondada de medicinas. El niño no nacería antes de su regreso. Ella estaría bien. Él llegaría cabalgando desde las montañas con los dos mulos cargados con pieles desde las crines hasta la cola. La cabaña no tenía ventanas; él había arreglado la puerta de

modo que ella pudiese cerrarla; y le repitió una y otra vez, una docena de veces, que llevase siempre el cuchillo en el cinturón, un revólver encima y que tuviese el rifle a mano. Le había contado lo que había hecho con un hacha la mujer del Musselshell. Lotus tenía una buena hacha y debía conservarla siempre justo al lado de la puerta. Le pareció que sería seguro que ella disparase su arma siempre que el viento soplase del norte; pero tenía mucha carne curada, harina, frutos secos, raíces, café, azúcar; tenía mucha madera, ropa de cama y más que suficientes pieles para mantenerse ocupada. El indio más cercano estaba a trescientos kilómetros de allí. Estaría bien.

Sin embargo, durante los últimos días y noches con ella no actuaba como un esposo que cree que su mujer va a estar bien. El valor de su esposa lo había conmovido profundamente; era poco más que una cría, estaba muy lejos de su pueblo y no le había mostrado señal alguna de que tuviese miedo. También se había conmovido cuando, viéndola al fin como la excepcional persona que era, comprendió qué prueba tan terrible había sido para ella marcharse con él. La puso sobre su regazo y la abrazó, y debatía consigo mismo si debía ir con él o quedarse allí. Pero entonces la veía embarazada de siete u ocho meses en las frías y altas montañas y cabalgando no mucho antes de que llegase su hijo; la veía sin techo sobre su cabeza, sola todo el día mientras él caminaba kilómetros y kilómetros recorriendo sus trampas; y volvía a convencerse de que lo mejor para ella sería quedarse allí. Tratando de seguirle de trampa a trampa se agotaría. Sería malo para el niño. Podría enfermar... Aún seguía debatiendo el asunto cuando llegó la mañana de noviembre que había fijado para su marcha. Nevaba, una tormenta silenciosa y profunda, en la que no se veía más que los millones de copos que caían tan grandes como monedas de dólar. Ensilló su caballo y los mulos y los llevó al corral. Luego se dirigió a su mujer, que estaba en pie junto a la puerta, mirándolos a él y a la tormenta en la que él iba a desaparecer. Ahora no había ni rastro de montañas ni de río.

Sam se sacudió la nieve de la chaqueta, del vientre y de los muslos y dijo que el Todopoderoso tenía más maneras de embellecer la tierra de las que los mortales podían pensar. Trataba de mostrarse animado, pero se sintió más solo de lo que se había sentido nunca desde que se despidió de su gente. Se quedó al lado de ella y juntos miraron el maravilloso atardecer de copos. Luego él la tomó en sus brazos y la besó en el pelo y en la cara; se inclinó para besar la piel que le cubría el vientre y la abrazó durante cinco minutos largos.

Entonces, de repente y en un instante se despidió, como había hecho con su gente, y se fue. Cabalgaba sobre su caballo, con la cuerda de los mulos en la mano, internándose en la nieve. Lotus se quedó mirándolo mientras estuvo al alcance de su vista y mucho tiempo después. Allí estuvo en pie más de una hora, mirando la desolación. ¿Estaba pensando que él la había abandonado, en aquella extraña y solitaria tierra a casi mil quinientos kilómetros de su pueblo, que debería subirse a su caballo y dirigirse al norte, hacia las Bitterroot y su hogar? Pensara lo que pensara, no había mucho rastro de ello en su adorable rostro. Una chica blanca de su edad podría

haberse venido abajo y correr gritando tras su hombre; esta chica, tras observar durante una hora la desolación en la que había desaparecido su esposo, fue al corral a oír la respiración de su caballo. Miró el cuchillo que llevaba en el cinto, el revólver a su lado; y con un respingo se acordó del rifle y corrió hacia la cabaña a cogerlo. Examinó cuidadosamente el fulminante. Miró hacia el río, la dirección desde la que llegarían sus enemigos, si es que lo hacían. Entonces se arrastró entre dos postes, fue hacia su caballo y, apoyando el rifle con la culata entre sus pies, miró a los tranquilos ojos del caballo. Puso la mano derecha bajo el morro y la mejilla derecha del caballo y apoyó su propia mejilla derecha en la izquierda del caballo, y se quedó allí mientras la tormenta la volvía a ella, al caballo, a la cabaña y a todo lo demás de un invernadero blanco puro de montaña.

SEGUNDA PARTE

Kate

Era finales de abril de 1847 cuando Sam Minard bajó de las montañas. En lo relativo a pieles, había tenido un invierno completo; en un grupo de ríos había encontrado más pieles de castor de calidad de las que había encontrado nunca. Había estado cazando desde la primera semana, pero fue en febrero y marzo cuando consiguió las mejores pieles. Había cazado el día entero, todos los días del mes, e incluso de noche si había luna llena. De las pieles de primera clase, llamadas plus y que los tramperos pronunciaban «plu», tenía dos cargas y media; de pieles inferiores tenía casi tres cargas; y había atrapado unas cincuenta nutrias.

Un día normal para él se desarrollaba del siguiente modo: de día se despertaba entre sus mantas y pieles, debajo de las ramas de un pino y se arrastraba de allí hasta que podía ponerse en pie. Salía de la cama completamente vestido. No había disfrutado de banquetes como durante el viaje con su mujer; la carne que comía era venado curado, magro de uapití, cola de castor, rata almizclera, con harina y café. A veces pasaba una semana entera sin encender una hoguera. Simplemente, estaba demasiado ocupado. Trabajar con el banco de raspado y los bastidores le llevaba mucho tiempo. Todos los días tenía que llevar los caballos a lugares donde pudiesen escarbar en uno o dos metros de nieve para buscar hierba. Se pasaba cientos de horas en la tediosa y meticulosa tarea del labrado, esto es, eliminar de las pieles los restos de grasa, carne y sangre usando pedazos afilados de cuerno de uapití u obsidiana. Recorría cientos de kilómetros arriba y abajo por los ríos, montando sus trampas y llevando las pieles. De vez en cuando hacía una hoguera, asaba un par de colas de castor y calentaba una cafetera. Alguna que otra vez se tomaba el tiempo para llenar su pipa. Pensaba mucho en su mujer y se preocupaba por ella; había tenido sueños con ella que lo inquietaban. Según se iba acercando la primavera su preocupación se volvió tan constante que casi se fue corriendo de las montañas para saber si estaba bien.

Cuando por fin pudo salir trabajosamente recorriendo ríos, cruzando senderos de uapitíes entre la nieve o abriendo caminos para sus animales, trató de pensar en algo que pudiese comprarle a su esposa en las postas. Si era como la mayoría de las mujeres indias querría ropa, cuentas, ornamentos y lazos de brillantes colores para el pelo; confiaba en que prefiriese una hermosa silla de montar y arreos a juego. Tenía una imagen de ella vestida como un guerrero Crow con la mejor piel de ciervo bordada, con largas borlas y flecos y un precioso tocado, con sus flores flotando tras ella en el viento. Su hijo iría en una silla a la espalda de su mujer, de pie, con sus brillantes y audaces ojos fijos asombrados por todo por lo que pasaban. Para cuando tuviese cuatro o cinco años tendría su propio caballo y aprendería a montar como un

Crow; y tendría su silla, la mejor, su propia ropa de cuero, con las cuentas más bonitas que las *squaws* fuesen capaces de hacer. A Sam le gustaba pensar que su hijo sabría montar como un Crow no sólo porque los Crow fuesen los mejores jinetes del mundo; además hacían armas excelentes y eran los guerreros más formidables de las praderas. En el trabajo con cuero y los bordados no había mujeres más hábiles que las Absarokas; así era como los estúpidos franceses los llamaban, *les gens des corbeaux*, los Absarokas, el pueblo Sparrowhawk. Los guerreros Crow eran tan intrépidos que se enfrentaban valientemente a cualquiera que invadiese sus tierras, incluyendo a sus enemigos ancestrales los Pies Negros; y parecían ser amistosos con los hombres blancos porque a estos también les encantaba matar a los feroces Bloods y Piegans. La nación Crow se vanagloriaba de no haber matado nunca a un blanco o a un amigo del pueblo blanco; Sam estaba pensando en aquel alarde mientras seguía los cortavientos descendiendo por los cañones.

Después pensaría que había tenido cierta premonición kilómetros antes de llegar a la cabaña. Lo llamó su sentido del enemigo. En cualquier caso, su sentido del enemigo habría hecho que se acercase con cautela. Como trampero y fatalista todo el invierno había sabido que existía la posibilidad de que matasen a su esposa mientras él estaba fuera; que *podrían* matarla, y ciertamente que podrían matarlo a él, lo hiciese un hombre o un animal. Cabalgando de regreso hacia ella, se dijo que podrían emboscarlo por las pieles que llevaba; había desarrollado la sensación de que por aquel territorio habían pasado indios desde que él se había ido. Tenía la guardia levantada, los sentidos alerta y la náusea de la pérdida y la soledad estaba pasando por su mente y atravesándole todo el cuerpo cuando a un kilómetro de la cabaña tiró de las riendas y se quedó allí, sintiendo. No le gustaba nada. Aseguró a los animales en unas ramas bajas de cedro y avanzó silenciosamente calzado con mocasines y el cañón del rifle cruzado sobre su brazo izquierdo. Desde una colina por encima del río vio la cabaña. Podía ver el corral, pero no había ni rastro del caballo; la cabaña, con la puerta abierta de par en par, pero ni rastro de su esposa. Empezó a sentirse desesperadamente enfermo. Sentía que ella no estaba allí, y si no estaba allí le rezó a Dios para que hubiese vuelto con su pueblo. Si era cautiva de algún guerrero piel roja sería ahora esclava en alguna aldea, golpeada e insultada por las viejas brujas de la tribu. Si era prisionera la encontraría aunque le llevase la vida entera...

Su mirada recorrió la ladera cubierta de cedros que bajaba hacia la cabaña desde el este y las praderas junto al río al sur y al norte. Miró por todas partes en busca de un rastro en la nieve. Convencido al fin de que su mujer no estaba allí y con el dolor y la furia creciendo en una roja marea en su interior, avanzó, pero en lugar de aproximarse directamente desde el oeste rodeó la cabaña y llegó desde el este como un acechador silencioso entre los árboles. A cien metros de la cabaña se detuvo y trató de hacerse una idea precisa de la situación. Rezó para que ella estuviese dentro de la cabaña, pero la lógica le decía que era más probable que allí hubiese indios esperándolo. Volvió a avanzar hasta que llegó a la pared trasera y colocó el oído en

un hueco entre los leños y escuchó. Luego, amartillando el rifle, con el dedo en el gatillo y el cuchillo suelto en la funda, dobló una esquina y caminó junto a la pared norte. Estaba mirando por la esquina noroeste para poder ver la puerta cuando con un sobresalto que lo sacudió de la cabeza a los pies vio lo que tenía ante él.

En un segundo de comprensión que lo revolvió más de lo que podrían haberlo hecho una enfermedad o una pesadilla, Sam supo lo que había ocurrido. Estaba conteniendo el aliento. Se sintió mareado. Allí, ante la puerta abierta y desperdigados por todas partes estaban los huesos de su esposa. Sin moverse y ya sin sentir nada, porque se había quedado completamente entumecido, los miró y examinó durante quizá cinco largos minutos. Vio huesos que habían sido picoteados por cuervos y urracas; y, cuando al fin avanzó, vio, a unos cien pies, el cráneo. Le habían arrancado la cabellera tan completamente que sólo quedaba un pequeño pelo en la nuca. Avanzó hasta que pudo mirar hacia abajo y se fijó en las cuencas de los ojos, los agujeros que habían sido las orejas, las marcas del hacha o del cuchillo en el hueso del cráneo. Luego entró rápidamente en la cabaña. No había nada dentro. Los asesinos se lo habían llevado todo.

Respirando todavía con dificultad y mareado, se arrodilló entre los huesos y vio lo que hasta ese momento no había visto. Con tanto cuidado como si estuviese recogiendo una mariposa, agarró algo, apoyó el rifle en la pared y sostuvo el objeto en la mano. Era el cráneo de un bebé. Ahora veía, mirando a su alrededor, que desperdigados entre los huesos de su esposa se encontraban los huesos de su hijo. Los tomó uno tras otro para mirarlos. Su primer vistazo le había dicho que su esposa llevaba muerta no más de diez días o dos semanas. Angustiado por el dolor y los remordimientos, se repetía una y otra vez que si hubiese llegado dos semanas antes ahora ella estaría viva; quizá había estado sentada allí, en el leño que le había colocado; su pobre, querida, fiel esposa habría estado mirando al lado contrario del río, hacia el oeste, buscando señales de su regreso; habría estado cosiendo ropas, mirando y cosiendo, cosiendo y mirando. Tendría el rifle apoyado en la pared a su izquierda; el cuchillo estaría en su funda y sin duda el caballo, atado junto al río, habría estado fuera de su vista o habría dado muestras de alarma. Quizá había estado tan concentrada en tratar de verle o en empujar la aguja a través del cuero que no había oído las suaves pisadas; y al otro lado de la cabaña habría aparecido un asesino piel roja y la habría atacado antes de que ella notase su presencia. De un solo golpe casi le habría cortado la cabeza en la parte baja del cuello. Le había arrancado la cabellera y le había quitado todo lo que llevaba encima; y ella se habría quedado allí, muerta, con el bebé, su hijo, dando patadas y muriendo dentro de ella.

¡Santo Dios Todopoderoso, la venganza sería suya! Su rostro intensamente bronceado se volvió de un gris enfermizo; miró hacia el norte y noroeste, sabiendo que el asesino había tenido que llegar desde allí. En unos minutos encontraría un rastro de él y sabría a qué tribu pertenecía.

Sam recogió todos los huesos que fue capaz de encontrar; algunos habían sido

arrastrados cincuenta metros o más de la cabaña; se sentó en el suelo y, colocándoselos en el regazo, los miró. Tras unos minutos supo que tenía la vista borrosa. Nunca hubiese supuesto que las lágrimas fuesen tan calientes. No recordaba un solo momento en toda su vida en que hubiese llorado. Se llevó el cráneo de Lotus a una mejilla, el de su hijo a la otra y se sentó allí tratando de pensar qué debía hacer. Pero sabía lo que iba a hacer. Cuando al fin dejó cuidadosamente a un lado los huesos y se puso en pie, estaba tan descompuesto por una furia ciegamente asesina que fue a coger su rifle y no acertó a encontrarlo. Se golpeó en los ojos, pero se le habían vuelto opacos por el dolor. Nunca en su vida había sentido un dolor, una pérdida y una soledad tan terribles. Se quedó de pie, tratando de ver, y comenzó a limpiarse los ojos; y cuando pudo ver y tuvo el rifle en la mano, se quedó quieto, dejando que su furia creciese hasta que le llenó el cuerpo entero y le hizo desear ponerse en camino. Mientras sentía más profundamente su pérdida y la enorme cobardía del asesino, sólo podía pensar en la venganza. Los años que tenía por delante se volvieron tan evidentes para él como si los hubiese tenido escritos en un mapa, pero antes tenía que recoger lo que quedaba de su esposa y su hijo y rastrear la zona para descubrir qué tribu era la culpable.

Mientras caminaba aquí y allá alrededor de la cabaña y hacia el río se dio cuenta de que había caído una ligera nevada desde que su familia había sido asesinada. Viendo una marca semejante a una sombra, metió la mano en la nieve y sacó otro hueso. Se acercó a sus animales y cogió una manta de uno de los mulos; dentro metió los huesos y envolvió y ató el paquete, asegurándolo en la silla. Encontró una aguja que se le había caído a Lotus. ¿Había estado haciendo una chaqueta para él, una camisa o unos mocasines o algo para el niño en el momento en que el *tomahawk* cayó sobre su cuello?

¿De qué tribu era el asesino? Sam pensó que debía de ser Comanche, las feroces alimañas que habían acabado con Jed Smith con cuchillos y hachas. Dio vueltas y más vueltas alrededor de la cabaña, entró y salió, olisqueando, pero no detectó olor alguno a indio. De modo que tomó el rastro de nieve hacia el río y en la confluencia del Little Snake con el Yumpah se sentó en su caballo y miró a su alrededor. Desde aquel punto subió por el Snake. No sabía bien qué conclusión sacar: si hubiesen sido los Comanches habrían llegado desde el este, al sur de la Montaña Battle. Supuso que después de todo no habían sido los Comanches.

Supo que no lo eran cuando, tras un viaje de dos días subiendo por el río, llegó a un campamento indio al que unos árboles habían protegido de una reciente tormenta. Estaba en un meandro del río y en tres de los lados había unos árboles tan densos que las cenizas de la hoguera habían quedado intactas. En la arcilla, bajo un montículo, había unas pocas huellas de mocasines. Sam no estaba familiarizado con las huellas de mocasines de los Comanches, pero conocía las de los Crows tan bien como las suyas propias. Aquellas huellas parecían haber sido dejadas por los Crows, pero eso le pareció tan increíble que las examinó con un cuidado extremo y buscó por los

alrededores en busca de pruebas que lo corroborasen. No podía haber duda: ¡Los pieles rojas que habían acampado allí eran Crows! ¡Los Crows, que alardeaban de no haber matado nunca a un hombre blanco ni a sus amigos! Los Crows, que habían luchado junto a los tramperos contra los Pies Negros. Sam recordaba ahora que durante trescientos o cuatrocientos kilómetros había cabalgado con Lotus a través de territorio Crow; quizá el que había tratado de robarle su Bowie lo había seguido; o quizá había sido una partida de guerra de jóvenes insensatos, deseosos de contar un *coup* y una muerte. Como no había habido rastro de él en la nieve del mes de noviembre y no había habido señal de él en ninguna parte no habían sabido dónde buscarlo y habían matado a su mujer y huido con su caballo, sus armas, la ropa y la comida. Uno de ellos tenía su cabellera y la conservaría hasta que Sam Minard lo encontrase y lo abriese en canal y tirase su cobarde hígado para que se lo comieran los lobos. ¡Encontraría a aquel asesino antes de morir, con la ayuda de Dios!

A la derecha, según seguía su camino por el río, había montañas con picos que se elevaban más de tres mil metros por encima del nivel del mar. Según se acercaba a las montañas, Sam observó sus cumbres nevadas y los bosques cubiertos de blanco preguntándose hasta dónde podría escalar aquellas montañas; pues quería hacer un juramento de venganza en algún lugar en las alturas. Podía ser que allí arriba, en la pálida bruma, la nieve tuviese cinco metros de altura, pero en el lado norte debería resistir su peso. Escondería a sus animales y las cargas de piel en las estribaciones, y con su rifle y algo de comida treparía lo más alto que pudiera.

Desde la base de los picos había sólo algunos cientos de metros hasta las cumbres, pero un hombre podía tardar una semana en llegar hasta ellas. Mientras se preguntaba si debería ser tan romántico y necio, Sam pensó en las adorables flores que ahora estarían creciendo en las estribaciones del sur, debajo del límite de la nieve. Subiría al menos hasta allí arriba. Y cuando al fin estuviera muy arriba, sobre un mundo de oscuridad, silencioso excepto por los vientos, con la fragancia de las flores a su alrededor, se llevaría las perfumadas flores al rostro, recordando las horas en que le había colocado en el pelo flores de altramuz, colombinas y rosas y le había puesto sobre los hombros un manto de flores. ¡Qué adorable había estado cuando sonreía mirando desde la corona que rodeaba su rostro!

Media noche estuvo esperando a que la esfera dorada se alzase desde el lúgubre gris del este. Estuvo preparado cuando llegó su momento. De pie sobre un peñasco de un precipicio azotado por el viento, con su rifle a la izquierda, miró a las estrellas y al gris azulado de la primera hora de la mañana. Cuando media esfera dorada estuvo a la vista, habló. Le pidió al Padre Todopoderoso que bajase la vista y viese su tribulación y su dolor. Nunca en su vida había levantado la mano contra el pueblo Crow, sino que había sido su amigo, pero cuando estuvo ausente aparecieron como lobos en la noche para matar a su esposa y su hijo. Sabían que aquella mujer era la esposa de un blanco. Sabían que estaba sola, a mil quinientos kilómetros de su pueblo y muy lejos de su hombre. Nunca había tenido la opción de defenderse. Estaba allí sentada, con un bebé

dentro, cosiendo una camisa para su hombre o para su hijo, o mirando hacia el oeste en busca de alguna señal de su esposo; y sin advertencia alguna la habían matado. Y allí se había quedado tirada en el suelo, con su bebé muriendo dentro de ella; allí para los lobos, las urracas y los cuervos.

Se detuvo ahí, preguntándose si había dicho suficiente. Había más cosas que quería decir, como que en el Libro Santo se decía que la venganza pertenecía a Dios, pero que en aquel caso pertenecía a Sam Minard; que tenía la intención de entrar en guerra, él solo, contra toda la cobarde y rastrera nación Crow; decir: «¡A partir de hoy y hasta el día que me muera juro por los huesos de mi esposa y mi hijo asesinados que mataré a todos los guerreros Crows que se crucen por mi camino!»

Aquello era todo. Era lo que había querido decir. ¿Había algo más? Había unas palabras de Job, que su padre le había leído un día durante el desayuno; que los ojos le brillaban y que eran como los ojos de la mañana, o algo parecido. Había tenido la intención de mostrarle el puño cerrado a la nación Crow y lanzar en la noche tales palabras de poder y furia que hiciesen temblar las montañas. Pero después de llegar hasta las flores y recordar los momentos entre ellas y ver los ojos y la sonrisa de su esposa, la ternura de la mañana o del cielo lo había alcanzado; se quedó sobre el peñasco, el rostro hacia el cielo de la mañana, y fue consciente de ser un hombre que había hecho un terrible juramento de venganza. Nunca había odiado en realidad a hombre alguno ni había deseado matar a nadie, pero le habían obligado a eso y sólo el cobarde se amedrentaba ante ello y le daba la espalda. Los ojos de la mañana era cuanto necesitaría; y algo de ayuda de la justicia divina en los sitios adecuados. Y allí permaneció, el hombre sobre el pico de la montaña, haciendo su voto de venganza, y a mil doscientos kilómetros al norte la mujer estaba arrodillada en su diminuto cementerio ante los rostros angélicos de sus seres queridos asesinados dedicándole una oración al mismo Padre.

El sol llevaba una hora en el cielo y la atmósfera era de un dorado pálido en el blanco de la nieve cuando Sam bajó la montaña. Había reunido un gran ramillete de los adorables lirios de montaña. En su descenso trató de hacer planes. Le llevaría sus pieles a Bridger y pagaría por las cosas que había comprado; y el resto lo llevaría a la posta de Laramie, que estaba cerca de territorio Crow. Compraría un caballo más veloz si es que lo había, porque habría veces en que tendría que huir para salvar la vida. Se compraría otro Bowie, porque habría momentos en una pelea en que necesitaría abrirles las tripas por ambos lados. Sabía bien que, en cuanto hubiese matado a unos cuantos Crows, todos los guerreros de la nación se dedicarían a buscarlo para matarlo. Necesitaría unas cuantas de las pieles más duras para hacer mocasines para su caballo y ponérselos cuando se acercase a un campamento enemigo, y necesitaría el doble de pólvora y balas de las que nunca había comprado.

Según descendía por la ladera de la montaña encontró otras flores de color crema con centros amarillos que le parecieron casi tan adorables como los lirios. Se quitó su camisa de cuero para hacer una cesta y metió dentro un montón de flores. Al regresar

a sus animales escondidos tomó el paquete que llevaba detrás de la silla, lo abrió y literalmente envolvió los huesos en las flores. Besó el pelo de la nuca. Luego, tiernamente, con manos grandes y torpes, dobló las flores y los huesos dentro de la manta y colocó el paquete detrás de la silla. En aquellos momentos no estaba pensando en Loretto sino en Milton Sublette, que en una pelea con el mestizo John Gray había sido apuñalado de forma tan mortal que sus amigos, creyendo que iba a morir, lo habían dejado al cuidado de Joe Meek. Milton acabó curándose y poco después él y Joe cayeron en manos de una partida de indios hostiles. Los habrían matado de no ser por un jefe y su adorable hija, que en la oscuridad de la noche los había ayudado a escapar. Enamorado de la chica, Milton se casó con ella no mucho después. Dejándola en las montañas, como Sam había hecho con Lotus, Milton había ido al Este en viaje de negocios y había muerto durante el viaje de vuelta; y en un año o dos a su mujer la mataron los indios Bannock. Aquella chica india, había contado Meek, era la mujer más hermosa que había visto nunca. Pero no, se dijo Sam, tan hermosa como Lotus.

Mientras cabalgaba hacia el noroeste a la posta de Bridger, Sam decidió que si iba a vivir unos años más, no dijéramos cinco o diez, haría bien en formarse un plan de ataque. Esa idea le llevó a hacer una larga y cuidadosa evaluación de la naturaleza de sus enemigos. Tenía algunas ventajas curiosas de su parte. El hombre blanco era mucho más adulto que el piel roja que, de hecho, era sólo un niño en sus emociones: impulsivo, impetuoso y alternativamente cobarde e intrépido. El hombre blanco, cuando se enfrentaba al peligro, decidía al instante y actuaba rápidamente; el piel roja se veía en cierta medida cohibido por su carga de supersticiones y tenía que esperar a los hombres medicina y a señales propicias. El hombre blanco no tenía jefe ni amo. El piel roja era una criatura sierva de rituales y ceremonias; derrochaba parte de su vida en tonterías como tocar la tierra con la cazoleta de su pipa y luego girar la boquilla hacia el cielo para invocar medicina mágica. Incluso así, el piel roja consideraba al hombre blanco tan descerebrado y vacío como la gallina tonta, tan lento como la tortuga y tan crédulo como el berrendo. ¿Por qué, se preguntaba, ponía el hombre blanco los centros de los leños en el fuego en lugar de los extremos? ¡Mira! Allí estaban, horas después, con los centros quemados y los extremos a los lados de una hoguera que se apagaba. Era cierto, había decidido Sam, que el hombre blanco era necio como un bisonte en muchos sentidos.

Bueno, un hecho que tenía que tener en mente era que, si sesenta pieles rojas se enfrentaban a un enemigo, todos y cada uno de ellos pensaban que si de su partida sólo iba a morir uno, el muerto iba a ser él. Si mataban a dos, a tres o a cinco, él sería uno de ellos. Ese era el motivo por el que los guerreros de la mayoría de las tribus se daban la vuelta y huían después de que uno, dos o tres de ellos hubiesen muerto. El hombre blanco, por otra parte, pensaba que si sólo uno entre sesenta moría, las probabilidades eran de cincuenta y nueve a uno a su favor. Era más probable que creyese que las probabilidades fuesen aún mayores porque nunca se consideraba un

luchador corriente.

Al llegar a la posta de Bridger, Sam estaba tan ensimismado en sus planes que llevó una parte de sus pieles, pidió que le hiciesen el cálculo y se dio la vuelta para marcharse. Los extraños ojos de Jim le habían estado estudiando. Jim lo llamó:

—No veo a tu señora por ningún lao.

Sam se giró.

—Está muerta.

—¿Cómo ha pasao? —preguntó Jim sin mostrar asombro alguno.

—Crows.

Jim se tomó unos instantes para considerarlo y siguió a Sam a la calle.

—No han podio ser los Crows, Sam —Bridger tenía en mente que Beckwourth y Rose habían sido jefes Crow y que varios tramperos habían tomado esposas Crows. Sus ojos decían que no creía que lo hubiesen hecho los Crows.

—Los Crows —dijo Sam, asegurando sus cargas.

—No me lo puedo creer. ¿Has encontrao muchas pruebas?

—Muchas.

Para cambiar de tema, Jim dijo:

—Black Harris ha estao aquí. Dice que este verano van a venir un millón de mormones. Están tos allí en Misery Bottoms preparando sus caravanas.

A Sam ya no le interesaban los mormones, Brigham, ni sus mujeres.

—M'an dicho otra cosa —dijo Jim, tratando de hacer hablar a Sam—. Ahora hay un montón de los chicos en Laramie. Pué que sepan si han sío los Crows. Está Río Powder Charley...

Sam dijo:

—Para lo demás dame crédito. Cuida tu cabellera, Jim.

—Un minuto —dijo Jim. Se acercó a Sam y lo miró a los ojos—. Eres mu joven. ¿Tíes intención d'atravesar territorio Crow?

—Voy a pasar justo por el medio —dijo Sam.

—Yo no l'aría, Sam. ¿Has pensao luchar contra tos?

—Contra todos.

Jim seguía mirando a Sam a los ojos. Estiró una mano agarrotada y dijo:

—Pos mejor será que te dé la mano, porque no creo que te vuelva a ver.

—Yo creo que sí —dijo Sam dándole la mano.

Desde la posta de Bridger en Black's Fork cabalgó hacia el este y el norte hacia Green River; luego al este y al norte hacia el Paso del Sur, el Sweetwater y el Camino de Oregón, que siguió hacia el este hasta la posta de Laramie, donde pensaba comprar suministros y, si tenía suerte, un caballo veloz. En su largo viaje trató de levantar el ánimo cantando, pero la única que le salía de dentro era *Dolor, dolor, quédate*. Ya no podía cantar *Para Celia*, o *Cuando Laura sonrío*, ni una docena más, pues ante él se presentaba el retrato de su niña-esposa en aquel largo viaje hacia el sur y estiraba la mano hacia atrás para tocar la manta que envolvía los huesos y las flores.

En la posta estaban algunos de los tramperos libres; después de su largo y solitario invierno estaban deseosos de charla, pero Sam no quería hablar. Cabellera Perdida Dan se acercó a él. Dan era un tipo grande; medía sus buenos uno ochenta y ocho calzado con mocasines y pesaba cien kilos. Tenía unos grandes ojos azul pálido que eran fríos y crueles pero que adquirieron un ligero tinte de calidez cuando miró a Sam. Dan había oído que habían matado a la esposa de Sam, aunque cómo había podido enterarse Sam nunca lo supo, porque ningún jinete lo había adelantado en el camino.

Dan quería expresar su simpatía, pero era torpe y sin tacto. Al fin se las apañó para decir:

—Sam, si necesitas ayuda, tú dame una voz.

—Gracias —dijo Sam. Nunca la pediría. Lo que se preguntaba era si los Crows en aquella posta habían hablado sobre la muerte de Lotus.

Mick Boone estaba allí, y Mick también se había enterado. Todos los tramperos sabían que Mick tenía uno de los caballos más rápidos del Oeste, un bayo grande y fuerte con las trazas de un caballo de carreras. Mick le preguntó primero a Sam si quería tomar un trago con él. Sam le dio las gracias y dijo que nunca bebía. «Mala costumbre», le dijo Mick, y puso la sonrisa extraña que tenía cuando se sentía avergonzado. Tardó unos instantes en decir las palabras. Dijo que pensaba que Sam podría querer usar su bayo durante un tiempo.

Sam miró a los ojos castaños de Mick y dijo:

—No podría tomar tu caballo.

—No hay ná que te lo impida —le dijo Mick—. Si vas a atravesar tol territorio Crow, y me pienso que sí, vas a necesitar un caballo rápido o no llegarás nunca al otro lao.

—Puede que tengas razón —dijo Sam.

—Cambiaré las sillas —dijo Mick.

Y así Mick tomó el garañón y Sam se fue con el gran bayo. Rápidamente se correría la voz de que los Crows habían matado a la esposa y el hijo nonato de Sam Minard y que, tras declararle la guerra a toda la nación, Sam iba a demostrar cuáles eran sus intenciones atravesando su territorio, solo. Mientras cabalgaba hacia el norte Sam no pensaba en eso. Estaba pensando de nuevo en la naturaleza de sus enemigos. La vasta zona de llanuras y montañas que reclamaban como suya y que luchaban por conservar se encontraba principalmente en la desembocadura sur del Yellowstone, hasta sus tributarios, los ríos Bighorn, el Rosebud, el Powder y el Tongue. El corazón del territorio Crow era el valle de las Montañas Bighorn, aunque reivindicaban las tierras que se extendían en todas direcciones desde aquellos ríos hasta una distancia considerable. Sam había oído decir a algunos de los tramperos más viejos que los Crows tenían los mejores cuerpos de todos los pieles rojas; que eran los más guapos y los mejores cazadores; y también los más expertos ladrones, y que de todos los guerreros rojos eran los tiradores más letales con las armas del hombre blanco. La

Compañía Americana de Pieles había construido cuatro y la Compañía de Pieles de Missouri dos postas exclusivamente por lo convenientes que resultaban para el negocio.

A Sam le entristecía pensar que aquella gente lo había convertido en su enemigo porque antes le caían simpáticos. Cuatrocientas tiendas Crow en movimiento era un espectáculo de ritmo y color asombrosos: los guerreros con sus ropajes ricamente ornamentados, con flecos, plumas y tocados que flotaban y se movían; y las principales *squaws* con mantos verdaderamente elegantes y capas de plumas de pájaro salpicadas de cuentas. En las espaldas de las madres había cien *papooses* en cunas tan ricamente adornadas como los ropajes de sus madres; los niños iban envueltos, pero en pie, mientras sus brillantes ojos negros expresaban la alegría de vivir. Tras la procesión, o delante de ella o a los lados había cientos de caballos bajo enormes cargas al igual que cientos de perros tan cubiertos por cachivaches del campamento que prácticamente no se les veía. Desde la distancia parecía que una pradera de brillantes colores se cimbrease en una suave brisa.

Bueno, que Sam Minard fuese ahora su enemigo lo debían a su propia cobardía y brutalidad. Mick, como Bridger, había actuado como si dudase de que lo hubieran hecho los Crows. Pero Sam conocía la huella de unos mocasines Crow. Los de Cheyennes, Arapahoes y Comanches tenían todos una línea recta en el interior de sus mocasines de piel de vaca y la punta girada como para darle a quien los llevaba aspecto de tener el pie varo. El mocasín Pawnee parecía como si el indio hubiese plantado el pie en el centro de un pedazo de piel de ciervo y luego hubiese estirado todos los extremos hacia arriba, delante del tobillo, con la parte trasera levantada hacia la pierna y atada con cordones de cuero. El mocasín Crow, como su ropa, estaba tan expertamente trabajado que hacía que la huella fuese completamente lisa sin rastro de los pequeños bultos y costuras irregulares que marcaban a la mayoría de los otros. Había examinado con el mayor de los cuidados una docena de huellas. Para alguien que hubiese estudiado las huellas de las distintas tribus, la de los Crows era tan distinguible de los demás como el modo en que se cortaban el pelo: los Cheyennes y Utes llevaban el pelo suelto y largo, cortado por encima de las cejas para no impedirles la visión. Los Pawnees y los Kansas se afeitaban la parte delantera y la trasera, dejando sólo un mechón en la coronilla, tan tieso por la grasa y la suciedad que se quedaba estirado y apenas se movía con el viento. Los Pies Negros normalmente llevaban el pelo en dos largas trenzas; los Crows, más artísticos en sus peinados que los demás, se lo arreglaban de modo que conjuntase con sus elaborados y coloridos tocados.

Quizá Mick y Jim no habían estudiado las huellas. Quizá no sabían que los Crows eran más nómadas que cualquier otra tribu. No era extraño ver a esos ladrones furtivos a mil quinientos kilómetros de su aldea principal, pues con sus caballos, más veloces, podían distanciarse fácilmente de sus perseguidores. La mayoría de los pieles rojas ocupaban asentamientos más o menos fijos en cuyo centro podría haber

una gran tienda de pieles de bisonte pintadas de rojo y grabadas con los tótems mágicos y secretos de la tribu. No lejos de esa tienda central podía haber un poste en el que las cabelleras se movían al viento, algunas secas y encogidas, otras aún frescas y ensangrentadas. El poste de cabelleras era la medida visible del heroísmo de una nación. Cerca de él había otro poste del que colgaban las bolsas de medicina con sus extraños y potentes contenidos. Sam, como la mayoría de los tramperos, había estudiado los tótems, porque según su naturaleza se podía inferir el carácter del pueblo: el águila, el lobo, el oso, el zorro, la serpiente, el glotón, el halcón; aunque Sam había concluido que la elección del tótem quedaba básicamente determinada por la clase de territorio ocupado por la tribu. Las pieles de los animales-tótem a menudo aparecían disecadas y colocadas en lugares destacados para ser adorados. Parecía que a todas las tribus que Sam había visitado les gustaban los colores chillones, como si fuesen niños pequeños, particularmente el rojo, el amarillo, el bermellón y el azul. A veces, para usar el negro como color medicinal, usaban el polvo raspado de un madero quemado mezclado con pólvora, si la tenían. Los hombres blancos se habían hartado a reír cuando les contaron la historia del bravo que se había cubierto el cuerpo entero con pólvora, se había acercado a una hoguera y había explotado. Se trataba del mismo guerrero imprudente que había comido lengua de bisonte en un momento en que para él era tabú, y había paralizado de terror a toda la tribu hasta el punto de que para salvar a su pueblo había tirado de su propia lengua con tanta fuerza que la base de la lengua casi la tenía delante de la cara. Al mismo tiempo aullaba con tanta furia y levantó tantas nubes de polvo pateando el suelo mientras resoplaba y jadeaba que había expulsado el maléfico hechizo y le había devuelto a su pueblo la seguridad y la calma.

Pocas cosas habían asombrado más a Sam y a otros tramperos o habían provocado en ellos expresiones de desprecio más rotundas que la devoción fanática del piel roja hacia un misterioso e intrincado sistema de ceremonias y magia. El mundo del indio estaba tan poblado de espíritus malvados y pérfidos poderes que había veces en que se quedaba inmovilizado: no podía dispararle a un conejo, encender una hoguera o ponerse su pintura de guerra sin antes dedicarse a sus gruñidos y gestos místicos y propiciatorios. Estaba su pipa, que movía con solemne súplica en todas direcciones y hacia cualquier cosa que se pudiese concebir, incluyendo el sol, la luna, los vientos y el cielo. Tenía muchos símbolos en sus tiendas, utensilios y armas. No se podía organizar una partida de caza o de guerra, no se podía emprender ningún viaje, no se podía construir ninguna tienda ni coser ninguna manta de piel de bisonte y no se podía sembrar en los surcos semilla alguna o recoger frutos sin primero llevar a cabo sus interminables ritos infantiles. Esto les daba a los enemigos una ventaja que no tardaban en aprovechar; de vez en cuando una banda de guerreros era atacada cuando debido a magias, conjuros y taumaturgia estaban sencillamente indefensos y eran incapaces de luchar.

Sam pensaba que quizá daría con algunos sin sus bolsas de medicina y que le

resultaría tan fácil acabar con ellos como si fuesen gallinas tontas. Su dolor era tan ardiente y su odio tan negro que no le importaba si caía sobre ellos cuando no estuvieran preparados para luchar; tenía la intención de dispararles, clavarles el cuchillo y arrancarles la cabeza tan impávido ante sus chillidos como un lobo que cazara a un conejo. Mirando a su alrededor el milagro de la primavera, escuchando las arias de los azulejos y turpiales, recogiendo flores para meter en la manta y pensando, una y otra vez, en la alegría con la que había deseado cabalgar hacia el norte con su esposa, palideció literalmente por la furia reprimida y se prometió que en menos de un mes de su silla de montar colgarían una docena de cabelleras. Para mostrar su desprecio recogería y mostraría varios de sus recursos medicinales, como cabezas disecadas de lobos, o la piel, garras, colmillos y plumas de distintas aves y animales cuyas virtudes aquellas absurdas criaturas creían haber asimilado. Aun así, Windy Bill decía que no eran más ridículos que aquellos blancos que participaban en distintos sacramentos.

Por encima de todo, Sam quería que supieran quién estaba a punto de atacar cuando oyesen su grito; quién había matado a un guerrero cuando encontrasen la carne y los huesos. Así que decidió, mientras cabalgaba, dejar su marca en todos los bravos que matase; una marca que toda la nación Crow reconociese como suya. Toda la nación conocería también su grito de batalla. Deseaba haber tenido una trompeta. ¡Ojalá pudiese llevar a todo el condenado pueblo Crow al luto o a la locura! Eso sería una visión que ennoblecería el corazón, como cuando Napoleón y su maltrecho ejército se retiraron de Moscú. Cuando un Crow lloraba y lamentaba la muerte o la herida mortal de un guerrero, se cortaba por todas las partes del cuerpo, y a veces se cortaba uno o más dedos; ¡qué ríos de sangre haría correr! ¡En qué océanos sangrientos vengaría a su mujer y a su hijo! Hombres, mujeres y niños, toda la nación, todos ellos, se hundirían en lúgubres aullidos, gemidos y chillidos que le helarían la sangre al colimbo y al lobo. Si diez bravos lo atacaban al tiempo, como había hecho una vez una partida de guerra contra un jefe Pies Negros, de la que no regresó nunca más que los perros de carga que llevaban sus mocasines, ¡qué locura infernal llenaría los cielos con la ira y la frustración de la nación Crow! Pensarlo le abrumaba de alegría. Sería como la vez que le había contado Jim Clyman; un campamento que se había vuelto completamente loco de pena después de ver la escena de una matanza: cómo las mujeres y los niños se habían rasgado las carnes y habían gritado mientras a su alrededor se oían los frenéticos aullidos de los perros, los insanos relinchos y rebuznos de los caballos y las mulas, el lastimero ulular de los búhos y por encima de todo aquello el repugnante hedor del dolor, el sudor, los excrementos y la sangre caliente mezclado con los olores de coyotes mestizos y perros.

El grito de batalla de los Crows, «¡Hiii-ki-hü!», que había puesto la carne de gallina y había erizado los cabellos de Sioux, Pies Negros y Cheyennes, se quedaría congelado en muchas gargantas. Muchos bravos que ahora caminaban orgullosos con

sus chillonas pinturas de guerra y ropa de batalla dejarían de contar *coups*. Coup, que en aquella tierra se pronunciaba «cuu», a la manera francesa, era el más alto heroísmo al que podía aspirar un guerrero indio: para contar un *coup* tenía que golpear a un enemigo con su cuarta, su arco, su cuchillo o su vara *antes* de que el otro lo atacase; o tenía que quitarle todas sus armas al enemigo; o tenía que deslizarse en pie y robarle a un enemigo el caballo que estuviese atado a su propia tienda. Había varios modos de conseguir un *coup*, todos ellos pensados para mostrar un valor más allá de lo ordinario. Después de que un guerrero hubiese contado un *coup* tenía el derecho a llevar una pluma de águila en el cabello y otra tras cada *coup* posterior. Si era tan torpe o estaba tan asustado intentando un *coup* que resultaba herido, tenía que llevar una pluma pintada de rojo. Sam había visto a un jefe Crow con siete plumas en su cabello. Contra alguien de tal valor dudaba de que fuese a tener alguna oportunidad; para acabar con él la nación sólo enviaría a los guerreros jóvenes que fuesen los más valientes, rápidos y letales, o los más duchos en estratagemas como rastreos y emboscadas.

¡Pues que vengan esos asesinos indescriptiblemente cobardes que mataron a una mujer sola y a su hijo nonato! Que el jefe enviase a aquellos que estuviesen curtidos en la batalla; a aquellos que habían luchando contra los Lacotas, Sioux, los Flecha Rayada o los Cheyennes, contra los Pecho Pintado o los Arapahoes. ¡Que vengan todos! ¡Que vengan incluso los Aguja de Pino! Una leyenda contaba que cuando Aguja de Pino sólo tenía doce años perdió a un hermano en una batalla y juró que nunca se casaría o haría trabajo de mujeres hasta que hubiese matado a cien enemigos. Sam no sabía si había matado a alguno ni qué había sido de ella; o siquiera si esa mujer había existido. También estaba la *squaw* llamada Debería Estar Muerta, a cuyo marido habían matado; se volvió tan loca como dos gatos monteses atados por la cola: montada en un caballo y armada sólo con un arco, flechas y un cuchillo había atacado sola a los Cheyennes. Nadie parecía saber qué había sido de ella, pero en las leyendas allí estaba: cabalgando, cabalgando, cabalgando eternamente a gran velocidad por praderas y quebradas, su bronceado rostro manchado de ocre, sus flechas, de punta de relámpago, clavándose veloces en el pecho del enemigo. Sam había oído al menos una docena de historias sobre furiosos e intrépidos ataques de mujeres indias a cuyos esposos habían matado. De vez en cuando, decía un relato, una de ellas regresaba del sendero de guerra con la cara tan negra como la noche en señal de haber triunfado sobre su enemigo. Las semanas pasadas con Lotus le habían enseñado el espíritu y la osadía de la mujer india.

Deseó, mientras cabalgaba y hacía planes o se detenía para practicar con sus revólveres, haber tenido un buen conocimiento de la lengua Crow para poder lanzarles insultos abominables y sobrecogedores en el momento de su ataque. Río Powder Charlie hablaba el idioma tan bien (eso decía él) como los propios Crows; le gustaba burlarse de ellos traduciendo lo que les había oído decir: «Por la mañana esa vieja su huerto cuando llegó estaba todo arrancado. Esta mujer estaba. Lo que me

pregunto es esto, voy y luego todo estaba arrancado. Lo que me pregunto es esto, dijo ella. Todo el tiempo criaturas ninguna me ataca de verdad, ¿esto es lo que es que me ha robado? Las huellas pequeñas cuando mirando ella. Malas criaturas pensó ella mal. Esta vieja esta noche se tumbó rezó. Cuando llega mañana luego el jardín en escondió. Ellos hombres malos ellos quería atrapar. Pasó tiempo. Pasó más tiempo. Luna viene, luna enferma, luna va. Esto cual ella escondió en el huerto lo que volvió esta vieja no había nada no había nada. Esta vieja allí comida guarda en árbol hueco. Entonces pasa tiempo esta viejo no estaba allí ella donde fuera se ido. En el huerto siempre no hay nadie. ¿La comida que guardó en el árbol hueco quien comió ella mata? Maldición, no me preguntes a mí».

Charley se sentaba en la hoguera, fumaba su pipa, miraba con sus pálidos ojos a todos los presentes y decía: «Ese ahí y aquel aquí viento viene con él cae lo mata. Cuando cerca él corrió y vino. Cuando de prisa iba estaba debajo de prisa cuando este viento soplabla estaba». Esa, decía, era una traducción palabra por palabra de la lengua Crow. Vaciaba su pipa, la volvía a llenar y decía: «Ahora allí diez duerme algunos malos hay. Duermen ellos no. Odian ellos sí matarte sí cabellera tu fantasmas como esos guerreros se deslizan no ruido que hacer nadie ahí sus cuchillos sacan alrededor de tu cuello cortan vieja corriendo ella viene pero salvarte no puede su cabeza cortada será».

—¿No se paran nunca para tomar aliento?

—Uno diría que no. Hablan como los niños. Y dejad que os diga que no los llaméis nunca Crows. Creen que los llamáis así porque los cuervos roban de los nidos de los pájaros y dicen que ellos nunca roban, jamás de los jamases.

—Son unos condenaos embusteros —decía alguien.

—Los Apsahrokee, eso es lo que son. El pueblo Sparrowhawk.

De Charley y otros Sam había aprendido unas cuantas palabras y frases. *Xatsi-sa*, que él pronunciaba *Szat-sii-sou*, significaba «No te muevas». *Di-wap-e-wima-tsiiky*, que él decía como *Di-uappi-uimmi-tesicky*, significaba «Te mataré». Mientras cabalgaba recordó aquella frase y se esforzó por dominarla y fijarla en su mente. Pero lo que necesitaba eran insultos e injurias que les paralizaran y les helasen la sangre. Ahora recordaba *Bi-i-kyawaku*, que significaba «Cuidaré de mí mismo»; y *Dara-ke-da-raxta?*, «¿No reconoces a tu propio hijo?» De una de las noches parlanchinas de Charley recordó *K-ari-c*, que significaba «Viejas». Charley lo había pronunciado *Karii-sii* o algo parecido. Se lo llamaría a los guerreros. Les haría pedazos los huesos del cuello, les clavaría el cuchillo en el hígado y les daría patadas tan fuertes en la columna vertebral que se les desplomarían las cabezas hasta el trasero. ¡Ojalá pudiese llamarles cobardes viejas enfermas que se arrastran entre los matorrales!

Los pieles rojas sentían una apreciación infantil por los insultos. Sam había oído la historia de Jess Danvers que, junto con sus cinco o seis tramperos, estaba cruzando las llanuras desde un río hasta el siguiente cuando de repente, sin advertencia alguna, su partida fue rodeada por guerreros Sioux que se arrastraban hacia ellos de matorral

en matorral. Los indios estaban a menos de doscientos metros de Jess cuando un jefe se levantó y, haciendo el gesto de la paz, se acercó hasta Jess y sus hombres. Según se iba acercando iba haciendo más gestos de paz, y le dijo a Danvers que él y sus hombres, los cuchillos largos, habían estado quemando los árboles de la tierra de los Sioux y matando a su caza y comiéndose su hierba. El viejo pícaro, todo astucia, dijo que sabía que Jess había ido allí a pagar por aquellas cosas con sus caballos, armas y tabaco, con todo lo que él y sus hombres tuviesen. Era el Jefe Oso Feroz, cuya lengua era corta pero cuya lanza era larga; prefería hablar con sus armas en lugar de parlotear como una mujer. Con gestos hostiles repitió que los cuchillos largos le habían robado a su pueblo y que ahora iban a pagar con sus caballos, armas, tabaco y todo lo que tuviesen. Si no pagaban en el acto sus bravos tendrían sangre en el ojo y no podría controlarlos. En ese caso no sólo se llevaría sus caballos, armas, tabaco y toda la ropa, sino que les quitarían las cabelleras y posiblemente las vidas.

A esas alturas Danvers estaba tan ciego de ira que apenas podía hablar. Dijo, con signos y palabras, y con furiosos gestos, que su corazón era grande y los de sus hombres también, pero no para aquellos que lo amenazaban mientras fingían ser amigos. Si iban a entregar sus caballos y armas lo harían a hombres valientes, no a una banda de *squaws* tambaleantes y cobardes que se arrastraban sobre sus vientres como serpientes entre los matorrales. Él y sus hombres no eran voluntarios franceses ni viejas desdentadas que comían bichos, ni perros o coyotes enfermos, sino audaces guerreros con rifles que nunca fallaban un disparo y cuchillos que se clavaban siempre en el corazón. Las criaturas que había entre los matorrales, arrastrándose sobre sus vientres y con arena en los ojos le parecían viejas enfermas que buscaban *les bois de vache*. ¡Argh!

Entonces al Jefe Oso Feroz le llegó su turno de insultar. Dijo que Danvers y sus hombres habían matado tanta caza, habían cogido tanto pasto y habían quemado tantos árboles en tierra Sioux que los niños estaban hambrientos y debilitados y no podían sostenerse en pie; las mujeres temblaban gimiendo y lamentándose el día entero; y no había ni cinco caballos en toda la nación que pudiesen mantenerse en pie. Él y sus guerreros amaban la paz, nunca habían matado a un hombre; pero si pensaban tratarlo a él y a sus bravos como si fuesen coyotes enfermos y pensaban robarles, lo harían luchadores valerosos y no rostros pálidos que tosían y estornudaban. Él y los hombres que estaban con él eran los más valientes de la tierra; sólo sentían desprecio por los rifles largos y los cuchillos en manos de criaturas femeninas que habían palidecido la primera vez que se habían enfrentado a un enemigo y nunca habían vuelto a recuperar su color. Repetiría, por última vez, que sus hombres tenían la sangre caliente y que su honor clamaba venganza. Los caballos, las armas, el tabaco y todo lo demás debían entregárselo en el acto.

Según la historia que contaban los tramperos, Danvers y el jefe intercambiaron insultos durante una hora o más y entonces, retirándose, ambos regresaron con sus hombres. La batalla comenzó de inmediato. A Danvers le dispararon en los pulmones

y sufría de tal modo por la hemorragia que sólo podía andar tambaleándose; incapaz de usar sus armas o de hablar, sólo podía permanecer indefenso mientras expulsaba torrentes de sangre por la boca y la nariz. Sólo un hombre blanco escapó para contar la historia.

La mente de Sam vagó de nuevo a Windy Bill, Bridger, Charley y sus historias; y, de repente, salidas de hogueras, humo de tabaco y olores nocturnos, le llegaron, agudas y claras como la despedida de su madre, estas palabras:

El hombre de la vieja sus hijos sus fantasmas allí en la noche más oscura están en el matorral están llorando.

Esas palabras, conocidas por todos los tramperos libres de las montañas, sin duda se las había enviado el Todopoderoso sobre la mujer del Musselshell. Sam miró al norte hacia el territorio Crow. ¿Cómo estaría ella ahora? Después de haberse hecho con unas cuantas cabelleras iría a verla.

Para cuando llegó a la segunda bifurcación del río Powder, Sam se había vuelto tan cauto como un indio. Justo delante tenía las estribaciones sur de las Bighorn. No se decidía en dirigirse al oeste y bajar por el Valle Bighorn o seguir directo hacia el norte entre las Bighorn y el río Powder hasta el río Tongue, que tenía su nacimiento en las Montañas Bighorn. Tras ocultar a sus animales en unas ramas bajas y montar un campamento sin hoguera, ponderó el asunto. Lo que quería saber era dónde estaban en aquella época del año la mayoría de los Crow. Demasiado vagos, o quizá demasiado inquietos para cultivar la tierra, eran un pueblo nómada, siempre en movimiento. Mientras comía carne curada pasada y pensaba, Sam oyó el trino de un pinzón. Dios, oír aquel canto insufló un dolor ardiente en sus huesos y su sangre. ¿Cuántas veces en el largo viaje al sur habían estado juntos, con los brazos sobre los hombros de su esposa mientras escuchaban a aquel cantante, o al petirrojo, al vireo, al gorrión zacatero, a la alondra?

Apartando de su mente la canción y dedicándola a la venganza, deseó que su primer triunfo fuese la muerte de un jefe. Aquel sería un golpe que le pondría los pelos de punta a la nación. Había oído que uno de sus jefes jóvenes más osados era Río de Vientos, cuya bolsa de medicina consistía en la comadreja, el feroz asesino de los simpáticos perrillos de la pradera. Tuvo una imagen del pueblo Crow, todos los cinco o seis mil, estremeciéndose en una convulsión generalizada mientras lanzaban al aire su horrible aullido de luto. Las que más chillaban eran las mujeres; su ruido infernal era tan salvaje y desatado que le helaba la sangre a un hombre blanco. Cuando trataban de aterrar a los espíritus malvados con sus espantosos cantos hacían callar incluso al lobo. Sam había visto una vez una aldea grande en la que había un guerrero mortalmente herido: en lugar de permitir que el pobre diablo agonizante se tumbase sobre el lado peludo de una manta y muriese con tanta paz como fuese posible, las mujeres lo habían arrastrado por toda la aldea mientras la sangre le manaba de una docena de heridas y los perros la lamían; los golpes de los tambores, los ruidos de las cacerolas, la música de las cañas y los gritos y chillidos ensordecedores que lanzaban al cielo hicieron de sus últimas horas en la tierra una perfecta pesadilla. Estaban asustando a los espíritus malignos. Sam no tenía dudas de que lo hubiesen conseguido; si las *squaws* fuesen a entrar en el infierno todas las criaturas que hubiese allí huirían de ellas.

Aquella noche, como todas las noches desde que saliese de la posta de Laramie, examinó sus armas. Había afilado los cuchillos sobre piedras y piel suave hasta que podían cortar el vello de los brazos. Los revólveres y el rifle estaban engrasados, cargados y en perfecto estado. La baqueta, que usaba para meter la bala por el cañón

del rifle, era de duro nogal y la mejor que había visto. No tenía intención de usar el rifle en distancias cortas, ni tampoco las pistolas. En una pelea a corta distancia no se podía disparar ni lo suficientemente rápido ni con la suficiente precisión. Jim Bowie les había enseñado a todos que con un cuchillo podías destripar a tres asesinos antes de poder dispararle a uno. Los tacones, las rodillas, los puños y los codos de un hombre eran más rápidos y mortales a corta distancia que una pistola. Con un golpe del tacón propulsado por sus fuertes músculos de la pierna, Sam podía romperle el espinazo a un hombre. Con sus dos grandes manos podía en un instante destrozarse tan completamente el cuello que la cabeza se le caería hacia atrás. Se sentía capaz de cuidar de sí mismo en una pelea cuerpo a cuerpo contra al menos cuatro o cinco pieles rojas si tenía el factor sorpresa de su lado; pero pensó que sería buena idea ir a ver a Río Powder Charley. Charley no le caía tan bien como los otros tramperos; creía que aquel hombre de la montaña alto, taimado y de extraños movimientos había nacido con el robo y el asesinato en el corazón. Charley siempre parecía estar deseando pelearse, como si hubiesen injuriado su honor o insultado a su madre. Tres o cuatro de los tramperos tenían ojos azul claro que resaltaban, pero ninguno tenía unos ojos saltones tan feroces como los de Charley. En el momento en que cruzabas la mirada con él se producía un cambio en sus ojos; parecían hincharse y salirse un poco de las cuencas y rebosarle los relámpagos del desafío. Pero Charley podría saber qué guerreros Crow habían ido al sur hacia el Little Snake.

Tenía su propio escondite privado allí en las Bighorn, con un prado cubierto en las estribaciones que daba alimento a sus animales; había excelentes ríos para cazar a todo su alrededor. Estaba en territorio Crow, justo en medio, pero era su amigo; había tenido dos o tres esposas Crow aunque todavía era algo joven. Charley había conocido a jefes Crow blancos como Rose y Beckwourth y era amigo de John Smith, uno de los tramperos más excéntricos. Se decía que Charley y John solían reunirse algún domingo para cantar himnos religiosos y hacer gestos reverentes al Padre, aunque Windy Bill decía que eran el par de mojigatos más hipócritas, las alimañas más mezquinas y la mezcla más inexplicable de precaución y temeridad, de buena voluntad y venenosa hostilidad que se podía encontrar en las montañas. Se decía que Smith había vivido un tiempo con los Pies Negros, luego con los Sioux y después con los Cheyennes, tomando esposas en las tres tribus. También se decía que podía hacer sonrojarse a una piedra maldiciendo en inglés, español y cuatro lenguas indias. Sam no lo conocía.

Mientras pensaba en Charley, Sam recordó una historia de las muchas que se contaban sobre él y que más le gustaba. Cabalgando hacia su campamento una noche tirando de una mula, Charley quería descargar a la bestia cerca de la hoguera; pero, cuando tiró de la cuerda de cuero para atraer a la mula, esta, la más tozuda de todas las criaturas, echó las orejas hacia atrás y hundió en la tierra los cuartos traseros. Entonces Charley se enrolló dos veces alrededor de la cintura el otro extremo de la cuerda y como un caballo enjaezado trató de tirar hacia delante de la mula, pero el

animal, si acaso se movía, era hacia atrás, con el trasero cada vez más cerca del suelo. A esas alturas dentro de Charley estaba creciendo esa furia insana por la que era conocido. Dirigiéndose veloz a la tozuda mula, que para entonces tenía los ojos amarillos por el odio y las orejas completamente gachas, Charley le agarró una oreja y le clavó los dientes; y entonces, con salvajes alaridos de ira en inglés y en crow, le agarró de los agujeros del hocico con el pulgar y los demás dedos y trató de arrancárselo. Con un pie le propinó una patada a la bestia en las costillas y se destrozó de tal modo el dedo gordo que gritaba por el dolor y la furia; y entonces volvió a golpear las costillas de la mula con ambos puños. En ese momento el animal había hundido el trasero y estaba allí sentado como si hubiese decidido quedarse allí para siempre. Charley tomó diez pasos de carrerilla, se volvió, corrió hacia la mula y con todas sus fuerzas se lanzó contra ella con la intención de derribarla. Ya había varios hombres dando gritos de ánimo a Charley que, con un dedo del pie hecho polvo, las manos amoratadas, babeando y con los ojos fuera de las órbitas e inyectados en sangre, estaba buscando desesperada y ciegamente a su alrededor como si esperase encontrar una grúa o una polea. Luego empezó a buscar el modo de mover al animal de la manera que fuese; corriendo hacia delante con la cuerda, tiraba de la cabeza de la mula tratando de derribarla; corría luego en la otra dirección para que cayese de aquel lado. Pero la mula ya tenía el culo fijo en el suelo y las patas delanteras extendidas. Si Charley la hubiese dejado en paz probablemente se habría quedado sentada allí durante horas.

Tras todos sus furiosos e inútiles esfuerzos, Charley estaba tan poseído por la furia asesina que volvió la vista, con los ojos inyectados en sangre y sudoroso, a su rifle. Cogiéndolo, corrió maldiciendo hacia el animal, colocó el cañón contra su cabeza y apretó el gatillo. Las patas delanteras se vinieron abajo; la mula cayó sobre su vientre, con su gran cabeza flaca en el suelo.

A eso del mediodía Sam llegó al escondite de Charley. Este, como todos los tramperos que se pasaban parte del tiempo escondidos vigilantes en busca de enemigos, había oído llegar a Sam y lo esperaba, oculto, con el codo izquierdo apoyado sobre la rodilla izquierda, el rifle cargado y apuntando hacia el ruido. Luego, con su extraño modo de andar, con las piernas desgarradas y arrastrando los pies, se adelantó, con los ojos desorbitados por la sospecha y la bienvenida mientras su boca decía: «Ahi vá, pero si eres tú. Creía q'eras uno d'esos Whigs y que me cuelguen si soporto a los Whigs. M'abían dicho que t'abían matao en Santa Fe».

Las palabras le revelaron a Sam parte de lo que quería saber. Él nunca había estado en Santa Fe y Charley no tenía motivos para pensar que lo hubiese hecho. Según razonó Sam, las palabras decían que Charley sabía que Sam había viajado hacia el sur y que era probable que el invierno anterior lo hubiesen matado. ¿Quién podría haberle dicho eso, excepto los Crows?

—¿Quién te ha dicho que estaba en Santa Fe?

—Pos no me recuerdo —dijo Charley—. Güeno, condenada sea tu estampa,

siéntate, siéntate y fuma la pipa la paz.

Una mujer había aparecido de su escondite entre los árboles, una Crow de frente estrecha, pómulos altos, ojos demasiado juntos, labios y barbilla colgantes. Parecía joven, pero era obesa, sucia y estúpida.

—¿Ande vas? —preguntó Charley mirando a Sam, que seguía sentado sobre su caballo—. Y maldita sea mi lengua partía, ¿nos'ese el bayo de Mick Boone?

—Podría ser —dijo Sam.

—M'an dicho que Mick quiere más a ese caballo c'a sí mismo.

—Se lo he pedido prestado —dijo Sam. Pensó que sería mejor forzar a Charley a que fuese él quien hablase más. Desmontando, colocó su rifle en el arnés de piel de ciervo, acercó al bayo y las mulas a los árboles, los ató y se dio la vuelta con la pipa y el tabaco en las manos—. Muy bien, fumemos la pipa de la paz.

Charley no era tonto. Su intuición era rápida y aguda. Notando el doble sentido en las palabras de Sam, debió de decidir poner las cartas sobre la mesa, porque dijo:

—M'abían dicho que tenías una mujer. ¿Ande está?

Sam estaba apretando el tabaco de su pipa. Se encontró con la mirada azul pálida de Charley y ambos hombres se sostuvieron la mirada un largo rato.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tampoco me recuerdo. Habrá sío Bill, habrá sío Hank.

Sam miró a la *squaw*, que tenía preparada una ascua encendida. Ambos hombres encendieron sus pipas e inhalaron el humo hasta los pulmones; columnas azules de humo salieron de sus narices y bocas; se volvieron a mirar a los ojos; y apretaron el tabaco encendido en la cazoleta. Decidiendo que era inútil andarse con rodeos con aquel hombre taimado y traicionero y sin que le importase demasiado si sabía mucho o poco, Sam dijo:

—Muerta. La mataron los Crows —en ese momento Sam miró a los ojos de Charley, pero este andaba repentinamente ocupado con su pipa.

Luego, por un instante, le devolvió la mirada a Sam y dijo:

—¿Crows? ¿Los Sparrowhawks? Me paece *irracionable*, Sam —después de medio minuto en el que ambos hombres fumaron, Charley dijo—: ¿Quién t'a dicho eso?

—Los mocasines.

Durante los cinco minutos que habían estado sentados junto a la hoguera, fumando y hablando, Sam había observado la posición de las armas de Charley y de su *squaw*. A la cintura Charley tenía un revólver y un cuchillo; su rifle estaba a unos dos metros detrás de él, apoyado contra unas trampas; y un hacha para madera yacía al alcance de su mano derecha. Al sentarse, Sam no había soltado la correa de la funda de su cuchillo. Había sido consciente desde el principio de que quizá tuviese que pelear, pues era bien sabido por todo el territorio Crow que Charley era amigo de los Crows y un hombre impredecible. Podía ser amable y convertirse en un instante en un asesino.

La *squaw* estaba de pie a la derecha de Charley un poco por detrás. Su pie derecho estaba a sólo cuarenta centímetros del hacha.

—No mataron sólo a mi esposa —dijo Sam—, también a mi hijo nonato.

Charley volvió a toquetear su pipa. Era todo lo que su sentido de la decencia podía hacer al oír a un hombre blanco llamar a una india piel roja su esposa. ¡Pero el hijo! Para él, los niños mestizos eran una especie de animal sólo ligeramente por encima de un mexicano. Con una leve sonrisa en su barba que estaba cerca de ser una sonrisa de suficiencia Charley dijo:

—¿Y cómo sabes q'era un hijo?

—Los huesos pélvicos —dijo Sam. Había estado mirando a la *squaw*. Sabía que ella no había apartado su negros ojos de él y se preguntaba si tendría un cuchillo oculto entre su ropa de cuero. Charley estaba chupando de su pipa y mirando a Sam. Sam decidió que le diría lo que había ido a preguntar.

—Pensé que tú podrías saber quién había sido —dijo.

—Güeno, oye —dijo Charley, quitándose la pipa de entre los dientes amarillentos —, maldita sea, Sam, ¿cómo lo voy a saber? A mí me paece c'an sío los *Rapahoes*.

—Fueron los Sparrowhawks —dijo Sam, usando ese término en lugar de Crows para que Charley no se enfureciese—. Tengo intención de vengarme y pensé que bien podían saberlo. Pensé que quizá tú querrías decírselo. Puedes decirles, si quieres, que si los que lo hicieron dan un paso al frente y se enfrentan a mí, de tres en tres, todos sin armas, dejaré a los demás en paz. Si el jefe no manda a los asesinos tengo la intención de declararle la guerra a toda la nación.

Charley se quitó la pipa de la boca y se quedó con ella abierta.

—A toa la nación. ¿Tú solo?

—Yo solo —dijo Sam.

—Y por eso llevas el bayo de Mick.

—Quizá —Sam se puso en pie—. Supongo que cuanto antes se lo hagas saber al jefe, mejor será. No tengo intención de darle mucho tiempo para medicinas y *powwows*.

Charley se levantó.

—Güeno, Sam, ¿no eres un poco *irracionable*? Los Sparrowhawks son güenos guerreros. Ya lo sabes. Creo que la habrás palmao antes de llegar al Yellowstone.

—Puede que la haya palmado antes de que el próximo ganso de Canadá venga por aquí, pero habrá algunos huesos para los lobos. Y no te olvides de decirle al jefe que dejaré mi marca. No quiero que culpen a nadie de lo que yo haga.

—Una marca —dijo Charley, mirando a Sam. Parecía fascinado—. ¿Y cuál —dijo en voz baja— será esa marca?

—Me llevaré la oreja derecha.

—La oreja derecha —dijo Charley, mirándolo fijamente.

—Además de la cabellera —dijo Sam.

—Güeno, que me cuelguen —dijo Charley.

Eran cuatro pieles rojas a los que veía sentados junto a una fogata de noche, tres días después de haber dejado a Charley. Sam había notado la presencia de indios una hora antes, había escondido a los animales en un matorral y había avanzado como un lobo... Entre los hombres blancos del Oeste el explorador era conocido como el lobo. En cada pie llevaba tres mocasines de distintos tamaños. Creía que junto al fuego habría una pequeña partida de guerra, de camino a robarle los caballos y hacerse con algunas cabelleras de otra tribu; o que volvían, con una cabellera o dos en el cinto. Los guerreros estarían fumándose sus pipas y creyéndose hombres muy valientes. Quizá habían comido lomo de bison. Si tenían la tripa llena quizá estuviesen algo adormilados...

Tan silencioso como el lobo, Sam siguió avanzando. Cuando estaba a medio kilómetro supo que la partida estaba acampada junto a una pequeña corriente que caía por la ladera de una colina a través de una alameda. A la izquierda había una altiplanicie desde la que esperaba tener una vista clara del campamento. Al llegar a ella se mostró complacido; los cuatro guerreros, sentados junto al fuego, estaban a plena vista en un pequeño claro junto a la orilla del río. Era un campamento pobremente montado para unos hombres que esperaban ver el amanecer del día siguiente, pero probablemente pensaron que no habría enemigos en esa zona tan pronto. Los tramperos estarían dirigiéndose hacia las postas con sus cargas; los pieles rojas sólo estarían medio vivos tras el largo y frío invierno.

Sam estaba en pie a plena vista, pero sabía que no podían verlo en la oscuridad. Deseó que de algún modo el Todopoderoso pudiese hacerle saber que aquellos eran los hombres que habían matado a su esposa e hijo. Preguntándose si Charley le habría dado el mensaje al jefe, estudió la situación abajo y a su alrededor hasta que supo la naturaleza del suelo y de las plantas. La primavera era temprana, las hierbas y plantas viejas junto al agua y sobre los parches de nieve estaban marchitas y susurraban como un millón de insectos. No sería fácil acercarse silenciosamente a través de una hierba así, pero el suelo estaba a su favor, porque estaba húmedo y blando. Las tres capas de piel de los mocasines se hundirían en él como si fuesen de algodón.

Para saber si eran más de cuatro, Sam se convirtió en algo que para un observador imparcial apenas habría parecido humano. Había extraído con sus cinco sentidos toda la información que podían proporcionarle y ahora parecía estar escuchando atentamente, aunque en realidad estaba consultando lo que él consideraba su sentido del peligro. Su postura física era exactamente la del lobo cuando se sentía en presencia de un enemigo y permanecía inmóvil tratando de evaluar el peligro.

Sam se retrasó un kilómetro y exploró la zona al este y al norte del campamento.

Le pareció improbable que hubiese otros indios a kilómetros de aquel punto, pero los hombres que habían aceptado aquella improbabilidad estaban todos muertos. Recorrió dos kilómetros hacia el noreste, dando grandes y rápidas, aunque ligeras, zancadas por las crestas de las colinas cubiertas de álamos. Una y otra vez se detenía a escuchar y olfatear. Tras dos horas de reconocimiento supo la dirección por la que habían llegado los guerreros y la dirección hacia la que se encaminaban. Sabía que no tenían caballos ni perro ni cabelleras recientes y que eran la clase de partida que había matado a su esposa. ¡Ojalá el que había matado a Lotus estuviese allí!

Regresó bajando por las colinas y tomó una posición al sur del campamento. Los revólveres los tenía ocultos cerca de los caballos; el rifle estaba ahora apoyado en un árbol, y ajustó la funda del Bowie a la izquierda del cinturón, a cinco centímetros por delante de la cadera, de modo que pudiese cogerlo de inmediato. Luego avanzó. Durante doscientos cincuenta metros siguió una pista de bisontes junto al río. Una fuerte brisa soplabla en contra; el olor de la hoguera y de los cuatro hombres a su alrededor le llegaba ahora a la nariz. ¡Qué bien conocía el olor de los Crows! A cien metros de los hombres se detuvo y se quedó en pie unos instantes, ejercitando sus sentidos. Uno de ellos parecía estar tumbado sobre su manta. Los otros tres seguían sentados fumando y la luz de las llamas que se extinguían se reflejaba en el rostro del que estaba en el lado norte. Sam deseó que aquel fuese el que estuviera tumbado. El guerrero al que podía ver la cara no parecía tener ninguna sensación de peligro; no miraba hacia la oscuridad ni escuchaba o echaba vistazos a su alrededor. Sam sabía que no podría avanzar más mientras el hombre estuviese ahí sentado. Tendría que esperar.

Mientras esperaba volvió a repasar su plan. En el instante en que estuviese listo para asestar el primer golpe daría el temible grito de guerra de los Crows; con toda la potencia de sus pulmones se lo chillaría a los oídos. Había salido una uña de luna. Proyectaba algo de luz, pero no mucha. Había un poco de luz de la hoguera, pero ya no podía ver el rostro del indio. Una hora después se había tumbado el último de los cuatro indios. Sam volvió a repasar el plan: cuando estuviese a dos metros del hombre tumbado en el lado sur daría el grito con suficiente ira como para despertar a los muertos. En ese mismo momento paralizaría al hombre con el tacón derecho. Al instante siguiente golpearía con el puño cerrado al hombre que se encontraba en el lado este y enterraría su cuchillo en el cuerpo del indio del lado oeste. Quizá para entonces el hombre que dormía en el lado norte ya se habría levantado. El plan de Sam era agarrarlo del cuello y partírselo con un poderoso apretón. Pensó que todo aquello podría no durar más de siete segundos.

Comenzó a moverse hacia delante. Sus mocasines no hacían ruido alguno contra el suelo húmedo, pero tenía que moverse con un cuidado extremo al arrastrar el pie por la hierba muerta. Suponía que los cuatro hombres estaban ya dormidos. Soñarían con muertes, cabelleras ensangrentadas y jóvenes mujeres que los aclamaban apasionadamente. Cuando estaba a diez metros de ellos, Sam se detuvo para estudiar

sus posiciones. Luego se arrastró hacia delante hasta que se puso en pie casi sobre el hombre que estaba en el lado sur. Se tomó un momento para que su gran cuerpo tenso se calmase. Luego inhaló aire silenciosamente hasta que tuvo los pulmones llenos y al momento siguiente gritó:

—¡Huuu-kii-hiiii!

El sonido destrozó la noche. El hombre que tenía al lado no tuvo tiempo de moverse antes de que un tremendo golpe lo paralizase. El hombre que se encontraba al este estaba debatiéndose para incorporarse cuando Sam le estampó el puño contra la tráquea. Un momento después el cuchillo de treinta centímetros se hundía en el pecho del hombre que estaba en el lado oeste, que en ese instante estaba de rodillas buscando algo a su alrededor. El hombre que estaba al norte estaba en pie, tal como Sam esperaba, y se preparaba para huir cuando las enormes manos de Sam se cerraron en torno a su garganta. Sam oyó cómo se rompía el cuello y lo soltó, pateándolo al mismo tiempo en el vientre, lo que le mandó tres metros por los aires.

Su siguiente movimiento fue sacar el cuchillo del pecho del indio y clavárselo en el corazón a los tres que había dejado inconscientes. Con el talento de alguien que ha estudiado el trabajo de los profesionales, arrancó las cuatro cabelleras y les cortó la oreja derecha. Miró a los muertos, pero ninguno de ellos parecía tener el Bowie de Lotus. Luego se apresuró a coger su rifle. Esperó allí. Si había otros guerreros en la zona que hubiesen oído su grito acudirían a hurtadillas, escondiéndose, con los ojos negros reluciendo como joyas a la luz de la luna. Pero no apareció ningún guerrero.

Tras colocar las cabelleras y las orejas en las ramas de un árbol, Sam cogió el rifle y se dirigió a los cuerpos para ver si llevaban encima o tenían entre sus efectos algo perteneciente a su esposa, su cabellera, un utensilio, un arma. No encontró nada. Agarrando a cada uno por los tobillos, arrastró los cuerpos hasta colocarlos juntos y lanzó sus armas sobre los muertos. Si otros guerreros encontraban aquellos cuerpos antes de que los lobos los devorasen, verían que les habían cortado la oreja derecha pegado al cráneo. Sabrían que Sam Minard había dejado su marca.

Volviendo a sus caballos, se envolvió en una manta para dormir tres o cuatro horas. Sus últimos pensamientos antes de sumirse en el sueño fueron para su esposa, cuyos huesos, dentro de la manta que llevaba tras la silla de montar, estaban al alcance de su mano.

A la mañana siguiente, tras un desayuno seco y duro, dio unos golpecitos en la manta que cubría los huesos y dijo: «No te preocupes, Lotus-Lilah, atraparé a ese hijo de perra». Sentía tal desprecio por su enemigo que le disparó a un ciervo en el mismo corazón de su territorio y asó los lomos y ambos jamones. Tres días después se cruzó con Río Wind Bill cerca del Yellowstone. Bill le dijo que había ido a ver cómo estaba la mujer. Suponía que estaba bien. To'l invierno había estao mu preocupao por ella, porque había pensao qu'estaría destripá antes de la primavera; pero, rayos y truenos, allí estaba, subiendo agua por la colina pa las plantas y sentá al lao de las tumbas después d'anocheecer. ¿Seguían los cuatro cráneos en las estacas? Caray que sí. Sólo con mirar alrededor Bill s'abía sentido como los indios cuando el viejo Belzy Dodd s'arrancó su propia cabellera. ¿Se sabía esa Sam? La había contao Dick Wooton. Belzy s'abía quedao calvo como una piedra después de treinta inviernos en las tormentas. Se tapaba con una peluca. Un día en Bent's Fort, un montón de Arapahoes traicioneros andaban merodeando y Belzy salió corriendo hacia los indios dando grandes chillidos espeluznantes y moviendo sus armas en todas direcciones. En el momento álgido de su furia guerrera se quitó la peluca y la sacudió en dirección a los indios. Hasta el último de los pieles rojas huyó aterrorizado porque creía que Belzy se había arrancado la cabellera de un golpe.

Cuando Bill le preguntó a Sam qué andaba haciendo, rayos y truenos, con cuatro cabelleras nuevas, Sam le contó la historia. Después de quedarse mirando a Sam como unos días antes se había quedado mirando a Kate, Bill cogió su pipa y su tabaco. Metiendo el tabaco en la pipa, dijo:

—¿Vas a exterminar a toda la maldita nación?

Sam dijo fríamente:

—Sólo a todos los que me dé tiempo.

—Maldita sea, Sam, de verdad que tendrías que pensártelo. Deben d'aber dos mil d'esos Crows y tos van a querer tu cabellera.

—Eso es lo que había pensado —dijo Sam.

—¡Dios bendito! —dijo Bill. Ahora estaba mirando cuatro orejas que colgaban de una cuerda de cuero—. ¿Les cortas las orejas, Sam? Joer, maldita sea, con las mismas haberles cortao las pelotas. ¿Alguna vez has visto un avispero abierto?

—Muchas veces —dijo Sam.

—Pos así va a estar toda la nación Crow, seguro que sí. ¿A cuántos has matao?

—Sólo a cuatro, pero no he terminado.

Bill chupó la pipa y miró a Sam durante medio minuto.

—¿Pa qué les has cortao las orejas?

—Quiero que sepan que no lo hiciste tú. Esa es mi marca.

—Güeno, mu amable de tu parte, Sam. Yo sí que no quiero a dos mil diablos buscándome. Dime, ¿cuánto crees que vas a vivir?

—Unos cincuenta años.

Bill lo pensó durante unos momentos con mirada incrédula.

—¿Por qué no le dijiste al jefe que te mandase a los asesinos?

—Le dije a Charley que lo hiciera, pero no lo va a hacer.

—No, no lo haría. Así es él —el viejo Veinte *Coups*, dijo Bill, llamaría a tos sus bravos en un gran *powwow* y les diría: «Valientes guerreros, los más valientes de toda la tierra, un sueño, dos sueños, es malo; dormir no duerme y odiar, odia y matar, mata; como un fantasma es; un cuchillo afilado es y su pistola es firme como su puntería. Tenéis que haceros con su pelo; no dejéis que se ponga el sol ni salga la luna antes de que esa alimaña esté muerta y descabellada y cortada en pedacitos». Le iban a hacer cachos, seguro que sí. El jefe pediría voluntarios y tos los de sangre caliente se presentarían, deseosos de matar a Sam Minard pa poder llevar una pluma de águila tan grande como un cuerpo de uapití. Había otra cosa que se l'acababa d'ocurrir a Bill y que lo pinchaba como astillas en la picha. Los Pies Negros, que ya odiaban a Sam, querrían capturarlo vivo para que las *squaws* se le pusieran en cuclillas sobre él, lanzándole su orina y sus excrementos; y vendérselo a los Crows por diez veces el rescate d'un rey. Santo Dios, ya podía ver a mil guerreros Pies Negros tras Sam, seguro que sí. ¿Sam estaba teniendo en cuenta que los Crows eran los mejores tiradores del territorio con arco y flechas? ¿Que de hecho algunos podían disparar con ellas con más puntería que la mayoría de los blancos con un rifle? Y había otra cosa: ¿Sam había visto cómo los Dakotas y los Assiniboins se colgaban de los techos de sus tiendas? Se atravesaban los músculos de la espalda y el pecho y hacían pasar cuerdas de cuero por los agujeros; y con esas cuerdas los levantaban del suelo y por Dios que se quedaban allí durante días y noches y se podían oír los gritos a kilómetros de distancia.

Sí, Sam había oído hablar de ello. Sabía que Bill trataba de sugerirle los peligros y los horrores, pero Sam no quería su preocupación fraternal ni la de ningún otro hombre. Cambió de tema.

—¿Crees que la mujer del Musselshell está bien?

—Seguro que sí, Sam —llevaba, le dijo Bill, la misma ropa que llevaba el otoño anterior; parecía encorvada y estar volviéndose pálida; pero l'abía visto toa la tarde subir agua por la colina. Suponía que estaba como un cencerro pero que se las apañaría. Suponía que iba a vivir mucho más que Sam Minard.

—¿Alguien ha sabido algo de su hombre?

—Ná de ná. L'a palmao hace tiempo.

—¿Los diablos rojos la han molestado?

—Yo no he visto ná.

Sam dijo:

—Supongo que será mejor que suba y vea qué puedo hacer. Tengo algunas cosas para ella.

Cuando los dos hombres se separaron, uno para cruzar el Yellowstone y cabalgar hacia el norte y el otro hacia el valle del Bighorn, Bill le presentó la mano, como había hecho Jim Bridger. Le apretó la mano a Sam y dijo:

—Cuidao con tu cabellera.

—Cuidado tú con la tuya, Bill.

Antes de que Sam llegase al río, sorprendió a dos Crows persiguiendo a un bisonte y derribó a uno de su caballo de un disparo. El otro huyó. Sam se llevó la cabellera y la oreja derecha. Bueno, sabía tan bien como Bill o cualquier otro que el jefe convocaría a sus bravos a un consejo de guerra. Les diría que un terror andaba suelto por la nación Sparrowhawk. Sam pensó que posiblemente el viejo jefe en persona, tan valiente como cualquier otro indio, se pondría en pie de guerra, aunque era más probable que escogiese a diez o quince de sus más valientes y les hiciese jurar que no descansarían hasta que el enemigo estuviese muerto.

Quizá Sam Minard tenía los días contados.

Tal como los tramperos recordaron la historia contada por Charley y otros, el jefe pidió consejo a sus hombres medicina y acordaron quiénes eran los guerreros mejor capacitados para ese honor. Porque, como la mayoría de los pueblos primitivos, el jefe contaba con los dedos, el número escogido fue el de diez. Tras un segundo *powwow* se elevó a veinte, pero sólo para vergüenza y disgusto de todos los bravos Crows: ¡Qué absurdo creer que hacían falta veinte grandes guerreros para acabar con ese torpe y cobarde enemigo! El jefe les dijo que cualquiera de ellos podría hacerlo con facilidad, que viejo y lleno de inviernos como era, él mismo podría hacerlo; pero que quería darles a cuantos fuese posible la posibilidad de alcanzar la gloria y conseguir dos plumas de águila... Porque serían dos. Cientos de guerreros habían pedido a gritos ser elegidos.

Los veinte escogidos para la gloria eran valientes, pero no por igual; cautelosos, pero no por igual; y hábiles en la caza y la guerra, pero no por igual. El astuto Veinte *Coups* sabía que no había dos guerreros que fuesen iguales. Su plan, por lo tanto, era utilizar todos los talentos de su pueblo. Búho Nocturno imitaba tan diligentemente a su tótem que era conocido como el más capaz de los cazadores nocturnos; se creía que en total oscuridad podía ver con tanta claridad como el búho. El jefe sabía que no era así, pero era bueno para su pueblo pensar que sí. Pluma Roja era posiblemente el mejor estratega entre los jóvenes; tenía la astucia de una serpiente, la picardía de un zorro, los recursos de un lobo. Vencedor era, en opinión del jefe, el mejor rastreador de la nación; tenía un sentido del olfato tan desarrollado que a cuatro patas podía seguir el olor de un hombre o un animal a través de una pedrera o un cantizal. Lobo Loco era imprudente y podría ser el primero en morir, si es que moría alguno. Desde su iniciación hacia la madurez había querido ir solo para hacerse con cabelleras de Pies Negros. Ave de Medicina era tan experto como cualquiera con el arco y las

flechas y tenía uno de los caballos más veloces. Carrera de Coyote era el guerrero más veloz de toda la nación; en una carrera de un kilómetro o dos, con cuestras, no había otro bravo que pudiese alcanzarlo. Pico de Águila era de esos hombres nacidos y dedicados a la profesión de matar; había contado un *coup* a los diecisiete y a la edad de veintidós años había descabellado a dos Pies Negros y tres Cheyennes. El jefe creía que no había otro guerrero capaz de atacar al enemigo más directamente. Dientes de Lobo era uno de los jinetes de más talento en una nación cuyos jinetes eran los mejores de la tierra; mostrándole al enemigo sólo un pie y una mano podía, mientras su caballo estaba en carrera, alcanzar un objeto del tamaño de un hombre a una distancia de cien metros. Primer *Coup* era un bravo hosco y seriamente tenaz que de niño, con increíble descaro, había arriesgado repetidas veces la vida para tocar a un enemigo antes de matarlo con el *tomahawk* y el cuchillo.

Aquellos eran nueve de los veinte guerreros escogidos. Había once más, todos con habilidades especiales.

Los tramperos supieron que Veinte *Coups* llamó a reunión a su pueblo y, una vez que los poderes malignos fueron propiciados y se invocaron las bendiciones, le dijo a la multitud que un temible asesino, un rostro pálido y un perro loco, había jurado matar a todos los bravos Sparrowhawk que encontrase. Para justificar su amarga maldad contaba una mentira escandalosamente absurda, que una partida de bravos había ido, hacía una luna, donde el río Little Snake fluía hacia el norte y habían matado a la esposa y al hijo nonato del perro loco. Sus hombres medicina le habían dicho que era obra de los Cheyennes, instados por los Arapahoes, que vivían de comer huesos de coyote e insectos. Los Sparrowhawks siempre habían sido amigos de los rostros pálidos, habían luchado hombro con hombro contra sus enemigos comunes. Esa cosa, ese terror, estaba loco; era el perro cuando tenía espumarajos, babeaba y chasqueaba los dientes; era como los cientos que se habían arrojado por precipicios porque sus mujeres e hijos morían por docenas a causa de enfermedades de los rostros pálidos. Dejaba su marca como provocación y desafío cortando la oreja derecha.

Los pocos elegidos no irían como una partida de guerra, sino solos. Cada uno de ellos tendría una oportunidad igual de matar al perro loco. El que llevase la cabellera y la oreja derecha ganaría dos plumas de águila; el que lo llevase vivo sería hecho jefe. Si ese loco huía presa del cobarde terror, si se arrastraba a una cueva oscura para quedarse allí temblando como un conejo o si por cualquier otra razón resultaba difícil encontrarlo y matarlo, el propio jefe se adelantaría y lo encontraría. El honor, el heroísmo de todo un pueblo estaban en juego. Todos los rostros pálidos desde la gran agua salada hasta el gran azul, desde las montañas en el lejano norte hasta los ríos del remoto sur estaban esperando y observando a ver cuánto tardaba un guerrero Sparrowhawk en conseguir un *coup* con ese malvado loco y hacerse con su cabellera.

Mientras el anciano arengaba a su pueblo, llegó un mensajero con la terrible noticia de que El Terror había matado a otro bravo justo al sur del Yellowstone; y dos

días después había matado a una partida de guerra de tres mientras estaban junto a su hoguera. Los cuerpos, como los de los otros cuatro, habían sido colocados en paralelo con los ensangrentados cráneos mirando hacia el oeste; y de todas las cabezas había cortado la oreja derecha. El jefe estaba tan furioso que la cara se le volvió del color de las arcillas rojas que hay junto al Yellowstone y su anciano cuerpo tembló. Si no fuese por la artritis de sus articulaciones y la ceguera de sus ojos (provocada por el sol y la nieve), tendría que ponerse sus pinturas de guerra y salir. Sus bravos no eran lo que habían sido antes de que llegasen los rostros pálidos con sus enfermedades y su agua de fuego. Debía de sentirse como se sienten todos los líderes cuando, mirando fijamente a su pueblo, notan en ellos una degeneración moral que profetiza el fin de una nación.

Continuó con los ritos que protegerían a los veinte guerreros. Se encargó personalmente de que todos tuviesen su bolsa de medicina, sus mejores armas y que escogiesen su caballo de entre las grandes manadas. En el campamento del río Tongue se despidió de cada uno de ellos y después cabalgó solo hacia el suroeste. Los bravos llevaban puestas sus ropas más coloridas y un largo tocado que ondeaba como una bandera al viento. Eran veinte hermosos jóvenes, veinte de los mejores guerreros de una de las más asombrosas naciones indias, todos dedicados a una única e irrevocable misión. Rara vez en la historia de la humanidad se han juntado veinte luchadores tan soberbios para matar a un solo hombre, cada uno de ellos con un talento especial, cada uno de ellos con la esperanza de ser el afortunado y célebre. En unas semanas la noticia de la venganza les llegaría a los tramperos y vendedores en lugares tan lejanos como Rio y el Athabasca.

Jim Bridger se lo contó al viejo Bill Williams. La cara larga y hundida de Bill, que parecía haber sido cubierta con cuero mal encurtido que estuviera a punto de cuartearse por las costuras secas, se volvió desacostumbradamente grave. Sus pequeños ojos azul pálido de pupilas anormalmente pequeñas miraron hacia el norte, donde en ese momento, sin duda alguna, Sam Minard estaba acechando a un Crow cuchillo en ristre. Los arrugados y pálidos labios chupaban de la caña de una pipa de maíz. Se apartó la caña de los dientes rotos y dijo:

—¿Has dicho veinte?

—Eso dice Charley. Los mejores de toda la maldita nación.

—¿A cuántos s' a cargao ya Sam?

—Unos pocos. Ayer mismo m'enteré de que s'abía cargao a uno llamado Lobo Loco.

Bill le dio unas chupadas a su pipa durante unos instantes.

—Me pregunto si querrá ayuda.

—Yo creo que no. Piensa hacerlo él solo.

—Pos podría ser —dijo Bill, y siguió fumando.

Jim Bridger, en su posta en Black's Fork, le había ido contando a todo el mundo que se acercaba lo que Sam se había propuesto hacer. Conocía a la mayoría de los

hombres en el Oeste, pues había sido socio de la Compañía de Pieles de las Montañas Rocosas y después de aquello había estado con la Compañía de Pieles Americana hasta que montó su propia posta. Posiblemente no había un hombre en todo el Oeste con su conocimiento de montañas, ríos, valles, pasos y caminos. Pensando en Sam y en la loca e imposible tarea que había emprendido, Jim recordaba aquella hora en 1832 cuando un piel roja le disparó una flecha por la espalda. La cabeza de la flecha se le había quedado alojada en el cuerpo durante más de dos años; Marcus Whitman, un misionero que estaba con los pieles rojas, se la sacó con un cuchillo. Jim tembló un poco al pensar en todas las cabezas de flecha de piedra que irían volando hacia el cuerpo de Sam Minard.

Cuando Tres Dedos McNeas llegó a la posta y oyó la historia, fijó un ojo en Jim mientras el otro parecía estar mirando las Bighorn.

—¿Dices c'a matao a Lobo Loco?

—Eso m'an dicho.

En una pelea cuerpo a cuerpo, Sam estaba a la altura de cinco pieles rojas o de dos blancos, con pocas malditas excepciones. Era un auténtico rompe narices. Sabía cuidarse solo a menos que lo emboscasen o lo atacasen mientras dormía. ¿El viejo jefe s'abía puesto sus pinturas de guerra?

«Dicen que s'a subió al caballo por última vez. Son los jóvenes los que quieren cargarse a Sam». Quizá lo harían, quizá no, dijo Jim, que como todos los tramperos era realista. Hoy estabas aquí roncando como un toro con la cola tiesa y mañana l'abías palmao. Si McNeas veía a Sam podía decirle que ahora había un rifle mejor q'el que él tenía; y c'abían mejorao el revólver Colt. Y en cuanto a lo demás, la *mort*, la llamada que se toca al cuerno cuando se cobra una pieza, iba a resonar por todo el maldito territorio.

¿Alguno sabía dónde había montao Sam su campamento? Justo en las Bighorn, había oído decir Jim.

Después de dispararle a Lobo Loco cuando el imprudente idiota trataba de sorprenderlo, aparentemente decidido a hacerse con un *coup*, Sam había cruzado el Yellowstone y había ido al norte para ver a la mujer del Musselshell. Cabalgó hasta su puerta, dijo «¿Cómo está?», y en ese momento vio que el pelo se le había vuelto blanco. Junto a la cabaña dejó comida, pieles de ciervo, un saquito de semillas de flores y, tras atar sus caballos junto al río, recogió piedras de los alrededores y las amontonó a unos metros de las tumbas. Dijo que no sabía si ella le entendía cuando hablaba, o si siquiera le escuchaba. Ella había visto a su esposa el otoño anterior. Bueno, los Crows la habían matado a ella y al bebé que llevaba dentro y lo único que le quedaba ahora eran sus huesos. Iba a hacer un túmulo y dejarlos allí. Después de contarle esto, esperó, creyendo que diría algo, pero estaba tan callada como sus seres queridos. Estaba sentada entre las tumbas con la Biblia en el regazo.

A la orilla del río aquella noche Sam fumó y caviló, tratando de verse a sí mismo con más claridad. De vez en cuando se preguntaba si no estaba haciendo el ridículo.

Pero cuando pensaba en la pizpireta muchacha india que había sido su mujer y en lo profundo de su anhelo por un hijo, y cuando volvía a contemplar la amarga y negra cobardía de los asesinos, la vieja ira hervía dentro de él y deseaba continuar por el sendero de la guerra. Al día siguiente colocó las piedras, uniéndolas con barro del río. Le resultó más difícil de lo que había creído enterrar los huesos; decirles adiós, tocarlos por última vez. Supuso que era un tipo bastante sentimental. Se preguntaba si los tramperos se hubiesen reído al verle besar el cráneo de su esposa, sostener el de su hijo con las dos manos y acercárselo a la mejilla, y estirar el brazo para tocar los huesos por última vez antes de poner la última piedra. Miró a la mujer y a su Biblia, deseando que los huesos que dejaba allí fuesen bendecidos y entregados al cuidado del Gran Hacedor que había creado el arco iris como recompensa por la inocencia; deseando que el coro final del *Himno a la Alegría* de Beethoven pudiese sonar suave, eternamente, junto a ese túmulo para esta mujer y sus hijos.

¡Dios del cielo, qué criatura tan delgada, sucia, desarrapada, abandonada y miserable era, con sólo su Biblia y dos tumbas! La vida era un acertijo, maldita sea si no lo era: hacía menos de un año estaba abrazando a su amada y soñando... Y ahora la amada y los sueños estaban enterrados bajo una pila de rocas. Hacía menos de un año él estaba cantando madrigales con los pájaros y ahora estaba en pie de guerra. Hacía un año esa mujer, con su marido y sus hijos, estaba haciendo el largo camino hacia lo que creían una tierra fabulosa, un Edén, un paraíso, y sus corazones y sus almas estaban llenos de esperanzas y visiones; y ahora cuatro de ellos yacían asesinados y ella estaba perdida junto a dos tumbas entre cuatro cráneos blanquecinos. No era culpa del Padre que Sus hijos fuesen condenados necios que no sabían hacer un uso decente de la riqueza y la belleza que Él les había dado o fueran incapaces de llevarse bien con sus vecinos. Quizá el Todopoderoso había lamentado ya hacía tiempo la hora en que puso a Adán y Eva en un planeta con alondras, zorzales y sinsontes, con mirlos acuáticos, gansos, ardillas y arrendajos azules y todo el diapasón de la música; porque todas esas criaturas parecían mucho más sintonizadas con la tierra, el agua y el cielo. Sam esperaba que llegase un día en que volviese a reír, a cantar y a tocar su música. Algún día, quizá. Mientras, tenía su propia guerra y una lección que enseñar como sólo se les puede enseñar a los asesinos.

—Me voy —dijo, poniéndose en pie junto a ella y mirando su pelo encanecido—, volveré pronto.

Se inclinó para posar sus labios y sus dedos sobre el pelo y se fue. Kate no miró hacia arriba. No se volvió ni una sola vez para mirarlo mientras cabalgaba por el río y desaparecía.

Estaba cabalgando por una larga falda de montaña cubierta de álamos cuando lo notó. Se detuvo enseguida para orientarse. No reconocía la zona, pero nadie podía conocer todas las miles de colinas cubiertas de álamos. Había montañas al sur y cruzando el suroeste; las conocía de vista, pero iba por un sendero desconocido. Todos los pieles rojas excepto los Diggers comegrillos y las tribus que comían pescado en las tierras bajas del Columbia eran expertos en el arte de la emboscada. Así era como una pequeña caravana tras otra de inmigrantes perecía.

Girándose, recorrió al galope el camino andado. Tras cuatrocientos metros se volvió bruscamente y, saliendo de la pista de bisontes, se dirigió hacia la cumbre, esperando poder ver desde allí una zona más amplia. En eso se llevó un chasco; allí se quedó, incapaz de ver más allá de unos pocos metros, olfateando y escuchando. El bayo levantó las orejas en la dirección por la que habían venido. Sam se preguntaba qué le había alertado; había tantas cosas en la naturaleza que daban señales: el martín pescador, el tordo sargento, la ratona, el avetoro, la tamia, el perrillo de las praderas, la urraca, el cuervo... El mundo salvaje estaba lleno de ellos y uno sólo tenía que aprender sus costumbres. Algo le había dicho que estaba en presencia de un enemigo. Dado que había escondido los mulos de carga y llevaba un caballo muy veloz, escogió una de sus estratagemas favoritas. Correría hasta encontrar un lugar que le gustase; así, cabalgando a toda velocidad, bajó de la cumbre y tomó otro sendero con la mirada buscando una montaña con voladizos. Era el truco del puma, que había observado tres veces distintas.

El puma o león o pantera de montaña solía acechar a sus presas en los lugares donde habitualmente bebían. Si resultaba ser una corriente de agua que fluía cerca de un voladizo de piedra, el animal se agazapaba y esperaba; y cuando los animales estaban bebiendo, saltaba al lomo del ciervo, el berrendo, el uapití, el bisonte o el caballo salvaje. Trepano hasta los hombros, clavaba las garras profundamente en la carne y al mismo momento lanzaba sus largos y poderosos colmillos al cuello; y si era un animal pequeño podía, con un rápido movimiento, agarrarle la cabeza y echarla hacia atrás, rompiéndole el cuello.

Sam buscaba una posición estratégica donde pudiera dejar el sendero, saltar del caballo y avanzar rápidamente para encontrarse con su enemigo. Después de tres kilómetros de forzar al bayo a toda velocidad, lo encontró. El sendero daba la vuelta a una colina. Apenas pasado ese punto había un bosque. Saliendo del sendero y tras internarse cien metros en el bosque, Sam se bajó y, dejando que la sudada bestia recuperase el aliento, corrió hacia delante y se ocultó tras un árbol. No se sorprendió cuando no apareció indio alguno. Corrió entre los árboles subiendo la colina. A cuatro

patas, arrastrándose rápidamente, avanzó hasta un risco que había encima del sendero y miró hacia abajo. Allá atrás en el sendero, a doscientos metros, había un guerrero Crow con la pintura del rostro brillando como oro al sol del mediodía. Cabalgaba sobre un poni alto castaño claro, mirando y escuchando. Sin dudar que fuese uno de los veinte, Sam lo observó a través de las hojas. A esa distancia podía haberle derribado del caballo de un disparo, pero, pensándose mejor, decidió salir a plena vista y darle una oportunidad.

En el momento en que estuvo visible dio el grito de guerra Crow y levantó la pistola. Pero no disparó. Observaba con su aguda vista los movimientos del enemigo; a Sam le pareció que el piel roja estaba sordo o paralizado. Hubiera jurado que durante al menos diez segundos el muy necio se había quedado ahí mirando fijamente con sus ojos negros al gigante que estaba a veinte metros por encima de él y a doscientos metros de distancia. Sam podía imaginarse el brillo de los ojos, una joya de luz justo en el centro; la tensión al agarrar el arma y la de los muslos que lo sostenían en el caballo. De repente el indio volvió a la vida y levantó su rifle; en ese instante Sam disparó y el caballo cayó. Casi enseguida el piel roja estaba en pie. De nuevo levantó su largo rifle con eléctrica urgencia, pero Sam se había agachado para recargar. Cuando estuvo preparado volvió a mostrarse a plena vista y el arma del indio restalló en ese momento. Sam disparó y vio al hombre tambalearse. Sam se arrodilló para recargar, sabiendo que aquel joven guerrero había perdido momentáneamente los nervios y disparaba sin apuntar. Sam dudó de que fuese uno de los veinte; más probablemente sería un joven novato que se había hecho con un arma y había escapado para encontrar la gloria.

Corriendo hacia su caballo, Sam montó y cabalgó por el bosque que se encontraba encima del risco. El poni estaba muerto y el guerrero había desaparecido. No había más que hacer que observar y esperar. Si, como Sam se imaginaba, era un joven deseoso de cubrirse de honores y conseguir una pluma de águila, estaba solo; pero si era el explorador de una partida de guerra los tres disparos habrían atraído al resto. Mientras esperaba, Sam se preguntó si no se cansaría pronto de este acoso noche y día; si debería haber acudido al viejo jefe y exigirle el derecho a enfrentarse a los asesinos; o si debería haber vuelto a visitar a su gente. Había considerado todas aquellas alternativas y las había desechado; se las había replanteado y había vuelto a rechazarlas, por el motivo de que todos los pieles rojas eran impresionantes mentirosos y tramposos. En cualquier caso, el jefe hubiese jurado por todos sus ancestros muertos que ninguno de sus bravos era culpable.

Aún había otro asunto, se dijo Sam mientras estaba sentado sobre la hierba, mirando hacia abajo. Los Crows reclamaban ahora más tierras de las que nunca habían ocupado, todo el territorio que bordeaba el Musselshell al sur y al este. Por lo que Sam sabía, incluía tierras que reclamaban los Pies Negros. Si esos enemigos implacables, con sus rencores ancestrales, iban a la guerra, cuando se les calentase mucho la sangre podrían asesinar a la mujer; si lo hacían la mitad de los tramperos

del territorio marcharían contra ellos y correría suficiente sangre como para teñir de rojo un río. Si hubiese buenos lugares para poner trampas cerca de la mujer, él podría vivir allí, cuidarla y algún día llevarla con su gente. Pero no había buenas presas de castores a trescientos kilómetros de ella.

Mientras miraba al caballo muerto y esperaba, también se planteó el hecho de que guerreros de otras tribus tratarían ahora de capturarlo sabiendo que los Crows pagarían un precio fabuloso por él. Windy Bill había insistido en ello hacía dos semanas mientras se fumaban sus pipas tras el desayuno y bebían café solo.

Sam, dijo, estaría peor que un niño nonato en un bosque *putrificado* después de c'ubieran acabao con él. El sobrino del viejo Jake Moser cabía trampeao en el Heely, güeno, los Comanches lo querían y los *Rapahoes* lo prendieron, y cuando las *squaws* habían acabao con él no se podía saber si era un tipo o un coyote. Algunas gentes eran buenas pa una cosa, como navegar por el mar; y otras pa otras, como ser un político embustero; pero los indios eran los mejores de t'ol mundo torturando. Bill ya se podía imaginar a las *squaws* en faena mientras miraban a Sam, seguro que sí. Si Sam fuera tan necio como para dejar que los Pies Negros lo atraparan vivo, tendrían que abrirle la cabeza pa ver si había algo dentro.

—No creo que me vayan a atrapar —dijo Sam.

¿Y algún hombre de los cabían atrapao lo había creído? «Sam, ojalá te lo pensaras, de verdad».

Bill había propuesto que veinte tramperos cabalgasen hasta la aldea crow en el Tongue y le exigiese la entrega de los asesinos al viejo jefe; le dirían que si los asesinos de la esposa de Sam no les eran entregados, los tramperos llevarían a los Pies Negros y a los Cheyennes contra ellos, y a los Sioux también p'asegurarse. Sam se había negado a considerar la propuesta; aquello, creía él, era un asunto privado. Creía que no debían arriesgarse más vidas que la suya propia. Maldita sea, había dicho Bill, los Pies Negros estarían siguiendo a Sam día y noche. En cuanto a él, prefería enfrentarse a un *grizzly* o a diez lobas que a una *squaw* Pies Negros con un cuchillo en la mano.

Sam esperaba que los Pies Negros no fuesen contra él, porque había soñado con pasar un invierno en su hermoso territorio: en hibernar durante los meses de diciembre y enero como el oso; en comer, dormir y estar en comunión con el infinito del Creador mientras tocaba algunas tonadas de Corelli, Bach y Mozart; en disfrutar del puro paraíso de estar solo, lejos de policías, recaudadores de impuestos y todos los parásitos que conforman cualquier gobierno. Bill Williams había dicho una vez que quienes pasaban gran parte de su tiempo en licenciosos encuentros con mujeres eran unos condenaos necios; que los que creían que el placer supremo era acodarse en barras trasegando ginebra y ron eran otros condenaos necios; y los que creían que la buena vida exigía un vecino a diez metros a cada lado también lo eran. Casi todos los tramperos estaban de acuerdo con Bill. Todos eran rebeldes.

Después de dos horas, convencido de que no había más Crows en la zona, Sam

bajó hasta el caballo. Parecía un poni ordinario, pero uno nunca sabe con los caballos indios. Un rastro de sangre se alejaba hasta un arbusto. Cautelosamente, Sam lo siguió y pronto encontró a un hombre tendido sobre su rostro, muerto. O un joven, vio Sam, tras darle la vuelta al cuerpo: no tenía dieciocho años, quizá ni siquiera tuviese más de dieciséis, un chico bien parecido que se había escapado con la intención de hacerse con la cabellera de Sam. ¡Pobre joven muerto! Tenía un rifle tan viejo que parecía uno de los que los primeros viajeros habían traído desde Canadá; y un hacha de piedra con el mango roto.

Durante cinco minutos Sam contempló al joven bravo pensando que su hijo se habría parecido mucho a él. No le arrancó la cabellera ni le cortó la oreja. Si hubiese tenido una pala habría enterrado a aquel valiente muchacho; si hubiese habido piedras en la zona habría construido un túmulo. Lo más que pudo hacer fue subir el cuerpo hasta las ramas de un árbol, a dos metros de altura; allí quedó el cuerpo sobre el vientre, con la cabeza y los pies colgando, pero estaría a salvo de los lobos. Sam ató el viejo mosquete junto al árbol debajo del joven. Si los Crows encontraban a este hijo muerto sabrían que Sam lo había colgado en un árbol y sabrían por qué.

Pero había algo que nunca verían y nunca sabrían. Estaba en la cara y en los ojos de Sam después de que hubiese andado cincuenta metros y se hubiese girado para mirar atrás.

Haber matado al joven Crow le había hecho ser un poco más cauto con sus ataques; pero dos días después mató a Dientes de Lobo sin saber quién era el hombre; y una semana después de aquello mató a Coyote Que Corre. Notaba que tenía una ventaja inesperada por el hecho de que los impetuosos enviados para atraparlo estaban compitiendo entre ellos y se arriesgaban innecesariamente.

Un día, mientras pensaba en el patético cuerpo que había quedado colgando grotescamente del árbol, Sam recordó una experiencia que lo había acosado en sueños. Había ocurrido dos años antes. Él y dos compañeros, buscando estanques de castores, habían sorprendido a seis guerreros Pies Negros cabalgando por una cresta. Como algunos miembros de esa tribu habían matado recientemente a uno de sus amigos, lanzaron el temible grito de guerra de los tramperos y cargaron. Sus primeros tres disparos derribaron de sus caballos a tres pieles rojas. Recargando mientras corrían hacia los supervivientes, volvieron a disparar, apuntando a los caballos debido a la distancia; y los tres animales se tambalearon y cayeron. Dos bravos se levantaron y huyeron. El tercero tenía una pierna rota y se estaba arrastrando como un tejón herido cuando los hombres blancos lo alcanzaron. El indio se esforzó por ponerse en pie con su pierna buena y sacó un cuchillo. Experto con el Bowie, Sam lanzó su cuchillo y derribó al indio. Saltando de su caballo, corrió hasta el hombre caído, cogió el cuchillo y se lo clavó en la zona del corazón. De las heridas brotaron gotas de sangre, así como de la boca y la nariz.

Sam echó entonces a correr tras sus compañeros, que estaban persiguiendo a los dos indios. Los perdieron y regresaron a los caballos muertos. Pasaron quince minutos antes de que uno de ellos mirase al guerrero de la pierna rota. Su grito de asombro hizo que Sam se pusiera en pie. El hombre al que Sam le había clavado dos veces su Bowie había conseguido incorporarse y hasta se las había arreglado para encontrar su cuchillo y allí se quedó sentado, una figura espantosa, con el pecho entero rojo por la sangre que brotaba de su boca. Lo que le había llamado la atención a Sam eran los ojos del indio, que lo miraban fijamente a través de una niebla roja; estaban llenos del odio más mortal que Sam había visto nunca. Pero aún más terribles de ver que los ojos eran las manos, bañadas de sangre caliente y tratando débilmente de cerrar unos dedos insensibles alrededor de la empuñadora del cuchillo. Tras unos momentos el indio hizo un ruido estremecedor, como de agonía, mezclada con el borboteo asfixiante de la sangre en la garganta; y cuando la sangre brotó en un vómito rojo de la nariz y la boca, hundió la cabeza y el cuerpo hacia delante y el guerrero se quedó quieto.

No había nada en un hombre que Sam admirase más que el valor. Más de una vez

desde aquel día Sam se había despertado tras soñar con aquel hombre y se había quedado demasiado agitado como para volver a dormirse; más de una vez se había sentido incómodo, como ahora, al contemplar la impotencia del hombre o del animal ante un enemigo. Nada en la vida lo afectaba tan profundamente o con tanto dolor y conmoción; ninguna otra cosa le arrancaba un grito de piedad hacia el Creador como aquella. Hombre con hombre o bestia con bestia, cuando ambos estaban en buena forma para luchar, era una cosa; estar indefenso ante un enemigo implacable era otra. Sabía, no lo había olvidado ni por un momento, que los Pies Negros torturaban a sus cautivos con una diabólica fiereza que pocos hombres blancos habrían imaginado. Era cierto que nadie se podía creer, sin haberlo visto, lo salvajes que podían ser las *squaws*. ¿Eran madres? ¿Sentían ternura cuando sostenían a sus bebés? ¿Cómo podía un hombre reconciliar esa crueldad infernal con un coraje, una valentía, que provocaba gritos de admiración entre sus enemigos?

Durante los largos inviernos se contaban historias alrededor de las hogueras sobre la naturaleza y costumbres de los pieles rojas, como la apuesta entre un Sioux y un Cheyenne, ambos pueblos amantes de la guerra. Un día se habían encontrado inesperadamente, en un momento en que sus naciones no se encontraban en guerra, y el Sioux había desafiado al Cheyenne a un juego de manos. En ese sencillo juego uno de los dos jugadores tomaba una piedrecita y, poniendo ambos brazos tras la espalda, la guardaba en una de las manos. Llevando las manos adelante para que las viese el oponente, con los nudillos hacia arriba, le pedía que escogiese en qué mano estaba la piedra. Aquel era un juego favorito entre los indios; eran tan empedernidos jugadores que se apostaban todo lo que tuvieran, incluyendo sus caballos, sus armas, sus mujeres y a veces sus vidas.

El Cheyenne ganó todo lo que tenía el Sioux y aquel bravo, sentado completamente desnudo y preguntándose qué más podría apostarse, ofreció su deseada cabellera. La apostó a cambio de todo lo que había perdido. Era el turno del astuto Cheyenne con la piedra y se tomó tanto tiempo con las manos detrás de la espalda cambiando de idea y moviendo la piedra de una mano a otra que su oponente dio un grito de impaciencia. Sospechando un truco, exigió ver la piedra, pues a veces la medicina de un bravo era poderosa. El Sioux cogió la piedra y la examinó. No podía ver erosión alguna provocada por la magia, pero de todos modos pidió que se usara una bala de su bolsa de medicina. Entonces fue el Cheyenne el que sospechó que hubiese truco; miró fijamente el pedazo de plomo mientras lo giraba una y otra vez entre las manos. Aunque parecía una bala, la probó con los dientes y la olió. Su astuta mente le estaba diciendo que el Sioux era aburrido y nada imaginativo y que podría engañarlo; y así mantuvo el pedazo de plomo en su mano derecha mientras lo examinaba y en su mano derecha seguía cuando puso ambas manos tras la espalda. Aún seguía allí cuando tras cinco minutos de angustioso examen de su talento y su magia, el Sioux dijo que estaba en la mano izquierda. El Cheyenne había supuesto que el muy estúpido se quedaría fijado en la idea de que habría pasado la bala a la

mano izquierda.

Sin la más mínima señal de miedo, el Sioux cruzó los brazos por encima del pecho desnudo e inclinó la cabeza. Sin el más mínimo rastro de compasión o piedad el Cheyenne había sacado su cuchillo y permaneció de pie sobre él. Con la mano izquierda cogió el pelo largo y dejó tirante el cuero cabelludo mientras con la derecha cortaba pelo y piel hasta el hueso, alrededor del cráneo. Si el Sioux se estremeció, el Cheyenne ni lo vio ni lo notó. La manera habitual de arrancar cabelleras, entre pieles rojas y blancos, era colocar un pie en el cuello del enemigo caído y con un potente tirón arrancar el cuero cabelludo. El Cheyenne, sin poder ayudarse del pie en el cuello, tuvo que tirar hacia delante y hacia atrás y al final arrancarlo con un rápido impulso. El Sioux se puso en pie, con la sangre cubriéndole por entero. Había visto a hombres a los que habían arrancado la cabellera y habían sobrevivido; sabía que su cráneo se curaría, pero que sería para siempre calvo y deshonorado. Quería venganza.

Así que exigió que volviesen a reunirse para otro juego de manos dos lunas después. Sintiéndose inconmensurablemente superior, el Cheyenne accedió en el acto. Preveía otro triunfo. Estipuló que deberían llevar al encuentro sus mejores caballos y sus mejores armas. Se reunirían en el Arroyo Owl, en la cabecera, dos lunas después. Todo el tiempo que estuvieron llegando a tal acuerdo al Sioux le seguía cayendo sangre por delante y por detrás y el Cheyenne admiraba abiertamente su ensangrentado trofeo, que sostenía por la larga melena.

Se volvieron a encontrar tras dos lunas; el cráneo del Sioux estaba tan brillante y suave como un hueso secado al sol, el Cheyenne era incapaz de quitarse el regodeo de la cara. Pero aquella vez o la suerte o la astucia estaban en su contra; comenzó a sentir tras varias derrotas que la medicina de su oponente era más poderosa; y con toda la magia que le habían enseñado los hombres sabios rezó y se esforzó por invocar, en unos momentos de intensa concentración, un poder que pudiese derrotar al ansioso calvo que había acertado cuatro veces de cinco. Pero perdió su caballo, sus armas y todo el cuero que llevaba encima; y se sentó como su oponente había hecho dos meses antes, completamente desnudo, sin nada más que apostar que su cabellera o su vida. Si se hubiese apostado la cabellera y la hubiese perdido, el Sioux se habría dado por satisfecho, pero el Cheyenne, como su pueblo, era orgulloso y arrogante. Además, ahora creía que su magia estaba funcionando, y por lo tanto decidió apostar su vida a cambio de todo lo que había perdido y todo lo que el Sioux había llevado con él. El impasible Sioux aceptó la propuesta. El Cheyenne perdió. Ese momento, había pensado Sam muchas veces, debía de haber sido tan intenso y eléctrico como podía serlo un encuentro entre dos enemigos. ¿Cuántos hombres blancos habrían huido para salvar la vida? El Cheyenne simplemente se puso en pie delante del Sioux. ¿Había empezado a entonar el canto indio de la muerte? La historia sólo decía que el Sioux calvo se puso delante del Cheyenne y le atravesó el corazón con su cuchillo.

Aquel era un territorio para hombres, no para muchachos altos llamados hombres. Sam nunca había conocido a un indio, ni le habían hablado de uno, que hubiese

pedido clemencia. La clemencia no era una palabra que existiese en su idioma. Un cautivo blanco que rogaba clemencia, y la mayoría de ellos lo hacían, despertaba tal desprecio entre sus captores que no podían discurrir torturas lo suficientemente diabólicas para denigrarlo. Todos los tramperos sabían que si eran tan desafortunados como para ser capturados la única manera de enfrentarse a los pieles rojas era juntar flemas en la garganta y escupirles a la cara. Quizá entonces te torturarían y ciertamente te matarían, pero te admirarían y conservarían con aprecio tu cabellera.

Sam pensó sin ambages en el hecho de que un día podría ser capturado. Pocos hombres blancos en territorio indio habían vivido para llegar a la edad de Caleb Greenwood y Bill Williams. Capturado dos veces por los Pies Negros y dos veces fugado, Jeremiah Flagg había dicho: «Creo que va siendo hora de que este viejo se vuelva pa su árbol». Dijo que había habido un tiempo en que podía oler a un condenado piel roja a diez kilómetros en cualquier sentido, pero ahora no podía olerlo a menos que lo viese.

Era un territorio terriblemente hermoso cubierto por una vida violenta. El castor era un bicho tranquilo que vivía de la corteza, los que daban leche comían hojas y hierbas; pero los devoradores de carne eran todos asesinos, y el hombre era un devorador de carne. Sam había observado que la mayoría de los devoradores de carne eran salvajes en sus costumbres sexuales. Una de las favoritas entre algunos de los pieles rojas era la danza de la sopa, en la que hombres y mujeres se colocaban en dos líneas, una enfrente de otra, a una distancia de diez o quince metros. Una de las chicas avanzaba tímidamente con una cuchara (de cuerno de bisonte o de muflón) llena de sopa. Se la ofrecía al hombre que había escogido y la retiraba rápidamente, y el hombre la perseguía hasta que ella llegaba a su línea. Entonces él se retiraba, bailando al son de la música, y ella volvía de nuevo; y una vez más; y entre los que miraban se alzaban risas o aullidos de burla. Cuando participaban hombres blancos sustituían la cuchara de sopa por un beso; pero los Arapahoes, entre quienes se decía que se había originado la danza, se frotaban las narices, aunque de vez en cuando una pareja trataba de besarse y a algunos parecía gustarle. A veces, aunque no siempre, las chicas llevaban una cuerda como cinturón de castidad con los extremos atados alrededor de la cintura.

Se contaba una historia de Kit Carson en uno de aquellos bailes. Un enorme fanfarrón francés se había autonombrado el favorito y guardián de todas las chicas más atractivas. Medio borracho e hirviendo de deseo, había perseguido a una chica hasta un bosque cercano y, tras atraparla, había estado tan desatado que había cortado con su cuchillo el cinturón de castidad, abriendo heridas profundas en los muslos y el vientre de la muchacha. Ella entonces sacó un cuchillo que tenía escondido, lo apuñaló y huyó. Según el relato que Sam había oído, Kit desafió al fanfarrón a un duelo, lo mató y tomó a la chica, Hierba Cantarina, como compañera, cambiándole el nombre por el de Alice.

Sam había aprendido que la mayoría de los machos devoradores de carne eran

brutales con las hembras. Posiblemente los felinos, grandes y pequeños, eran los más feroces de todos, aunque no más crueles que algunos de los hombres, pieles rojas o blancos, cuando los poseía la pasión y el ron. El modo en que su Lotus temblaba cuando él la tocaba durante los primeros días le había dicho cosas que nunca había leído en los libros. El amante piel roja era a veces peor que el lince macho: en una de las postas durante un intercambio Sam había visto a bravos ebrios apareándose con sus mujeres; había visto a un Cheyenne cubrir a una de sus mujeres y luego, en una furia sin sentido, la había apuñalado repetidamente con un cuchillo largo. Luego la abrazó por segunda vez, después de que estuviese muerta.

Estar cansado de matar había dirigido los pensamientos de Sam hacia el amor y al infierno de John Colter. ¿Por qué no pasar un invierno allí? Podía adentrarse en aquella zona humeante y explosiva y ningún indio se atrevería a seguirlo, pues creían que los espíritus malignos hacían su magia allí. Creían que un géiser que escupía su hirviente aliento a veinte o cuarenta metros hacia el cielo era un diablo especialmente grande que mostraba sus poderes. Todas las burbujas de las diminutas bocas calientes eran, supuso Sam, los labios fruncidos de pequeños bebés diablo. Era un territorio temible recogido en cuencas entre montañas densamente pobladas de árboles. Allí no había bisontes, pero sí ciervos y uapitíes, conejos y urogallos, y patos y gansos en el lago. Podía hacer una fogata sin tener que sentirse nervioso; bañarse en charcas calientes; comer comida caliente, tocar o cantar y pensar en su esposa. Podía estudiar la belleza de los brillos, destellos y guiños de luz en un bosquecillo cuando soplaba la brisa en él; y los sublimes fuegos elementales de las puestas de sol; y las fugas como coros de pájaros que cantaban a su alrededor. Si se aventuraba allí un recaudador de impuestos, o un policía, o un político los metería de cabeza en un gran pozo de lodo hirviente.

Sí, iría allí, a recuperar su aplomo y alimentar sus poderes; pero antes iría hacia la mujer a ver si estaba bien. Deseaba poder persuadirla de que se fuese con él, porque le helaba los huesos pensar en ella sola otro invierno, bajo la aullante megalomanía de los vientos canadienses y las salvajes ventiscas bajo cero. Los tramperos podían incluso llevar las tumbas allí, donde siempre tendría calor, agua caliente y refugio, y protección ante sus enemigos para toda la vida.

Cabalgó de noche por territorio Crow y cuatro días después estaba subido en su bayo sobre una colina, mirando primero al túmulo. Luego vio a la mujer sentada entre las tumbas. Dios del cielo, ¿se iba a pasar toda la vida sobre los huesos de sus muertos? ¿Era así una madre típica? Antes de que la tragedia de la mujer le hubiese sacudido el cuerpo, nunca había pensado en las diferencias entre varón y hembra. Mientras observaba a aquella solitaria mujer y pensaba en ella, recordó un sueño con Lotus que había tenido muchas veces. Ella estaba desnuda sobre los muslos y el vientre de Sam, como si fuese un gran colchón de carne, con el recogido de su pelo negro envolviéndole el cuello y una bronceína mano estirada para jugar con su barba. La barba caía sobre un lado de la cara de ella como una manta de crin de caballo. A ella le gustaba pasar los dedos por sus bigotes y tirarle suavemente del vello del pecho, posiblemente, creía él, porque los pieles rojas eran muy lampiños. Luego se movía, a través del pelo, hasta su boca, y le besaba.

Ahora, mirando a la mujer, sintió una oleada de ternura; en el recuerdo la emoción fluyó en un calor relampagueante en dirección sur por todo el camino que habían tomado, a la cabaña y al patético puñado de huesos que era todo lo que había quedado de la vibrante persona que había amado. Tenía ansia de mujer, pero no por la mujer de pelo blanco sentada junto a las tumbas. Si acaso se trataba de una imagen maternal, o una imagen de mujer con niños, como la hembra del urogallo con sus adorables pequeños o la del ánade real recorriendo un lago con sus patas palmeadas y siete u ocho bolitas suaves de plumas detrás de ella. Aquel, mirando a la mujer, era un momento sentimental para Sam Minard, suave como el plumón de ganso, cálido como un géiser, dulce como la mirada de un berrendo, blanco y tierno como el lirio de montaña. No lo habían conmovido tan profundamente unos sentimientos tan tiernos en su voluntad y sus sentidos desde la última vez que había tocado los huesos enterrados, cuando su alma abrazó lo único que quedaba de alguien que en sus sueños y en sus planes había sido esposa, compañera y guerrera de disparo firme a su lado.

Sam cabalgó entonces hacia las colinas. ¿Había aprendido aquella mujer a curar la carne, a pescar en el río, a secar frutas silvestres? ¿O se quedaba sentada allí el día entero excepto para llevar agua a sus diminutos jardines elíseos? Sospechando que sabía poco sobre la hembra humana y sus costumbres, trató de invocar una imagen clara de su madre y de otras madres que había conocido para ver cuál era su modelo de vida. Su madre había trabajado mucho para sus hijos y el trabajo era básicamente todo lo que tenía. Aquella mujer tenía tiempo y aquello era básicamente todo lo que tenía. Tendría años y años, envejecería allí y moriría y, como su esposa, sus huesos serían devorados por lobos y cuervos.

Regresó con dos buenos ejemplares de ciervo, destripados pero que conservaban la piel, y se dirigió a la cabaña. La mujer le había visto aparecer y ahora estaba mirándolo según se acercaba. Bill sabía su nombre y ahora todos los tramperos lo sabían, y Sam dijo alegremente: «¿Cómo está, señora Bowden? ¿Cómo ha estado todo este tiempo?»

Desmontando, desató los ciervos y, cogiendo a cada uno por una pata trasera y otra delantera, los colocó de espaldas, con los vientres abiertos hacia arriba. Buscando a su alrededor piedras para prepararlos, vio que el cráneo del noroeste no era el que él había colocado en la estaca. Se acercó a echarle un vistazo. Algún trampero había matado y decapitado a un indio y había llevado el cráneo hasta allí. «Parece que están cuidándola», dijo cuando regresó a la cabaña.

Como ella se había puesto en pie, se dirigió hacia ella. Se quedó mirándola y ella a él; tras unos instantes la mirada de Sam pasó sobre su rostro y vio que estaba delgado hasta el extremo; y miró el resto del cuerpo, fijándose en los detalles de la ropa. En los pies llevaba los restos de un par de zapatos; el vestido harapiento le pareció el mismo que había llevado el primer día que la vio. Llevaba el pelo suelto y enmarañado; parecía no haberse lavado la cara y las manos en años.

Se dirigió a sus alforjas, diciendo: «Los Crows no tienen los pies tan grandes como los míos. Quizá algunos de estos le valgan». Se los ofreció, pero ella no los cogió. Volvió a mirarla a los ojos. Nunca había visto ojos así. No sabía que en los ojos de un ser humano podía haber unas luces tan brillantes y frías. Algo parecido al horror recorrió sus nervios mientras miraba a Kate a los ojos y veía que no tenía recuerdo de nada que no se limitase a ese río y sus colinas.

Se dirigió a la puerta de la cabaña y se asomó. El primer frío del otoño la había vuelto lúgubre. Se giró para mirar las plantas. Tenía un buen jardín de salvia y flores silvestres, pero las flores ahora se marchitaban con las heladas nocturnas. Mirándola de nuevo, dijo que ojalá quisiera ir con él a la región de los géiseres, donde podría estar caliente en cualquier estación. Él y Bill y algunos otros desenterrarían a sus seres queridos y los llevarían allí para enterrarlos junto a las cálidas aguas de un estanque; y allí podría tener un jardín mucho más bonito casi durante todo el año. Pero, tras unos pocos minutos, supo que sus palabras no penetraban en el pequeño y desolado mundo en el que vivía. Notó que, a su extraña manera que él nunca entendería, era un mundo maravilloso donde una madre vivía con sus hijos, los ángeles y Dios. Tomó el delgado y cansado rostro con sus grandes manos y besó suavemente su frente y su pelo.

«Le he traído algunas cosas», dijo, hablando alegremente, dudando de que pudiese entender una palabra. De sus mulos de carga sacó azúcar, harina, café, sal, pasas; un rollo de piel de ciervo dentro del cual había pimienta, agujas, hilo y cerillas; una bobina de tela de algodón donde había metidos lápices y un cuaderno de notas; y una manta de bisonte. Aquí tiene lápiz y papel, dijo, enseñándoselo. Creyó que podría gustarle escribir cartas a su casa. Cada vez que un trampero pasara por allí, ella

podría darle las cartas y él le daría el correo que llegase para ella. A Sam se le había ocurrido que podía recuperar su sentido de la realidad si escribiese y recibiese cartas; pero sabía, Santo Dios, sabía que estaba muy por debajo de aquello, o quizá por encima.

Cortó la carne, curó la mayor parte, asó un solomillo para él y otro para ella y a la mañana siguiente volvió a subir por el río. No había llegado lejos cuando se detuvo a pensar. ¿Por qué una mujer, incluso una loca, se pasaba el día entero subiendo una colina para regar una planta como la salvia? Llegando a la conclusión de que ahí debía de haber un misterio, decidió volver y espiarla. ¿En qué pasaba el día entero, con qué soñaba toda la noche? No había tocado el montón de leña que había dejado junto a la pared sur; por todos los alrededores de la cabaña no había señal de que hubiese hecho fuego nunca. No había llevado barro del río para revocar la cabaña; debía de haber estado cerca de morir congelada el invierno anterior cuando las temperaturas habían bajado a treinta o cuarenta bajo cero y vientos más fríos que el hielo habían azotado las paredes. Cuanto más pensaba en ello más increíble le parecía que siguiese viva. Al bajar hacia el río buscó en las orillas, pero no encontró un lugar donde hubiese excavado en busca de raíces ni un arbusto de bayas del que pudiese haber cogido frutos.

Ocultando a sus animales en un arbusto, subió por la colina y giró hacia el norte. Ocultándose tras un enebro y otro, llegó a sesenta metros de ella y se sentó para ponerse cómodo, observarla y esperar. Mirando a través de las ramas de un cedro tenía una buena vista de ella y del jardín. Estaba sentada. Le pareció que estaba entre las tumbas, y parecía estar hablando, aunque no podía estar seguro de ello. El sol se ponía, pronto llegaría el anochecer y luego la noche, con luna llena dos horas antes de la medianoche. ¡Qué sencillo resultaría para un Pies Negros del oeste, un Big Belly del este o un Crow del sur deslizarse hasta allí, arrancarle la cabellera y quitarle todo lo que tenía! Sabía que los pieles rojas debían de estar tentados hasta el frenesí. Sabía que sólo el miedo a la venganza de los tramperos les detenía la mano. Se había convertido en ley de aquel territorio que si los pieles rojas de cualquier tribu se comportaban de modo despectivo o brutal con cualquier trampero o cualquier persona a la que los tramperos protegiesen, llegaría la noticia hasta las San Juan, las Big Blue y a las Montañas Azules de Oregón y más allá; y se organizaría un encuentro y la venganza. Esta sería tan temible que los supervivientes palidecerían de miedo y huirían a las montañas más remotas. A Sam le pareció improbable que ningún joven fuese lo bastante necio como para arrancarle la cabellera a aquella mujer indefensa.

Dado que el viento soplaba en su dirección desde las Montañas Bear Paw, llenó y encendió su pipa y aspiró el aroma del tabaco de Kentucky. No había mucho que ver; estaba sentada, y pasó una hora, dos, y allí seguía, como si esperase algo o a alguien. Cuando oscureció más, apenas podía verla. En la brisa que soplaba hacia él podía olerla a ella y la cabaña con su gran pila de mantas sucias; podía oler el olor del hueso blanqueado de los cráneos y todos los huesos de ciervo que los tramperos

habían desperdigado por los alrededores. Apartando la pipa, trazó un amplio desvío y se acercó desde el norte. Tal como estaba sentada, miraba al sur-suroeste. Tomándose su tiempo, se deslizó hasta que llegó a la cabaña por su lado norte; entonces miró por la esquina noroeste. Allí estaba sentada, entre los huesos de sus hijos. Sam recordó el momento en que había enterrado a sus seres queridos; volvió a ver la escena y supo que la tumba de la hija estaba a la derecha, al alcance de su mano; la tumba de los hijos estaba a la izquierda. El acertijo era por qué pasaba tanto tiempo allí. Durante una hora Sam la observó y ella no se movió ni medio centímetro hacia un lado u otro. Creyó que estaba esperando algo, pero delante de ella no había nada que él pudiese ver, excepto una docena de salvias que ella había llevado desde la orilla del río, más allá un enebro y los oscurecidos árboles del río.

A eso de las diez la luna apareció de entre las sombras de las montañas; parecía un pedazo redondo de cartón con pálidas manchas de pintura. Pero proyectaba mucha luz. Enseguida vio que había un cambio en la mujer; se movió un poco y pareció sentarse un poco más estirada; tomó algo de su regazo y entonces, para su absoluta sorpresa, comenzó a hablar. Como alguien que ahora se encontrase en un lugar extraño y sobrecogedor, miró a su alrededor, luego al cielo nocturno y escuchó. Ella le daba la espalda, pero por cómo movía los brazos supo que tenía algo en las manos que estaba mirando. Su voz era sorprendentemente fuerte y clara. Oyó las palabras: «El desierto y el lugar desolado se alegrarán por ellos». Inclinandose hacia delante, oyó: «El Señor se refería a ti, y a ti, John, y a ti, Robert... El desierto y el lugar desolado que nos rodean aquí se alegran por nosotros. Todo esto se alegra por nosotros, queridos; lo hacéis más agradable a la vista del Señor. John, querido, Robert, querido, y mi querida hija, ¿me oís...?»

Sam la oía. Estaba paralizado por el asombro. La luna había alcanzado en el cielo la altura de cuatro hombres altos y Lou, John y Robert asentían suavemente, como flores, en los capullos de las salvias grises y sonreían mientras un resplandor celestial los cubría como un halo de seda.

Sam avanzó desde la esquina, miró y escuchó. Para su admiración se dio cuenta de que aquella mujer tenía cierta educación; le pareció que tenía la entonación de una maestra de escuela. Pero no podía ver nada a lo que hablarle. Avanzó silenciosamente hasta que estuvo justo detrás de ella y su fascinación crecía según miraba y escuchaba.

—Estamos en el desierto y el lugar desolado —dijo la voz de la mujer, con voz clara y fuerte—. No tenemos mucho pero siempre hemos sido pobres; hasta donde podemos recordar toda nuestra familia ha sido pobre; pero nuestro Señor les dijo a sus discípulos: «Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis...»

—¡Dios Todopoderoso! —dijo Sam para sí.

A la derecha la imagen de su hija, tan delicada que parecía venir de luz tenue y de

la más suave seda, se movía con la brisa y asentía ligeramente y se inclinaba, como las flores, y sonreía y escuchaba a su madre; y a la izquierda los dos hijos, como dos almas despojadas de todo lo material, sonreían y asentían. Sam miró fijamente hasta que le dolieron los ojos, pero sólo podía ver la salvia y las flores marchitas. Tras una hora se volvió hacia el lado norte de la cabaña y allí se pellizcó para estar seguro de que no estaba soñando; vio las colinas distantes como bultos de oscuridad; miró hacia la línea de árboles del río, todo para ver si seguían siendo familiares, pues se sentía intranquilo y extraño. Todo tenía el aspecto que siempre había tenido, excepto aquella mujer. Ahora volvió a su posición detrás de ella y miró por encima de su cabeza para ver qué tenía en el regazo. Ella nunca notó que aquel hombre alto estaba en pie casi tocándola y miraba su pelo cano y la Biblia que tenía en las manos. Su mirada recorría la tierra y las plantas que había delante de ella, pero excepto las plantas, la mujer, los cedros y los árboles del río Sam no veía rastro de ser vivo alguno.

A sus seres queridos les decía ahora:

—Repetid conmigo las palabras «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Les dijo que la mayoría de los hombres parecían no querer la paz, pero las madres sí la querían por el bien de sus hijos. Sam aguzó el oído, pero sólo podía oír su voz, el ruido del agua y los gritos de las aves nocturnas. Vio que en varias partes del libro ella había puesto tiras de papel; pasaba páginas, cincuenta o cien a la vez, y pasaba de una tira de papel a otra; y entonces se detuvo para leer: «Porque con alegría saldréis y con paz regresaréis; los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros». Algo más tarde les estaba diciendo que el Señor les dijo a los cielos que cantasen y a la tierra que se llenase de alegría y que los montes explotasen en canto. Estaba diciendo: «Hasta que él venga estaremos desolados en el desierto».

Sam se alejó cincuenta metros hacia la oscuridad de modo que el humo del tabaco no la alcanzase, se llenó la pipa y fumó. Había habido una extraña música en sus palabras, extrañas caricias tranquilizadoras, como la mano de una madre salvaje; no quería que aquella ternura se le escapase. ¿Las montañas y las colinas comenzarían a cantar? Para él la tierra siempre había cantado. Allí en aquellas montañas había fugas, arias, sonatas, miles y millones de ellas entrecruzando sus armonías unas con otras; y estaba la otra cara, según los versos de Thomas Hood:

Hay un silencio donde no habita el sonido,
hay un silencio donde el sonido no puede existir.

Aquella clase de silencio estaba en el patético joven que colgaba de la rama del árbol.

De repente a Sam le llegó un impulso de sacar su armónica y, lejos de la mujer, invisible y desconocido, tocar una suave música. De modo que fue hacia su equipaje y volvió; y tumbado sobre su vientre tras un montículo de tierra, con la brisa nocturna soplando desde donde estaba hacia ella, sopló algunas notas mientras se preguntaba

qué debía tocar. Su instrumento no era lo bastante generoso para la música de órgano de Bach. Lo que llenaba su alma eran las canciones de amor que había cantado y tocado para Lotus. *¿Has visto crecer un lirio blanco?* La tocó. Interpretó un tierno minueto de Mozart, y las suaves notas flotaron en la brisa hacia los oídos de la querida madre. Casi al mismo tiempo ella empezó a cantar. El sonido de su voz de *mezzo-soprano* era tan electrizante que por un instante Sam olvidó su música; sólo podía escuchar maravillado y subir la mirada hacia el cielo nocturno, sabiendo que el Creador había tomado parte en aquello. La mujer no se movió ni se giró para mirar a su alrededor. Sam creía que estaba cantando himnos religiosos; comenzó a improvisar, mezclando fragmentos de serenatas, frases de Corelli, las canciones del zorzal, la alondra y la reinita en agradable asonancia con la suya. Tras un rato entendió que lo que tocase no importaba en absoluto mientras estuviese en armonía con la disposición de la mujer, la luna y la noche. Dándole la espalda, ella cantaba a sus hijos y Sam tocaba suavemente para las estrellas, para su madre y para Lotus. Mantuvo las notas en tono suave, pues no quería alarmarla; todo el adorable momento se habría venido abajo si por la mente de la mujer hubiese pasado siquiera la más mínima sospecha. Tocó la suficiente música de *La trompa melodiosa*, arias de pájaros, el tema tan a menudo repetido en el concierto de violín de Beethoven y otros fragmentos musicales como para que ella siguiese cantando. Durante dos horas o más cantó en un hermoso timbre de soprano con un campanilleo maravillosamente claro que de vez en cuando brotaba de su garganta; y la luna alcanzó su cénit y mil estrellas aparecieron.

Cuando al fin Sam se deslizó entre la noche se preguntaba si haber tocado había sido un acto de amabilidad: si al día siguiente por la noche, la noche posterior y durante semanas o meses no había música, ¿qué pensaría ella? Bueno, condenación, regresaría tan a menudo como pudiese para tocar lo que ella sin duda debía de considerar música celestial. La oiría y les cantaría a sus hijos: una felicidad más profunda para las madres que aquella no existía en ninguna parte.

Como era imposible bajar a las cuencas de los géiseres a caballo desde el río Yellowstone o por encima de las Montañas Yellowstone, Sam tuvo que ir hacia el sur, remontar el South Fork, pasar Hawk's Rest y bajar el Yellowstone hasta el lago. Atravesando montañas cubiertas de árboles, negras y saludablemente hermosas, siguió el lado este del lago, dirigiéndose hacia el norte y luego por la orilla norte hasta que llegó a las fuentes de vapor. Era una maravilla para todos los que habían visto aquella orilla, pues en el frío lago había fuentes calientes, algunas de ellas a cien metros en el interior; y allí el agua fría y caliente se mezclaba y brotaba vapor de la superficie. En el borde del lago se podía encontrar agua a cualquier temperatura, de helada a casi hirviendo. Antes de ir a la zona del oeste donde estaban las pozas de lava que bullía y silbaba y los charcos de barro, Sam se quitó la ropa y se lanzó al agua. No había conocido una experiencia más tonificante que pasar por cambios extremos de temperatura mientras nadaba. Era una rendición de sus sentidos a las caricias tan deliciosa y emocionante que, flotando de espaldas y mirando al cielo, le dijo al Creador, en el idioma de Bill: «¡No hay naide en t'ol mundo que haya construido una bañera como esta!» ¿Qué era lo que había leído la mujer del libro sagrado? «El desierto y el lugar desolado se alegrarán por ellos». ¡Cuánto se alegraba él de estar allí, solitario, sin compañía y seguro en la naturaleza!

La noche la pasó entretenido junto a los charcos de barro, que imaginaba bocas de barro; le llevaban a recordar a la vecinita rubia llamada Nancy, que inflaba las mejillas delante de él y luego se las golpeaba con las palmas de las manos fingiendo que le había explotado la cara. Otro de sus pícaros trucos consistía en hinchar las mejillas tanto como podía y entonces meterse en la boca una pequeña caña. Era, le decía con toda seriedad, un pinchazo; y mientras expulsaba el aire a través de la caña las mejillas se desinflaban lentamente mientras sus ojos azules le miraban con solemnidad. Las bocas de barro caliente inflaban los labios hacia arriba; y de vez en cuando los labios se abrían y una columna de vapor-aliento caliente se elevaba; y a veces los labios crecían hasta alcanzar un grosor asombroso sin abrirse, como si fuese delgado caucho gris o la garganta de un sapo. Otros se fruncían hacia fuera y hacia dentro, igual que Nancy había fruncido los suyos.

Sentado en la tierra caliente entre los charcos de barro, trató de escribirles una carta a sus padres. Al contrario que los grandes exploradores, Lewis y Clark, que habían atravesado la tierra de las montañas rocosas antes de que Sam naciera, o famosos guías como Bridger, Carson y Greenwood, Sam había pasado doce años en buenos colegios. Con un cuaderno en las rodillas y las cejas levantadas, escribió el saludo; y entonces durante diez minutos se preguntó qué contar y qué no contar.

¿Debería contarles que había tomado las armas contra toda una nación india y a la primavera siguiente volvería al sendero de la guerra? No, no los preocuparía con eso. ¿Debería contarles que se había casado con una adorable y adorada muchacha india que hacía sólo unos pocos meses había sido brutalizada por un puñado de asesinos? ¿Debería contarles que existía la posibilidad de que estuviese muerto en un año? No, sólo les contaría cosas agradables. Recordó que una mañana su madre había dicho, mientras miraba un próspero manzano con más de cien kilos de manzanas maduras: «Esta es la primera vez que pienso en un manzano como en una madre». Se le hacía la boca agua al recordar la contundente fragancia y los zumos que le caían por los labios al hincarle los fuertes dientes a aquellas manzanas. ¡Ay, ojalá tuviese una ahora!

Bueno, les contaría que cuanto más miraba al mundo que lo rodeaba, más clara le resultaba la gloriosa certeza de que el Creador era un gran artista en todos los campos. Sus pinturas, que incluían puestas de sol y mañanas, lagos de montaña de puro resplandor enjorado y el firmamento con dos arco iris atravesándolo tras una lluvia eran Rubens y Rembrandts sobre lienzos tan grandes como mundos. ¿Qué escultor osaría comparar sus raquíticas y lastimosas creaciones con las montañas Teton, las Colinas Negras o la cordillera del río Wind o las vastas hectáreas de arrugas en los ríos de lava cerca del Snake? El Creador tenía más pájaros músicos que interpretaban sus arias con flautas, *piccolos*, arpas y diminutas tubas de los que cualquier hombre pudiese imaginar; en cualquier momento de las veinticuatro horas cantaban millones de gargantas de aves. El Creador era capaz de abrumar a un hombre con Sus fantásticas orquestaciones y Su dominio del contrapunto en ríos, vientos y truenos o con las variaciones de Sus sonatas cósmicas. Sam podía contarle a su padre que debería estar allí, porque recordaba la profunda emoción de aquel hombre cuando escuchaba la conclusión del segundo movimiento de su Tercera sonata en fa menor. Si oyese la música de aquella tierra salvaje... ¡Las llamadas del colimbo, la focha, el somormujo, o la increíble música de las plumas de cola del zarapito al anochecer!

Les contaría que ahora la nieve caía como mantas invernales sobre los bosques, pero que él estaba sentado sobre tierra caliente y a su alrededor bullía el agua caliente. Si estuviesen allí verían pequeñas nubes de vapor en una cuenca de piedra y unos instantes después cómo millones de litros de agua hirviente lanzados a treinta metros de altura caían en forma de chorros y vapores de agua mientras millones de litros más explotaban desde las calientes entrañas del mundo. Una densa niebla caliente los envolvería entre temperaturas bajo cero. Trataría de hacerles entender el divino encanto de millones de copos de una intensa nevada, muchos de ellos tan grandes como hojas de roble, descendiendo sobre uno de los agujeros de vapor; cómo, mirando hacia arriba, podían verlos cayendo por millones y cómo los verían desaparecer, también por millones, como si en el transcurso de un guiño se fundiesen y se precipitasen en forma de gruesas gotas de agua; cómo se maravillarían ante

aquella enorme cámara de calor dentro de una circunferencia de pura nieve blanca. A cien o doscientos pasos de la tierra caliente podrían encontrarse a dos o tres metros de nieve. En sólo unos segundos podían pasar de treinta bajo cero a un calor en el que se sentirían cómodos quitándose toda la ropa. Podían meterse en una poza natural caliente mientras veían árboles tan fríos que se estaban abriendo.

Pasaría el invierno allí, solo, pensando en su mujer y su hijo, sin que tuviera que tener los ojos pelaos, como diría Windy Bill, día y noche. La nieve que lo rodeaba podía tener tres o cuatro metros excepto en los lugares calientes; pero la hierba era alta y los caballos podían apartar la nieve para encontrarla. Cazaría dos o tres uapitíes antes de que llegasen las nieves más copiosas, curaría parte de la carne y dejaría colgados a secar algunos cuartos traseros; y quizá iría hacia el sur al Big Snake donde encontraría laderas enteras cubiertas de matorrales de bayas inclinados por el peso de la fruta. Haría como los pieles rojas y recogería bellotas, piñones, castañas, avellanas; y también guillomos, bayas del saúco, aronias y moras, así como grandes y jugosas ciruelas amarillas y sabrosas ciruelas silvestres. Lejos, al sur, más allá de la Sierra de San Juan, había una planta alta de salvia cuyas semillas los indios molían para hacer harina. Jim Bridger la llamaba chia; decía que el pan hecho con esta harina era tan fuerte que al lavarse las manos uno tenía que tener cuidado o se arrancarían los dedos. El Creador había puesto abundancia de comida en la tierra y no cobraba impuestos. ¿Alguna vez habían oído hablar del mijo silvestre o de la raíz del bálsamo? Si pudieran ir a visitarle, su hijo les serviría banquetes como nunca habían visto; y se podían llevar a casa una bolsa de *pemmican* hecha con solomillo de bisonte, sebo, arándanos y mermelada de maranta. Medio en broma, les diría que quizá querrían probar las tartas de hormigas rojas, hechas con los terribles insectos, mezclada con raíz de camas y bulbos de cebolletas. O para desayunar, con las tortitas, quizá querrían un sofrito de saltamontes o serpiente de cascabel a la parrilla hecha en brasas de cedro, o pasta de castoreum. Eso era la materia marrón anaranjada del castor que tenía un fuerte olor y que los tramperos utilizaban como cebo.

Sobre todo, les diría que se imaginasen la clase de invierno que estaba pasando entre los puros arroyos de montaña, la espesa nieve blanca, los millones de hectáreas de bosque que un hacha nunca había tocado; la abundancia de comida, el silencio catedralicio cuando los pájaros se callaban, sus baños calientes y sus aposentos, todo tan gratis como el amor de una madre por su hijo.

Después de escribir la carta la envolvió en cuero para conservarla seca y a salvo de ratones.

Se entretuvo unos días en los deliciosos manantiales calientes junto al lago y luego cruzó una pequeña cordillera hacia las cuencas de los géiseres. Ahora estaba en un denso bosque que se extendía ante él más de ciento cincuenta kilómetros en todas direcciones. Montó su campamento bajo un enorme pino al sur del géiser que un día acabaría conociéndose por el nombre de *Old Faithful*. Cuando hizo el frío suficiente como para curar la carne, sacó el uapití y el ciervo y las porciones más jugosas las

colgó de las ramas de los árboles envueltas ligeramente en fundas de cuero. Tenía suficiente sal, azúcar, café y tabaco, un saco de veinte kilos de harina, mil cartuchos de munición, semillas, nueces y frutas secas, una salud perfecta y un apetito descomunal. ¿Qué más, les habría preguntado a los filósofos, podía desear un hombre? Y todo aquello era gratis.

Sintiéndose agradecido, empujado por las magníficas orquestaciones del trueno o la brujería de las nevadas de alta montaña, subió a la cresta de una montaña y caminó a lo largo de ella, elevando los brazos al cielo, cantando a plena voz. La maravilla de estar vivo y sano y libre le resultaba un milagro tal que sólo cantando podía expresar su gratitud. «¡Gracias, gracias!», gritaba, con el rostro enrojecido y la barba dorada vueltos hacia la tormenta. Continuó dando largos pasos, cantándole al trueno y a la nieve, tratando de que su pobre música fuese un instrumento de las armonías cósmicas. Un *glissando* empíreo en el acorde bramador del trueno podía desconcertarlo durante unos instantes; pero pronto lanzaba sus gritos con la intención de desarrollar su tema de alegría de vivir por encima del de la muerte lo iguala todo; y trataba de elevar su propio *crescendo* como si fuese un fagot o una trompa mientras movía los brazos para que entrasen otros instrumentos, los diez mil, para la celestial coda.

Una vez, por casualidad, Bill vio a ese gigante de barba pelirroja caminar, recortado en el paisaje, por la cresta de una montaña y le dijo más tarde a Hank Cady que se creía que Sam s'abía quedao tocao por la muerte de su mujer. Porque estaba allí, como un bisonte beodo, desgañitándose. ¿Había visto Hank cosa parecida? Hank dijo a su manera lenta y reflexiva que le parecía que Sam sólo estaba contento. Que nunca había conocido a hombre c'amara más la vida que Sam.

Sam estaba escribiendo una letra, o un himno de acción de gracias, de la única manera que sabía, pues creía que la vida era ciertamente un «vergel de dulzura» y sus fuertes emociones lo llevaban de vez en cuando a entonar canciones tan salvajes que la mayoría de la gente las hubiera creído una pura locura. Sam estaba embelesado, encantado, fascinado por el sencillo hecho de estar vivo y sano, sin reloj que marcara su tiempo, sin jefe que lo vigilase, sin impuestos que pagar, sin papeles que firmar, sin tener que darle cuentas a nadie, excepto al Creador, a quien le estaba felizmente agradecido mañana, tarde y noche. Hubiese dicho que en un mundo ideal todos los hombres tendrían al menos cuarenta kilómetros cuadrados por los que caminar, explotar y sentirse libre. Aquel era un punto diminuto, pero uno podía moverse. Había oído decir a McNeese que al ritmo que estaban naciendo niños por todo el mundo llegaría un momento en que uno no iba a encontrar sitio para quedarse de pie y sonarse la nariz.

Fue Bill quien le habló a Kate de Sam Minard. Le contó que Sam caminaba arriba y abajo por las crestas de las montañas del oeste, cantándole a los cielos y alabando a Dios. A partir de entonces Kate siempre lo veía cuando lo buscaba. Miraba en la dirección del Big Belt o de las Montañas Bear Paw, aunque desde donde se

encontraba no podía verlas, y allí en el cielo había una fantástica cordillera y Sam caminaba por las crestas, tan alto como los pinos, una figura gigantesca de pelo y barba en llamas con una voz que se podía oír en el otro extremo del mundo. Llegó a convertirse en un hábito en ella quedarse mirándolo en las lejanas neblinas azules y escuchar su canto.

Uno de los mejores cocineros entre los tramperos, la especialidad de Sam eran los filetes. Había descubierto que los filetes hechos sobre las ascuas absorbían el sabor de la madera, y así había utilizado todas las clases de madera que encontraba: el pino, el abeto blanco, la píceca y el cedro no le gustaban, pues eran demasiado fuertes; el álamo y el sauce eran mejores, el aliso no estaba mal. Los aromas de la madera también aparecían en el curtido. Aquellas *squaws* que hacían los mejores curtidos, tanto en olores como en texturas, eran las que tenían la mejor madera para ello. Sam olía un pedazo de cuero y sabía decir qué madera se había utilizado. No llevaba cuero que hubiesen curtido con álamo blanco, sauce, álamo temblón, abedul o ciruelo.

Le llevó cinco o seis horas asar cinco kilos de filetes de uapití y dos bandejas de panecillos. Eran los filetes lo que llevaba más tiempo; eso y sacar la grasa de los huesos con tuétano. Las ascuas tenían que estar en su punto y tenía que colocar la carne encima, no fuese que absorbiese demasiado olor de la madera. Allí en la cuenca del géiser tenía granos de pimienta, que molió en un mortero. Como mantequilla para los panecillos utilizó el tuétano. Tenía miel silvestre, que le había quitado a las abejas; cuando la comida estuvo preparada se dio un banquete de jugosos filetes, panecillos empapados con grasa de tuétano y miel, y café. Mientras comía observó cómo soplaba el géiser. No se hubiese sentido más a salvo de los pieles rojas ni aunque hubiese montado el campamento en las puertas del infierno. El problema principal era su apetito; tenía que tomar tres comidas fuertes al día, y si eran todas comidas calientes, se pasaba la mayor parte del tiempo cocinando. Los hígados se los comía crudos o calentados y sazonados; y todos los días se comía un puñado de escaramujos porque Bill Williams decía que todos los tramperos debían hacerlo. También se comía crudos los hígados de las truchas y del urogallo; eran extremadamente tiernos y sabrosos.

Una de sus principales alegrías durante el invierno era caminar en medio de una nevada cuando no había viento, sólo la belleza del movimiento y el diseño, de luz y sombra, cuando los incontables copos, como polillas acróbatas, caían en tal número con una elegancia esquiva, ondulante y giratoria que le parecía asombroso que dos copos nunca pareciesen chocar. Le recordaba a la impresionantemente intrincada danza de los mosquitos cuando miles de ellos, en un apretado enjambre, se movían durante horas con una pauta tan compleja pero tan perfecta que un hombre no lo creería posible de no haberlo visto. Se maravillaba ante el vuelo de las aves. Había visto bandadas de tordos sargento sobrevolar por la mañana, de camino a sus territorios de comida, y había calculado que serían cientos de miles, posiblemente millones, y aunque volaban a velocidades de cuarenta o cincuenta kilómetros por

hora, habían oscurecido el cielo que tenía sobre la cabeza durante treinta minutos. Todos revoloteaban, se balanceaban, bajaban y bailoteaban como pájaros enloquecidos por la alegría, pero nunca había visto que dos se tocasen. Se tumbaba en treinta centímetros de blanda nieve recién caída y observaba la miriada de copos hasta que los sentidos le daban vueltas y nunca vio un fallo en la pauta, siempre cambiante e infinitamente compleja. Era como si todos los copos tuviesen ojos. No fue capaz de adivinar dónde iba a caer uno, pues hasta el último instante en que tocaba nieve, tierra o agua, se balanceaba, bailaba y cambiaba su rumbo, pero caía como si hubiese encontrado el punto perfecto e inevitable para su blanda y pequeña carga de agua congelada. Se levantaba y volvía a caminar y en el amable y maravilloso mundo de la nieve blanca y el anochecer veía animales salvajes: sus vecinos los conejos, las aves, los ciervos, las comadreas, los pumas, todos actuando como si estuviesen tan contentos y agradecidos como él. Un ciervo, que tenía las orejas apuntando en su dirección, se quedó mirándolo; sus colores se mezclaban tan perfectamente con el gris crepuscular de la tormenta que apenas parecía estar vivo; y entonces se alejó silenciosamente y desapareció, como una mancha de atardecer ligeramente más oscura que se disolviera en la tormenta. Los conejos eran más mansos, las aves más tranquilas, durante una tormenta fuerte; todos los animales salvajes parecían sentir la gracia de la bendición. Los copos que se fundían le caían por la cara como si fuesen diminutos dedos fríos; la nieve le empapaba y le rizaba el cabello dorado. Sintió la humedad en los mocasines, el frío recorriéndole la columna.

El géiser al que llegaba ahora era mayor y más activo que el que estaba junto a su campamento. Hacía explotar sus furias sólo de vez en cuando. Tuvo suerte, pues al acercarse al géiser oyó el siseo y el rugido que subía por su ardiente cuello y tras unos minutos vio, primero, una serie de carraspeos, como si se aclarase la garganta, y luego, una enorme cantidad de agua hirviente que se elevaba hacia el cielo y caía como una catarata rota. El géiser pareció entonces detenerse, como si estuviese reuniendo fuerzas en las profundidades de su vientre y vomitó aún más espectacularmente mientras el calor devoraba una amplia zona de la nevada. El agua caliente caía en volteretas de vapor y fluía hacia él en ríos humeantes. Aquella colosal erupción en las profundidades de una tormenta de nieve era, se dijo Sam, tan hermosa como cualquier otra cosa que hubiese visto u oído. Uno tenía que creer que Beethoven lo había visto. Arrodillándose, apartó la nieve y colocó la oreja en la corteza de piedra. Le pareció oír monstruosos bramidos y respiraciones de las aguas subterráneas, como si la misma tierra fuese a abrirse en un vómito que se consumiese a sí mismo. No era de extrañar que los pieles rojas huyesen de aquel lugar. Sam se apartó, se adentró en la tormenta y observó, hechizado, hasta que los últimos resoplidos y ronquidos habían explotado de la garganta y las furias subterráneas hubiesen regresado a los gorgoteos del estómago.

Formando un cuenco con las manos cogió agua caliente y se la bebió. A trescientos o cuatrocientos kilómetros al sur estaban los manantiales de agua

carbonatada, de los que había bebido. Aquellas aguas y su pureza le gustaban, pero las de las cuencas de Colter sabían a álcali y sales amargas.

Después de haber limpiado a los caballos y comerse una buena cena, extendió su cama en el suelo que había calentado el fuego y se tumbó, cómodamente tapado, preguntándose por el futuro. Sospechaba, en aquellos profundos momentos de calma, que había sido algo necio al arrojar un desafío a los hermosos dientes blancos de toda una nación india; mientras durase la venganza tendría que estar vigilante las veinticuatro horas del día el año entero. No tenía deseo alguno de pasarse la vida en una contienda sangrienta, pero no se le ocurría un modo sensato y honorable de retirarse. A los pieles rojas les encantan los rencores, los senderos de guerra y los odios eternos. No querían que pidiese la paz. Y estaban los Pies Negros y los Cheyennes, posiblemente quizá hasta los Sioux y los Arapahoes, todos decididos a capturarlo. Y cada cabellera que tomase elevaría la recompensa.

No es que tuviese miedo; el miedo le resultaba tan ajeno como le podía resultar a cualquier hombre. No era que sintiese lástima por sí mismo por si caía bajo las armas de los pieles rojas. Era que conocía una sencilla verdad: que los hombres que amaban la vida no eran hombres a los que les gustase matar. Nunca sería capaz de quitarse de la cabeza al asombrado y paralizado joven que lo había mirado o al desmañado y patético cuerpo que colgaba del árbol. Además, quería poner trampas y cazar, cocinar, comer y dormir, sin tener que estar vigilante cada minuto. No le importaría tanto seguir en el sendero de la guerra otro año, si aquellos impulsivos idiotas guardaban luego sus cuchillos y volvían a casa. Eso no lo harían nunca. Había empezado a creer que la mayoría de los hombres no querían más que un enemigo al que pudiesen odiar y contra el que hacer planes. No fingía saber por qué era así.

Esperaba que el siguiente verano pudiese cabalgar para ir a visitar a su suegro. Le llevaría como regalo veinte o treinta litros de ron; como todos los pieles rojas, Montaña Alta tenía debilidad por la bebida. Viviendo en una zona donde la caza y las pieles eran escasas, no tenía gran cosa con la que comerciar que pudiesen querer los blancos. Se vería transportado a un paraíso indio si Sam hiciese un largo viaje para verle. ¿Un blanco visita a su suegro indio y atraviesa trescientos kilómetros de territorio Pies Negros para hacerlo?

Durante aquel invierno de reflexión, con sus muchas y maravillosas tormentas, tenía tareas que lo mantenían ocupado. Tenía que hacerse ropa. Como tenía las manos tan grandes, no era ágil con la aguja y el hilo. Garras de Oso Meek, gordo, alegre y con manchas de tabaco, tenía las manos grandes pero las dominaba como un pianista. No había nada de delicado ni artístico en la costura de Sam; hacía un agujero en el cuero con un punzón de hueso, pasaba la aguja por él, tiraba del hilo de cuero y hacía pasar la aguja por un agujero tras otro para fabricarse sus mocasines, leotardos, pantalones y chaquetas. Mientras cosía se preguntaba qué clase de gente había en el Este y más allá, en Europa, que decían comprar cabelleras de indios. ¿Estarían igual de dispuestos a comprar testículos? Durante aquel invierno también cosió varios

pares de mocasines para el bayo; esperaba que al siguiente verano lo persiguiesen no sólo los Crows, sino partidas de guerra formadas por Pies Negros y Cheyennes. En ciertas situaciones peligrosas dos o tres capas de cuero en los pétreos cascos de un caballo marcaban la diferencia entre la vida y la muerte. Si quería ser más listo que los guerreros que el viejo jefe había mandado contra él, tendría que dominar el arte de la guerra y la carpintería; a la altura de Kit Carson en lo primero y a la de Jim Bridger en lo segundo. Estaba bastante seguro de haber matado a Dientes de Lobo; dos años antes había visto a aquel bravo exhibiéndose sobre su caballo y se había maravillado de que un hombre pudiese cabalgar con tal gracia y talento. Se decía que algunos de los guerreros Crow eran capaces de acertarle a un pájaro en vuelo con un rifle; que algunos eran tan silenciosos que podían deslizarse hasta un lobo durmiendo y agarrarlo de la cola; y que algunos podían concebir extraordinarios engaños en una emboscada. Sam no estaba tan seguro de poder seguir vivo cuando llegasen las siguientes heladas, pero era fatalista; el hombre, como el bisonte o el uapití, sólo podía hacer cuanto estuviese a su alcance, y cuando llegase su hora, debía soltar su asidero a la vida y dejarse ir.

Según se acercaba la primavera, limpió sus armas hasta dejarlas en perfecto estado. Un cuchillo se había embotado y necesitaba un buen afilado. Tenía dos Bowies, de modo que, si estaba en un apuro, podía matar enemigos con ambas manos. En una bolsa de cuero llevaba pedazos de obsidiana y piedra porosa que había empapado con grasa caliente de ganso para hacer esmeriles y endurecer y ablandar pieles. Uno de los cuchillos, el mejor que tenía, lo conservaba envuelto en piel blanda aceitada; el otro era su cuchillo de caza y cocina. El rifle y los revólveres los conservaba immaculados. No era tan buen tirador con revólver como lo sería Bill Hickock unos cuantos años después, ni con el rifle como lo sería un hombre llamado Carver; pero creía que estaba a la altura de los Crows por la sencilla razón de que sus nervios estarían más calmados. En una crisis, los pieles rojas eran espectacularmente malos tiradores. Bridger decía que era porque el piel roja consideraba el rifle como una medicina potente y toda medicina era magia. Si usabas magia no tenías que prestar mucha atención a cosas como la mira, el viento o el nervio. A la fiebre del cazador novato los tramperos la llamaban el nervio; se referían a los temblores y el miedo que podía sentir un hombre cuando se enfrentaba a un *grizzly* o cuando un alce macho cargaba contra él. Los pieles rojas, según Sam los había estudiado, eran muy buenos luchadores cuando corrían o cabalgaban con decisión en grupo, porque el calor de la batalla y la presencia de los suyos a su alrededor les proporcionaba valor hasta el paroxismo; pero solos, hombre contra hombre u hombre contra *grizzly*, sin gritos de guerra y escándalo, pocos de ellos tenían el valor necesario. De vez en cuando alguno prefería luchar solo para alcanzar la gloria. Eran aquellos, sabía Sam, a los que enviarían contra él.

Durante aquel invierno y mientras yacía cómodamente caliente en la oscuridad de otro día acabado, se planteaba la posibilidad de ser capturado y pensaba en las

squaws. Tom Fitzpatrick había dicho que eran mujeres pieles rojas, no *squaws*, pero Sam sabía que *squa* era la palabra que los indios Massachussets utilizaban para referirse a la mujer. La mayoría de los tramperos las consideraban demasiado crueles y feroces como para que las llamasen *mujeres*, y no dijéramos *damas*; sólo había que mirar el modo en que golpeaban a sus perros. Cuando las *squaws* de la mayoría de las tribus buscaban leña, utilizaban perros con trineos; los perros de los Crows le parecían a Sam un cruce entre lobos y chuchos escuálidos y greñudos. Tenían aspecto malhumorado y malvado y eran perezosos. Cuando los ataban a los trineos eran una visión que hacía reír a los blancos; hundían las ancas como mulas obstinadas y con la lengua colgando y mirada artera con los ojos medio cerrados se quedaban parados. Las *squaws* corrían gritándoles y los perros se escabullían hacia los bosques; pero después de que los trineos estuvieran cargados de madera, los perros no hundían las grupas, sino el vientre, y como la madre urogallo protegiendo a sus polluelos, fingían estar heridos. A Sam le había parecido que algunos de ellos fingían estar enfermos. Unas furias ingobernables dominaban entonces a las *squaws*; gritando y aullando, agarraban unos pesados garrotes y corriendo hacia los perros, casi les arrancaban la cabeza. Sam nunca había visto a su Lotus tan enfadada ni tan brutal con ninguna criatura.

Sam había excavado una bañera en el suelo a la que entraba y de la que salía agua caliente; y en el agujero se bañaba todos los días. ¡Qué tierra era aquella! Por todo su amplio pecho había manantiales calientes; Bridger decía que era posible recorrer mil quinientos kilómetros y tener un manantial caliente en todos los campamentos. Dado que Sam había aprendido, con los indios, a bañarse en agua fría, invierno y verano, era un lujo delicioso tumbarse medio dormido en una poza caliente; y aquello, junto con las opíparas comidas, la magnífica montaña invernal que lo rodeaba, la vigorizante pureza del aire y los animales salvajes entre el silencio y la soledad, hacía que no deseara abandonar la cuenca. Con Lotus y su hijo se habría contentado con vivir allí para siempre. Le parecía que en invierno la mayoría de la gente sufría una hibernación de las emociones. Y había aprendido otra cosa: que la gente en las ciudades nunca tenía la oportunidad de conocerse a sí misma o a los demás; en aquella tierra, donde los enemigos le obligan a uno a aguzar el ingenio y las fuerzas de la naturaleza hacen que se deshaga de su grasa física y emocional, una persona tenía que descubrir qué era y qué no era.

Era finales de abril cuando Sam, a regañadientes, puso las sillas y cargó a sus bestias, se colgó un revólver y un cuchillo de la cintura, montó sobre el bayo y allí se quedó sentado diez minutos mirando a su alrededor. Luego se dirigió hacia el lago bajando por el lado oeste del nacimiento del río Snake y lo siguió hasta el ancho valle de las Teton. En uno de los riachuelos que fluían más allá de aquellas magníficas esculturas esperaba encontrar a Río Wind Bill.

—¡Anda y que me zurzan! —gritó Bill cuando Sam se acercó a la puerta de su cabaña—. Si no es el mata-Crows en persona, que me cuelguen y me marquen como a un gorrino. Sam, ¿ánde demonios has estao?

—Por ahí —dijo Sam.

—Anda la osa —dijo Bill, mirándolo fijamente—, nos creíamos que la habías palmao. Tábamos mu preocupaos. ¿T’as enterao de que te llaman el Terror?

—Eso no lo había oído —dijo Sam, desmontando. Estaba mirando a su alrededor cuando vio a Zeke Campbell medio oculto mirándole con los ojos entrecerrados. Sam no tenía duda de que Zeke era el hombre más taciturno del mundo; le había visto una docena de veces y no le había oído pronunciar una docena de palabras. Su afirmación habitual era un gruñido casi inaudible; su negación era una mirada fría a través del humo de su pipa. En tamaño, fuerza y agilidad era corriente. Lo más extraño de su aspecto, al menos para Sam, era su pelo; la barba le cubría tan completamente el rostro que sólo eran visibles la frente y los pequeños ojos verdes. Zeke tenía pelo hasta en el puente de la nariz. Era de color bronce, y cuando le daba la luz del sol su cara parecía oculta tras un matorral de cables dorados.

—¿Cómo estás, Zeke? —dijo Sam.

Zeke gruñó.

Bill dijo:

—Güelo azufre —se acercó a Sam y aspiró—. Me malicio c’as estao en las cuencas —dijo.

—¿Qué tal las trampas? —dijo Sam.

Enseguida Bill bajó la mirada. Pronto uno iba a morir de hambre, se había dejado las uñas excavando y aun así se cazaba cada vez menos. Entre él y Zeke habían sacao sólo como cinco cargas, aunque habían trabajao como chinos.

¿Les sobraba tabaco?

Güeno, de eso tenían pa hartarse. Bill se dirigió a un escondite y regresó con varias hebras.

—Lléname la pipa, Sam, y posa el culo. Cuéntanos c’as estao haciendo en las cuencas.

Aquella noche Bill hizo una cena que consistía en asado de magro de uapití, cola de castor, caldo de rata almizclera y café; y, después de que los hombres hubiesen comido y llenado sus pipas, se sentaron junto a una gran fogata de abeto y cedro y hablaron de esto y aquello.

—Me pregunto —dijo Bill— ande andará el viejo George —se refería a Garras de Oso Meek. George había ido solo a las Montañas Bear Paw, en mitad del territorio

Pies Negros. ¿S'abía cansao de vivir?

George era un tipo listo, dijo Sam.

—Hay muchos tipos listos c'an acabao en la olla —dijo Bill—. Con las mismas podría haber montao su campamento en Three Forks y soplar el cuerno. M'imagino que George l'a palmao, seguro.

Sam dijo que lo dudaba. George ya había ido por ahí dos veces y había vuelto.

Bill se rascó la sucia melena. Él y Zeke, dijo, habían estao cerca el otoño anterior. De hecho, les había pasao dos veces. Una fueron los Cheyennes. Zeke estaba en el arroyo Bull Elk con sus trampas y Bill acababa de cazar un buen ciervo y lo estaba despellejando y de repente cuatro diablos rojos aparecieron de la nada, con tanta grasa y polvo de carbón en las caras cal principio Bill s'abía creído que eran negros; pero con la segunda mirada vio los tocaos de la cabeza y con la tercera, las cabelleras. Güeno, condenación, si había una cosa que el hombre blanco sabía que no debía d'acer en una situación así era tratar de coger su arma. Bill dijo que estaba inclinao, con el cuchillo de despellejar y que así siguió y dejó caer el cuchillo, mientras discurría cómo podía advertir a Zeke. Y como que hay Dios que Zeke iba a volver y toparse con su propio funeral. Bill detuvo la historia, se llenó los pulmones con el fuerte humo del tabaco y lo lanzó a través de sus velludas fosas nasales. Su mente, dijo, galopaba como un caballo pero no se le ocurría ná. Nunca en toa su vida había tenido la cabeza tan vacía. Sabía, por supuesto, que los asesinos pieles rojas s'estaban preguntando si estaba solo o había dos o tres hombres escondíos mirándolos, «Os digo que tenía más miedo que vergüenza».

Pensó, dijo Bill, que ya podía despedirse de su pellejo. Tenía el rifle a dos metros; los revólveres estaban colgando de una rama no lejos de su rifle y su cuchillo estaba a sus pies. Estaba intentando acordarse de alguna oración cuando de repente se oyó una explosión que sonó como los disparos de veinte rifles. El piel roja q'estaba más cerca de Bill casi se le cayó encima, pero Bill no se quedó a ver si la alimaña la había palmao de seguro. En el momento en que oyó el disparo supo que Zeke le había apagao las luces a uno; al instante siguiente él le clavó el cuchillo en las tripas a otro y después los otros dos se largaron por piernas como alma que lleva el diablo. Les parecía que los'abía atacao toda una partida de guerra. Zeke había tenido tiempo de recargar y mató a un tercero. Entonces al cuarto le salieron alas y la última vez que lo vieron estaba a diez kilómetros sobrevolando las Teton.

Su otro encuentro con la muerte había sido con dos Crows. Bill suponía que aquellos dos se maliciaban que él era el Terror, porque cuando lo vieron estaba sobre un tronco en una presa de castores y parecía treinta centímetros más alto de lo que era. Suponía que los dos o al menos uno d'ellos eran de los veinte que el viejo jefe había escogido pa que le llevaran la cabellera y las orejas de Sam. Lo tenían pillao hasta las cachas, porque como el necio que era desde c'abía dejao las faldas de su madre, había apoyao su rifle en un árbol y había ido saltando de tronco en tronco en busca de un palo flotador que le señalara ande había dejao una trampa en el fondo de

l'agua. Fue Zeke otra vez quien le salvó la vida.

Sam miró a Zeke a través de una nube de humo. Aunque estaban más seguros por parejas, los tramperos solían cazar solos. Un trampero solo ni por un momento dejaba el rifle más que a unos pocos centímetros de su alcance. Pero no importaba lo cautos que fuesen, sufrían muertes violentas uno a uno, año tras año; no había *rendezvous* en Pierre's Piote, en Brown's Hole, en Laramie, en Union o en Bent que no mirasen a su alrededor para ver qué rostros faltaban. Bill estaba mirando a Sam. S'imaginaba que Sam sabía c'abía matao a cinco, quizá seis, o a los veinte c'abían mandao a buscarlo y que los otros estaban esperando a que saliera de las cuencas de Colter. Charley l'abía dicho que aquellos bravos s'abían reunido en un *powwow* secreto y habían lanzao dados pa ver cuál d'ellos tenía la primera oportunidad de hacerse con la cabellera del Terror. La suerte había caído en Pico de Águila.

—No me suena ese nombre —dijo Sam.

Güeno, si cogías unas cuantas serpientes de cascabel, un glotón, una loba, un halcón y un avispero, los metías en una olla y lo mezclabas bien mezclao y sacabas un indio, sería como el c'abía jurao cortarle a Sam las orejas y la cabellera y arrancarle el hígado antes de que madurasen las primeras ciruelas. Charley l'abía dicho que Pico de Águila había matao a dos Pies Negros antes de ser lo bastante mayor como pa saber pa qué servían las mujeres.

—Las primeras ciruelas maduran más o menos en julio —dijo Sam.

Hubo un largo silencio. Zeke chupó su vieja pipa maloliente y miró a Sam bajo dos cejas que parecían tan foscas como la paja. Bill también estudiaba el semblante de Minard.

¿Ande se dirigía? Preguntó al fin Bill.

Al Musselshell, dijo Sam.

En la cabeza de Bill había un mapa con la ruta que probablemente seguiría Sam: el sendero por el Arroyo Dog y luego cruzando Buffalo Fork; de allí al Du Noir y remontar el South Fork y bajar todo el camino hasta el Bighorn. Allí estaría al sur del Musselshell en el gran meandro. Aun así, reflexionó Bill, metiéndose en los pulmones una mezcla asesina de viejo tabaco fuerte y *kinnikinic*^[3], Sam bien podría no tomar el camino más conocido sabiendo que había asesinos tras él. Igual de probable era que fuese por las Badlands y atravesara el Valle del río Wind.

—Me pregunto si ella habrá sobrevivido al invierno —dijo Sam.

Bill dijo que él había cogido una cabeza nueva y l'abía puesto en una de las estacas, porque se le discurrió c'una señal nueva del hacha del hombre blanco era buena medicina. Ella s'abía asustao, pero le había dejao hacerlo. Cuando él llegó una mañana ella estaba recogiendo semillas de flores silvestres. L'abía hablao pero ella no l'abía hecho caso y no l'abía apuntao con el rifle ni ná. ¿Sam creía c'alguna vez la iba a entender?

—No creo que vaya a entender nunca a ninguna mujer.

Cómo la mujer, hecha de la costilla del hombre, podía ser tan distinta, era un

misterio; el viejo Bill Williams había dicho que el pecho de una mujer era como la roca más dura donde no quedaba rastro que él fuese capaz de seguir. El pecho de aquella loca parecía ser de mantequilla. Lo era el de cualquier mujer, dijo Sam, por sus hijos.

—Y pa nada más, me creo. Y las mujeres blancas se parecen mucho a los cuadros.

—Eso creo —dijo Sam, fumando en silencio.

—¿Has sabio algo de su marido?

—Había oído que estaba vivo, pero lo dudo.

Había sido Abner Back, dijo Bill. Abner había dicho que el marido s'abía escapao y estaba en pie de guerra; el Loco, así lo llamaban, un terror tan lampiño como Cabellera Perdida, que se escondía en algún lao cerca de las Grandes Cataratas.

Sam había sacado de un saquito de cuero un cuaderno de notas y un lápiz; decía que quería que Bill le escribiese una carta en su nombre a los Crows.

—Maldita sea, Sam, no sé escribir. Ya lo sabes. ¿Pero qué es lo que tiés pensao?

Sam dijo que quería que el resto de los bravos lo atacasen para así poder acabar con aquello. Les enviaría unos cuantos insultos jugosos. Sam esperaba con el cuaderno y el lápiz preparados.

Güeno, dijo Bill, se le podían ocurrir uno o dos de los c'abía aprendido. Bill le dijo las sílabas y Sam las escribió. La primera decía: *Ba warapee-x-ee buy-em*. Por lo que'l sabía, Bill dijo c'aquello significaba «Pronto te cortaré las pelotas».

Si aquello era lo que significaba, dijo Sam, casi bastaba; la mayoría de los hombres parecían terriblemente sensibles a un ataque en aquella parte de sus cuerpos. ¿Tenía otro igual de bueno?

Bill rebuscó en una mente que desde que había llegado al Oeste había palidecido bajo las nieves de muchos inviernos. ¿Por qué no decía Sam simplemente que tenía la intención de matarlos uno a uno, o en carnadas, y enviar sus cabelleras a los Pies Negros? Aquello estaba bien, dijo Sam; ¿cómo se escribía?

Después de que Bill hubiese pronunciado las palabras una y otra vez, Sam tenía esto en su cuaderno: *Dee wapppa weema sicky hay keekoh*. Dijo que le parecía que había demasiados *pa* y *ma* en la frase y le dio el papel a Bill para que se lo diese a Charley cuando lo viera y se la leyera a toda la nación Crow.

Bill dijo que todo aquello le recordaba a un mormón. Aquel bobo d'una caravana de pisaverdes había cogido su libro sagrado y a un hombre de intérprete y s'abía ido con los Cheyennes pa convertirlos en mormones. Parece que los mormones creían que los pieles rojas eran una de las tribus perdidas de los judíos, o algo así, y aquel predicador fue a darles la buena nueva. Necio de marca mayor y de cara infantil y rosada, se subió a un tocón delante de trescientos guerreros que llevaban el pelo brillante por la grasa de bisonte; y les dijo a aquellos diablos rojos que eran judíos extraviaos cuyos ancestros habían llegao d'algún modo a Sudamérica hacía millones de lunas. Les dijo q'irían tos al infierno y se freirían en sebo por toda la eternidad si

no se lavaban las pinturas de guerra y acudían todos los domingos para escuchar a Brigham Young predicar el Evangelio. Lo que le pasó después a aquel pobre desgraciado bastaba para hacer que las mujeres blancas quisieran dejar de tener hijos. Lo ataron, lo clavaron y lo asaron como a un ganso, y las hojas de su libro sagrado eran algunas de las llamas más brillantes de la hoguera.

Los indios no se parecían a los judíos, dijo Sam.

—Pos claro que no —dijo Bill.

—Pensaba que su creencia principal era tener un montón de esposas.

Güeno, Jim Bridger había hablado con Brigham; él había dicho que los mormones eran un pueblo especial, como habían sido los judíos. Sam dijo que todos los pueblos se creían que eran pueblos especiales.

Después de cazar con Bill y Zeke durante dos semanas, Sam dijo que pensaba que debía irse y ver si Pico de Águila quería pelea. Les dejaría sus mulas de carga y sus pieles y, si le arrancaban la cabellera, Zeke y Bill podían quedarse con todo. Cuando Sam se dio la vuelta para marcharse, Bill estaba muy emocionado. Al fin se las arregló para decir:

—M'imagino que tienes que acabar con esto.

—Por ellos —dijo Sam seriamente.

Se montó en el bayo y se giró un instante para despedirse. Zeke y Bill estaban uno junto al otro, mirándolo.

—Cuidad vuestras cabelleras —dijo Sam, y levantó la mano para despedirse.

—Y tú la tuya —dijo Bill. Sentía que quería llorar un poco.

Zeke estaba callado.

Sam se había abandonado de tal modo a un delicioso invierno de baños y comidas calientes, escaladas de montañas, música y sueños profundos que su cautela no era lo que había sido. Hizo un esfuerzo consciente para sacudirse la idea de que todo iba bien y para darse cuenta, tras entrar en los yermos del río Wind, de que estaba en territorio Crow y que era un hombre buscado en las tierras de cinco naciones y diez mil enemigos. En las aldeas Crow las *squaws* seguirían cortándose con piedras afiladas y aullándoles a los cielos por todos los bravos muertos que el Terror había asesinado. ¡Qué día sería para Sam Minard si alguna vez caía (herido, quizá) en las garras de las mujeres Crow! ¡Cómo le escupirían sus mocos a la cara y vaciarían sus vejigas y sus tripas encima de él! No habría nada que las enfurecidas y aulladoras lunáticas dejaran de hacer; le cortarían los testículos, pedacito a pedacito; le sacarían los ojos con agujas afiladas de espino; le traspasarían la punta de la lengua, tirarían de ella y se la cortarían en finas lonchas; le separarían las encías allí donde se juntan con los dientes con las puntas de los cuchillos; el espanto de sus crueldades y obscenidades, relatadas por aquellos que habían sido capturados y habían escapado, sólo podían conocerlo quienes las habían sufrido. Sam se estaba planteando esas cosas. ¿Aquellas eran hembras humanas y madres? Hacía que uno se acordase de su madre y se preguntara si de verdad la había conocido.

No tenía intención de que lo capturasen vivo. Así se lo había dicho a Bill y este se había llenado la pipa y había replicado que muchos hombres habían dicho lo mismo pero luego los habían capturao. Si tomaban a un hombre por sorpresa y se encontraba el cañón d'un rifle en la espalda, o si levantaba la mirada del plato o estaba despellejando un bicho y veía a una docena de guerreros con sus arcos y cuchillos preparaos, la esperanza destrozaría su mente y paralizaría su voluntad, y se rendiría y comenzaría a rezar por poder huir.

Sam cabalgó directamente hacia el corazón del territorio Crow mientras sus pensamientos saltaban de vez en cuando hacia el norte, donde los huesos de su mujer y su hijo estaban en un frío túmulo y una mujer estaba sentada junto a dos tumbas. Pronto empezaría a viajar sólo de noche; sus campamentos no tendrían fogatas y sus comidas serían frías hasta que llegase al Yellowstone. La única tarea en los siguientes días sería dejar su marca en el territorio Crow.

Era el séptimo día después de haber dejado a Bill y a Zeke. Iba cabalgando por el Cañón del río Wind cuando llegó a unos grandes manantiales termales justo al norte de las Montañas del Arroyo Owl. Quería darse un baño caliente, pero sabiendo que sería una necedad perder un momento allí, se dirigió al norte y al este hacia las estribaciones de las Bighorn. Aquel desolado territorio que ahora estaba cruzando se

convertiría, no muchos años después, en lugar de famosas batallas entre pieles rojas y blancos.

Cabalgó durante las últimas horas de la tarde, el anochecer y gran parte de la noche, sin dudar ni por un momento que estaban siguiéndolo. De vez en cuando se apartaba repentinamente del sendero y se ocultaba con la esperanza de sorprender a su enemigo. Pero a aquel Crow no se le podía engañar. Quizá fuese Pico de Águila o quizá fuese Búho Nocturno. A Sam aquello no le gustaba nada: había permitido que superasen su estrategia, pues ahora se encontraba en terreno de colinas erosionadas con inclinados barrancos, derrubios profundos, grotescos promontorios de piedra: había incontables lugares donde un enemigo podía esconderse y acecharlo; desde una cresta, un montón de rocas, una cueva, unos cuantos árboles deformados. Se acordó de las palabras de un viejo trampero: «Cuando te sigan en terreno abierto cabalga p'atrás, y así podrías ver lo que tienes detrás y tu caballo verá lo que hay delante». Oteando en el paisaje a la pálida luz de la luna, Sam se dijo que sería mejor que saliera de allí. Había cruzado aquella parte del yermo del río Wind sólo una vez y no le resultaba familiar; al norte podía ver grupos de montañas o de nubes, pero hacia el este o el oeste sólo veía los tremendos páramos erosionados por los vientos y el agua. El suelo era tan pedregoso y tan lleno de hoyos que pondría en peligro al caballo si trataba de superar en carrera a un enemigo; y no había sitios buenos donde pudiera esconderse y esperar.

Faltaban unas dos horas para la salida del sol. Acababa de subir por un barranco y había llegado a la cresta de una colina cuando sintió un golpe como un martillo pilón. En aquella fracción de segundo supo lo que cualquier hombre habría sabido: que le habían disparado y la bala lo había atravesado, o había destrozado el rifle o había alcanzado el mango de espino de su Bowie. En aquel instante tomó una decisión que fue prácticamente un acto reflejo; soltando las bridas, se dejó caer hacia delante, de cabeza, como si le hubiesen derribado del caballo; pero era una caída planificada. El caballo se quedaría quieto a pesar de cualquier provocación si tenía las riendas sueltas. Su vida, lo sabía, dependería de que cayese en tal posición que pudiese ver, aunque fuese con poco menos que el rabillo del ojo, la cabeza del bayo. Contra un enemigo que no había visto y que no podía estar a más de cien o doscientos metros, aquella parecía la mejor de sus opciones. Y así, en el momento de chocar contra el suelo y caer sobre él, Sam se dio media vuelta de modo que su ojo izquierdo mirase al bayo y observase las señales. Tendrían que ser señales mejores que las del chorlitejo o las del tordo sargento. Para cualquiera que estuviese cerca mirándolo parecía que hubiese caído de su caballo de cabeza y ahora estuviese muerto o inconsciente. Tenía ambas manos bajo las costillas inferiores, según había planeado, una a la derecha, la otra a la izquierda del esternón, con las palmas abiertas contra el suelo; tenía el trasero ligeramente levantado, como si le hubiesen acuchillado; la cabeza estaba enterrada entre los hombros y vuelta a un lado. Tenía una pierna estirada y la otra en ángulo recto apoyada en la primera. En aquellos instantes su

mente había estado trabajando a toda velocidad.

Ahora sabía que un Crow que era un maestro del sigilo lo había rodeado a la derecha ligeramente por delante de él; y allí, apoyando su arma sobre una piedra o un morón, había apuntado cuidadosamente al torso de Sam Minard y había disparado. Dado que Sam se había tirado casi al instante como si estuviese mortalmente herido, el indio no tendría duda de que lo había alcanzado; pero al acercarse sería tan cauto como el lobo. Podría esperar media hora antes de moverse. Pero Sam estaba bastante cómodo y lleno de irónico desprecio hacia sí mismo: ¡Qué hombre tan idiota había sido al colgarse las pistolas alrededor del estómago y pensar que estaba seguro! Dado que su autoestima había sufrido un golpe así, se dijo que bien podía echarse una siestecita mientras el diablo rojo estaba decidiendo si su enemigo estaba muerto o fingía. Los amargos destellos de alegría iban y venían, porque sabía que tenía muchas posibilidades de estar muerto en menos de una hora. Podía haber una docena de indios ahí. O si sólo había uno podía acercarse a veinte metros de Sam y volver a dispararle. Ahora no estaba tan seguro de que haberse tirado de cabeza hubiera sido el mejor plan; podría haber sido mejor tratar de huir, aunque en aquel caso el indio habría disparado al caballo. Si era un bravo que no tuviera demasiada experiencia en la batalla no dispararía una segunda vez; se acercaría tan silenciosamente como el lobo, paso a paso, con el arma cargada, el cuchillo desenfundado; o a su letal y sigiloso modo se podía acercar con sólo el *tomahawk* en una mano y el cuchillo en la otra. No sabía que Sam estaba observando la cabeza del bayo ni que los movimientos de los ojos, las orejas y de toda la cara del animal le dirían con tanta certeza como podrían haberlo hecho sus propios ojos el momento en que el indio dejase su escondite y comenzase a avanzar. Los ojos, las orejas, los ollares, la posición de la cabeza del bayo y todas las sensaciones visibles del cuerpo entero del animal le decían a Sam en cada momento lo que el piel roja estaba haciendo y lo cerca que estaba.

Sam hubiera jurado que había pasado una hora entera antes de que un movimiento repentino en la cabeza del bayo le dijera que el enemigo era visible. Ahora Sam se planteó la posibilidad de saltar con su rifle y convertir aquello en un duelo, pero no estaba seguro de que su rifle fuese a disparar. Aunque lo hiciera, su enemigo tendría la ventaja del primer disparo. Si el indio era frío como el hielo, y algunos de los guerreros pieles rojas lo eran, el segundo disparo marcaría el fin de Sam Minard. O si el segundo disparo derribaba a su caballo y el indio tenía compañeros, Sam podía darse por muerto.

Decidió que su mejor opción era hacerse el muerto.

Las orejas, los ojos, los ollares y la cara del bayo le decían a Sam que el piel roja estaba avanzando. Sam no oía ruidos de pies. No esperaba oírlos. Tenía el ojo derecho tapado y no podía ver nada, pero con la parte superior del izquierdo tenía una vista clara de la cabeza, el cuello y los hombros. Ahora tenía las orejas levantadas y hacia delante; en los ojos destacaba algo de furia y miedo; tenía espasmos en los

ollares y los músculos del cuello. Según la dirección de la mirada del animal Sam supo que el indio se acercaba por el frente desde la derecha. Sintió el deseo de examinar el mango del Bowie y la culata del rifle, porque estaba seguro de que la bala había alcanzado a alguno de ellos. No sentía herida alguna, no le parecía estar sangrando. ¡Qué necio afortunado había sido! Pero, como había dicho Jim Bridger, sólo se era verdaderamente afortunado una vez.

Sam no se atrevía a hacer el más ligero movimiento, pues la vista del indio era casi tan aguda como la del halcón. Sabiendo que el enemigo se acercaba lentamente y que el más mínimo movimiento podría suponer una bala en la espalda, Sam apenas respiraba. Cuando vio que por un momento los ojos del bayo se abrían más y luego volvían a su posición normal, supo que el indio se había detenido. En la imaginación pudo verle allí, agazapado, silencioso, mirando, escuchando. ¡En qué recibimiento de héroe estaría soñando cuando, mostrando la cabellera del Terror, recibiese la aclamación de su pueblo! Sam sabía que no debía temer al *tomahawk* debido a que el héroe quería una cabellera perfecta, y el hacha, como el viejo Gus Hinkle gustaba de contar a los pisaverdes, estropeaba la cabellera.

Durante unos cinco minutos (le dijeron los ojos del caballo) el indio se quedó en pie y escuchó. Sam supo que el piel roja estaba estudiando el cuerpo buscando signos de que respirase. Debía de haber decidido al fin que su enemigo no estaba fingiendo, pues el bayo levantó la cabeza de repente unos buenos diez centímetros, resopló por los ollares y abrió más los ojos. Aquello le dijo a Sam no sólo que el indio estaba avanzando de nuevo, sino que avanzaba más deprisa. Aquello era bueno. Quizá ahora estaba andando a buena marcha, deseoso de arrancarle la cabellera y llevarse el caballo. Sabía que el indio volvería a detenerse cuando sólo estuviese a diez o quince metros y volvería a estudiar el cuerpo buscando señales de que respiraba. Si no veía ninguna, volvería a avanzar con la esperanza de hacerse con las bridas. Si el indio no tenía duda de que Sam estaba muerto y el caballo se apartaba, lo seguiría. Sam tenía las manos en tal posición que podía respirar ligeramente sin moverse; era su abdomen y no su diafragma lo que se movía un poco hacia dentro y hacia fuera.

Mientras esperaba no fue capaz de recordar ninguna ocasión en su vida en la que hubiese estado más tenso y ansioso. Trató de relajarse un poco, pues cuando llegase el momento de moverse tendría que hacerlo con lo que los tramperos llamaban velocidad de relámpago, que era casi como la velocidad del puma cuando saltaba desde el risco a los hombros del alce o el uapití. Lo que le inquietaba más a Sam era el hecho de que su enemigo estaba detrás de él; le provocaba carne de gallina. El ojo izquierdo, forzado, girado hacia arriba, le escocía y, parpadeando deprisa, trataba de mantener apartadas las lágrimas y la vista despejada para ver la cabeza del bayo. Pensó que cuando el enemigo estuviese a cinco metros o sin duda, a no menos de siete, al caballo se le saldrían los ojos de las órbitas, quizá resoplase un poco y diese dos o tres pasos hacia atrás. Aquel sería el momento en que Sam se movería, pues en aquel instante los movimientos del caballo y su tendencia a luchar distraerían la

atención del indio.

Mirando hacia arriba, Sam vio que los ojos del bayo se abrían un poco más y se quedaban así. Eran una medida exacta de los movimientos del indio y de la distancia que lo separaba de Sam. Pero había otros registros en la hermosa y sensible cara del bayo: en las orejas, los ollares, en los nervios que recorrían el carrillo y el cuello. ¡Qué retrato componía! De pie sobre su amo caído y mirando con miedo, furia y pasmo a la silenciosa criatura que se movía sigilosa con pinturas de guerra y tocado.

El repentino resuello grave llegó un poco antes de lo que Sam había esperado. El caballo tiró hacia atrás subiendo la cabeza sus buenos quince centímetros y los ojos se le abrieron en una mezcla de ferocidad y terror. Al mismo tiempo dio dos rápidos pasos hacia atrás. Y en ese instante Sam se movió. Su cuerpo entero saltó hacia atrás alrededor de un metro, empujado por sus manos y brazos; y todos los músculos se le endurecieron y tensaron preparándose para el salto posterior. Al momento de saltar hacia atrás se puso en pie, llenando sus pulmones de aire; y lanzó un espantoso grito que en aquel ambiente seco pudo oírse a tres kilómetros. Fue un chillido de furia tan temible que el indio, a pocos metros del caballo con los brazos estirados, quedó paralizado; y antes de que su firme mano derecha pudiese levantar el cuchillo, Sam le había atrapado por la garganta con una poderosa presa y le había roto los huesos del cuello. Al tiempo que los huesos se rompían, Sam levantó el pie derecho y golpeó al piel roja en las piernas con una tremenda fuerza, lo que hizo que saliera dando tumbos. Un instante después Sam estaba sobre él para cortarle la oreja derecha y la cabellera, y al sacar su cuchillo fue cuando se dio cuenta de que el disparo le había arrancado el meñique de la mano derecha.

Tras una segunda mirada a su mano, Sam se giró sin arrancar la cabellera y se dirigió hacia su caballo. El animal se había retrasado unos veinte metros y allí estaba, resoplando por los ollares, su cuerpo entero temblando, los ojos desorbitados mirando a su amo. Sam se acercó hacia él lenta, cariñosamente, diciendo: «No pasa nada, viejo amigo, no pasa nada», y con la voz y las manos trató de calmarlo. Suavemente, con las palmas, le acarició la cabeza y el cuello; le tocó los duros carrillos; y, bajando por la testuz, con el índice le dio dulces golpecitos en el párpado. Situado a la izquierda de la cabeza, Sam colocó la mano derecha bajo los belfos y la pasó por el carrillo derecho, como había hecho Lotus aquella mañana en que se despidieron; y mientras le acariciaba el carrillo miraba al horizonte y no dejaba de hablar: «Me has salvado la vida, viejo amigo. ¿Lo sabes? Eres mejor que la ratona, que el correcaminos y la urraca...» Mirando al caballo, Sam vio que estaba cubierto de sudor. De modo que siguió hablando y acariciándolo hasta que el bayo dejó de temblar y tuvo una expresión normal en los ojos; y entonces fue cuando Sam miró la culata del rifle. El balazo había arrancado parte de la culata junto con su dedo. La bala se le había llevado el dedo, había golpeado en la culata, se había desviado y había abierto un surco en el estómago de Sam subiendo hacia las costillas. A cinco centímetros de la costilla había arrancado un pedazo de piel y de carne tan grande

como su pulgar. Levantándose la ropa de cuero, estudió las heridas. No eran nada. Le dejaría una larga cicatriz por todo el costado y supuso que la llamaría su cicatriz de Lotus. Se cubriría las heridas con tabaco y savia balsámica cuando encontrase píceas. Durante unos momentos se miró el muñón ensangrentado del dedo y se preguntó si debería tratar de tirar de la piel hacia él. Supuso que no.

Acercándose al indio, trató de distinguir los rasgos, pero estaban disimulados por la grasa y la pintura roja. Los bravos, estaba pensando, eran sólo niños en el fondo; simplemente tenían que pintarse con grasa rancia, bailar en un puñado de rituales y chillar como lunáticos para animarse. ¿Era aquel Pico de Águila? En cualquier caso era uno de los veinte. Sam miró en su bolsa de medicina; en ella debería haber pedazos de su tótem: dientes, garras, picos o algo. Había un pico. Sam lo estudió y pensó que podía ser el pico de un águila dorada. ¿Había matado al más letal de sus enemigos? Esperaba que así fuera.

Mientras observaba el mundo que lo rodeaba, le quitó los mocasines pensando que quizá Kate podría utilizarlos; le arrancó la cabellera, sacudió la sangre y la colgó junto con la oreja en una cuerda de la silla de montar; mascó tabaco y se frotó los jugos en las heridas y en el hueso; y entonces montó sobre el bayo. Más al norte, en territorio Crow, colgaría la bolsa de medicina sobre un sendero muy concurrido para que lo viesen todos los bravos que pasaran. Mirando al guerrero muerto, pensó que sería una lástima dejar a un hombre tan valiente para los buitres y los cuervos.

Se quedó sentado, con el rifle atravesado sobre el brazo izquierdo, y miró a su alrededor. Aquel era un terreno dejado de la mano de Dios, si es que se podía decir que el Todopoderoso había renegado de alguna parte de Su obra: en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista lo único que había eran barrancos, quebradas, derrubios, riscos erosionados, eriales de lodo alcalino y plantas raquílicas. No creía que se encontrasen alguna vez los huesos de Pico de Águila allí. Sintiendo curiosidad por saber cómo le habían tendido una emboscada tan buena, Sam cabalgó en la dirección de la que había venido la bala. Encontró el punto exacto donde su enemigo se había arrodillado y disparado, y calculó que la distancia sería de unos doscientos metros. Era un buen disparo a aquella distancia. Recordó que la mayoría de los indios prefieren los disparos al vientre. Un buen disparo al vientre podía llevar tiempo, pero siempre mataba, mientras que un disparo en el pecho podía no ser mortal a menos que alcanzase el corazón o destrozase el hígado.

Ahora Sam se daba cuenta de cómo se le había acercado su enemigo. Abajo había un barranco profundo que se extendía cuarenta metros hacia el este, giraba bruscamente hacia el sur durante kilómetro y medio y luego iba hacia el suroeste. Sam había cruzado el principio de aquel barranco a tres kilómetros de allí. Pico de Águila, siguiendo su rastro, había subido rápidamente por el barranco a esperarlo. Sam se sintió rematadamente estúpido. Sólo un necio cabalgaría por una larga cresta teniendo un barranco profundo corriendo en paralelo a su camino. También podría haber entrado desnudo en una aldea Crow, meterse en la olla y decirles a las *squaws*

que le echasen agua hirviendo por encima.

Bajando por el barranco, Sam encontró el caballo del indio en un matorral de enebro. Era un buen caballo. Los veinte guerreros seleccionados habían podido escoger a sus caballos de entre una gran manada. Cerca del caballo había una manta. Palpándola, Sam supo que dentro había munición y una bolsa de *pemmican*. No había silla. Después de atar la manta enrollada al poni, Sam montó en el bayo y, tirando del otro caballo, subió el barranco. El rifle del piel roja lo dejó en la piedra desde donde había disparado.

Tenía hambre, pero sus pensamientos estaban en el Musselshell y con el guerrero muerto. De camino al Yellowstone mató a cinco guerreros más, tres de los cuales, por sus caballos y su equipo, pertenecían a los veinte. Estaba un poco cansado de matar a aquella gente; se parecía demasiado a andar cazando gallinas tontas. Dos de los que mató eran simples chicos, con armas pobres, dedos nerviosos y una creencia infantil en la magia. Quizá debería ir a visitar a su suegro. A lo mejor encontraba allí otra Lotus.

Estaba pensando en todo eso mientras cabalgaba por territorio de lobos. Durante los crudos inviernos del norte los lobos vagaban por el mundo helado en busca de ciervos, uapitíes, alces, o incluso cabras que estuviesen debilitados por el hambre o se hubiesen quedado atrapados en la nieve. Cuando llegaba la primavera los lobos buscaban animales muertos que hubieran sido enterrados por los aludes. El *grizzly* y otros osos, hambrientos tras un largo sueño, también buscaban por las inclinadas laderas barridas por las avalanchas de la nieve fundida, descubriendo los tiernos brotes de plantas tempranas y animales que habían muerto durante el otoño y el invierno. A veces los lobos y los osos se encontraban en aquellos terrenos de caza.

En las estribaciones meridionales de las Bighorn cuatro grandes lobos grises, madre, padre y dos crías, habían encontrado varios ciervos asfixiados por un alud. Habían comido y estaban ocultando los restos en la base de un saliente cuando, con un movimiento tan veloz como cualquier otro en el mundo animal, la loba se giró al tiempo que levantaba la cabeza, retirando los belfos para mostrar los colmillos. Un ronco gruñido de advertencia brotó de su garganta. El lobo padre, alertado, miró a su compañera. Los dos jóvenes también lanzaron un aviso. Luego los cuatro, con los lomos arqueados, las orejas hacia delante y chasqueando los dientes, miraron a la izquierda, donde un enorme oso *grizzly* macho se había levantado sobre sus cuartos traseros para poder ver mejor a su alrededor. Había olido la carne muerta. Allí estaba en pie, un monstruo de ojos pequeños con las dos peludas zarpas delanteras colgando indolentemente. De no haber sido por el movimiento de su sensible nariz, hubiera parecido estar en actitud de oración. Dado que los lobos se encontraban a cien metros de él, es posible que el oso no los viese, pues, como la del bisonte, su vista era pobre; pero olía la carne y creía saber dónde estaba. Cayendo silenciosamente sobre las cuatro patas se volvió hacia delante con un paso tranquilo que hacía moverse la grasa y el pelaje. Los lobos le observaban acercarse y le advirtieron con gruñidos y chasqueando los dientes mientras arqueaban aún más los lomos. Aunque el *grizzly* los hubiese visto no se habría detenido. Aquel macho pesaba quinientos kilos y no le tenía miedo a nada de lo que había visto en el mundo, aunque sí, sensatamente, intentaba mantenerse fuera de la vista cuando olía hombres y pólvora. Su único plan era encontrar la carne y comer y luego estirarse para echarse una siesta al calor del sol.

Cuando estaba a veinte metros de los lobos les oyó y su débil vista los captó. Entonces hizo lo que un oso *grizzly* suele hacer cuando se enfrenta a algo de cuya naturaleza y propósitos no está seguro. Se alzó sobre los cuartos traseros con las zarpas delanteras de nuevo en esa curiosa actitud de oración. Vio a los cuatro lobos

que ahora estaban en línea delante de él, con los lomos arqueados, las bocas abiertas y chasqueando los dientes. Olía en ellos la furia animal, pero también olía la carne y estaba demasiado hambriento como para ser prudente. Cuando el oso volvió a posarse y quedó sobre sus cuatro enormes patas, pareció considerar su posición durante unos instantes y luego avanzó; y los cuatro lobos salieron disparados hacia él como relámpagos grises. Si un hombre hubiese estado mirando (y desde el saliente un hombre estaba mirando) no habría podido seguir la increíble velocidad, agilidad y elegancia de aquellos cuatro perros salvajes. En el momento en que el padre pasó como una exhalación por la derecha del oso, lanzó un salvaje mordisco al sensible hocico del animal; y desde el otro lado la madre loba le lanzó otro mordisco; y aunque el *grizzly* alzó la pata al instante haciendo un barrido, los lobos no sólo estaban ya fuera de su alcance, sino que habían pasado corriendo por detrás de él y, girando, se habían lanzado contra su espalda. La madre y el padre tenían colmillos de cinco centímetros y mandíbulas tan poderosas que podían partir los huesos de la pata de un uapití. Ambos hincaron el hocico en el espeso pelaje y clavaron los dientes en los flancos anteriores; y cuando el oso, asombrado e hirviendo de ira, lanzó unos gruñidos y se levantó torpemente sobre sus cuartos traseros, los dos lobos se quedaron colgando de él con los colmillos hundidos en su cuerpo. Los jóvenes, obedeciendo al conocimiento que se encontraba en lo más profundo de sus instintos, avanzaron en el momento en el que el oso se había levantado y trataron de morder y rasgar, a través del pelaje y la piel, los tendones de las patas traseras. El *grizzly* estaba cubierto por leonadas furias grises decididas a matarlo.

La mayoría de los osos son, por naturaleza, plácidos, afables y amistosos. Si aquel *grizzly* tenía alguna capacidad de pensamiento en su pequeño y oscuro cerebro, debía de estar preguntándose por qué lo estaban atacando tan sólo porque quisiera comer. Todos los primeros sonidos que emitió habían sido de asombro y pismo; luego llegaron las exclamaciones de dolor y furia; y luego, cuando los padres lobo se soltaron de su espalda y se le tiraron hacia los muslos con la intención de partírle los tendones en dos, el *grizzly* explotó con un rugido de furia que sacudió la montaña y, cayendo de nuevo a cuatro patas, dio rápidamente vueltas y más vueltas, con las garras anteriores barriendo en grandes arcos pero sin llegar a tocar nunca a sus enemigos. Fue entonces cuando los lobos mostraron su portentosa agilidad y osadía. Ninguno de los cuatro, ni siquiera los cachorros, ignoraba que si los alcanzaba la poderosa garra del oso acabarían abiertos en canal. Aun así, se arriesgaban con superlativo coraje. Los cuatro eran maravillas de velocidad y luz; tras lanzarse y atacar, se retiraban velozmente, avanzaban en un instante relampagueante y volvían a atacar. Ni en una sola ocasión se estorbaron unos a otros. Una y otra vez las letales zarpas del oso se quedaban a dos centímetros o menos de rasgar carne de lobo, pero en ningún momento durante la pelea fueron alcanzados por colmillos o garras. El oso se sentía tan aguijoneado, tan enloquecido por la furia y la frustración que lanzó un rugido ensordecedor que fue creciendo hasta que las montañas de alrededor

devolvieron el eco. La salvaje pelea continuó durante veinte minutos y ni por un solo instante detuvieron los lobos su centelleante ataque. El pelaje del *grizzly* era demasiado tupido y su piel demasiado gruesa y dura como para que los lobos pudiesen derribarlo. Además, no hacía más que girarse o ponerse en pie y posarse, sacudirse como un monstruo con un gran abrigo de pieles o de atacar con ambas zarpas delanteras. De vez en cuando los padres lobo se alternaban en su ataque a los flancos o al vientre; y el padre, en un acto de valor supremo, se enfrentó al monstruo y le golpeó y le arañó el sensible hocico. Aquello provocó en el oso un rugido que debió de oírse en kilómetros.

El hombre del saliente estaba deseando que sonase una pieza de gran música en medio de aquella pelea; la tempestad de la Sonata en fa menor o, ¡sí!, el Coro de la Novena.

Tan repentinamente como había empezado, se acabó. El oso había tenido suficiente. Se giró por donde había llegado y se marchó al trote, lloriqueando como un niño al que acaban de darle una zorra. Tras cincuenta metros miró hacia atrás por encima del hombro. Entonces hizo algo que hubiese conmovido cualquier corazón menos el corazón de un lobo: se detuvo, se alzó hasta alcanzar su máxima altura y miró, con sus pequeños ojos negros brillando de asombro mientras le caían gotas rojas del hocico, a sus enemigos que, agotados, seguían gruñendo. Tras unos momentos en que vio poco y no entendió nada, se posó silenciosamente y con su paso cansino subió por la montaña hasta perderse de vista.

En el saliente que había sobre los cuatro lobos, un hombre alto levantó un puño hacia el cielo. ¡Dios Todopoderoso, qué pelea había sido aquella! Cantó unas cuantas notas triunfales con la mayor potencia posible de su voz de barítono y luego interpeló a los cuatro lobos que lo miraban jadeando con las bocas abiertas. «¡Hola, amigos! ¡Está claro que la guerra no es cosa para pisaverdes! ¡Yo os saludo, lobos salvajes de las montañas! Servidor reconoce una buena pelea cuando la ve, y esta ha sido prácticamente la mejor que he visto». A los sofocados lobos que todavía seguían mirándole, les dijo: «¡Eh!», y agitó la mano en su dirección: «¡Adiós, valientes guerreros! ¡Conservad los colmillos afilados y buena suerte!»

Sam sentía una vívida admiración por el gran lobo gris. Lo consideraba el más inteligente de todos los animales salvajes; inteligente para rastrear, para evitar enemigos, incluyendo trampas, y por lealtad para con los suyos. Sabía que se contaban historias de lobos que se habían devorado entre sí cuando estaban medio muertos de hambre, pero ningún trampero tenía prueba alguna de aquello. El animal humano sí era capaz de comerse a los suyos, pero el lobo no. Al contrario, una familia de lobos lucharía hasta la muerte para protegerse unos a otros y eso era más de lo que harían la mayoría de las familias humanas. Ningún otro animal, y sólo algunas aves, lo haría. Le gustaba el modo limpio y letal en que luchaban. Alrededor de las fogatas los tramperos se hacían la pregunta, ¿cuál de los animales de las montañas rocosas era el rey? De vez en cuando alguno argumentaba que era el

grizzly, y lo era, comparando ambas bestias; pero Sam ya había visto dos veces cómo unos lobos hacían huir a un *grizzly*.

Conocía todas las llamadas de los lobos. Algunos hombres decían que había cinco, otros que seis. Sam sólo identificaba cinco. Estaba el agudo y áspero gemido que hacían los padres cuando advertían u ordenaban algo a sus crías; la llamada de caza, un aullido alto y profundo seguido de rápidos ladridos; el estridente y ansioso gañido cuando perseguían a una presa; el anuncio de que la presa había caído, un profundo gruñido que explotaba en la victoriosa garganta y el grito de apareamiento en pleno invierno, que era el estremecedor aullido que se oía en las heladas noches blancas.

Por lo que Sam había entendido, el Todopoderoso había hecho el mundo sólo para los valientes y los fuertes, tanto machos como hembras; y aunque Bill Williams decía que el pecho de una mujer era una dura roca en la que no podía encontrar rastro alguno y aunque algunos de los tramperos estaban de acuerdo con él, Sam pensaba que la hembra, tanto la humana como la animal, tenía sus virtudes especiales. Sobre todo le gustaba el modo en que algunas de ellas eran capaces de luchar hasta la muerte por sus hijos; ¿y qué hembra, se preguntaba, había luchado de modo más magnífico que la madre del Musselshell? No todas las madres luchaban, o ni siquiera la mayoría de ellas. La hembra del bisonte, la torpe y fuerte bestia, se desgañitaría y abriría los ojos como platos, o quizá lanzaría cortos ataques contra los lobos decididos a matar a su cría. Se quedaría atrás con su ternero y luego tendría que decidirse entre abandonarlo o marcharse con la manada. Siempre se iba con la manada. También lo hacía el uapití hembra y, según le habían contado a Sam, la hembra del reno. Eran sólo las hembras de algunos de los devoradores de carne las que de verdad estaban dispuestas a luchar por sus jóvenes.

La loba lucharía hasta la muerte. O las hembras del glotón, el lince rojo, el tejón, la comadreja, el oso, el puma y muchas más.

Todas ellas eran luchadoras natas. Pero para Sam el valor más extraordinario lo mostraban algunas de las hembras de aves, que en realidad no tenían ningún arma con la que luchar. Había visto a una hembra de urogallo volar en la cara de un lobo y tratar de derribarlo con las alas; y al momento había visto a aquella madre hecha pedazos mientras sus emplumados pequeños se dispersaban por la maleza. Había visto a una avoceta extender las alas, abrir su pico absurdamente largo y lanzarse con sus flacuchas patitas contra el enemigo, sólo para morir tan repentinamente como la hembra del urogallo. Había visto a una alondra cornuda con una pata y un ala rotas alejar de su nido a un enemigo, medio andando, rodando y aleteando con la pata y el ala buena. Lo que aquella pobre, lisiada criatura, poco más que un puñado de plumas y aire, creía poder hacer contra un coyote, Sam no podía imaginárselo; ni por qué el Creador había dotado de tal coraje a criaturas que no tenían nada con lo que defenderse. Dios le había dado al águila pescadora el conocimiento de cómo llevar un pez en vuelo de modo que presentase la menor resistencia posible al aire; a la hembra

del alcaudón, el conocimiento de cómo extender las alas para proteger a los polluelos de su nido cuando hacía calor; y al gavilán colirrojo la capacidad de ejecutar, en pleno vuelo, una hábil maniobra cuando descendía para atacar, presentando las garras, la cola roja repentinamente replegada sobre la espalda. Pero no le había dado al turpial, uno de sus músicos superlativos, la sensatez para no construir su nido en el suelo, donde cualquier coyote, lince rojo, comadreja o glotón podía encontrarlo con facilidad.

Leer la naturaleza era para Sam como leer la Biblia; en ambas la voluntad del Creador era patente. O al menos eso le había parecido a él desde que había llegado al Oeste; sus experiencias habían recorrido todo el abanico desde las emociones más tiernas a las más salvajes. Un día había visto, desde un saliente, a tres crías de gavilán colirrojo en un nido con una ardilla muerta: una de las crías, no mayor que sus hermanos, pero sí más agresiva, estaba tan decidida a comerse la ardilla entera que cuando los otros dos lucharon por conseguir un bocado, aquella los atacó con las garras y el pico y entonces, agarrando a uno por la cola, le dio la vuelta y lo empujó hacia el borde del nido hasta que se cayó. Una mañana, tumbado al amanecer en una especie de tienda que había montado, observó el maravilloso vuelo de dos golondrinas que pasaban una y otra vez por encima de él mientras miraban el interior para ver si era lugar adecuado para un nido; y otra vez había observado la fascinante danza de apareamiento del urogallo de las artemisas macho. Las aves habían regresado a sus zonas de cortejo, a las que volvían año tras año; y mientras las sencillas hembras buscaban insectos y parecían no interesarse en absoluto por los galanteos, los hermosos machos se pavoneaban dando pasos de baile. El macho daba seis u ocho pasos rápidos y se giraba, con las alas caídas, la cola en punta y abierta completamente, subiendo y bajando la orgullosa cabeza y el pecho inflado de arrogancia. Parecía estar presumiendo de la nivea blancura de las plumas que tenía alrededor del cuello. Mientras bailaba, repitiendo los pasos y el medio giro, las plumas se separaban y pequeñas zonas de su cuerpo, con aspecto de cuero gris, quedaban expuestas; y sus sacos aéreos, que ante el mundo entero eran como dos huevos anidados entre plumón blanco, se inflaban y desinflaban. Cuando se hinchaban los sacos aéreos lanzaba una especie de sonido gorgoteante o burbujeante y levantaba las alas, sosteniéndolas en alto un instante y dejándolas caer luego. Esa parte de su actuación la repetía habitualmente tres veces y luego volvía a comenzar el baile. Los sonidos guturales los lanzaba en series de tres y al final del tercero el macho emitía un sonido agudo semejante al de una flauta que llegaba hasta la hembra más alejada de la zona. Cuando veían bailar y pavonearse a treinta o cuarenta machos, los tramperos lo consideraban el espectáculo más descacharrante que habían visto nunca. Pero ya fuese el colimbo caminando por el agua con ambas patas y las puntas de las alas a toda velocidad mientras lanzaba su estrambótico grito, o el colibrí suspendido en el aire con esas alas que se movían demasiado deprisa para el ojo humano al tiempo que introducía su largo pico en el gáznate de su cría para llenarle el

estómago de comida, o ya fuesen el turpial, el pinzón púrpura, el azulejo o el zorzal lanzando al aire dorado sus notas líquidas o el mirlo acuático sumergiéndose cinco metros en el agua para caminar por el fondo de un lago, o las plumas de la cola del zarapito haciendo una música fantástica al caer la tarde, o la cruda sinfonía de la caja de música de cien ranas y sapos, para Sam todo formaba parte de un plan divino y lo amaba. Lo que le hacía más infeliz eran las horas que tenía que dedicarle al sueño en una vida que, en el mejor de los casos, era breve. Creía que posiblemente el Creador les había dado el sueño a sus criaturas para que se despertasen con la mirada de la mañana y descubriesen el mundo de nuevo.

En esas cosas pensaba Sam mientras bajaba por el Musselshell y se acercaba a la cabaña de Kate. Estaba de un humor más sentimental del que era costumbre en él; cabizbajo y meditabundo, habría dicho Bill, de haber podido mirar en el alma de Sam; pues Sam estaba pensando en los huesos del túmulo y llevaba gran cantidad de flores entre los brazos. La primera vez que vio a la mujer estaba a medio camino subiendo por la colina con un cubo de agua; se quedó parado observándola entre sus plantas y sus flores, y sus pensamientos se dirigieron hacia todas las madres salvajes que conocía.

—Hola, Kate —dijo tras alcanzar el patio. Había confiado en que decir su nombre le habría hecho mirarle, pero ella no le prestó ninguna atención. Parecía más delgada, más vieja. Ahora tenía mucho blanco en el pelo y grandes surcos por todo el rostro. Pensó que no debía de tener aún los cuarenta, pero parecía tener ochenta. En lugar de mocasines (él y otros hombres le habían llevado una docena) seguía llevando sus viejos zapatos destrozados atados a los pies con cuerdas de cuero. Su ropa eran trapos de algodón cubiertos de parches. Pero la salvia tenía buen aspecto y las flores parecían sanas y fuertes.

Se preguntó si ella querría montar en su mulo de carga y bajar con él por el río para llegar hasta un barco de vapor, pero sabía que no lo haría. Cuando el cubo estuvo vacío, volvió a bajar por la colina y en el momento en que quedó fuera de la vista, Sam miró dentro de la cabaña. Nada había cambiado. La cama seguía junto a la puerta y cerca de la pared norte había unas pocas cosas incluyendo un puñado de pieles. No vio el rifle, el hacha ni el cuchillo. Ella parecía no saber que en el mundo había enemigos, quizá porque se había hundido tan profundamente en la soledad y la tristeza o había entrado tan completamente en el cielo. Llegaría el momento, supuso, en que se le olvidaría comer o protegerse del frío.

Junto al río se comió un almuerzo frío y lo pasó con agua. De camino había visto algunos bisontes y pensó que debería cazar uno y curar un pedazo de carne. Supuso que debería recoger unas cuantas bayas y secarlas para ella, pues ya era finales de agosto y los guillomos estaban maduros. Antes de llegar allí había recogido sus pieles de donde Bill y había ido a la posta de Bridger para comprar algunas cosas, principalmente a crédito. Hicieron falta muchas pieles, con el azúcar a un dólar la libra, el café a un dólar y cuarto, la tela azul a cuatro dólares el metro y el ron a doce

dólares los cinco litros. Había encontrado junto al sendero un barril de veinte litros de ron, escondido por los mormones u otros inmigrantes; esperaba que lo hubiesen dejado los mormones, porque se suponía que no debían beber ron, café ni té. El jabón para lavar estaba a dólar y medio la libra y le había llevado una a Kate. Para su suegro tenía una tetera de latón y para su cuñada llevaba tela azul y roja y cuentas surtidas.

Al día siguiente recogió bayas y las extendió sobre una manta al sol para que se secaran. Mató a un joven bisonte y lo llevó hasta la orilla del río. Luego subió por la colina hasta el túmulo; había quitado una piedra y ahora, tras meter la mano dentro, cogió el cráneo de su esposa y miró a Kate. Ella estaba regando sus flores. «Mi madre planta flores», dijo, con el deseo de hacerla hablar. «Las de usted son igual de bonitas». Se refería a las castillejas, las penstemon y las aster. Tocando el cráneo y tras meter unas flores dentro, retiró el brazo y se dirigió hacia Kate. ¿Querría bajar al río y cenar con él? ¿Quería aprender a curar carne? ¿Le había escrito alguna carta a su gente para que él pudiese enviarla?

Ella tomó su cubo, se giró hacia el camino y Sam la siguió. La observó llenar el cubo en el río y volverse, y la siguió hasta medio camino por la colina. Luego él se volvió para continuar con la tarea de curar la carne. Del lomo apartó filetes para la cena y el desayuno y cortó la carne de los flancos y la paleta. Los trozos los colocó en montones y los cortó; la carne curada no debía tener más de cinco o siete centímetros de ancho y de diez a quince centímetros de largo. Cubrió los plantones verdes que había sobre el fuego con rodajas de carne y montó una segunda y una tercera parrilla. En una fogata más pequeña colocó una parte de sus filetes y los roció con grasa caliente. Pobre criatura, no era mucho más que piel y huesos. ¿Podría conseguir que se comiera un filete y un panecillo caliente? Hubiese dado un año de su vida con tal de llevarle una sonrisa a la cara; hubiese temblado de alegría por conseguir hacerle hablar. Se le hacía la boca agua, le picaban los ojos por el humo de las cuatro hogueras, la ropa de cuero hacía que le picase el cuerpo. ¡Pero tenía por delante un banquete y, oh, qué paradisiaco sería si Lotus estuviese allí!

La tarde se desvaneció, el sol se ocultó y llegó el anochecer, y de la colina le llegó un temible sonido. Al principio Sam pensó que había oído ladrar a un lobo; luego que se trataba del grito de la cría de un bisonte o un uapití bajo los dientes de un lobo. ¡Pero no, Dios no, era la mujer! No podía verla, pero oía su sobrenatural y sobrecogedor lamento, y tuvo una imagen de ella junto a las tumbas, inclinada, los mechones de pelo blanco cayendo sobre su rostro. Tras apagar las hogueras para que la carne no se quemase, Sam cogió su rifle y subió la colina corriendo. Sí, allí estaba, como él se la había imaginado, inclinándose e incorporándose, hundiéndose en lo que parecía ser un profundo estremecimiento e irguiéndose mientras emitía lloros ahogados. Nunca en toda su vida había oído sonidos de tan completa tristeza y pérdida. Hizo que se sintiese débil, furioso e impotente. Tras bajar corriendo de nuevo por la colina para ocuparse de la carne, se quedó entre las hogueras, miraba

una y otra vez las parrillas que se apagaban y escuchó. No podía ignorar la idea de que era su presencia lo que había desencadenado aquel amargo lamento salido del dolor y el miedo. Dios mío, ¿creía ella que era un indio? Pensó en aquella tranquila y deliciosa noche en que había tocado para ella y habían cantado juntos, pero ahora su voz era salvaje, penetrante y tan llena de horrores como los que sólo una madre con el corazón destrozado podía sentir. Miró hacia el oeste, donde acechaban los Pies Negros y hacia el sur, donde los Crows lo estaban esperando.

Tras quitar los trozos de carne y cubrir las parrillas con carne cruda, colocó un filete sobre una astilla grande de chopo y subió la colina. La mujer seguía inclinándose e incorporándose. Arrodillándose ante ella, Sam dijo que le había llevado un buen filete caliente, sabiendo que no serviría de nada hablarle; colocó el filete de tal modo que el aroma llegase hasta su nariz. ¿Podía mirarlo, por favor? ¿Se comería al menos un bocado? Sintió el impulso de darle una buena sacudida, pero se le pasó en un instante. Se levantó, mirando a su alrededor y tratando de pensar en algo que hacer. Allí sólo parecía hallarse la presencia de la muerte; el silencioso túmulo estaba lleno de ella, la cabaña y la mujer. Se inclinó y le dijo al oído, suavemente: «Yo también sufro, señora Bowden. Los indios también mataron a mi esposa y a mi hijo; y aquí están, sus huesos, en este montón de rocas. Pero no importa cuánto nos duela, tenemos que seguir viviendo». Se incorporó y miró al cielo, preguntándose qué pensaría el Padre de una mujer como Kate. Sam se puso entonces delante de ella, le colocó el filete en el regazo y le recolocó los brazos. Fue como mover los brazos de un muerto que aún no se había vuelto rígido.

Volvió a las hogueras y trató de comer, pero no tenía apetito. Sobre la colina podía oír a la mujer llorando. El olor del filete caliente estaba subiendo hacia su nariz y estaba llorando, porque no sabía qué era un filete caliente y le tenía miedo a lo que desconocía. Un hombre tenía que oír un lamento como aquel, igual que tenía que escuchar cuando su madre hablaba, o cuando lo hacía el Todopoderoso. Era una de esas cosas profundas y eternas. Sam llenó su pipa y se sentó, con el rifle en el regazo, escuchando y pensando. Le había provocado un miedo terrible a ella; ella sabía que él estaba allí, pero a la vez lo ignoraba, y su lamento era una oración a Dios para que se fuera. ¡Pobrecilla solitaria!, pensó, fumando y cavilando.

Después de haber curado toda la carne, haberla metido en sacos de cuero y apagar los fuegos y atender a sus caballos, se volvió a sentar a fumar. Luego cogió su rifle y su armónica y subió a la colina, se colocó tras el morón donde se había tumbado y tocó. Comenzó, suavemente, con el Ave María; y siguió, tocó una y otra canción, pasando de una música tierna a otra, tratando de hacer que la música sonase como si estuviese en el cielo o llegase de allí; y se emocionó de alegría cuando la oyó cantar. ¡Qué hermoso era! Por él mismo y por los huesos del túmulo tocó algunas canciones que había tocado para Lotus, y cantó para ella; y tocó viejos himnos religiosos, y Corelli y Schubert, suavemente, de modo que la música llegase hasta ella y se desvaneciera, y volviera a ella de nuevo como si el Creador estuviese cerrando las

ventanas y enviando a algunos de los músicos a dormir. Después de dos horas se imaginó que si la música se disipaba gradualmente, a ella le parecería bien.

A media noche Kate se calló. De día Sam estaba despierto y el primer ruido que oyó fueron sus pisadas en el sendero. La observó ir al río y volver. El pesado cubo le hacía encorvarse y parecía muy frágil, delgada y vieja. Llevar agua a las flores que crecían sobre las tumbas era, supuso, lo que la gente llamaba un ritual. Parecía ser algo simbólico. Parecía algo más profundo que la mente consciente. Cuando volvió, Sam se levantó y con su rifle y cincuenta kilos de carne curada sobre el hombro, subió la colina mientras ella estaba en el río; y lo primero que buscó fue el filete. Allí estaba, con el aspecto de haberse caído del regazo de la mujer cuando se había incorporado. Se giró y la vio subir por la colina, encorvada, con los hombros aparentemente desencajados. La cara era pálida y demacrada, como por el hambre, la fatiga y la falta de sueño.

Había puesto la carne dentro de la cabaña junto a la cama, donde era imposible que no la viera. Se quedó en aquella zona hasta octubre, cuando cayeron las primeras nieves. Puso estacas nuevas bajo los blancos cráneos que conservaban algunas guedejas de pelo, recogió más frutos silvestres y cazó ciervos en las colinas. Con carne de ciervo y bayas hizo *pemmican* para ella. Con su vieja pala puso diez centímetros de tierra en el tejado de la cabaña y colocó tierra alrededor de todo el chamizo, hasta la parte superior del primer tronco. Llevó lodo del río y lo usó como argamasa para rellenar las grietas. Cuando no se le ocurrieron más cosas que hacer cargó su caballo y ensilló al bayo, pero incluso entonces se quedó allí de pie, indeciso, mirando hacia la colina. Allí estaba, una vieja madre encorvada, con zapatos rotos y ropa hecha jirones llevando agua a unas flores marchitas por las heladas que ahora no la necesitaban. Inseguro de si volvería a ver a alguien que se había convertido en una parte valiosa de su vida, subió la colina, tirando de sus animales, para echar un vistazo de despedida a todas aquellas cosas familiares. Tomando el rostro de la mujer con sus dos enormes manos, la besó en la frente y en el pelo canoso.

—Adiós —dijo—, la veré pronto.

La volvería a ver mucho antes de lo que creía.

En el gran meandro del Musselshell tomó de un escondite un barril de ron, la tetera y algunas otras cosas y se quedó sentado sobre el bayo mirando al oeste y al sur, preguntándose si debería tomar el camino más seguro por el Paso de las Teton o el más peligroso por Three Forks. La tormenta lo decidió. Aquella mañana estaba nevando y todo decía que sería un invierno temprano, largo y duro. Si seguía por el paso tardaría el doble y podría llegar a encontrarse atrapado por la nieve en las Teton o en la cara sur de las Bitterroot. La ruta más fácil era con mucho la de Three Forks, donde John Colter había hecho su increíble carrera hacia la libertad, donde la muchacha india que fue al oeste con Lewis y Clark había sido capturada de niña y donde había más castores en todo el territorio del Oeste. Era también donde más de un trampero había caído bajo las flechas o las balas de los Pies Negros.

Era una decisión temeraria, pero los tramperos eran hombres temerarios.

Durante doscientos cincuenta kilómetros, con la nieve cayendo sobre él casi todo el camino, subió por el río y siguió un arroyo a través de un paso de montaña. Estaba dejando un rastro que podría seguir un indio ciego. Justo delante tenía el Missouri; llegando hasta él subió hacia Three Forks, la unión de los ríos Gallatin, Madison y Jefferson. Aquella zona la conocía bastante bien. Lewis y Clark habían subido por el Jefferson, que bajaba desde el oeste, pero Sam pensaba dirigirse hacia el suroeste y atravesar hacia un grupo de manantiales termales que se encontraban en un bosque frondoso. Ya casi había treinta centímetros de nieve y seguía cayendo, pero no había visto huellas de pieles rojas, sólo de animales salvajes, y no tenía sensación alguna de peligro. De todos modos se apresuró a salir de la zona de Three Forks, deseoso de hacer perder su rastro en las montañas arboladas. Lo habría conseguido de no ser porque la compasión superó a la prudencia. Había subido por el Beaverhead, pasando una montaña a su izquierda y las fuentes termales que serían conocidas como las Potosí y se había dirigido al oeste hacia un grupo de fuentes termales que se encontraban en el interior de un magnífico bosque, cuando de repente vio una tragedia de la montaña que lo detuvo.

Dos grandes machos uapitíes que habían estado luchando tenían los cuernos entrelazados y una manada de lobos los rodeaba mientras unos buitres cabecirrojos posados en las copas de los árboles miraban hacia abajo. Sam vio enseguida que se había tratado de una pelea terrible; la tierra estaba levantada y los matorrales pisoteados en una zona de dos metros cuadrados. Los dos machos parecían empatados, cada uno de ellos con una hermosa cornamenta y los hombros y el cuello fantásticamente musculados. Sam a veces se había preguntado por qué el Creador había puesto aquella tremenda mole de hueso en las cabezas de uapitíes y alces; los

cuernos eran un peso que apenas soportaban sus cuellos, sobre todo a la hora de correr a través de densos bosques o en una pelea con otro macho. No era infrecuente encontrarse machos muertos con los cuernos enredados en frondosos matorrales o enganchados como ahora. Aquellos dos tenían los cuartos traseros totalmente levantados, patas incluidas, pero estaban arrodillados y eran incapaces de mover las cabezas. En cualquier momento los lobos los atacarían para morderles los tendones, derribarlos y alimentarse de sus vientres mientras aún respiraban. Si Sam hubiese visto a un macho muerto y al otro bramando sobre él, le hubiese parecido bien, pero ver a dos magníficos guerreros incapaces de continuar su pelea teniendo tremendas ganas de hacerlo era un fallo tan irónico en el plan divino que se sentía escandalizado. Si era capaz los liberaría para que pudiesen continuar con su pelea.

Sam miró a su alrededor y escuchó. Pensando que estaba muy lejos del peligro, ató los caballos a un árbol, colgó el rifle del cuerno de la silla y caminó unos treinta metros hasta los animales. Se acercó a ellos para estudiar el enredo de los cuernos. Lo asombroso había sido que los uapitíes hubiesen sido capaces de enredarse así; Sam había oído a tramperos decir que se habían pasado horas tratando de enmarañar tan inextricablemente los cuernos de dos cráneos. Aquellas dos cornamentas estaban tan inexorable y firmemente presas entre ellas que a Sam le pareció que iba a tener que cortar dos o tres huesos para liberarlos. No tenía sierra pero tenía un hacha. Mientras consideraba el problema, caminó alrededor de las dos bestias, estudiándolas con el ojo experto de alguien que conocía los puntos fuertes de un luchador. Ciertamente, estaban muy igualados; calculó que no habría más de quince kilos de diferencia en el peso; la cornamenta tenía el mismo número de puntas y las habían afilado en bancos de arcilla hasta alcanzar la misma agudeza. Sin duda había sido una gran batalla; tenían los ojos inyectados en sangre, los pelos de la barbilla estaban punteados de manchas rojas que la furia había hecho brotar de sus ollares y ambos habían arañado salvajemente las costillas y el flanco del otro. ¡Qué bello par de animales! Sam les dio golpecitos en los temblorosos lomos y dijo:

—Viejos amigos, me parece que voy a tener que cortaros parte de los cuernos. Dolerá un poco pero hará que luchéis mejor.

Volvió a estudiar las cornamentas. Tan absorbido estaba por el drama, pensando sólo en los dos guerreros, que al mirar hacia los caballos donde tenía el hacha se quedó rígido y abrió los ojos de par en par asombrado.

Siete bravos Pies Negros habían salido silenciosamente del bosque y siete rifles apuntaban al pecho de Sam. Siete pieles rojas espantosamente pintadas sostenían sus armas mientras los ojos negros les brillaban y relampagueaban por la sensación de triunfo y la emoción, pues estaban pensado en el ron, la recompensa y la aclamación de toda la nación Pies Negros. En nombre de Dios, se preguntaba Sam, ¿por qué no los había olido? Era debido a que los olores de los uapitíes y de la pelea habían ocupado su olfato. En el instante en que vio las siete armas apuntándole al corazón a una distancia de veinticinco metros, Sam vio también una horda de diablos rojos

alrededor de sus caballos. Supo que si acercaba las manos a los revólveres que llevaba en el cinturón, siete rifles detonarían.

Lentamente levantó las manos.

Había palidecido por la furia y el disgusto. Aquella era la primera vez en su vida adulta en que había sido tomado completamente por sorpresa. Un guerrero Pies Negros de más de dos metros, ancho y musculoso y que llevaba el tocado de un subjefe, bajó su arma y se adelantó. Se acercó a Sam y sus ojos negros miraron con regodeo los enfurecidos ojos azul grisáceo mientras las manos rojas sacaron el cuchillo de la funda y desabrochaban el cinturón con los revólveres. Tiró las pistolas y el cuchillo por detrás de él. El jefe entonces carraspeó formando flemas en su garganta y, mirando a Sam directamente a los ojos y colocando el rostro a no más de treinta centímetros del de Sam, le lanzó el gargajo a la cara. Un temblor recorrió al hombre blanco de la cabeza a los pies. En aquel momento podría haber matado al jefe, pero al instante siguiente habría caído bajo los disparos de los rifles. Otros guerreros se acercaron entonces desde donde estaban los caballos, todos pintados para la guerra. Comenzaron a bailar alrededor de su cautivo con los sinuosos movimientos de la serpiente que los pieles rojas dominaban. Sam pensó que debían de ser unos sesenta. Permaneció inmóvil mientras la saliva y el moco goteaba de sus cejas y su barba, y su mirada tenía el frío del odio; estaba fijando en su mente la altura y la cara del jefe, porque ya estaba deseando cumplir su venganza.

Tras unos momentos el jefe dejó atrás su dignidad y se unió al baile. Parecía que todos aquellos guerreros tenían rifles, cuchillos largos y *tomahawks*. Dieron vueltas y más vueltas alrededor de Sam en sus victoriosas contorsiones de serpiente mientras sus ojos negros le mostraban su desprecio hacia él; Sam los miraba y pensaba en su situación. De vez en cuando uno daba chillidos de complacencia y redoblaba sus movimientos frenéticos; o uno, y luego un segundo y un tercero se detenían y apuntaban a Sam con sus armas, o levantaban el cuchillo o el *tomahawk* como si fuesen a lanzárselo. Sam permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho. Trató de expresar desprecio con la mirada, pero aquellos asesinos aulladores y contorsionistas eran niños para quienes el único desprecio era el suyo propio. Ninguno de ellos había prestado la más mínima atención a los machos de los cuernos enredados ni les importaba en qué agonía o humillación podían morir.

Cuando al fin los indios se prepararon para tomar a su prisionero y marcharse, seguían sin prestar atención a los animales. Con fuertes maldiciones furiosas y después mediante signos, Sam llamó su atención sobre las dos bestias; y ellos escupieron despreciativamente y dijeron, mediante signos, que ya tenían suficiente carne y que le dejaban aquella a los lobos. Su insolencia llenó a Sam de una nueva ira. Ahora le preocupaba menos su estado que el de dos luchadores indefensos que tenían el derecho a otra oportunidad y que en cualquier caso eran demasiado valientes y nobles como para morir con lobos mordisqueando sus vientres y buitres posados sobre sus cornamentas. Hablando en tonos que rezumaban ira y con furiosos signos,

Sam le dijo al jefe que debería disparar a los dos animales o cortar parte de los cuernos, o si no debería arrastrarse como una anciana enferma y morir como los conejos. Tras aparentar que se planteaba el asunto, el jefe se dirigió a las bestias y miró sus cuernos. Les dio una voz a sus guerreros y varios de ellos corrieron hacia él; volvió a decir algo y los indios pusieron los cañones en la base de los cráneos de los animales y dispararon. Ambos machos cayeron al suelo, inseparables en la muerte.

Sam había estado esperando que los indios abriesen el barril de ron y se lo bebieran allí, pero el astuto jefe tenía otros planes. Uno era humillar y degradar al hombre blanco hasta que lo entregasen a la venganza de los Crows. No se lo entregarían con toda la celeridad posible; se lo llevarían al norte a la aldea principal de los Pies Negros, donde las *squaws* chillarían a su alrededor y le lanzarían excrementos y orina y graznarían, cacarearían y chillarían como cuervos y urracas; y donde los niños, emulando a sus mayores en ferocidades y obscenidades, lo embadurnarían con toda la porquería que pudiesen encontrar y le lanzarían flechas al pelo mientras estuviese atado de pies y manos a un árbol. Tales pensamientos pasaban por la mente de Sam. Esperaba encontrarse con toda la astucia y el ingenio que los pieles rojas pudiesen imaginar, aunque creía que no iban a herirlo muy gravemente ni le harían desfallecer de hambre hasta que no pudiese andar si tenían la intención de conseguir una gran recompensa. Le harían sufrir desprecios e indignidades infantiles día y noche.

Esas ya habían empezado cuando el jefe le escupió en la cara. En cuanto le ataron las manos con resistentes cuerdas de cuero, los otros guerreros rivalizaron entre ellos para poder insultarlo y menospreciarlo. Le ataron las manos con tiras de cuero mojadas en el agua caliente de un manantial termal y alrededor del cuero, entre las muñecas, ataron el extremo de una cuerda de cuero de diez metros. Un gigantesco bravo tomó el otro extremo de la cuerda y lo ató a su silla. Tras montar en su caballo tensó la cuerda y por pura maldad siguió tirando de ella después de tomar su posición en la fila. Aproximadamente la mitad de los guerreros iban delante de Sam y la otra mitad detrás, con el jefe atrás del todo, montando el bayo de Sam y tirando de su mulo de carga. En un momento dado uno de los pieles rojas, deseoso de atormentar al cautivo, dejó su posición en la fila y, cogiendo una rama verde de cerezo, lanzó aguijoneantes azotes en el indefenso rostro de Sam. Mientras la sangre le manaba por la frente y la mejilla, Sam lo miró fijamente tratando de retener en la memoria la cara pintada y se decía que aquellos eran los demonios que habían asesinado a la indefensa familia de la madre del Musselshell. Ya se había grabado la cara del jefe; aquella alimaña roja tenía una cicatriz de unos siete centímetros de larga por encima de la ceja izquierda y otra justo debajo de la parte izquierda de la barbilla. Si con la ayuda de Dios conseguía liberarse en algún momento, perseguiría aquella cara. De un modo parecido a aquel, suponía, habían conducido a Jesús al monte; pero Jesús llevaba una gran carga bajo la que había caído una y otra vez; y cuando caía lo escupían, lo pateaban y lo maldecían. El que le había cortado la cara se había llevado

una regañina del jefe, pero su osadía le había dado ideas a los otros bravos; y hora tras hora, mientras Sam avanzaba a través de la copiosa nevada, uno tras otro se salía de la fila para escupirle, tirarle nieve a la cara o dirigirle gestos asesinos. Tras un rato los bravos entendieron que podían mostrar su desprecio siempre que no le hiriesen; y así, por turnos, le escupían y le chillaban, o le lanzaban nieve, barro y piñas a la cara. En sus ojos negros había una imagen muy clara de lo que querían hacer con él, porque sabían que no sólo era el asesino de Crows, sino que era el que les había arrancado la cabellera a los cuatro guerreros Pies Negros y había empalado sus cráneos alrededor de la cabaña.

Era la nevada lo que le preocupaba a Sam más que los insultos.

Aquella tormenta parecía algo serio. Si el invierno ya estaba llegando y había un metro o metro y medio de nieve en las montañas en una semana o dos, como a veces ocurría tan al norte, ¿de qué le serviría escapar con la nieve demasiado alta como para cruzarla? El futuro se le presentaba oscuro si seguía nevando y mientras tanto ellos lo debilitaban haciéndole pasar hambre y frío.

Por qué a los pieles rojas les gustaba tanto torturar a sus indefensos cautivos era todo un misterio para los tramperos. Sam creía que era porque eran niños. Muchos niños blancos torturan bichos. Windy Bill decía que podía contar historias de su infancia que le helarían la sangre a un lobo. Sam nunca había oído de un hombre blanco que torturase a un cautivo. Una vez que un piel roja herido estaba entonando su cántico de la muerte, Sam había visto a *Tomahawk* Jack coger una piedra y golpear al indefenso indio en la cabeza, y había oído que Mick Boone había soltado un aullido de ira como si el golpeado por la mano de Jack hubiese sido él. «¡Pégale un tiro como una persona decente, si es lo que quieres!», había rugido Mick: «No es un coyote». Sam había visto una vez a un hombre blanco darle patadas a un indio herido en el vientre y en la cabeza; había visto a otro arrancarle la cabellera a un piel roja mientras estaba vivo y consciente; pero torturar deliberadamente por el gusto de torturar no creía haberlo visto nunca. Para los pieles rojas la tortura era tan habitual como golpear a sus mujeres. El lobo se comía viva a su víctima pero no era consciente de ello. El moscardón deposita sus huevos en las heridas abiertas de animales indefensos y los gusanos se arracimaban atravesando las entrañas del animal antes de que sus ojos atormentados por el dolor se cerrasen al llegar la muerte. El alcaudón empalaba en espinas a las crías vivas de alondras y tordos. La comadreja y el armiño son asesinos implacables. Una horda de mosquitos tan densa como una nube era capaz de extraer tanta sangre de un ciervo o un uapití que el animal muriese por debilitamiento; y las garrapatas, hinchadas de sangre hasta alcanzar el tamaño del pulgar de un niño, cubrían a veces tan completamente a un animal viejo que este parecía ser sólo un saco peludo cubierto de enormes verrugas grises. Pero los pieles rojas torturaban por la pura satisfacción infernal de ver a un ser indefenso sufrir indescriptibles agonías. Era principalmente por esa razón por lo que los tramperos los detestaban y los mataban sintiendo tan poca emoción como si matasen mosquitos.

Si pudiese haberlo hecho, Sam habría matado a todos aquellos guerreros y se habría marchado en su caballo sin volver a pensar en ello. En su estado, su mente estaba dedicada a la huida y la venganza. Aquellos pieles rojas sabían lo que todos sabían, que si alguna vez, estando indefenso, algún trampero recibía ofensas y era tratado con escarnio, desprecio y burla, los tramperos se reunirían para vengar la afrenta y que la venganza sería rápida, implacable y devastadora. Sam no tenía duda alguna de que aquel jefe lo sabía. Sólo podía haber un pensamiento en su cabeza, que aquel cautivo nunca escapase de los Pies Negros o de los Crows y los tramperos nunca supieran qué había sido de él. El jefe llevaría a ese cautivo con su gente para que pudieran regodearse y ver con sus propios ojos que después de todo no era invencible, que había sido capturado por los Bloods, los más poderosos de los guerreros, los más osados, intrépidos y los más temidos, así como los más envidiados de todos los combatientes de la tierra. Sam pensó que podrían abofetearlo, escupirlo, patearlo, arrastrarlo, pero no lo herirían de gravedad; que algunas de las *squaws* defecarían sobre él; que los niños le pasarían sus dedos sucios por el pelo y la barba, que le tirarían de los párpados y amenazarían sus partes pudendas; y que los perros de la aldea acabarían por aullarle a los cielos en sus ganas por atacarlo. Le darían, una vez al día, un cuenco de sopa asquerosa, con hormigas, escarabajos y grillos dentro, pues los pieles rojas sabían que algunas de sus comidas les provocaban arcadas a los blancos y aquellas eran las que con gusto le daban a los prisioneros blancos. Luego cuatrocientos guerreros con toda su pintura y sus galas marcharían en dirección a la nación Crow. Al llegar a la frontera entre ambas naciones, acamparían y matarían a cien bisontes; y se darían un banquete, cantarían y bailarían, mientras enviaban exploradores para decirle al viejo jefe que su enemigo estaba atado e indefenso. Durante días los ancianos más astutos y hábiles de las dos naciones regatearían y discutirían sobre la calidad del rescate. Los Bloods exigirían muchos barriles de ron, muchos rifles, una tonelada de municiones, al menos cuatrocientos de sus mejores caballos y montañas de sus ropas bordadas. Los Crows no darían más que una décima parte de lo que se les pedía. Los Bloods lo sabían. Pedirían cien esperando cincuenta, preparados para acordar veinte, incluso diez, más el privilegio de observar la tortura de Sam Minard.

Bueno, si seguía nevando de aquel modo, no iban a poder llevarle con los Crows hasta finales de la primavera. Si no conseguía escapar le esperaba un largo invierno de hambre, frío e insultos. Ni por un momento Sam tenía intención de dejar que lo entregasen a los Crows. No creía que el Creador permitiese que un hombre fuese capturado, torturado y asesinado sin más motivo que el de haber buscado venganza por el asesinato de su esposa e hijo. El Santo Libro decía que Dios reclamaba la venganza como propia. En el libro de la vida de Sam había una ley que decía que el hombre que mejor servía al plan divino era aquel que hacía un esfuerzo supremo para ayudarse a sí mismo.

Sam tenía la intención de que su esfuerzo fuese supremo. De vez en cuando,

caminando penosamente, miraba la cuerda de cuero que le ataba las muñecas. Si tuviese una buena ocasión la mordería hasta romperla, pero sabía que cuando no estuviese marchando le atarían las manos a la espalda. Cortar unas cuerdas de cuero tan duras con las manos a la espalda sería imposible a menos que pudiese rozarla contra algo duro y afilado, como una piedra, una astilla de hueso, o una madera. Durante las noches tendría un guardia o quizá dos. Tendría que comer lo que le diesen ellos, sin importar lo que fuese, y conservar fuerzas lo mejor que pudiera. Se esforzaría por dormir una buena parte de cada noche. Actuaría como si estuviese resignado a su destino. ¡Ojalá acampasen y abriesen el ron!

El día de su captura avanzaron sin pausa hasta casi la medianoche. Durante todo el día cayó una copiosa nevada. Mientras caminaba por el ancho y profundo rastro hecho por los que iban por delante, Sam trató de ver entre la nevada las montañas que los rodeaban. Por las ramas de los árboles sabía que se dirigían hacia el norte. Supuso que aquella partida de guerra atravesaría montañas, valles y pasos al oeste del Missouri hasta que llegasen al gran meandro donde, había oído, tenían una aldea grande en el río Sun y otra junto al Marías. Quizá lo llevasen hasta Canadá, pero lo dudaba porque si lo hacían tendrían un largo viaje hasta los Crows. Calculaba que para cuando anocheciese llevaría unas cinco horas caminando. Tenía hambre. Cuando bajaba las manos para coger nieve y saciar su sed, el salvaje que llevaba el caballo que tiraba de él le daba un tirón a la cuerda para tratar de tirarle la nieve. Aquel era una criatura mezquina. Sam apretaba la nieve en las palmas para sostenerla, pero en el momento que movía las manos hacia la boca el observador piel roja tiraba de la cuerda con todas sus fuerzas. Sam le dijo en voz alta: «Será mejor que me grabe tu cara en la mente por si algún día, en alguna parte, tenemos un encontronazo». Cuando el indio tiró de la cuerda por tercera o cuarta vez, Sam, con furia repentina, movió los brazos hacia la derecha y atrás esperando hacer soltar al indio el otro extremo de la cuerda. Pero la cuerda estaba atada en el cuerno de la silla. El indio, para castigar a Sam, siguió tirando de la cuerda y la furia creció en violencia de tal modo en Sam que necesitó de toda su voluntad para contenerse y no salir corriendo para agarrar y estrangular a su enemigo. Será mejor que me calme, pensó, pues si se debilitaba y se caía lo arrastrarían como a un coyote muerto. Llegaría su momento: se negaba a pensar en la alternativa; llegaría su momento, en alguna parte, y oiría cómo se rompían los huesos del cuello de aquel indio y vería cómo los ojos negros se salían de sus órbitas como si los empujasen desde dentro.

Cuando al fin a medianoche la partida acampó, ataron a Sam a un árbol y le pusieron vigilancia. Seguía nevando. La nieve donde iba a quedarse de pie, sentarse o tumbarse durante el resto de la noche tenía como medio metro de altura, una tercera parte de ella reciente. Si la tormenta arreciaba sería una noche amarga. No esperaba que le diesen una manta o una túnica; le sorprendería que le diesen de comer. Querrían debilitarlo un poco. Se quedaría toda la noche sentado o tumbado junto al árbol, con la nevada cubriéndolo y de día volvería a marchar. El hombre asignado a

vigilarlo llevaba una túnica larga que a Sam le parecía una de las suyas y se sentó sobre parte de ella, con el resto cubriéndole los hombros y la cabeza como una gran capa peluda. Tenía un rifle en el regazo y un cuchillo largo en el cinto. Estaba sentado inmóvil, cubierto y caliente bajo su tienda de piel, y sus ojos negros nunca abandonaban el rostro de Sam, excepto de vez en cuando para mirarle las manos. Sam se preguntaba si aquel sería su único guardián. Si era así y el hombre dormitaba, Sam podría morder las ataduras. Sabía que sus fuertes dientes tardarían una hora o dos en cortar el duro cuero mojado y sabía que dos o tres minutos sería probablemente todo el tiempo que tendría. A unos quince metros de él y del guardián, la partida había montado el campamento y encendido unas hogueras, pero Sam no veía señales de que se estuviesen bebiendo el ron. Posiblemente no se lo beberían hasta que llegasen al poblado.

Alrededor de una hora después de que hubiesen encendido la primera fogata, vio a un guerrero que se acercaba a él con algo en las manos. Según se acercaba el piel roja, Sam vio que se trataba de uno de sus propios potes de latón o uno muy parecido y que de la taza salía humo. El indio le ofreció la taza y Sam la tomó, sabiendo que se trataba de su cena; y después de que el indio se hubo marchado, miró dentro de la taza y olió el vapor. No sabía qué había dentro, pero su macabro humor imaginó que se trataba de un cocido de insectos coprófagos. Había casi medio litro. Por toda la sopa veía lo que parecían pelos y pequeños insectos, pero se llevó el pote a la boca con ambas manos y se tragó el contenido. Masticó dos o tres pedazos pequeños de carne medio hecha. A tres metros de él cenaba su guardián, con la vista fija en Sam casi todo el rato. Sam apartó la taza. Se lavó con nieve la barba alrededor de la boca.

Bajo él notaba la humedad de la nieve derritiéndose; el trasero y los muslos le picaban por el cuero mojado. Si tenía que marchar día tras día por caminos nevados y comer sólo aquel aguachirle necesitaría dormir, pero ¿cómo podía un hombre dormir con nieve fundiéndose por debajo y por encima de él? Antes de que llegase la mañana estaría helado. Ahora tenía una cosa clara: cuando un hombre se enfrentaba a la tortura y la muerte, se veía empujado a pensar. Mirando a través de los encantadores copos que giraban, se dijo que si el Creador era todopoderoso habría justicia en el mundo; y si era así, habría justicia allí para él. Sospechaba que aquel era un pensamiento infantil, pero le consoló. Le consolaba conectar emocionalmente, a través del páramo invernal, con la cabaña donde estaba Kate hablando con sus hijos mientras la nieve caía blanca sobre su pelo gris. Pensando en ella, sola y medio congelada y enfrentada a un amargo invierno, tuvo un relámpago de comprensión que le detuvo el aliento: en aquella partida de guerra había algunos de los bravos que habían matado a su familia. El bárbaro que había tirado de la cuerda era uno de ellos. Sabían que tenían en su poder al hombre que había puesto las cuatro cabezas de los Pies Negros en las estacas. ¡Qué conflicto debía de estar convulsionando sus salvajes almas, vacilando entre la codicia y la sed de sangre! ¡Cómo les hubiese encantado beber el agua de fuego del hombre blanco mientras con enloquecidos aullidos le

cortaban pedacitos de carne y llenaban sus heridas con grandes hormigas rojas!

Ahora que, según le parecía, veía su situación en términos más claros, Sam se enfrentaba a la pregunta de si vencería la codicia o la sed de sangre. Ahora veía más motivo aún para que su fuga, si es que iba a llevarla a cabo, debiera ser lo antes posible. Sería fatal para él que lo llevaran a uno de los poblados más grandes, porque allí las *squaws* organizarían un escándalo considerable y vencería la sed de sangre. Estudió al guardia que tenía delante, rezando para que el miserable se durmiese. Aquella esperanza quedó aplastada cuando dos guardianes nuevos aparecieron para relevarlo. El astuto jefe no pensaba arriesgarse.

Uno de los dos salvajes se sentó delante de él. Sam sólo podía haber dicho que tenían los ojos y el pelo negro. Ambos tenían el rifle en el regazo y un cuchillo al cinto. Sam sabía que aquella noche no podría huir. Dos horas después otros dos guardias relevarían a aquellos y a la primera luz del día volvería a marchar. Probablemente tendría que andar hasta la noche, con no más que una taza o dos de sopa apestosa con que nutrirse. Lo único que podía hacer era intentar dormir.

Estiró las piernas y se tumbó, con el rostro vuelto hacia la dorada corteza de un pino amarillo. Cerró los ojos. Incluso aunque no pudiese dormir con la nieve fundiéndose por debajo y por encima de él, podría relajarse y dormir, y eso bastaría. Calculó que había pasado una hora cuando sintió una presencia cerca de él. La olió. Olió a un indio Pies Negros, pero no abrió los ojos ni lo miró como habría hecho un pisaverde. Si se le había acercado un salvaje deseoso de clavarle un cuchillo, su negro corazón sólo iba a necesitar la más mínima de las excusas. Le podía decir a su jefe que el rostro pálido había abierto los ojos y había saltado hacia él y había respondido en defensa propia. Diciéndose como advertencia que el piel roja era emocional, susceptible, impulsivo, Sam no permitió que cambiase ninguna expresión de su rostro ni su postura, mientras el guardia, con el cuchillo desenfundado en la mano, se inclinaba sobre él y estudiaba su rostro. Sam tenía la imagen en su mente. Podría haber saltado con increíble velocidad e incluso con las manos atadas podría haberle roto el cuello a aquel hombre, pero eso sólo le habría proporcionado una tortura y muerte lentas. No podía hacer nada más que fingir dormir y confiar en un Ser cuya primera ley fuese la justicia...

Sam calculó que el piel roja estuvo inclinado sobre él al menos cinco minutos. Luego el rancio olor se desvaneció. Pero ni siquiera entonces abrió Sam los ojos ni se movió. La nieve se había fundido en sus párpados y en su cara, y tenía los ojos y el rostro húmedos. A eso de las cuatro se quedó dormido de verdad, y durmió hasta que oyó los primeros movimientos, ya de día. Completamente aterido y medio congelado, consiguió ponerse en pie y trató de sacudirse la humedad de la nieve de su ropa de cuero. Ahora tenía claro que si iba a hacer un esfuerzo por escapar, tendría que ser en las siguientes veinticuatro horas.

Se sentó en la nieve que había junto al árbol y esperó.

Su desayuno consistió en otro pote de sopa. Le pareció que los restos de carne eran de perro, búho o cuervo. Hoy, como el día anterior, los pieles rojas estaban todos montados, con el jefe sobre el bayo de Sam. De nuevo Sam tuvo que caminar. Aquel día y aquella noche fueron como el día y la noche anteriores. Sus astutos captores dieron dos vueltas a la cuerda que le ataba las muñecas y ataron ambos extremos al árbol mientras lo sostenían los guardianes. Su segunda noche consistió en diez miserables horas heladas bajo la tormenta y los guardianes.

El tercer día y noche fueron una repetición del primero y el segundo y Sam supo que tras dos o tres días más como aquellos estaría demasiado débil para fugarse o para querer hacerlo. Haría algo, aunque fuese desesperado e inútil. Después de que el campo estuviese levantado, el jefe se acercó a Sam, que estaba atado a un abeto, y le miró a los ojos. El piel roja tenía pintura de guerra nueva y más grasa rancia en el pelo; nada en él parecía humano, ni siquiera sus ojos, pues en su espantoso rostro sus ojos podrían haber sido los de un animal. En ellos no había trazas de humano o de ser civilizado; eran los ojos duros y relampagueantes de un animal observando a su presa. Sam pensó que el halcón debía de tener esa mirada cuando bajaba en picado y atacaba.

No esperaba que el indio lo golpease y, cuando el golpe cayó en su mejilla con sorprendente rapidez, Sam abrió los ojos pasmado. Luego miró fijamente a la criatura que tenía delante, diciéndose que si escapaba no descansaría nunca hasta encontrar a aquel cobarde. De nuevo tomó nota mental de su constitución, altura, peso, longitud del cabello, las cicatrices y del aspecto exacto de sus dientes cuando frunció sus labios para gruñirle. Sam no tenía ni idea de por qué aquel necio había decidido golpearlo; hacía años que había renunciado a comprender al indio. Alguna maldad infernal anidaba en la mente y el corazón de aquel hombre.

El jefe se volvió para dar una voz y apareció corriendo un bravo que, como su jefe, olía a grasa rancia y a pintura de guerra de arcilla roja. El jefe le habló al bravo según se acercaba, e inmediatamente aquel hombre se acercó tanto a Sam que su cara había quedado a sólo treinta y cinco centímetros de la de Sam. Miró a Sam a los ojos y emitió un sonido desagradable. Sam sabía que era una expresión de desprecio. El guerrero dijo entonces: «¡Bravo, ugh!», y de nuevo emitió el carraspeo de desprecio. Sam se sorprendió; no sabía que alguno de aquella partida hablase inglés. «¿Tú bravo?», preguntó el piel roja, y se giró para escupir parte de su desprecio. Sam miraba fijamente al tipo, preguntándose si sería mestizo. Con signos y un inglés macarrónico, el guerrero le dijo a Sam que el jefe lo consideraba un cobarde y un perro viejo y enfermo. Era un coyote viejo cubierto de costras y garrapatas. Cuando

el jefe lo había abofeteado lo había desafiado a una pelea, pero el rostro pálido se había quedado acongojado y temblando. ¿Había algún hombre valiente entre los rostros pálidos?

Sam se quedó callado. Sabía que aquel era un truco indio, pero no conocía cuál era el motivo para ello. Era una mentira ridícula decir que el jefe lucharía con él con puños, cuchillos o pistolas, o con cualquier arma. Era un truco. ¿Era algún plan para lisiarlo de modo que no pudiese escapar? ¿Para cortarle los tendones o cegarlos? Sam miró hacia la tormenta y esperó lo que se le avecinaba.

En su inglés chapucero el guerrero le estaba diciendo a Sam que iban a entregarlo a los Crows a cambio de un rescate. Trató de sugerirle lo que le harían los Crows con agujas del abeto fingiendo que eran pedacitos de carne y con un dedo simulando cortarle la nariz, los labios, la lengua y los genitales hasta que no quedara nada. Le indicó que le romperían las articulaciones de los dedos de las manos y los pies una a una; con un trozo de cable en forma de gancho le sacarían los ojos de las cuencas y con una cuerda atada a cada ojo lo llevarían por la aldea mientras las *squaws* le cortaban pedazos del trasero y se lo daban de comer a los perros.

Sam ignoraba qué tenía en mente aquella criatura para contarle aquel catálogo de horrores. Mientras el piel roja hablaba y hacía gestos con los negros ojos relampagueantes y emitiendo gruñidos guturales de alegría, Sam estaba pensando. Sospechaba ahora que aquella banda de guerreros le habían estado suplicando al jefe que les entregase al prisionero y su ración de ron para que pudiesen torturarlo, beber y celebrar. El animal que tenía delante había alcanzado tal paroxismo de mutilaciones y derramamiento de sangre que Sam temía que pudiese ser contagioso. Decidió hablar. No hablaría como un hombre normal ni con una voz normal. Hablaría como el Terror, como el hombre al que más temían los pieles rojas de entre todos los tramperos, y como un gran líder y jefe.

Su primer sonido fue un atronador rugido que le salió del pecho y que se manifestó con tan asombrosa explosión que el sorprendido y aterrado piel roja casi se cayó de espaldas. El jefe se retiró con él y allí permanecieron, dos bravos con los ojos fuera de las órbitas, mientras Sam elevaba sus poderosos brazos hacia el cielo y gritaba su desprecio con su voz más grave y temible. «¡Dios Todopoderoso allá en Tu Reino, mira a Tu hijo, porque morirá antes de soportar tales insultos! ¡Estos cobardes han agotado mi paciencia! ¡No lo toleraré más!» Entonces, con un esfuerzo deliberado por asombrarlos y desconcertarlos, infló y desinfló sus mejillas rápidamente para hacer que su frondosa barba dorada bailase y temblase en casi todo su rostro; abrió los ojos y miró hacia arriba y brillaban y relucían como granito pulido; y lanzando los brazos hacia el cielo, gritó con una voz que podía oírse a tres kilómetros de distancia: «¡Padre Todopoderoso, no nací para que me abofeteasen y me escupiesen y lo primero que haré será abrir a este piel roja, arrancarle el hígado y asfixiarlo con él! ¡Mírame y dame la fuerza de Sansón!»

Entonces prorrumpió en chillidos y alaridos propios de un loco, lo que hizo que

los dos indios y los guardias se retirasen aún más y todo el campamento se fijase en él.

El piel roja, borracho o sobrio, era capaz de provocar un escándalo infernal, pero nunca habían oído un ensordecedor bramido tan retumbante y atronador como aquel; y mientras todos miraban fijamente como hipnotizados al gigante de la barba dorada, al monstruo que se retorció, su voz fue convirtiéndose en un berrido estridente que hizo que los perros se lanzaran a aullar y los caballos empezasen a relinchar. Su fuego estaba alimentado por una ira y un desprecio enormes hacia aquellas criaturas malolientes que lo tenían en su poder y Sam sencillamente se dejó llevar y expulsó con rugidos y aullidos fuera de sí las emociones que habían estado almacenándose en su interior hasta explotar. Todo el tiempo estaba pensando en cosas como las sonatas en do mayor y fa menor de Beethoven, y puso tal demoledor *crescendo* en su actuación que hasta él se sintió un poco desconcertado. Aquellas innumerables criaturas le habían quitado incluso el tabaco, la armónica y el mechón de cabello de su esposa; habían toqueteado sus revólveres y le habían apuntado con ellos, y le habían hecho gestos en el cuello con su propio cuchillo. Habían abierto sus alforjas delante de él y con chillidos de alegría habían mostrado en el aire varios objetos: sus mocasines, sus pieles, la harina, el café, la tela, hasta que acabó tan completamente lleno de ira ante su insolencia, desprecio y su apestosa sopa, que sólo podía desatar todo su ser ante el Todopoderoso en un cántico de guerra amenazador y desafiante, y sacarlo de su cuerpo para poder volver a respirar con naturalidad. Durante sus buenos cinco minutos continuó así, su atronadora sinfonía elevándose al infinito; y entonces, cubierto de sudor, dio un paso atrás y se apoyó contra el árbol, con los brazos cruzados sobre su pecho y las manos atadas bajo la barbilla mirando a los indios. Cincuenta y ocho pares de ojos negros lo miraban a él. Nunca habían oído tal tempestad de furia y desafío de ningún hombre o bestia y no volverían a oírlo.

Fue el jefe quien se acercó a Sam. Se quedó a tres metros de él y se detuvo como si creyese que aquel gigante barbudo iba a explotar, como explotaban las infernales regiones de espíritus del infierno de Colter. Tras estudiar a Sam un minuto entero, llamó al bravo que hablaba inglés. Pero Sam tenía la ofensiva y pensaba conservarla; se daba cuenta de que aquellos niños supersticiosos ya no estaban seguros de si era un hombre o alguna especie de dios. Así que con espectaculares gestos de amenaza y desafío y un gran rugido dirigido al cielo, Sam les hizo comprender que lucharía contra cinco cualquiera de ellos en una lucha a muerte, que los cinco podían atacarlo como un solo hombre, delante del pueblo Pies Negros y cien tramperos; y que después de haber matado a los cinco, los cien tramperos lucharían contra toda la nación Pies Negros, mil o diez mil, o tantos como hojas había en los árboles y bayas en los matorrales. Sabía que su desafío no iba a ser aceptado o siquiera considerado, pero tenía un plan en mente. Continuó diciendo que si no eran más valientes que unas *squaws* enfermas que se escondían tras matorrales o coyotes moribundos que metían la cabeza en el suelo, que si no eran más que conejos, que si eran una nación de

urracas con las alas rotas, entonces deberían llevarlo con los Sparrowhawks y acabar con aquello. Pero si lo que querían era una gran recompensa, tabaco, ron, armas, cuentas, balas, café y azúcar, deberían vendérselo a los tramperos, que les pagarían mucho más; y después de que lo liberasen podrían volver a capturarlo y venderlo de nuevo. Pero hiciesen lo que hiciesen todos morirían como coyotes enfermos en sus vómitos si olvidaban por un momento que era un gran y poderoso jefe que llevaba en su tocado cincuenta plumas de águila; y que se le debía tratar con dignidad y honores; y que si no era así, todos los tramperos marcharían contra ellos y los exterminarían hasta el último perro lisiado.

Para confundir y azorar aún más sus mentes, comenzó a cantar a voz en cuello. Como antes, los pieles rojas parecían hipnotizados mientras Sam se golpeaba el pecho y levantando los brazos al cielo proyectaba con toda la fuerza de sus pulmones las furiosas grandezas de su impaciencia y su furia. Tan repentinamente como había empezado se detuvo, y entonces le rugió al guerrero intérprete, diciéndole que avanzase si es que no era un cobarde que se ocultaba tras un matorral. El hombre se adelantó lentamente y con absurdos reparos, como si esperase que Sam lo hiciese salir volando de allí. Sam le dijo que él, Samson John Minard, era un jefe, y un jefe más grande y más importante que el despreciable comegrillos que le había abofeteado. Sam le ordenó que le dijese que le tiraría de la melena y le arrancaría las pelotas si no lo trataban del modo en que debería tratarse a un jefe. «¡Ve, coyote cobarde, y díselo! Dile que al Jefe Samson se le debe montar una tienda, como corresponde a un gran jefe, y darle su pipa y su tabaco». Sam sabía que no le darían el tabaco; una vez que los fumadores de *kinnikinic* y cortezas de cedro y sauce se hacían con el tabaco de un hombre blanco, se lo fumaban día y noche hasta que se acababa. Pero vio que había provocado que algunos de los guerreros hiciesen vehementes propuestas y que el jefe las discutiese con ellos. Tras unos minutos el bravo le dijo a Sam que le prepararían una tienda y que tendría una manta sobre la que tumbarse.

Media hora después aparecieron varios bravos y, desatando la cuerda del árbol, guiaron a Sam hasta la tienda como si fuese un animal. Allí explotó en otra rabieta deliberada; moviendo alocadamente los brazos atados, dijo que le quitasen la cuerda de las muñecas, ¿o creían que era un caballo para que tirasen de él y lo atasen a una estaca? ¿No había entre los cincuenta y ocho uno que fuese un guerrero como para vigilar a un prisionero desarmado? Aquella pulla tuvo resultado. El jefe hizo que llevasen a Sam a uno de los *teepees* más grandes y le puso como guardia a uno que, le dijeron, había conseguido un *coup* siendo sólo niño y tenía más cabelleras Flathead y Crow que Sam dedos entre las manos y los pies. Sam repitió entonces su propuesta, con palabras y signos, de que debían venderle a los tramperos y luego, si eran lo bastante valientes como para capturarlo una segunda vez, pedir un segundo rescate.

Cuando la había hecho la primera vez, la propuesta había despertado la codicia de varios de los guerreros. Sus pasiones se habían prendido como la hierba de la pradera

imaginando innumerables barriles de ron y montañas de tabaco. Igual que niños con poco sentido de la realidad, no tenían duda de que podrían capturarlo una segunda vez, o muchas; y si en su futuro iba a haber tanta agua de fuego, ¿por qué no beberse la que acababan de conseguir? Aquello era lo que Sam había esperado. Una vez poseídos sus sentidos por la sed, les resultaría imposible vencerlos. El jefe lo sabía, pero estaba tan deseoso como cualquiera de destapar el ron y hacer que el fuego líquido cayese por su gáznate. Dio órdenes y los hombres corrieron hacia el bosque para encontrar madera seca; otros bravos prepararon tres uapitíes que habían cazado aquella mañana. Mientras observaba los preparativos, Sam trató de parecer adormilado y desesperado. Quizá veinte litros no los dejarían inconscientes a todos, pero era un ron fuerte; entre cincuenta y ocho era más de un tercio de litro para cada uno. Eso debería ser suficiente.

Habían desatado la cuerda de la piel que ataba las muñecas de Sam y le habían dado una mantita fina que había perdido casi todo el pelo. De esa guisa se quedó sentado en la tienda, planeando y esperando. El bravo al que habían enviado para vigilarlo era más alto y corpulento que la mayoría de los indios: Sam calculaba que superaría en unos cinco centímetros los dos metros y que pesaría más de noventa kilos. Supuso que el jefe había escogido a uno de sus hombres más valientes y dignos de confianza, y también uno de los más salvajes, pues aquella criatura no llevaba ni un minuto sentado cuando le pasó por el cuello a Sam su propio Bowie. Cogió un *tomahawk* de su regazo y lo movió para mostrarle a Sam cómo le partiría el cráneo. Con el rostro inexpresivo, Sam observaba la lúgubre pantomima; por dentro estaba pensando: si mi plan funciona, comedor de perros, tú y yo tendremos un encontronazo antes de que termine esta noche.

Sam estaba calculando sus posibilidades desde todas las perspectivas que podía concebir. La tienda tenía unos tres metros de anchura y unos dos y medio de altura donde estaba atada al poste central. Si tuviese que moverse deprisa dentro de la tienda, se dijo Sam, tendría que hacerlo agazapado, pues si su cabeza golpeaba la tienda los indios de fuera podrían ver el movimiento. El guardián estaba sentado sobre una manta gruesa. Estaba a la izquierda del faldón de entrada, que estaba apartado y abierto. Había tres grandes fogatas ardiendo fuera; las voces eran estridentes. La luz del fuego lanzaba parpadeantes destellos en la cara del guardián dándole a su pintura de guerra un espantoso aspecto malévolos. Su mano derecha agarraba la empuñadura del cuchillo y la izquierda el mango del *tomahawk*. No tenía pistola. Estaba alerta pero nervioso; tenía que volver la cabeza de vez en cuando para mirar hacia afuera. Sam sabía que aquel hombre estaba ardiendo con una sed infernal y se preguntaba si le darían ron o se olvidarían de él. Oh, le llevarían un pedazo de uapití asado, pero ¿le llevarían también el agua que convierte a un hombre en fuego? Si hubiese sido el hombre que hablaba inglés, Sam podría haberle dicho algo y tratar de convertir su resentimiento e impaciencia en un frenesí. Siendo las cosas como eran, no hizo ni dijo nada; sería mejor aparentar estar adormilado y cansado. Sam

estaba sentado justo delante del guardián; sus rostros estaban apenas a dos metros de distancia, y sus mocasines sólo a medio metro. La cara de Sam estaba en sombras; sabía que el guardián no podía verle con claridad, pero Sam podía ver cómo las emociones se retorcían en el rostro de su captor. El vientre de aquel indio deseaba ron. Si se habían olvidado de él se enfurecería lo suficiente como para engrasar el infierno con pinturas de guerra antes de que hubiese acabado la noche.

El guardián no hacía movimiento que los entornados ojos de Sam no vieran. Durante la primera hora se había girado para mirar fuera al menos una vez cada diez minutos; luego empezó a mirar cada cinco; y tras pasar hora y media volvía la vista cada minuto o menos, y tal como se movía se notaba que hervía de resentimiento y sospechas y que su sed era infernal. Sam se dijo que nada hacía que un guardián confiase en que su prisionero no iba a escapar como una pasión hirviente que se apoderaba de sus pensamientos, se los devolvía y se los volvía a arrebatarse. El alcohol podía hacerlo; una mujer podía hacerlo. El alcohol, meditaba ahora Sam, era la maldición del piel roja, y las mujeres la del hombre blanco...

Sigue sufriendo, pensaba Sam, con las manos atadas a plena vista sobre el regazo y la cabeza caída como si estuviese medio muerto por la fatiga y el sueño. Sigue sufriendo, bastardo, y continúa mirando. Sam nunca se había sentido tan brillantemente alerta, como si todos sus sentidos, su mente y sus emociones brillasen con todo el fulgor de la luz de mediodía. Nunca su vista había sido más aguda. Ojalá te entre una sed como si estuvieras en el infierno, se decía Sam para sus adentros; y una y otra vez calculaba los riesgos y las probabilidades. Le pareció que llevaba como dos horas sentado con su guardián. Durante casi una hora había estado oliendo la carne asándose. Sabía que habían montado trípodes de ramas verdes y que colgando de ellos estaban los animales asándose lentamente entre las llamas y el humo. Cuando tenían hambre, los pieles rojas nunca esperaban a que la carne se hiciese del todo, sino que prácticamente al instante empezaban a cortar sangrientos pedazos; y para cuando hubiesen calmado el hambre no quedaría mucho más que huesos y cartílagos. Dentro de poco aquellos indios empezarían a beber. Sam había confiado en que hubiesen bebido antes de comer. Una vez que empezasen a beber conjurarían imágenes de tramperos llevándoles ríos y lagos de ron para pagar por el asesino de Crows, y cuando lo capturasen por segunda vez, más lagos y ríos. ¡Qué sueños tenían los niños!

A la puerta de la tienda llegó un rostro cuyas pinturas de guerra estaban embadurnadas de sangre fresca. En las manos de aquel bravo había un pedazo de corteza de pino sobre la que descansaba un kilo o así de carne de uapití caliente. El guardián colocó la carne a su lado y comenzó a gesticular y hablar con una voz chillona nada adecuada a un osado y valeroso guerrero; Sam sabía que estaba preguntando que por qué no le habían llevado una taza de agua de fuego. Los dos bravos hicieron gestos y se gritaron el uno al otro y el que había llevado la comida se fue. Sam no se movió ni levantó los párpados, porque sabía que su momento se

acercaba. Muy tranquilamente trató de calmar sus calambres y relajar sus músculos.

En sólo unos instantes el indio regresó con un pote de hojalata en la mano. Sam supo que en la taza había ron. El guardián tomó con ansias la taza y olió, y estaba tan encantado que colocó el cuchillo sobre su regazo y, cogiendo la copa con ambas manos, se llevó el borde a los labios. La mirada de Sam estaba puesta en el otro indio; rezaba para que se fuese. Había esperado que el guardián hubiese estado sólo con él cuando empezase a beber y que el primer trago fuese tan largo que lo atragantase. Sam contaría después que sus dos plegarias fueron atendidas. El indio de la puerta del *teepee*, deseoso de volver a la bebida y el banquete, desapareció; y el tarugo con la taza de ron dio un trago tan grande que los abrasadores espíritus le hicieron atragantarse. De repente entró en tensión y estaba tratando torpemente de posar la taza cuando Sam se movió con la rapidez que se había hecho legendaria. En un instante sus poderosas manos estaban en el cuello del piel roja. Todo lo que hizo a continuación lo había pensado una y otra vez de modo que no hizo un movimiento en falso ni desperdició un instante. Según sus manos se agarraban al cuello, golpeó con la rodilla, con una fuerza terrible, el diafragma del hombre, paralizando todo su torso. Al instante siguiente Sam soltó el cuello y con la mano derecha cogió el cuchillo. Retorció la mano derecha hasta que pudo aplicar el filo al cuero y cortarlo, y en el momento en que lo hubo conseguido, la mano izquierda regresó al cuello para asegurarse de que no emitía sonidos y la derecha estaba recogiendo la manta, el *tomahawk* y el pedazo de carne de uapití. Se deslizó por debajo de la parte de atrás de la tienda y salió a la noche gris.

En un instante había cruzado la pálida nieve y había entrado en el bosque.

Nevaba copiosamente. Durante las horas en que había estado esperando su oportunidad, Sam había sabido que necesitaría la ayuda del Todopoderoso si quería superar la persecución de cincuenta y siete diablos infernales y el amargo frío y las copiosas nevadas. Su instinto le decía que se dirigía hacia el este, pero no estaba seguro. Durante la marcha de aquel día había visto una cadena montañosa al oeste, otra al norte y otra al este, y había calculado que la cordillera del este era la Divisoria Continental. Si era así, el río Missouri estaba sólo a setenta u ochenta kilómetros al este de ella y desde allí hasta el páramo donde estaba Kate había ciento cincuenta o doscientos kilómetros.

Durante sus muchas horas de pensar y planear había llegado a la conclusión de que sería una locura dirigirse hacia el sur por el camino por el que había llegado o hacia el oeste donde estaban los Flatheads. Sus captores esperarían que tomase una de esas rutas. No esperarían que se dirigiese al norte a territorio Blood y Piegan, o que fuese lo bastante necio como para intentar cruzar la Divisoria después de las grandes nevadas que habían caído. Ese mismo día la partida de guerra había cruzado un río pero no sabía de cuál se trataba. Nunca había pasado por aquel territorio. Había oído que en la zona había varios ríos, todos provenientes de la Divisoria y que fluían hacia el este. Remontar uno de aquellos ríos le parecía la única vía posible hacia la libertad.

Después de haber estado trotando seis u ocho kilómetros, se detuvo para escuchar. No oía nada. Se llevó el pedazo de carne a la nariz, porque estaba hambriento como un lobo. Mientras estaba esperando sentado, se había preguntado si debía llevarse uno de los muslos de su guardián, pero era un hombre sentimental y creía que prefería morir de hambre antes que comer carne humana. Había calculado todos los riesgos y había decidido que el mayor peligro que corría era el de morir de hambre. Pensaba que podría echarle mano a poco más que a las raíces que hubiese junto a los ríos, bayas que siguieran en los arbustos, quizá a una gallina tonta, a un pez de vez en cuando en un lago poco profundo, escaramujos, el tuétano de huesos viejos o, si tenía mucha suerte, un ciervo o un berrendo que se hubiese quedado atrapado en la nieve.

Se alegraba de que estuviese nevando tanto. Cantaba por dentro ante la expectativa de ser libre. Le dio las gracias a Dios por ambas cosas y se las dio por el ron. Esperaba que el ron y la furia volvieran tan borrachos a cincuenta y siete guerreros que se cayeran y muriesen congelados. Le pareció haber oído huesos romperse en el cuello del guardián. Si lo encontraban muerto se desataría un infierno; correrían dando vueltas y más vueltas con los perros aullando a sus talones. Pero Sam dudaba de que siguiesen su rastro antes de la mañana. Creerían que había regresado a Three Forks y que lo atraparían en un día o dos; o creerían que se había dirigido hacia

su familia política y se quedaría atrapado en la nieve. Si nevaba toda la noche quizá no serían capaces de saber por la mañana qué camino había tomado. Pero los perros lo sabrían.

De las montañas soplaba un viento frío. Volvió a aguzar el oído y le pareció oír débiles chillidos y ladridos de perros, pero no podía estar seguro. Ahora se dirigía hacia el norte y dos horas antes de que se hiciese de día llegó a un río. Quitándose los mocasines y los leotardos de cuero se metió en la poco profunda corriente y se dirigió hacia el este caminando tan deprisa como podía, en agua que sólo le llegaba hasta los tobillos o, en ocasiones, hasta la ingle. Hacía frío, pero durante un rato no se lo pareció; tenía la sangre caliente por el ejercicio, su alma cantaba, estaba esperanzado. Le había quitado la bolsa de medicina y se sorprendió de encontrar en ella su armónica. Era como si un hermano se hubiese unido a él o el feo rostro de Beethoven le hubiese sonreído desde el cielo. Cuando le capturaron no habría dado una higa por su vida; pero ahora, con la ayuda de Dios, volvía a ser un hombre libre y permanecería libre y vivo aunque tuviese que alimentarse de corteza de árbol. Puede que los pieles rojas siguiesen su rastro hasta el río, pero allí lo perderían y dos o tres de ellos quizá se dirigirían río arriba, pero la mayoría iría en la dirección contraria. No haría como John Colter, no buscaría un pedazo de madera y se escondería debajo durante medio día y casi toda una noche; sólo podía reunir sus fuerzas y seguir adelante. Algunas de las piedras del río le herían los pies, pero recordaba que los de John habían estado aseteados por las púas de los cactus; estaba hambriento, pero se decía que Colter había vivido a base de escaramujos y raíces; Hugh Glass, con gusanos arracimándose en sus heridas había gateado ciento cincuenta kilómetros; y un hombre llamado Scott, hambriento y mortalmente enfermo, se había arrastrado cien kilómetros. Y más allá Kate estaba sentada en el frío y cantaba. Un hombre podía hacerlo si tenía que hacerlo. Recordó otros relatos de heroísmo y fortaleza para calentarse y animarse según avanzaba penosamente por el río.

Sam no sentía lástima de sí mismo. No era de esa clase. No se decía que iba a morir. Sólo se calentaba con las hazañas de valerosos hombres libres, la categoría de hombres a la que pertenecía. Temeroso de estar avanzando a sólo cinco kilómetros a la hora en su tortuoso viaje por el río, miró a su alrededor, pero no había otro modo. Hasta que amaneciese y quizá una hora después seguiría moviéndose, pues creía que a los pieles rojas les llevaría media mañana encontrar su rastro y seguirlo hasta el río. Encontraría un refugio bajo la orilla, una vieja guarida de castores o un derrubio bajo un saliente de tierra o un montón de madera flotante; y se escondería allí hasta que volviese a caer la noche. Podía recuperar unas horas de sueño si se tumbaba sobre su vientre, pues en esa posición, según le había dicho Lotus, sus ronquidos eran ligeros. Se comería la mitad de la carne de uapití y todos los escaramujos que pudiese encontrar; y cuando llegase la oscuridad se habría ido de nuevo.

Lo que encontró fue un derrubio provocado por un remolino bajo un bosque de grandes álamos; los torrentes de primavera habían elevado el nivel del agua como

metro o metro y medio por encima del nivel que tenía ahora y las aguas que se habían arremolinado allí se habían llevado la tierra que había bajo los árboles. Sam gateó unos diez metros y, tras ponerse los leotardos y los mocasines y envolverse en la manta, cortó unos pedazos de carne y los masticó concienzudamente. Nunca un uapití le había sabido tan bien. Mirando en la dirección por la que había llegado sólo podía ver un rastro de luz del día. Si los indios fuesen a vadear el río como había hecho él, era posible que localizasen aquel escondite y se agachasen para mirar por debajo. Pero no subirían demasiado por el río. Creerían que había construido una balsa y se había marchado río abajo hacia su familia política y para cuando descubriesen su error estaría más allá de la Divisoria.

Descansó todo el día hasta el anochecer, durmió un poco y no oyó a ningún indio ni vio nada vivo excepto un halcón. La nieve cayó durante el día entero. Durante toda la noche continuó su lento avance río arriba. A medianoche había alcanzado las estribaciones; por la mañana se enfrentaba a aguas blancas. Una hora después de que amaneciese no había encontrado un escondite, pero en aguas poco profundas había atrapado unas pocas truchas pequeñas, varias de las cuales se desayunó con un puñado de escaramujos. Seguía avanzando trabajosamente con los pies magullados y ensangrentados cuando a eso del mediodía encontró una cueva en un saliente de piedra. La boca estaba cerca del río, con un ancho poyete de piedras caídas a la entrada. Saliendo del río trepó por la pedrera para mirar dentro. La cueva era mucho más profunda de lo que había creído, de hecho era tan profunda que en la oscuridad no pudo ver nada. Oía a animales salvajes, palomas, murciélagos, golondrinas. Después de entrar en la caverna se encontró bajo un techo de diez metros de alto y miró a su alrededor. A un lado vio una cueva más pequeña que también se perdía en la oscuridad; la exploró buscando un lugar donde poder tumbarse. Los olores a animal en la cueva más pequeña eran abrumadores. Eran tan presentes y tan saturados de humedad que casi podía mascarlos.

Regresando a la boca de la caverna, se detuvo junto a un muro de piedra marrón que le proporcionaba cierto mimetismo y miró hacia el río. La nevada era ya sólo una ligera neblina, la clase de nieve que deja paso a una helada; podía ver el serpenteante curso del río cruzando el valle. No veía humos de hogueras indias por ninguna parte. Bajó al río en busca de una piedra redondeada en la que poner su carne y su pescado. Entonces, sentado en la boca de la cueva, cortó alrededor de cien gramos de la carne y se la comió, junto con dos peces no más grandes que su dedo. Junto a las orillas del río había cogido casi un kilo de escaramujos. No podía imaginarse cómo un hombre podía vivir y caminar durante una semana sin nada más que eso, como se decía que habían hecho algunos.

Mientras miraba alrededor estornudó. Los ecos lo sobresaltaron, porque eran asombrosamente altos y claros. Impresionado por la acústica de la caverna, habló, diciendo: «Caramba», y cantó algunas notas de una vieja balada. El eco lo dejó pasmado y lo alarmó. Era un poco como una música que saliera de un gran órgano

retumbando por las cámaras de techos altos y bajos. Se lanzó a tararear un tema de Mozart y los ecos que atronaron en los lejanos huecos oscuros le parecieron los de una orquesta. Se preguntó si estaría perdiendo la cabeza. Después de haber encontrado un sitio donde tumbarse y tratar de dormir, pensó en las cuevas de las Montañas Rocosas que había explorado y en las extrañas esculturas que el agua, el viento y el tiempo habían construido bajo tierra. «Dios Todopoderoso», dijo, y le gustó tanto el eco amplificado de tonos dorados que pronunció otras palabras: «Querida Lotus, querido hijo... ¡Lotus!», dijo en voz más alta y a su alrededor por todas partes la palabra rebotó en las montañas de piedra y regresó a él como una nota de órgano.

Sam no era un hombre al que habitualmente se le pusiera la carne de gallina en momentos de peligro, pero estaba debilitado por el hambre y la falta de sueño. Todo el vello se le erizó en el momento en que olió el peligro; incorporándose rápidamente, con el *tomahawk* en una mano y el cuchillo en la otra, vio avanzando pesadamente hacia él, a no más de quince metros, a un *grizzly* tan grande que parecía llenar toda la cueva. En un instante Sam supo que los ecos habían perturbado el sueño del monstruo, en alguna parte en las profundidades de la oscuridad, y había aparecido para presentarle batalla al enemigo. Que traía esa intención Sam lo supo en el momento en que lo vio. Al siguiente estaba en pie, avanzando, el hacha preparada para golpear y el cuchillo listo para clavarlo. Marchó directo hacia la bestia y le propinó en la punta del hocico un golpe demoledor con la cabeza del hacha. En un instante su brazo regresó y volvió a golpear, y esta vez el golpe cayó encima del sensible hocico. El gran bicho peludo dijo *wuuf-wuuf* y comenzó a retirarse, con Sam tras él, que ansiaba filetes de *grizzly*; pero casi al instante la bestia desapareció y sólo quedó el lloriqueo quejumbroso de un niño asustado mientras aquella bola de pelo se arrastraba apresuradamente a su lecho invernal.

Sam lo vio desaparecer, pálido por el miedo y la debilidad y respirando trabajosamente. Por un momento sintió que estaba siendo puesto a prueba con más de lo que podía soportar. Hambriento, agotado hasta la médula, y completamente entumecido por el frío, ahora tenía que marcharse de la cueva y seguir adelante. En la oscuridad podía haber toda una manada de *grizzlies*; e incluso aunque no fuese así, el que lloriqueaba se lamería las heridas y volvería por allí. Sam se quedó junto a la entrada unos instantes, mirando hacia fuera. Después de siete días de fuertes nevadas las temperaturas iban a bajar; a veces en aquella zona caían a treinta y cinco, cuarenta, incluso cuarenta y cinco bajo cero. A veces tenían lugar tormentas de nieve que ni siquiera los lobos y los halcones podían soportar. Hacía un frío que los árboles se partían con el ruido de un disparo; que congelaba ríos de orilla a orilla y casi hasta el fondo; y la nieve caía tan copiosa que ni siquiera el gigantesco alce con sus afiladas pezuñas podía andar sobre ella. Era un frío que fundía la mano de un hombre al acero de su pistola o de su cuchillo si era lo bastante necio como para tocarlos.

Tras buscar en el valle señales de indios y no ver ninguna, Sam observó el curso

del río hasta la Divisoria Continental. Después de haberla cruzado los ríos correrían hacia el este en lugar del oeste y él estaría bajando en lugar de subiendo. Con la manta echada sobre el hombro izquierdo, la comida envuelta con un pedazo de la piel y colocada bajo una axila, el hacha en la mano izquierda y el cuchillo en la derecha, bajó hasta el borde del agua; se sentó y se quitó los mocasines, los leotardos y los pantalones y metió los pies heridos en el agua helada. Entonces avanzó corriente arriba. Supuso que bien podía comerse lo que quedaba de uapití y los peces y seguir adelante. Después de haber recorrido dos o tres kilómetros peló la corteza exterior de una píceca y chupó los jugos del cámbium. Eran resinosos y amargos. Hank Cady había dicho c'a menos c'uno *teniese* algo mejor, podía vivir d'ello si hacía falta. El propio cámbium le pareció a Sam incomible y lo peló en tiras y chupó los jugos, tal como había chupado los jugos de las frutas de sus manos cuando era niño. Mientras lo chupaba miró a su alrededor, preguntándose si habría algo más en aquella montaña que fuese comestible. Durante los largos kilómetros subiendo río arriba no había visto pájaros, excepto un halcón o dos y un pato; ni rastro de urogallos u otras aves, ni rastro de ciervos o uapitíes. En las laderas de la montaña que se levantaba sobre él no veía rastros. La nieve sin pisar y sin marcas tenía casi un metro de altura a cada lado del río. Se preguntó si sería menos agotador atravesar por ahí que abrirse camino por rocas resbaladizas, pasar de treinta centímetros de agua a un metro de nieve. Vadear ríos subiendo por el cañón de una montaña era la tarea más fatigosa que había sufrido nunca; estaba seguro de no cubrir más de tres kilómetros a la hora pero continuó tozudamente el día entero, deteniéndose sólo cuando la noche se cerró sobre él.

Entonces buscó en ambas orillas con la esperanza de encontrar un refugio donde pudiese dormir. Pero sólo encontró una enramada bajo una densa maraña de ramas de bayas y kalmias, sobre la que la nieve había formado un techo; se arrastró bajo la enramada, ocultándose. Tras ponerse la ropa se envolvió con la manta y tumbado sobre el lado izquierdo mirando al río, puso dos pescados sobre unas hojas a pocos centímetros de su cara, el hacha y el cuchillo a su alcance y en unos minutos se quedó profundamente dormido. El primer sueño fue de su mujer; estaban en alguna parte en territorio de bisontes y, mientras ella recogía bayas y champiñones, él cocinaba filetes y hacía panecillos calientes. Era una noche fría y pasó frío, pero durante ocho horas no se despertó. Era la primera vez que descansaba desde hacía una semana.

Cuando se despertó de día tardó unos instantes en entender dónde estaba. Luego, como Jedediah Smith, le dio las gracias a Dios; pensó unos minutos en los huesos de su esposa e hijo, allá entre la nieve, y en una madre sentada sobre un montón de ropa de cama mirando un mundo blanco y vacío; y entonces se comió los dos pescados. Sí, hacía más frío. Al lado este de la Divisoria soplarían los salvajes vientos tormentosos de Canadá; allí necesitaría más que unos bocados de pescado helado para poder seguir adelante. Pero aquella mañana se sentía contento y se dijo que estaba fuerte como un alce macho. Pensó que ya estaba a salvo de los Pies Negros. Delante de él le esperaba una prueba que podría llegar a ser la más difícil que hubiese tenido que

soportar nunca, pero se esforzaría por superarla día tras día, todo el camino por la blanca soledad invernal hasta que llegase a la puerta de Kate.

«Enciende una hoguera y una luz por mí», dijo, y se enfrentó a los cortantes vientos del norte.

No tenía comida, ni siquiera una semilla o una raíz, cuando llegó a la Divisoria Continental y vio un mundo blanco y helado que llegaba hasta la delgada línea de árboles de un río, a veinticinco o treinta kilómetros. Más allá del río estaba el páramo invernal que llevaba hasta la cabaña de Kate. El Missouri bajaba de la zona de Three Forks y, pasando a través de las Puertas de las Montañas, giraba hacia el noreste. Aquello de más allá era territorio de bisontes. También era territorio Pies Negros. Sería territorio Pies Negros hasta el Musselshell. No se le ocurría nada de comer a lo que un hombre pudiese echarle la mano encima; incluso el tuétano rancio de los huesos de animales muertos se habría perdido bajo la nieve.

Cogió ramas de arbustos de coníferas, dejó una pila en la helada nieve y se sentó encima. Quitándose el mocasín izquierdo, levantó el pie y lo puso sobre el muslo. El problema con las heridas en los pies era que nunca tenían la posibilidad de curarse; en ese pie tenía una docena de heridas; durante sus horas de descanso o de sueño intentaban cicatrizar, pero cuando volvía a caminar las costras se ablandaban y se caían. Tenía heridas en ambos pies, pero no servía de nada quejarse. Un trampero no se preocupaba por las heridas pequeñas y no mucho por las grandes. Podía seguir adelante durante años con flechas clavadas o durante meses con heridas abiertas en el muslo o el vientre.

El problema de Sam era la comida. Sería una amarga ironía escapar a la tortura y la muerte sólo para caer agotado en la pradera y ser devorado por los lobos. Allí abajo había muchos lobos y coyotes y todos estaban hambrientos. Estaban por todas partes en aquellos grandes espacios helados hasta donde alcanzaba la vista y mil kilómetros más allá; lo seguirían, esperando poder comerse su ropa de cuero y devorarlo vivo cuando al fin cayese y no volviese a levantarse. Los pisaverdes allá en el Este contaban historias sobre feroces lobos devoradores de hombres que seguían a indefensos viajeros y los atacaban en solitarios páramos invernales durante las noches septentrionales; pero Sam no conocía ningún ataque de lobos a hombres, y los tramperos tampoco. Los lobos lo seguirían y trotarían a su alrededor día y noche; y cuando durmiese se acercarían para ver si tenía algo que un lobo pudiese comer. El hambre, si era lo bastante aguda, podría obligarlos a atacar a un hombre. El hambre engendraba más héroes que el valor.

Sam no estaba preocupado por los lobos ni por ningún otro animal de la zona que tenía ante él. Le preocupaba la comida y la mujer que estaba más allá, en el frío glacial. Hombre y mujer Él los creó, decía el libro; y allí estaba la mujer, una criatura delgaducha y gris cuya alma y ser estaban fijos en sus hijos muertos; y allí estaba el hombre, muriendo de hambre. Los dolores del hambre eran como los que se

imaginaba si dos rudas manos estuviesen estirando de sus tripas y haciéndoles nudos desde dentro. Mientras examinaba sus pies comía nieve o exploraba el distante río en busca de humo. Al sureste vio lo que tomó por las Montañas Big Belt. No creía que ningún trampero estuviese cazando por allí ese invierno. Las Montañas Bear Paw estaban en alguna parte delante de él pero no creía que tampoco hubiese nadie cazando allí.

Le parecía extraño que en una tierra donde el Creador había dejado tal cantidad de cosas para comer no encontrase nada a lo que poder echarle mano. Aunque hubiese tenido un arma no había visto nada a lo que dispararle, excepto a aquel oso. Pensó que habría bisontes junto al río, y posiblemente ciervos y uapitíes; podría encontrar uno enfermo o herido al que pudiese alcanzar o quizá encontrar huesos de espinazo junto a las orillas. Había oído hablar de hombres que hacían trampas para conejos y aves, pero no tenía nada con lo que hacer una. Pelando la corteza de una píceca se frotó la savia contra las heridas y se puso los mocasines. El par exterior de los tres que llevaba estaba roto en partes y en otras gastado y el segundo par estaba roto. Si sobrevivía suponía que aparecería en alguna parte cubierto por harapos de cuero, veinte kilos más flaco y diez años más sabio.

Estaba a punto de levantarse cuando decidió lavarse la barba. Mirando hacia abajo había visto manchas y, aunque no era un hombre meticuloso, trataba de estar limpio. Metió ambas manos en la nieve bajo la costra de la superficie y se frotó la nieve por el pelo, las cejas, la frente, por encima de la cabeza y alrededor del cuello. Tras un rato se tiró de la barba, echó un vistazo hacia abajo y no vio manchas de sangre del indio muerto. Supuso que la sangre debía de haber salido de la nariz del guardián, pero no había sido consciente de ello en el momento. Con el cuchillo se cortó la barba en dos hasta la barbilla. El pelo que había cortado lo dejó en un montoncito para que lo encontrasen los Pies Negros.

Se levantó y empezó a descender la montaña hacia el Missouri. Le dolían los pies y las manos de dentro de su vientre seguían haciéndole nudos, pero aparte de eso se sentía bastante bien. Calculó que podría llegar al río antes de la medianoche. Subido en la manta a modo de trineo, bajó por empinados barrancos donde había poca vegetación usando el cuchillo y el hacha para darse impulso o para frenar su velocidad. Creía que la nieve era una de las mejores obras del genio del Creador y compadecía a la gente de climas cálidos que nunca la habían visto. Había oído decir a Windy Bill que si hubiese mucha nieve en África no habría negros de labios gruesos y narices achatadas. Bill decía muchas cosas de esas. A Sam le encantaba la nieve tanto como la lluvia, los vientos, el trueno, las tempestades; a la gente que decía: «No sé cómo te puede gustar la nieve», o «No sé cómo te puede gustar el viento», la consideraba indigna de estar viva. Más allá, muy al sur de donde estaba, se encontraba el río Wind y las Montañas del Río Wind, e interminables kilómetros de erosionadas formaciones coloridas modeladas por los vientos. Kit Carson decía que en alguna parte bajando el Colorado había una zona inmensa de puentes,

monumentos y formaciones de piedra naturales que parecían viejos castillos. Durante siglos, durante eras, desde el principio, los vientos habían soplado allí y desde luego eran mejores escultores que Fidias. Allí donde fuese un hombre, desde las maravillas de las Colinas Negras a las caras graníticas de las Teton, desde el cañón de Yellowstone al del Snake, el Green y el Colorado, se veían los maravillosos partenones que los vientos y el agua habían construido. «¿No te gustan?», le había dicho Garras de Oso Meek a un pisaverde que se burlaba de las Teton. «Güeno, tampoco me creo yo c'al Todopoderoso le gustes tú tampoco, así que, ¿por qué no te güelves con tu mamaíta?»

Tras descender la montaña, Sam se detuvo en las blancas llanuras mirando a través de la fría neblina invernal hacia el río. Luego comenzó a andar dando grandes zancadas en la nieve que le llegaba por encima de las rodillas con todos los sentidos alerta, pues sabía que moviéndose contra el fondo blanco era tan llamativo como una verruga negra en la nariz de una mujer hermosa. Si había indios en el río podían verle llegar, pero no había visto rastro de humo. El anochecer comenzaba a filtrarse en el cielo invernal cuando el río, calculó, estaba aún a quince kilómetros; ya hacía dos horas que había anochecido cuando llegó. Había huellas en la nieve, pero no vio ser vivo alguno y no oyó ningún ruido.

Aquí y allá junto al borde del agua encontró huesos y escogiendo un par de fémures y algunos de un cuello, se sentó oculto cerca de un matorral mientras con un palo verde afilado sacaba el tuétano de los huesos. Con la lengua y los labios chupó el tuétano del palo. Estaba peor que rancio; sabía a extremadamente viejo, a descomposición y muerte. Pero en cierto modo era comida y le ayudaría a seguir adelante. Tras comer tuétano hasta que le asqueó, buscó entre los matorrales del río rosales silvestres, groselleros o guillomos. Encontró escaramujos y unas cuantas bayas todavía en los arbustos y con un puñado de ellas regresó a los huesos. Los rosados y carnosos frutos siempre le habían sabido a madera vieja. Los mezcló con algunas grosellas y guillomos marchitos con pasta de tuétano y devoró la nauseabunda combinación, animándose con relatos de hombres que habían vivido durante días con comidas semejantes a aquella. También masticó y se tragó algunas de las astillas de los huesos, después de haber machacado un fémur para conseguir el tuétano. Los huesos eran duros de roer y no sabían a nada.

Se pasó unas dos horas haciéndose la cena. No eran filetes de solomillo y panecillos calientes con sebo, ni urogallo asado bañado en grasa de riñón, pero bastaría hasta la mañana. Después de comer ató varias piezas de madera con resistentes ramas de los arbustos. Con las armas envueltas en la manta y una larga pértiga en la mano, empujó la balsa a la corriente y al llegar a la mitad se tumbó, apoyando la barbilla sobre los antebrazos para observar la conmovedora escena que tenía delante. Aunque sabía que podía morir de frío o de hambre o volver a ser capturado, no podía ignorar su insaciable deleite ante el asombroso mundo, desde las majestuosas cordilleras al más diminuto charco de barro borboteante. Debajo de él se

encontraba un maravilloso panorama de color y luz. Por todo el río el agua del fondo había estado congelándose y las formaciones de hielo en las profundidades estaban reflejando la luz de la luna llena y proyectando figuras como algunas de las que había visto en las cavernas de las Colinas Negras. Debido a que la corriente lo llevaba hacia el norte a una velocidad de unos ochocientos metros por hora, las escenas que veía debajo de él, aunque similares, nunca eran las mismas. Cuando movía la balsa con la pértiga hacia la orilla este y llegaba a un profundo y tranquilo remolino, veía a medio metro o un metro de él una multitud de lo que los tramperos llaman chupones, una especie de pez blanco, con absurdas boquitas redondas que fruncían y movían mientras respiraban. ¡Si tuviese una docena de ellos y su acero y yesca para hacer un fuego, qué banquete se daría!

Una hora después estaba en la orilla este mirando hacia el este. El río Judith y las montañas estaban en alguna parte delante de él, pero no veía rastro de ellas en la noche de la pradera. Durante doscientos kilómetros no habría nada excepto los lobos que lo seguían. Un hombre bien armado, bien provisionado y con un par de mantas calientes no habría dudado en emprender un viaje así, incluso a temperaturas bajo cero, pero uno apenas abrigado, con una manta y sin comida ni modo de conseguirla, sin duda moriría en el camino. Los tramperos habrían dicho que, aunque pudiese caminar cincuenta kilómetros al día, sin comida tardaría al menos cinco días en llegar al Musselshell.

Aquellos eran los pensamientos de Sam mientras se arrastraba bajo un refugio de sauces tapado por la nieve a esperar la mañana. No se atrevía a dormirse. Cuando al fin llegó el amanecer, pálido y helado, miró arriba y abajo por la orilla del río. No había nada que comer excepto el repugnante tuétano rancio, unos pocos escaramujos, grosellas blancas marchitadas en la rama. Se bebió medio litro de agua del río y miró hacia el sureste. «Sam» dijo, hablando en voz alta, «ahora es cuando sabremos si eres un hombre o un niño». Sabía que las palabras eran puras bravuconadas. No tenía motivo alguno para creer que podía cruzar aquella vasta llanura blanca, pero no tenía elección, excepto flotar por el río y volver a ser capturado. Después de haber caminado kilómetro y medio, se detuvo sobre una colina en el blanco páramo, un gigante velludo vestido de cuero marrón con una manta sobre el hombro izquierdo, un cuchillo inútil en una mano y un hacha inútil en la otra. Haciendo gestos hacia el cielo, con el cuchillo resplandeciendo en la pálida y fría luz del sol, gritó: «¡Padre Todopoderoso, me has ayudado hasta ahora, ayuda a Tu hijo un poco más!» Es todo cuanto dijo; pero estaba pensando en las palabras en el idioma Crow: Hombre anciana sus hijos sus fantasmas, allí, en las noches más negras están, en la artemisa están llorando. Más allá estaba ella, sin un fuego, acurrucada en sus mantas a veintitrés bajo cero, hablándole a sus hijos en la artemisa llorando. Si una mujer podía soportar tales inviernos por amor, ¿podía un hombre soportar menos por una mujer e hijo muertos?

Tom Fitzpatrick le había dicho a Jim Bridger: «Nunca he conocido a un tipo que

ame la vida como Sam. Para él cada hora es una pepita de oro». Aquellas eran palabras elaboradas para un trampero, pero Tom había leído mucho y se le daba bien expresarse. Parte de la fuerza que empujaba a Sam a recorrer penosamente las blancas praderas era el amor a la vida, la alegría por la salud y la juventud que lo llenaba como lo llenaba la música más alegre de Mozart; y parte era su creencia de que la tierra sobre la que caminaba había sido diseñada por el mejor de todos los artistas, y que si un hombre tenía el coraje y la fortaleza mental para no fallarle, la tierra no le fallaría. En la tosca filosofía de trampero de Sam aquellas personas que se convertían en siervos de la tristeza y la melancolía nunca habían reunido ni puesto a prueba más que una parte de lo que había en ellos y así se habían fallado a sí mismos y a su Creador. Si era parte del plan inescrutable que sobreviviese a aquella terrible experiencia y volver a cubrir de lirios los huesos de su esposa e hijo, la fuerza estaba dentro de él, esperando, y él sólo tenía que invocarla, toda, y utilizarla sin pestañear ni lloriquear. Si demostraba ser una pieza digna en el edificio del Gran Arquitecto, viviría; en la filosofía de Sam aquello era prácticamente todo lo que importaba.

Tenía la intención de invocarla toda, hasta el último y desesperado átomo. Caminaría y descansaría, caminaría y descansaría; y si no había nada que comer, descansaría y volvería a caminar. La aureola del sol le decía que la temperatura estaba bajando. El frío podría ser mejor para él que la nevada, pues si tenía que atravesar nieve más alta que aquella pronto fracasaría. Nada agotaba tanto a hombre o animal como andar entre nieve blanda a la altura de la ingle. Mientras andaba, Sam veía su rumbo como una línea un poco al norte de lo que creía que eran las Montañas Little Belt. Sería a unos cien o ciento veinte kilómetros del río Judith donde podría encontrar bayas y huesos, o un conejo al que pudiese lanzarle su cuchillo, o el reseco pellejo de un viejo animal muerto. Para mitigar un poco el constante dolor de su estómago de vez en cuando cortaba un pedacito del borde de sus pantalones. Un hombre podía masticar un pedazo de cuero curtido durante una hora sin resultado alguno excepto que se convertiría en una pulpa blanda e impermeable que le llenaría la boca. Lo que Sam hacía era chupar el humo y los tintes y tragárselos. Cuando estuvo lo bastante lejos del río como para sentirse seguro, comenzó a cantar; ¡y qué estampa formaba, una criatura alta de color pardo en un mapa blanco, cantando a voz en grito un aria de Mozart para Lotus! Estaba recordando las veces que le cantaba y tocaba y las pocas veces que ella cantó con él. Pensar en ella le recordó los banquetes compartidos, de modo que después cantó el aria del Champán. Luego cantó todo lo que se le ocurrió que expresara el milagro de estar vivo y poder cantar. Había pájaros que cantaban la mitad del tiempo y había gente que se quejaba la mitad del tiempo. Los pájaros eran dignos de su belleza y sus alas. Había criaturas como el glotón que nunca cantaban, pero andaban gruñendo y chasqueando los dientes entre las sombras día y noche. El uapití macho cantaba, también el alce macho y el bisonte macho estaban a menudo tan llenos de vida y alegría que pateaban, bramaban y daban vueltas y vueltas, abriendo los ojos ante las maravillosas praderas y la hierba de oso

con sus largos tallos y sus cúpulas de flores blancas. Un turpial se posaba en una rama y entonaba exquisitas canciones la tarde entera, un zorzal podía cantar las variaciones de su pequeña sonata hasta que lo venciese el sueño, y un azulejo subido a la copa de un árbol era capaz de vaciarle su alma a la primavera en una larga y dorada mañana. El chipe de cola larga hablaba toda la mañana, la tarde y la noche y desesperaba en sus esfuerzos por expresar las maravillas de todo aquello; y el increíble sinsonte avergonzaba y dejaba en evidencia a todos los músicos...

De ese humor estaba Sam mientras pasaba por quebradas y subía colinas. La nieve vieja de debajo estaba helada pero encima había alrededor de treinta centímetros de nieve reciente, blanda y agradable bajo sus mocasines. De vez en cuando miraba atrás hacia el profundo rastro que iba dejando. Con el sol de la mañana un indio, desde la altura, podría verlo, pero creería que era un rastro de lobo. Sam había decidido caminar sin detenerse, si podía, todo el camino hasta el río Judith, pero, cuando se encontraba a veinticinco kilómetros del Missouri, vio los primeros lobos y poco después encontró huesos de liebre. Escogió algunos de ellos, pero estaban mondos. Se habían comido hasta la piel. Tomando consigo los huesos más grandes hasta que llegó a una roca, los aplastó con el hacha y chupó un poco de grasa de tuétano y blanda pulpa de hueso.

Cinco lobos decidieron seguirlo. No le importó. Dado que no parecía renqueante ni viejo, sabía que no pensaban poder comérselo. Tenían curiosidad y estaban esperanzados. Sam suponía que se preguntaban qué hacía allí en territorio de lobos solo y qué pretendía hacer. Un lobo sabía cuándo un hombre llevaba un rifle; entonces era más cauto. Algunos tramperos creían que lo reconocían como un arma; otros, que olían la pólvora. Hasta la urraca era más osada cuando un hombre no llevaba rifle.

Los cinco lobos lo seguían a una distancia de unos treinta metros, pero de vez en cuando el más osado de ellos, un lobo grande que pesaría, calculó Sam, unos sesenta y cinco kilos, se adelantaba a los otros trotando; y si Sam se detenía y se volvía el lobo se paraba, con las orejas hacia delante, la boca abierta y mirándolo. La lengua descansaba sobre sus caninos inferiores, largos y curvados, pero dado que era demasiado ancha para el espacio que había entre los dientes se apoyaba entre las puntas de los colmillos. En los ojos tenía grandes agujeros negros como pupilas y un iris que a la luz de la nieve parecía verde pálido. La cara no parecía feroz sino sólo curiosa, casi amistosa; pero Sam sabía que el largo cuerpo delgado estaba hambriento y que a su modo animal el lobo lo contemplaba como algo a lo que comerse. «Supongo», dijo Sam, «que tendrías mejor sabor que el tuétano viejo y los escaramujos, pero no lo sabré nunca si no te acercas más». Creía que a diez metros podía acertarle al animal en el corazón con su cuchillo.

El lobo se volvió tan osado que se acercó hasta quince metros, pero cuando Sam movió el cuchillo para arrojárselo el lobo de repente se volvió hacia atrás. Una vez el lobo apuntó con el hocico al cielo y, casi cerrando los ojos, abrió sus pulmones a toda

potencia emitiendo la gélida señal invernal. Era aquella llamada de apareamiento la que hacía que los pisaverdes temblasen durante toda la noche. Por qué el Creador había decidido que ese animal se aparease durante las nieves del invierno era otro acertijo; la mente mortal no era capaz de ver la sensatez de muchas de las disposiciones del plan divino. Si, pensó Sam, hubiese tenido orina de un lobo cuando estaba a ciento cincuenta kilómetros de allí, lo hubiese lanzado contra el primer árbol que encontrase y ese torpón se volvería loco después de olerlo. El perro de ciudad y el perro de campo actuaban de modo muy parecido al encontrarse. Si tuviese una trampa y un conejo de cebo... Pero si tuviese un conejo no estaría pensando en cenar carne de lobo.

A una media de ocho kilómetros a la hora excepto en las quebradas donde la corteza cedía bajo sus pies, Sam caminó el día entero; y cuando cayó la oscuridad calculó que sólo estaba a unos treinta kilómetros del río Judith. Las estribaciones septentrionales de una cordillera llevaban ya un tiempo a su derecha, pero no había visto rastro de ciervos ni de nada vivo. A lo largo del Judith, como a lo largo de la mayoría de los ríos, habría bisontes alimentándose de las hierbas del fondo del río y de arbustos. Esperaba encontrar a uno que estuviese viejo o enfermo. Entumecido por la fatiga y el hambre, siguió caminando. Dos horas tras el anochecer, tres, cuatro, siguió caminando con los cinco lobos trotando tras él.

Entonces llegó al río y lo primero que hizo fue encontrar un espacio abierto, tumbarse y beber. Con la noche el frío había aumentado y el hielo le quemaba las orejas. Buscó por toda la orilla arriba y abajo hasta que encontró un refugio bajo el que se pudo arrastrar y con el hacha excavó en la tierra más profundamente de lo que llegaba la helada, excavando una zona lo bastante grande como para que cupiese. Estaba protegido por un denso matorral cubierto de nieve por todas partes menos por el lado del río. Había esperado poder dormir, pero tras acurrucarse en la manta la tierra le pareció tan fría y el aire que había sobre él tan gélido que se incorporó y estudió su problema. Sin comida podría caminar otros dos o tres días, pero dudaba de que pudiese conseguirlo sin comida y sin dormir. El pensamiento le pareció tan cobarde y vergonzoso que trató de alejarlo; y mientras se esforzaba por hacerlo se le ocurrió que debería reírse. Preguntándose de qué podría reírse, pensó en los cincuenta y siete bravos correteando por todas partes como enormes hormigas rojas, o avispas, cuya casa hubiesen destruido. Así que lanzó un grito que se podía haber oído a un kilómetro en los dos sentidos del río y entonces comenzó a cantar: «¡Eh, ven, ven, Sammy! ¡Eh, venid, Sam y Joe!» ¿Se había reído alguna vez Hugh Glass mientras se arrastró los ciento cincuenta kilómetros? ¿O Colter, mientras se deslizaba en la noche desnudo, hambriento, con los pies llenos de púas de cactus?

Ahora se alzaba ante él, mientras temblaba, una vívida imagen de los indios. Un bravo se había acercado con una segunda bebida para el guardián y lo había visto allí tirado, muerto, con los ojos desorbitados y la lengua fuera. Chillando, había corrido hasta el jefe; y medio borrachos y ahítos de carne de uapití medio cruda, los pieles

rojas habían corrido hasta la tienda para ver con asombro a uno de sus más valientes. Entonces se desató el infierno. El campamento indio debía de ser como un hormiguero alrededor del que unas *squaws* hubiesen prendido fuego. ¡Qué olores! A pestosa pintura de guerra, a humo, a ron, a perros que aullaban y a ira; ¡y qué rugidos de furia y frustración! Qué salvajes ladridos de los perros, qué aterrados resoplidos y relinchos de los caballos; ¡y entonces qué locura desatada cuando cincuenta y siete hombres, agarrando sus pistolas y *tomahawks*, corrían por aquí y por allá, al este, el oeste, el norte, sus sentidos nublados por el ron y sus negros ojos tornándose amarillos!

La idea que Sam se había hecho de la escena le dio algo de calor. «Cuando esta anciana ella hacia él va él se fue». Sam podía imaginarse los ojos del jefe llegándole casi hasta las mejillas cuando, inclinado a la tenue luz del *teepee*, no pudiera dudar que el Terror había matado a un poderoso guerrero con las manos desnudas. Sam resopló, se rio y tiritó. Estaba calentándose el cuerpo y el alma. «El jefe y yo», dijo quitándose una lágrima, «tendremos un encontronazo el próximo verano».

Se levantó y por tercera o cuarta vez se envolvió en la manta, tirando de ella como si tirando pudiese alargarla, pero sólo le llegaba desde la barbilla a las rodillas. Haciendo lo que pudo con ella, volvió a tumbarse en el agujero, con el cuchillo y el hacha al alcance, ambas manos agarrando los bordes de la manta para sostenerla. Donde más frío sentía era en la parte baja de las piernas y en los pies. Intentándolo de nuevo, se tumbó sobre la tierra del lado izquierdo, levantó las rodillas y se tapó con la manta, sujetando la parte trasera con la espalda y el trasero y la delantera con las rodillas y las manos. Y aunque la temperatura era de veintiséis bajo cero, Sam se quedó dormido con cinco lobos acercándose para olerle.

Los lobos estaban fuera esperando cuando Sam se despertó cuatro horas después, helado hasta la médula y tan tieso que lo único que podía mover era la cabeza. No sentía nada en las manos ni en las piernas y sólo con un supremo esfuerzo pudo al menos incorporarse. Los pinchazos del hambre eran tan agudos como puntas de cuchillo cuando salió arrastrándose del refugio y se puso en pie como un gran cadáver animado. Mientras sacudía brazos y piernas para hacer correr la sangre, sintió que mientras estaba dormido había estado cerca de morir congelado. Mirando al este hacia la gris mañana, se preguntó cómo le iba a Kate.

Durante unos minutos trató de detener su violenta tiritona y pensar en cosas que le diesen fuerza. Estaban las flores de la montaña; las mariposas, las caléndulas y los lirios de montaña, las anémonas de bosque, las violetas y las amapolas, las columbinas y las castillejas y laderas enteras cubiertas de lilas. En el pasado le había parecido que las flores más preciosas y los temas musicales más dulces no eran sino dos aspectos de la misma gracia; pero ahora la relación le parecía un poco forzada. Trató de tararear una canción de Schubert mientras se decía que cuando llegase la primavera subiría a los neveros y recogería un gran ramo de lirios para dejarlos junto a los huesos de su esposa e hijo. Los espasmos musculares eran tan fuertes que

empezó a pellizcarse y golpearse, a mover los brazos con energía y saltar arriba y abajo; y a sesenta metros de él cinco lobos estaban sentados sobre sus patas traseras mirándolo.

Una hora más tarde estaba mirando hacia abajo al río Judith, que estaba al norte y se preguntaba si sería seguro bajar en balsa por el Missouri y luego, desde allí, hacia el Musselshell. Sabía que era una idea absurda y lo tomó como señal de que estaba fallándole la cabeza.

Tras su terrible experiencia y su fuga, Tom Fitzpatrick, a quien se le había encanecido el pelo en pocos días, había dicho: «Tras cierto tiempo el mayor peligro son las ideas de uno, porque le empieza a fallar la mente y se cree que todas las ideas son geniales; pero casi todas ellas lo llevarían a una muerte segura si las pusiera en práctica». Sí, eran lo que parecían soluciones fáciles las que engañaban a un hombre. De modo que Sam miró hacia el este y se dijo que siguiera avanzando, que quedaban menos de ciento cincuenta kilómetros hasta la puerta de Kate. Aquella mañana soplaban un viento gélido del norte. El territorio entre él y la cabaña de Kate eran los terrenos de caza invernales de las ventiscas que llegaban del Canadá. Aunque se sentía terriblemente débil, Sam pensó que podría cubrir la distancia en dos días y dos noches si los vientos no lo derribaban. Era la clase de tierra en la que el Creador ponía a prueba a Sus hijos más osados. A Job lo había puesto a prueba de un modo, a Sam Minard de otro. A los pisaverdes y otros debiluchos, de manos blandas e inútiles, vientres flácidos y costumbres tímidas y medrosas, Él los ponía a prueba permitiéndoles caminar dos manzanas hasta el tranvía, o pescando en una poza de un río tranquilo. Sam aceptaba la prueba y decidió sobrevivir a ella, con el frío, el hambre y las ventiscas en las que cualquier trampero de la tierra podría perderse. En alguna parte más allá de la glacial bruma de madrugada estaba la Montaña Judith y en alguna parte más allá estaba el Lago Wild Horse. No lejos del lago había un gran arroyo que corría hacia el Musselshell. Si pudiese ver aquellos puntos de referencia encontraría el camino aunque el sol estuviese oculto día y noche.

El río que tenía delante estaba congelado en una cuarta parte por ambos lados. Sam tuvo que buscar y arrastrar por el hielo pedazos de madera para hacerse una balsa. Fue mientras se movía cuando supo, con una punzada de consternación, que no sólo le habían abandonado gran parte de sus fuerzas, sino que levantar treinta o cuarenta kilos de peso hacía que sintiese agudos dolores por todo el cuerpo. No se había dado cuenta de que estuviera tan débil. Se pasó dos horas moviendo hasta la orilla troncos suficientes como para que lo transportasen y era casi mediodía cuando llegó al otro lado. Aquella mañana hacía tanto frío que el acero del hacha y del cuchillo le quemaban la carne. Decidiendo que no necesitaría el hacha, la enterró junto a la raíz de un árbol, pero después de alejarse una cierta distancia se volvió para mirar atrás y comenzó a temblar como si se estuviese despidiendo de un ser vivo.

Empezó a sentir un deseo consciente de volver a por ella y para quitárselo de la cabeza se quedó mirando a los cinco lobos al otro lado del río. Luego comenzó a caminar hacia el este.

Durante los primeros quince kilómetros resultó sencillo. Mientras avanzaba penosamente tratando de ignorar los dolores en sus nervios, músculos y huesos, sólo tenía a su alrededor el cegador páramo blanco, porque le cegaba, aunque el sol estuviese medio oculto por la bruma. A su izquierda soplaba un viento punzante y abrasador y tras unos instantes tenía la cara tan entumecida que apenas sentía nada. Sin guantes, tuvo que frotarse las manos constantemente o golpearlas contra el cuerpo. Pero eran los pies los que le daban más problemas. Ahora sólo tenía dos pares de mocasines y estaban gastados. Se preguntaba si debería envolverse los pies con un trozo de la manta; lo que hizo de vez en cuando fue doblar la manta, sentarse sobre ella y quitarse los mocasines. Entonces se frotaba los pies para que la sangre volviese a circular y estudiaba el sol, el cielo y el mundo que lo rodeaba. Desde que dejó el Judith no había visto ni lobos ni conejos ni pájaros. Allí reinaba el frío invernal. Calculó que la temperatura sería de unos veinticinco bajo cero y seguía bajando. ¿Si llegaba a cuarenta bajo cero podría seguir adelante?

Claro que seguiría adelante.

Cuando volvió a ponerse en marcha se colgó la manta sobre la cabeza hacia el lado izquierdo, pero el viento se esforzaba tan coléricamente por arrancársela que volvió a llevarla en los brazos, con las entumecidas manos por dentro. ¿Tendría Kate una hoguera? ¿O la encontraría muerta? Cuando la oscuridad cayera, ¡qué glorioso sería que en la lejanía, a través del frío, viese el pálido y frío amarillo de una ventana iluminada! Pero no había ventana y a menos que hubiese encendido un fuego no habría luz. Supuso que estaría sentada acercándose las rodillas al vientre con toda la ropa de cama apilada por debajo y por todas partes de su cuerpo. A uno le hacía enloquecer el pensar en una mujer viviendo así invierno tras invierno; pero su devoción hacia sus hijos era algo grande y noble, como la Novena de Beethoven, o una puesta de sol, o una violenta tempestad en el océano. Miró al gélido cielo y se preguntó qué pensaría el Todopoderoso de Kate. Ella era todo valor, y le sobraba. ¡Qué trampero hubiese sido!

Sam podía calcular la hora por la palidez del cielo tras el que se ocultaba el sol. La una, luego las tres, las cinco y volvió el atardecer y el frío era más glacial. No le parecía que caminase deprisa o que avanzase mucho; dudaba de que en seis horas hubiese recorrido treinta kilómetros. El viento se volvió más violento una vez que se puso el sol. Sólo las *squaws*, pensó, podían ser tan salvajes e incontrolables como el viento. Todo lo que le rodeaba era una locura absoluta, algo enviado por los ingleses desde Canadá para aterrorizar y desolar tierra americana. Llegaba chillando y aullando a través del Missouri y luego barría los páramos, creciendo en violencia y locura según avanzaba la noche; y con sus emociones más cerca del pánico que nunca, Sam se sentó, dando la espalda a los vientos, cubriéndose con la manta y

preguntándose qué podía hacer. Job había sido puesto a prueba con desgracias que se hacían cada vez más difíciles de soportar hasta que el acosado y torturado hombre había gritado que no podía soportarlo más. Pero lo había hecho. Sam se dijo lúgubrementemente que estaba siendo puesto a prueba con uno de los vientos más fuertes de la reserva de vientos del Creador. Haría cuanto un hombre pudiese hacer, y luego más.

Allí se quedó sentado en mitad de la noche con el viento aullando contra él, su frío canadiense derramándose sobre él como una atmósfera de hielo. Todavía sabía hacia dónde quedaba el este. Se levantaría y volvería a andar; caminaría mientras supiese la dirección y pudiese levantar los pies; y entonces se haría guantes con la manta y se arrastraría. Si perdía la orientación se detendría y se protegería hasta que pasara la noche y por la mañana volvería a arrastrarse. El cielo era sólo un océano de veloces vientos en el que no se veía ni la luna ni las estrellas; el mundo que lo rodeaba estaba hendido por poderes que sólo los más fuertes podían resistir. Inclinandose hacia la izquierda, continuó adelante, con el cuchillo dentro de un pliegue de la manta, sujetando el mango con una mano y con los pies entumecidos; llevaba el rostro vuelto hacia la derecha, apartado de la insania huracanada de la ventisca; las piernas casi congeladas daban un paso adelante y luego otro. Hasta que el viento cambiase sabría hacia dónde quedaba el este, pero las ventiscas podían convertirse en rotaciones ciclónicas en las que se perdía la orientación.

De vez en cuando se detenía, se arrodillaba mirando hacia el sur y hacía un agujero en la nieve; y entonces se sentaba en el agujero para no salir volando mientras se quitaba los mocasines y se masajaba los pies. Trató de conservar los sentidos alerta sobre su condición física, porque sabía que había personas a las que el frío entumecedor seducía y caían en un estado mental de tranquilidad pensando que todo iba bien. Sabía que estaba medio congelado, pero podía mover los dedos de los pies; tras un vigoroso frotamiento sentía un pálido calor en los pies; y, moviéndose de lado a lado, notaba una pequeña sensación en el trasero. Se retorció las orejas y la nariz.

Luego volvió a caminar, avanzando trabajosamente en mitad de la noche como el que tiene todo su ser concentrado en un solo objetivo; se sentía entumecido casi hasta la médula y las punzadas de hambre eran como masajes violentos en su estómago y entrañas; y su mente no estaba tan despejada como él quisiera, pero siguió avanzando. Los tramperos habían tratado de descubrir por qué en una ventisca un hombre se ponía a dar vueltas mientras estaba convencido de ir en línea recta. Uno decía que era porque se pesaba más de un lado que de otro, que si cortabas a un hombre por la mitad desde la cabeza hasta la ingle se vería que un lado era tres kilos más pesado que el otro por el mismo motivo por el que tenía una parte de la cara más llena y una oreja más grande. Ponte a doscientos metros de un árbol, cierra los ojos y camina hacia él y al abrirlos te encontrarás a quince metros a la derecha o a la izquierda. Se había hecho una mención obscena a las pelotas de un hombre, y algunos

se habían reído, y Windy Bill había dicho que aquella podía ser la razón.

Con los ojos casi cerrados contra el viento, la cabeza inclinada, el cuchillo ahora atado a una esquina de la manta y las manos masajeándose una a otra, Sam siguió adelante hasta pasada la medianoche. Ahora sabía que los vientos aullarían toda la noche y todo el día siguiente. Aquel territorio del Missouri al este de las Colinas Negras y al sur del Yellowstone era el patio de juegos invernal de los vientos de Canadá; cargados de hielo y amenazas, aparecían como estrepitosos océanos de aliento gélido bajando desde las grandes montañas septentrionales; y tras aullar por aquellos amplios páramos barrían las cuencas entre las Bitterroot y las Bighorn, y entre las Bighorn y las Colinas Negras; y rugían todo el camino hasta el sur de las Montañas Sangre de Cristo, las grandes dunas de arena y las Montañas San Juan.

Supuso que así eran las cosas, porque estaba obligando a su cabeza a pensar y mantenía siempre en mente la historia de Job. Su padre se la había leído a sus hijos. Dios había dicho que Job era un buen hombre y Satanás había dicho: «Sí, pero has construido a su alrededor una valla de amor, ¿y qué adversidades sufre?» Dios entonces había entregado a Job a Satanás para poner a prueba de qué estaba hecho; y unos asesinos mataron a los sirvientes de Job, quemaron a sus ovejas y le robaron los camellos; y luego sopló un viento terrible del desierto que arrasó su casa y mató a sus hijos e hijas. Todo aquello fue sólo el principio. Yo, se dijo Sam, tengo un poquitín de hambre y un poquitín de frío, ¿tengo que afeitarme la cabeza y tirarme al suelo? A menudo había oído a su padre pronunciar las palabras de Satanás: «Piel por piel, todo lo que un hombre tiene lo entregará a cambio de su vida». Satanás era un político. Un hombre no entregaría a sus hijos, su esposa, sus amigos, su honor ni a los indefensos a los poderes del mal. Sam buscó la armónica dentro de su camisa y la calentó dándole vueltas y más vueltas entre las manos. Luego, mientras caminaba lentamente, trató de tocar con el viento, escogiendo en primer lugar la canción favorita de la madre de Mozart y de la suya. Quitándose la armónica de los labios, gritó a los cuatro vientos: «¡Regocíjate, oh, mi corazón!» Intentó tocar el final de una sonata y una tierna melodía de amor entre hombre y mujer mientras pensaba en Lotus. Job, el idiota, había maldecido a su Creador. Job había deseado haber muerto al nacer o quedar hundido en el sueño eterno, pues allí hasta los malvados dejan sus vicios y los atribulados y agotados descansan. Allí los prisioneros yacen en paz y no oyen la voz del tirano; los famosos y los olvidados mezclan sus cenizas; y el sirviente ya no acude presto a la llamada de su amo. ¡Cómo le había gustado a su padre declamar aquellas valientes palabras! Sam oyó en los vientos: «Porque la exasperación mata al insensato y la envidia asesina al necio». Pobre Job, estaba tan atormentado que sólo anhelaba la muerte: «¡Oh, si Dios soltase Su mano y me partiese en dos!» Por primera vez en su vida Sam entendía lo que significaban los gritos de Job; pues mientras avanzaba penosamente, enfermo de hambre, debilidad y helado hasta la médula, se encontraba pensando que el descanso era lo mejor de entre todas las cosas buenas de la vida.

Sintió la advertencia a tiempo. Su primer acto fue intentar mirar a su alrededor, pero sólo veía a los salvajes terrores grises barriendo a su alrededor. Podía estar a cinco metros o a cinco kilómetros de unos árboles; posiblemente ante él tenía una profunda cueva donde guarecerse, llena de blandas hojas arrastradas por el viento. Se acuclilló, apartó la nieve reciente y con el cuchillo hizo un corte redondo en la corteza de hielo. Lo levantó y metió el brazo y casi lloró de alegría al darse cuenta de que allí la nieve era profunda. Agachándose, la aplastó bajo la corteza o la sacó hasta que pudo entrar en el hueco con los pies por delante. Tiró de la manta tras él.

Luego pateó y golpeó la nieve blanda bajo la corteza para apartarla de modo que pudiese agacharse y quedar fuera del alcance del viento. Pensó que debía de estar en una quebrada, o en un ventisquero junto a los árboles, o en un risco. De rodillas siguió apartando la nieve echándola hacia atrás.

Le pareció que bajo la corteza se estaba asombrosamente cálido, pero estaba tan agotado que no sabía que su esfuerzo había hecho que se le acelerase el pulso. La tierra que tenía debajo no estaba helada; aquello significaba que había caído una buena capa de nieve y había quedado allí antes de la primera helada. Apartando la nieve de modo que pudiese extender la manta, se sentó sobre ella, se quitó los mocasines y se masajeó los tobillos y los pies. Estaba exhausto, pero no lo admitía. Más que nada, deseaba dormir, pero sabía que si se quedaba dormido no despertaría nunca. Mientras pensaba vagamente en ello, le pareció que mantenerse despierto requeriría algo más que un esfuerzo de voluntad. Por encima de él oía al viento soplar a ochenta o cien kilómetros por hora y cuando colocó el oído en el suelo todavía podía oírlo, como si fuese subterráneo. No llevaba mucha nieve, pero estaba llenando el agujero; tras un rato le parecía casi hasta cómodo el lugar donde estaba, pues no le alcanzaba ni un soplo de viento. ¡Si tuviese cuatro cálidas mantas más, dormiría un día y una noche y podría caminar hasta la cabaña de Kate en unos minutos!

Durante un rato había sentido más calor, pero en realidad el sitio donde se sentaba estaba a temperaturas bajo cero y lentamente sintió escalofríos. Sentía terribles calambres en el vientre; cuando trató de calmarlos con un masaje se hicieron tan agudos que casi soltó un grito. Se comió un puñado de nieve y le dio náuseas. Agachándose, trató de encontrar bajo la nieve hierba, insectos muertos o cualquier cosa que pudiese masticar y tragarse, pero sólo estaba la tierra. Cortó un trozo de su ropa y comenzó a masticarlo y en seguida se dobló, tratando de vomitar. Se dijo que debería pensar en los hombres de quienes se había contado que habían vivido durante semanas alimentándose de los tiosos y viejos pellejos de lobos muertos o que habían vivido durante días sin comer más que hierba.

Supuso que tendría que masajearse todas las partes del cuerpo que tenía entumecidas, pensar en Job, mantenerse despierto y esperar a que llegase el día. También pensaría en Kate; ya no estaba lejos de ella, no más de cincuenta, de treinta kilómetros. Permanecer despierto resultó lo más duro que había intentado hacer nunca. ¡Qué tirano era el cuerpo cuando quería descansar! Cuando por dos veces casi

alcanzó el punto de no retorno, supo que tendría que encontrar un vigilante mejor. Mientras estaba allí, balanceándose un poco, había bajado imperceptiblemente la cabeza y, del mismo lento y traicionero modo, casi se le habían cerrado los ojos hasta que sólo se percató con un débil destello de consciencia. Trató de organizar un plan por el que si se dormía caería sobre la punta del cuchillo. Poniéndose a cuatro patas, se dijo que ningún hombre podía dormirse en esa postura, que si se cayese de bruces se despertaría. Pero aquello demostró no servir tampoco. El único modo que se le ocurría en el que podía tener cierta confianza era contar hasta veinte una y otra vez y registrar cada cuenta. Durante un rato se metía un pedazo de nieve en la boca cada vez que decía la palabra «veinte», y pensó que le estaba yendo bien hasta que, con un sobresalto, se despertó y se dio cuenta de que la última palabra que había dicho era diecisiete. Convencido de que estaba siendo blando consigo mismo, decidió tomar medidas más severas; comenzó a golpearse y pellizcarse y a tirarse de la nariz y las orejas. Todo eso tuvo que abandonarlo; los masajes y los pellizcos lo calentaban de un modo que era casi lo mismo que quedarse dormido.

«Maldita sea, Sam», dijo en voz alta, «¡si no puedes mantenerte despierto, levántate y vete!»

Atravesó la nieve que el viento había llevado dentro del agujero y se puso en pie, con la cabeza y los hombros al viento. No podía ver rastro de luz del día. El viento parecía soplar con aún más fuerza y dudó de que pudiese soportarlo. Para castigarse por ser un torpe dormilón, giró la cabeza de lado a lado de modo que el aire que transportaba cristales helados le golpease y le pinchase toda la cara. Luego volvió a hundirse en el refugio.

Nunca llegaría a saber cómo sobrevivió a aquella noche y a la mañana siguiente. Su mente ya no estaba despejada cuando al fin probó los vientos y decidió partir. Con la manta alrededor de la espalda y los bordes agarrados con las manos, enfiló con su demacrado rostro al este, se inclinó hacia delante y volvió a andar. Ahora se movía más como un robot que como un hombre. El viento había amainado un poco, una pálida aureola de luz estaba a medio camino en el cielo y a veces podía ver a cien metros, a veces a ochocientos. Caminó durante siete horas, deteniéndose sólo cuatro veces para masajearse los pies. Y al fin se detuvo, balanceándose en casi completo agotamiento y vio la línea de un río cubierta de nieve y supo que era el Musselshell.

Apenas le quedaba consciencia suficiente para saber que aquel viaje no había terminado. Tendría que cruzar el río. Tendría que determinar de algún modo si estaba al norte o al sur de la cabaña de Kate. Y sabía que lo principal que tenía que tener en mente era el crudo e implacable hecho de que, cuando una persona cree que una experiencia espantosa casi ha terminado, tiende a relajar sus esfuerzos, a dejarse ir con lo que le queda de fuerza. Trató de tararear el Ave María mientras buscaba a su alrededor pedazos de madera para hacerse una balsa; trató de pensar en una historia que lo animase y se acordó de una que le había contado Bill sobre los lobos. Una gran manada de lobos iba corriendo alrededor de hogueras de campamentos por la noche,

chasqueando los dientes y acercándose medio metro cada vez que rodeaban el campamento. Al fin, profiriendo furiosas obscenidades, Cabellera Perdida Dan había corrido hacia ellos con sus cuchillos largos y vio que el lobo más cercano se ponía en pie sobre sus cuartos traseros, se quitaba la piel del lobo y desaparecía en la oscuridad. Antes de que Dan se recuperase del asombro, todos los lobos se habían puesto en pie y habían huido. Sam trató de reírse de aquel viejo truco indio, pero ahora no le parecía gracioso, ni tampoco se le ocurría nada gracioso mientras apretaba los dientes por el cansancio y el dolor y arrastraba trozos de madera hasta el borde del río helado. El Ave María ya no sonaba como una plegaria. Encontró ramas de arbustos para atar los leños y cruzó el río, pero nunca llegaría a saber cómo lo había hecho; y cruzó la ribera y miró al norte y al sur buscando un punto de referencia. Como no vio nada conocido, subió a una colina y miró el terreno arriba y abajo del río y hacia el oeste por donde había caminado penosamente en el implacable viento. Estaba bastante seguro de que Kate estaba al norte de él y después de haber caminado kilómetro y medio supo que así era. Después de tres kilómetros más, dos horas y la llegada de la noche vio en la colina la cabaña cubierta de nieve.

En aquel momento, cuando estuvo convencido de que lo estaba viendo, de que no se trataba de un espejismo o una aparición, se vio abrumado por una repentina y espantosa debilidad. De entre todo lo que podía hacer, cayó al suelo y empezó a llorar. El más fuerte de todos los tramperos había alcanzado el fin de sus fuerzas, pero no de su ánimo. Comenzó a arrastrarse a cuatro patas hacia su puerta. Su fuga de los Pies Negros y su largo viaje sin comida a través del frío glacial y las ventiscas se convertirían en una de las leyendas de los tramperos junto a la de Tom Fitzpatrick, Colter y Glass. «Pos claro que lo hizo», contaría Windy Bill cien veces alrededor de fogatas, «tiró pa donde estaba la loca y trepó las montañas y allí estaba...»

Para cuando Sam llegó a la puerta de Kate, tenía las manos casi tan congeladas que se pasó varios minutos soplándoselas, chupándose los dedos, lavándose los con nieve, masajeándose los y metiéndolos dentro de su ropa junto a las costillas. Estaba tan débil que se quedó allí y cuando vio el sendero hacia las tumbas y luego el túmulo que parecía una montañita de nieve, comenzó a llorar como un niño torturado. Golpeó las planchas de la puerta, que estaba cerrada, y dijo: «¡Soy yo! ¡Soy Sam!» Agarrando la puerta con ambas manos, tiró de ella y la abrió. Estaba aguzando la vista para ver en la oscuridad cuando con un grito ahogado vio que la mujer estaba casi delante de él. Estaba junto a la puerta y parecía estar sentada sobre su ropa de cama, pero sólo era visible su pelo gris y parte de su rostro. Sam extendió un dedo y le tocó la cara para ver si estaba viva.

«¡Soy yo!», susurró, «soy su amigo Sam». Se arrastró hasta la pila de ropa de cama, se volvió y cerró la puerta. Luego, como un animal, se metió entre las mantas y estirando un brazo y colocándolo alrededor de la mujer lloró en silencio hasta que se quedó dormido.

TERCERA PARTE

Sam

Sam durmió toda la noche y hasta la tarde siguiente, y cuando se despertó estaba solo. Después de darse cuenta de dónde estaba, se preguntó si había acaparado toda la ropa de cama y luego como un animal se arrastró hasta la pared norte para buscar entre las cosas frías que había allí. Un paquete, duro como una piedra, le pareció que era cecina de venado; con el cuchillo peló parte de la bolsa de cuero y cortando un trocito, se lo metió en la boca. Un instante después de habérselo tragado se puso enfermo y le entraron arcadas, pero como un lobo hambriento en mitad del invierno atacando una presa muerta masticó y tragó otros pedacitos. Entonces, de repente, le entraron unas arcadas tan fuertes e incontrolables que le tembló todo el cuerpo y gimió. Se arrastró hasta la ropa de cama, llevando consigo el saquito de carne y abrigándose con algunas mantas se quedó sentado, tembloroso y preguntándose qué le pasaba. Se acercó la carne y con las manos trémulas intentó arrancar otro trozo; pero estaba tan completa e infinitamente agotado que su mayor deseo era rendirse al calor y volver a dormir. Y así, cayó hacia atrás y apilando mantas a su alrededor y por encima de él y con los brazos aferrando la bolsa de cecina volvió a quedarse dormido.

Había oscurecido cuando se despertó y se incorporó. Esta vez tardó varios minutos en despertarse por completo y darse cuenta de dónde estaba. Seguía medio consciente y prácticamente muerto. Al principio creyó que estaba otra vez en el agujero bajo la nieve y aguzó el oído para escuchar el viento. Luego tocó a su alrededor para examinar las cosas. Al ver la puerta abierta, la ropa de cama, la orilla del río colina abajo, supo dónde estaba y se preguntó dónde andaba Kate. Estuvo unos minutos sentado, sintiendo más que pensando, y tratando de creer que seguía vivo. Tras un rato notó la bolsa de carne y el cuchillo y las indescriptibles sensaciones de vacío y dolor en su estómago y sus entrañas. Comenzó a decirse, de un modo vago y débil, que buscaría cerillas, encendería una hoguera y se prepararía un festín; pero cuando trató de levantarse no parecía ser capaz de hacerlo. Y así se quedó sentado, tratando de pensar. La comprensión llegó lentamente, llenándolo de asombro y alegría; y al fin a gritos se dijo a sí mismo una y otra vez que había escapado, como Job había resistido y allí estaba vivo, entero, y preparado para desayunar o cenar. Lo importante era que parecía incapaz de mover las piernas, doblar los dedos, fijar la vista; pero estaba vivo y con un esfuerzo sobrehumano logró ponerse en pie. Allí se quedó, todo el cuerpo temblándole, y trató de imaginarse que era Don Giovanni a punto de cantarle, con brío y potencia magníficos, a una adorable sirvienta. Lo que hizo, mientras conjuraba imágenes de hermosas muchachas, fue caerse sobre la pila de ropa de cama. Con ambas manos cogió las mantas y se abrigó con ellas; y estaba a punto de volver a sumergirse en el sueño cuando comenzó a temblar furioso consigo

mismo y de nuevo se obligó a ponerse en pie.

Se sintió muy débil y necio al apoyarse contra una pared y mirar el mundo. No veía ni oía rastro de Kate; esperaba no haber hecho que huyese. Por Dios, más le valía dejar de actuar como un viejo enfermo, más le valía ponerse a hacer el desayuno y ser el hombre de la casa. Además, ¿cuánto tiempo había estado durmiendo? No estaba seguro de no haber dormido durante una semana. ¿Dónde estaba Kate? «¡Kate!», dijo con voz débil. «¿Dónde está?» Sentía una debilidad y una náusea espantosas; lo que quería hacer era volver a acurrucarse y dormir, pero se obligó a apoyarse en el quicio de la puerta con ambas manos y asomarse.

No era por la mañana, era de noche, y allí estaba Kate, la pobrecilla canosa y vieja, sentada entre las tumbas tapada con mantas. Sam salió y moviéndose como un débil anciano, llegó hasta ella y se puso delante de la mujer; y con una voz que no se parecía en nada a su voz normal le contó que el Todopoderoso lo había acompañado todo el camino desde el campamento de los Pies Negros hasta el Musselshell; y durante más días de los que recordaba no había comido nada; pero ahora iba a preparar un desayuno, una cena o lo que fuese: filetes de venado, urogallo asado, panecillos calientes, miel silvestre, café... ¿Tenía algo de tabaco por ahí?

Kate parecía no prestarle atención ninguna. Incapaz de saber si era consciente de su presencia o le estaba ignorando, le dijo que no se quedaría mucho tiempo con ella; en cuanto descansara un poco, hubiese metido algo de comida en sus tripas y le hubiese llevado algo de carne, se iría. ¿Podía decirle dónde estaban las cerillas? Sólo veía una parte de su cara; una mano arrugada agarraba el borde de la manta bajo su barbilla. Sam miró al cielo y al solitario mundo blanco que lo rodeaba; y al túmulo con su grueso manto de nieve; y se preguntó si estaba vivo después de todo o si él y la mujer sólo eran fantasmas, allí en el invierno. Dándole la espalda, se sintió entumecido por el frío, medio muerto de agotamiento, mareado, con náuseas, y prácticamente sin cabeza y flotando; pero tan abundante era su salud y vitalidad que llegó a la cabaña y, sentado junto a la bolsa de carne de venado, comenzó a comer. Temeroso de vomitar, se metió en la boca sólo un pedacito delgado y lo masticó cuidadosamente antes de atreverse a tragarlo; entonces esperó unos momentos estudiando las sensaciones en su estómago antes de volver a comer. Los pedazos sabían más a hielo que a carne, pero después de haberse comido siete u ocho lonchas finas se sintió un poco mejor y creyó poder conservarlos dentro. Mirando a su alrededor en la oscuridad, se preguntó dónde estaban las cerillas, la harina, el café. Por supuesto que ella no tendría tabaco. Cuando pensó en el tabaco y el haber perdido el mechón de pelo, su buen rifle, sus revólveres y sus pipas, su amargura hacia los Pies Negros volvió a hervir en él con tal pasión que explotó y vació el estómago. ¡Qué necio había sido al actuar de aquella manera! ¡Pero le habían robado el estupendo caballo de Mick! ¡Oh, pagarían por ello, y cómo! Se puso en pie, en un infantil arrebató de ira de un hombre apenas en posesión de sus sentidos; y frunciendo el ceño salió para mirar con odio el gris e invernal territorio Pies Negros

del que había venido. Miró al sur, pensando en la distancia entre él y su amigo más cercano. En unos días subiría por el Musselshell para buscar a Bill o a Hank o a Abner, pero ahora tenía trabajo que hacer.

Su estómago había vomitado las lonchas de carne y hielo y ahora aullaba de dolor. Pensó que sería mejor encender un fuego y hacer un puchero de café. Eso le asentaría el estómago. El calor y el aroma le inundarían el cuerpo. Del montón de leña del rincón sureste cortó trozos; hurgó en el montón que había junto a la pared norte y encontró cerillas, café y una vieja cafetera; y con un cubo de hojalata se dirigió al río. Allí se quedó sentado unos segundos, inspeccionando la escena y buscando algún rastro de patos, gansos o cualquier cosa que pudiese comerse. Mientras subía la colina con el agua, se decía que Kate debía de haber recorrido ese sendero dos o tres veces cada día desde las primeras nieves, pues estaba muy compacto. Mientras el café humeaba encontró la harina y metiendo una loncha de carne en la fría harina, se lo metió en la boca. Masticó un grano de café. Aquello pareció calmar sus náuseas; se comió media docena y empezó a buscar potes de hojalata; y cuando el café estuvo caliente y oloroso le llevó una taza a Kate y se arrodilló ofreciéndosela. Era café caliente, le dijo; debería bebérselo. Quería agarrarla por los hombros para ver lo delgada que estaba, porque no parecía más que piel y huesos. No sabía que él mismo pesaba quince kilos menos de lo que pesaba cuando estaba entre los dos uapitíes. La semana anterior le parecía sólo una pesadilla: ¿de verdad había matado a un hombre, había vadeado un río, había luchado con un *grizzly* y había cruzado trescientos kilómetros de un páramo helado entre vientos furiosos? ¿De verdad había yacido tumbado sobre su vientre en la noche mientras remaba entre las negras y frías aguas? Se sentía como un hombre que saliese de una anestesia; se movía más por instinto animal que por voluntad humana. Pero su estómago se estaba calmando con el café caliente y la cabeza se le estaba despejando. «Por favor, bébaselo», dijo. ¿Cuáles eran las palabras del Libro de Job que el dedo de su padre había señalado con tanta solemnidad? «He aquí que todas estas cosas hace Dios dos y tres veces con el hombre, para apartar su alma del sepulcro, y para iluminarlo con la luz de los vivos». La temperatura, calculó, era todavía de veinticinco bajo cero; el viento seguía aullando río arriba y Canadá se estaba preparando para lanzarle más ciclones a su vecino; pero Sam estaba caliente gracias al café y lleno de la luz de los vivos, y ni el viento ni el frío podían perturbarlo ahora.

«Muy bien, si usted no se lo bebe, me lo beberé yo».

Estaba asombrado, como lo había estado en visitas anteriores, de ver lo poco que comía aquella mujer. Parecía que viviese de harina y pasas. No había tocado el montón de leña. Quitando todas las mantas del umbral, Sam hizo allí una hoguera para calentar el suelo; pero en seguida, regañándose severamente, la apagó. ¡Qué estupidez sería calentar el suelo para que la cama de la mujer fuese acogedora y luego marcharse para dejar que muriese de congelación! No había mucho que se pudiese hacer con alguien así, excepto dejarla a la voluntad de Dios. Había descubierto en los

últimos minutos que el fuego tampoco era bueno para él; se había habituado de tal modo al frío que el calor del fuego sobre su piel era como un linimento abrasador, como las quemaduras del sol en la frente y los párpados. El fuego no era bueno para los helados troncos de la cabaña; en el calor empezarían a partirse y quejarse, y la humedad saldría de los troncos y del aire y caería en grandes gotas. El humo y el calor entrarían en la cabaña y el humo saldría por las rendijas de las paredes y la puerta y el agujero del tejado.

Con el hacha cortó la carne de venado y la colocó junto al fuego. Como no había encontrado ni grasa ni sal, decidió no hacer panecillos hasta que no tuviese carne fresca. Mientras la carne se descongelaba le llevó a Kate una segunda taza de café con la esperanza de que se la bebiese y vio con sorpresa que se había cubierto la cabeza. Se volvió a arrodillar ante ella y le habló, brevemente, de su captura, su fuga y larga huida, pero dudaba de que ella le escuchase o le entendiese. Apartando la manta de su pelo canoso, vio que su cara era espectralmente delgada, demacrada, macilenta, inmóvil. Sus ojos parecían ver y no ver al mismo tiempo. ¿Qué había hecho Dios con esa mujer o por esa mujer? Durante sus largos inviernos no había encendido nunca una hoguera ni había ingerido comida caliente alguna, sino que había sido un animal que se había arrastrado a comer harina y pasas y luego había vuelto a su pila de ropa de cama a esperar a la mañana siguiente.

Lo que esperaba era la luna, pero los hombres que la conocían nunca lo sabrían.

Inclinándose, tocó con los labios el pelo cano diciendo: «Esto es por mi madre, por usted y por todas las madres». Había esperado que abriese los ojos y lo mirase cuando oliese el café, pero quizá el olfato ya no era uno de sus sentidos. Regresando a la choza, mezcló harina y agua, cocinó la mezcla y lo llamó pan. Hirvió pasas en agua caliente hasta que se hincharon y se ablandaron e hizo otra cafetera. ¡Qué banquete sería! ¡Ojalá después del festín pudiese sentarse con su pipa y pensar en la venganza!

En aquellos páramos helados los ojos de hombres o animales habrían podido ver el humo elevándose, y los lobos lo vieron y trataron de distinguir sus olores. Algunos llegaron a acercarse a doscientos metros de la cabaña y trotaron alrededor, oliendo los cálidos aromas; y Sam olió a los lobos y supo que estaban allí. Le llevó a Kate un plato de venado caliente, pasas, pan y café, pero ella se negó a mirarlo o a verlo. Arrodillándose, lo sostuvo bajo su rostro para que la fragancia entrase por su nariz; y le dijo, como se le dice a un niño: «Es comida caliente y debería comérsela». Le ordenó las mantas de modo que pudiese ponerle el plato en el regazo y la taza de café caliente a su lado y regresó a la cabaña. Había calentado un poco el suelo para su cama aquella noche y ahora se sentó allí y comió, pero muy lentamente, porque las náuseas le llenaban la garganta. El calor lo hacía sentirse mareado y enfermo; pensó que por la mañana iría a las montañas y mataría un ciervo. Hasta medianoche mantuvo el fuego encendido en la cabaña y Kate estuvo sentada junto a las tumbas. Salió para decirle que si no se movía le haría la cama, pero ella no mostró signos de

haberle oído. «Dentro se está caliente», le dijo, «¿no querría entrar?» ¿Había olvidado lo que era una hoguera? Cogió los extremos de la manta alrededor de ella y dio un tirón. Casi hizo que se cayera, pero consiguió al fin quitarle las mantas. Tras sostener una junto al fuego para calentarla salió y la abrigó, diciendo: «Eso es, ahora se sentirá mejor». Tendría que haber sabido que se sentiría peor. Para su sorpresa, empezó a llorar. Tras mirarla fijamente unos segundos la cogió, con manta y todo, y la metió dentro de la cabaña. Le puso el plato junto al fuego para conservarlo caliente; y mientras se sentaba junto al fuego, sintiéndose enfermo y no lejos de las lágrimas, se le ocurrió que aquella mujer no comería nada mientras él estuviese con ella. Ya no dudaba de que lo creía un enemigo. Recogió madera hasta que hubo una gran pila en un rincón y entonces, con el rifle y el cuchillo a su alcance, se estiró en su manta sobre el pedazo de suelo calentado y se durmió pronto. Cuando despertó dos o tres horas después y miró las mantas de Kate, ella no estaba allí. Se acercó a la puerta y miró fuera. Estaba en el sendero entre las tumbas, con mantas debajo y encima; y estaba hablando, como si se dirigiese a sus hijos. Sam miró al cielo y vio una luna redonda y helada. Se dirigió hacia la mujer, se colocó detrás y vio que sostenía una Biblia. Tenía las manos en un pliegue de la manta que usaba como guante, pero Sam pensó que debía de tenerlas heladas, porque la noche era muy fría. Calentó con cuidado una manta dentro de la cabaña y luego cubrió a la mujer y al libro con ella. Kate no interrumpió ni una sola vez su conversación ni sus plegarias, o lo que fuese que estaba haciendo.

Dentro de la cabaña Sam echaba leña al fuego y se estiraba en su manta. Cuando volvió a despertarse miró y vio que Kate había entrado. Pero de día no estaba entre sus mantas. Mirando fuera la vio de camino al río con el cubo en la mano; y supo entonces que todo el invierno había estado llevando agua a la colina para unas plantas que no la necesitaban. Algún día pisaría hielo demasiado delgado, se caería en las frías y negras aguas y se ahogaría.

Tras un buen desayuno limpió el rifle, lo cargó y salió hacia la montaña en busca de ciervos, uapitíes o bisontes. Su primer animal fue un uapití, y en cuanto le abrió el vientre le arrancó el hígado y se comió gran parte. Eso consiguió lo que la comida rancia de la cabaña no pudo: despejó las náuseas y le infundió de vigor. Todavía se sentía extremadamente débil; necesitó cuatro viajes y seis horas para llevar el uapití hasta la cabaña, una tarea que habría hecho normalmente en dos. La piel la extendió, con el pelaje hacia arriba, bajo el montón de mantas que tenía Kate junto a la puerta. Al día siguiente mató dos ciervos y los llevó hasta allí, y los colgó de unas vigas del fondo este de la cabaña. También se comió los hígados y los corazones, pero aún se sentía tan desnutrido que se cocinó un asado tras otro y se lo comió todo.

Los vientos habían ido hacia el sur. El cielo estaba helado en un gris frío invernal. Tras llevar el uapití, Sam vio que durante su ausencia Kate había estado con la harina y las pasas; él le había preparado platos de comida caliente, pero ella no los había tocado. A una taza de oloroso café bajo la nariz no respondió de modo alguno.

Mientras estaba tumbado con su manta después de la cena, con el fuego azotando con sus llamas el chopo, el cerezo y el cedro, pensaba que si quisiera, ella podría tener un fuego encendido día y noche y estar confortable. Le dijo que ahora tendría que ir al sur pero que volvería la primavera siguiente. Sólo Dios sabía cuántos lobos se acercaría hasta la puerta para olerla, o si una vez se hubiese ido Sam saltarían sobre ella para tener acceso al ciervo congelado que colgaba de las vigas. Mientras hacía mocasines con la piel que él y otros tramperos habían dejado allí quería hablar con ella, porque se sentía solo; y después de haber hecho los mocasines y cordones para el calzado de nieve, cocinó asados sobre dos hogueras en el exterior y miró a la carne y luego a Kate, una y otra vez, y luego al sur y al oeste. Había tenido la intención de marcharse antes de que pasara otra noche, pero cuando miró el frío y vacío mundo en dirección a las Bighorn y luego la cabaña, que olía a carne asada y a fuego, se rindió a la debilidad y decidió quedarse una noche más.

Al atardecer vio a Kate coger parte de sus mantas y llevarlas fuera, y un poco más tarde volvió a mirar y la vio fuera, hablando con sus ángeles. De vez en cuando inclinaba la cabeza, como si asintiese; o parecía escuchar antes de volver a hablar. En el río había un agujero que había practicado en el hielo, con la impresión de sus rodillas en la nieve helada de alrededor. Sabía que se había arrodillado allí para lavar su ropa interior, pues una pieza estaba colgando de la rama de un árbol, tan harapienta y parcheada que parecía como si al tocarla se fuese a hacer pedazos. Le compraría ropa interior y mucha harina y frutas secas.

Se preguntaba si la asustaría o la complacería que se tumbase en la cabaña y tocase música suave. Lo averiguaría. Tocó un himno religioso y luego otro, muy bajito y lejano, y entonces oyó su voz. Tenía tono de soprano y sonaba fría y quebrada, pero estaba cantando el segundo de los himnos que él había tocado; y Sam salió y se quedó tras ella y cantó con ella, en un tono más grave y suave que el suyo. A él todo le pareció natural y correcto. Después de cinco días de silencio y malentendidos, parecía adecuado y oportuno que estuviese sentada allí a temperaturas bajo cero cubierta con mantas, a más de mil kilómetros de su gente y que con una voz rota y fantasmal cantase viejos himnos de esperanza y fe; y que detrás de ella estuviese un hombre alto, solitario, que había perdido a su mujer y a su hijo y que ahora miraba su cabeza cana y cantaba suavemente con ella. Durante dos horas o más ella estuvo sentada y él de pie en el frío y cantaron juntos. Entonces él la recogió, con mantas y todo, y la metió dentro de la cabaña; dulcemente besó y acarició su pelo gris; y se estiró con su manta para dormir.

A la mañana siguiente se sintió como un ladrón cuando cogió su rifle y la mayoría de su munición, pero le dijo que le devolvería el arma lo antes posible y que le llevaría comida, ropas y todo lo que se le ocurriese que pudiera necesitar. Cuando al fin le dio la espalda con el cuchillo al cinto y quince kilos de uapití asado sobre el hombro, tapado con la manta y el rifle en la mano, no quería marcharse. Tenía la sensación de que no volvería a ver viva a la mujer. Dos veces antes de desaparecer de

la vista se detuvo para mirar atrás. Allí estaba, la pequeña cabaña marrón sobre la colina en el blanco invierno; y allí estaba ella sentada, una mujer de la que no sabía casi nada, pero a quien por extrañas razones había llegado a querer. Dejarla allí, tan sola e indefensa, le llenó de tales remordimientos y piedad que cada kilómetro que recorría sólo podía pensar en ella. Quería volver, pero sabía que sería absurdo hacerlo.

Una semana después se asomó a un escondite natural en el río Greybull, a treinta kilómetros de su desagüe en el Bighorn y llegó a la desvencijada puerta de una cabaña aún más pequeña que la de Kate. Oyó movimiento y supo que el hombre que había dentro estaba cogiendo su arma.

—¡Soy yo, Sam! —llamó—. Abre la puerta y vamos a comernos unos panecillos calientes con sirope de arándanos.

La puerta se abrió un centímetro, asomaron unos ojos grises y unos labios enmarcados en una barba dijeron:

—Sam, ¿eres tú?

Algunos de los tramperos creían que Hank Cady había sido bautizado en la pila equivocada. Sam Minard era un hombre reservado, pero comparado con él, Hank era mudo. Bill había calculado que en un año Hank no pronunciaba más de cien palabras, de las cuales noventa eran alguna forma de sí o no. Nadie le había oído hablar de su pasado o de su familia, pero corría el rumor de que odiaba a su madre, que siendo el hijo mayor lo había convertido en niñera y lo había obligado a cuidar de una docena de hermanos y hermanas. Bill decía que lo único que algunos críos recordaban de su infancia eran los pañales. Al contrario que la mayoría de los tramperos, Hank nunca había tomado una *squaw* y parecía que no le interesaban las mujeres. Tenía un feroz y melancólico amor por la libertad, y libertad era lo que había tenido desde que había ido al Oeste.

Después de haberle pedido a Hank una de sus viejas pipas, haberla llenado con unas hebras y meterse una nube de humo en los pulmones, Sam dijo:

—¿Qué tal van las trampas por aquí?

Hank lo miró con expresión extrañada; todavía no era temporada de poner trampas, ¿qué podía querer decir?

—Tolable —dijo Hank, queriendo decir «tolerable». Miró el rifle de Sam—. Nos'el tuyo —añadió.

—El mío lo perdí —dijo Sam. El fuerte tabaco estaba empezando a sentarle mal.

Hank esperó todo un minuto. Entonces dijo:

—¿Crows?

Pies Negros, dijo Sam.

Hank volvió a mirar el rifle.

—¿De quién?

—De Kate, la mujer del Musselshell.

—¿Tamién las pistolas?

—Absolutamente todo menos mi vida.

—¿El bayo de Mick?

—Sí.

—¿Aónde?

—No lejos de Three Forks.

Hank ponderó el asunto un rato. Debía d'aber sido Cuernos de Uapití, dijo. Había andao merodeando por ahí. ¿Pá cuándo la reunión?

—Cuando quieran ellos —dijo Sam. ¿Podría Hank prestarle un poco de tabaco y una pipa hasta que llegase donde Jim?

Hank rodó hasta un montón de cosas que había junto a una pared y hurgó. Sacó

un puñado de hebras y se las dio ceremoniosamente a Sam.

—¿Y una pipa? —dijo Sam.

Hank volvió a rebuscar y sacó una pipa de maíz con la caña rota. Él prefería mascar tabaco y se fumaba sólo los trozos después de haber mascado el jugo. Ahora, haciendo un torpe esfuerzo por ser sociable, escupió por la puerta de la cabaña y llenó otra pipa que también tenía la caña rota. Con las pipas encendidas ambos hombres se sentaron a la luz del fuego con los rifles sobre el regazo.

—¿Cómo está ella? —inquirió Hank.

Sam se había estado preguntando si Hank podía dejarle una manta y si tenía trampas de sobra. Hank había estado pensando en venganza. Se había dado cuenta de que Sam estaba mucho más delgado y sospechaba que había soportado muchas vejaciones y dificultades. Sus hermosos ojos grises, maravillosamente brillantes y agudos, habían estado estudiando a Sam de arriba abajo.

—Sigue viva —dijo Sam al fin.

—¿Qué hizo Cuernos de Uapití?

Sam se apartó la caña de la boca y pareció estar tratando de recordar. Bueno, le habían dado unos guantazos, con las dos manos y con el *tomahawk*; le habían empapado la cara con lo que expectoraban por la garganta; y le habían matado de hambre, congelado y le habían contado lo que los Crows iban a hacer con él.

—¿Pensaban venderte?

Sam asintió. Al terminar la pipa, dijo:

—Si tienes filetes, yo los puedo cocinar.

Na más c'asao, dijo Hank. Después de todo un minuto de silencio, añadió:

—Y'abía cenao antes.

Sam lo miró. Henry Cady era alguien a quien tener a tu lado durante una pelea pero no se pasaba mucho tiempo pensando qué podía hacer por ti. Un pedazo frío de lo que fuese valdría, dijo Sam; por la mañana encontraría algo. ¿Todavía había caza por ahí? Si iba lo bastante lejos, dijo Hank. Apartó la pipa y se llenó la boca de tabaco. Parte del jugo marrón lo escupió al fuego que tenía delante y otra se la tragó. Era de la opinión de quel jugo del tabaco era güeno pal estómago y la digestión. Bill decía quel tabaco le revolvía las tripas y le daba regüeldos, y Río Powder Charley que le daba cagaleras; Hank no encontraba palabras para expresar su desprecio por semejantes idioteces. Movié un poco las pilosas mejillas para mover el tabaco dentro de la boca mientras sus ojos grises miraban el fuego sin cambiar de expresión. Era su manera de suponer que si un hombre quería comida y había alguna cerca, la encontraría. A Sam no le importó. La pipa le había calmado el hambre y estaba preparado para irse a la cama.

—¿Cómo apañas las mantas de bisonte? —preguntó, mirando alrededor de la cabaña.

Hank lanzó un ruidoso escupitajo en las llamas y se limpió la boca manchada de tabaco con el dorso, manchado de tabaco, de la mano.

—M'imagino c'abrá que dormir juntos.

Tras calentar un sitio en el suelo y asegurar la puerta por dentro con una resistente tira de cuero, se tumbaron uno al lado del otro, cada uno de los rifles a un lado justo debajo de la manta. Se colocaron mirando a la puerta de modo que al incorporarse estuviesen preparados para disparar. Ambos roncaban, pero aquello no les molestaba; durmieron profundamente, sin preocupaciones ni pesadillas. Hank dijo que no había visto a un indio desde octubre, ni tampoco huellas de indios hasta dond'avía llegao; y volviéndose casi parlanchín, dijo que el invierno sería frío y las pieles buenas.

Se levantaron al amanecer y Sam, con torpe delicadeza, había sugerido unos panecillos para acompañar el asado y el café. Hank se había limitado a inclinar la cabeza en dirección hacia la pila de cosas que había junto a la pared. Salió de la cabaña y, antes de que el desayuno estuviese preparado, trajo un castor, con cuya cola Sam preparó una taza de sebo caliente que usar como mantequilla. Comieron panecillos empapados en grasa de castor, asado de uapití y café, y entonces se acomodaron con sus pipas. Hank no había dicho nada desde que se había levantado; nadie hubiera podido decir por su expresión o ademanes si estaba contento con la presencia de Sam o quería que se fuese. El hecho, que nadie excepto él conocía, era que Henry Cady era un hombre muy solitario que se alegraba por dentro cuando otro trampero le hacía una visita; pero nunca mostraba cambios en su ceñuda actitud. Tenía la afinidad de Sam por toda la naturaleza; como él, amaba los valles y las montañas, el espinazo del horizonte, los vastos bosques de coníferas, el agua limpia, el aire puro y los espacios abiertos. Con rifle y cuchillo desaparecía en un bosque y se pasaba allí días o semanas, viviendo de urogallos, ciervos y frutas silvestres. Sam podía detenerse para observar a un mirlo acuático sumergirse para explorar el fondo de un río, o ver cómo asomaban las emplumadas cabezas de las crías alrededor de la madre ánade, o cómo colgaba el cantarín vireo su inteligente nido de la rama de un árbol y proclamaba su presencia con una explosión de alegría vital mientras que Hank no haría ningún sonido, y era capaz de sentarse durante horas junto a un río para observar los peces en las frías y oscuras aguas o para ver a un uapití alimentándose en un claro sin apenas apartar la mirada.

Hank hubiese estado encantado de que Sam se quedase con él todo el invierno, pero este no tenía manera de saberlo. Después de llevar un par de ciervos miró al sur y dijo que había un largo camino hasta la posta de Bridger, pero que supuso que lo mejor sería marcharse ya. Había, calculó, unos ciento cincuenta kilómetros o más hasta Bill en el Hoback, otros ciento cincuenta hasta Cabellera Perdida Dan en la parte superior del río Green y todavía le quedaría un largo camino hasta donde Bridger. Necesitaba caballos, trampas, mantas, armas, tabaco y aperos.

Hank no dijo nada. Pensaba que Sam sabía lo que tenía que hacer. Pero cuando Sam recogió sólo el viejo rifle de Kate y la única manta, Hank le dijo: «Toma». Sam iba a necesitar más mantas, algo de tabaco y una pipa, un poco de café y un pote, algo de sal y harina. Sam sabía que Hank sólo tenía un pote. ¿Tenía Sam acero y yesca, o

cerillas? Sam dijo que tenía cerillas que le había cogido a Kate. Hank rebuscó a su pausada manera y le dio a Sam una buena manta, una pipa y tabaco, medio kilo de café y el pote y algo de harina. Le puso a Sam la manta sobre los hombros y dijo: «Toavía v'acer más frío».

Sam miró las mantas que había en la cabaña para ver si Hank tendría suficiente. Pensó que no. Así que dejó la manta sobre las otras, diciendo: «A lo mejor va a ser mucho peso si me meto en nieve alta». Hank sabía que aquella no era la razón, pero no dijo nada. Sam también dejó el pote dentro de la cabaña. Ya encontraría algo, dijo; quizá a Bill le sobrase uno.

—Cuidao con la cabellera —dijo Hank.

—Y tú con la tuya —dijo Sam, y con un ademán de la mano se fue.

Hank entró en la cabaña y se quedó unos momentos en la oscuridad, sintiendo la presencia de alguien que acababa de estar allí. Luego se volvió hacia la puerta para mirar afuera. Miró hacia el río, por el camino que Sam había seguido, pero no había rastro de él ni de nada vivo.

Era un viaje largo, frío y peligroso, pero Sam lo recorrió en diecisiete días, deteniéndose sólo una noche con Bill y otra con Dan. Equipado en la posta de Bridger y con una deuda de varios cientos de dólares, estaba preparado para montar trampas, pero las cosas que había acabado de comprar no sustituían a las que había perdido. Su rifle era nuevo y bueno, pero no era el que le había salvado la vida más de una vez. El revólver era nuevo, como el Bowie, los útiles de empacar, sus arreos de cuero, sus herramientas de cocina; pero no le gustaba nada. Bridger le había dicho que su montura, un macho alazán, era uno de los mejores caballos de toda la nación Crow, pero Sam sabía que haría falta entrenarlo mucho para que fuese tan listo como el bayo. Hasta que miró consternado sus nuevos aparejos no se había dado cuenta de que los Pies Negros le habían robado cosas casi tan valiosas para él como su propio nombre y su honor. Güeno, le había dicho Bill, Sam era ahora enemigo jurado de dos naciones; y no parecía probable, le dijo Jim Bridger, que fuese a vivir mucho. «Es muy arriesgao fiarte», le había dicho, y había animado a Sam a que fuese a poner trampas a la zona del Black Fork y sus afluentes, donde estaría seguro.

Sam pasó dos noches con Jim y se enteró de todas las noticias, y todas ellas eran malas. Brigham Young y su horda de mormones estaban ocupados construyendo un reino en el valle del Lago Salado; y al oeste de ellos, a través de las llanuras alcalinas y las sierras, un millón de condenados idiotas corrían gritando oro, y brotaban ciudades como la antigua *Babé*. Había existido una ciudad llamada *Babé*, ¿verdad?, había preguntado Jim, lanzándole a Sam una mirada inquieta. Todo el territorio del Oeste, dijo, pronto estaría dirigido por criminales, charlatanes religiosos, pisaverdes y toda clase de simplones; y no quedarían bisontes ni castores, ni tampoco un lugar limpio donde uno pudiera estirarse y oler la dulce tierra; no habría nada excepto agua y aire sucios, albañales, montones de basura, ruido y gente. Estaba pensando en irse a Canadá.

Sam le contó un resumen, como les había contado a Bill y a Dan, de su captura y su fuga. Jim había fijado sus extraños ojos con diminutas luces brillantes y había dicho que Sam no duraría mucho ya. ¿Cuernos de Uapití? Se lo había dicho Hank. Con los Bloods y los Crows detrás de él Sam debería entonar sus plegarias y escribirle a su madre una nota de despedida. «Intentaré ir a tu funeral», dijo Jim.

Mientras Sam cazaba en Black's Fork, la noticia de su captura y humillación se extendió por la zona de trampero a trampero y de posta a posta; y ningún trampero que oía la historia dejaba de preguntar cuándo sería la reunión. Aquellos que tenían postas, como Bridger, no podían ir, o aquellos como Rattlesnake Pete, que, habiéndose caído de un caballo, tenía ambas piernas rotas, o Bill Williams, aquejado

de reumatismo y escondido en alguna parte de las Uitanh. Para el primero de abril se sabía que la reunión tendría lugar en Three Forks, justo en el corazón del territorio Pies Negros. A mediados de abril Sam apareció con dos cargas de pieles y canceló casi toda su cuenta dirigiéndose después a la posta de Laramie. Bridger dijo que a menos que estuviese deseando morir sería mejor que se alejase del territorio Crow. En la posta de Laramie Tres Dedos McNees miró a Sam con un ojo negro mientras con el otro miraba en dirección al río Powder. Condenación, dijo, tenía la intención de estar allí, pero si Sam iba a dejar que lo capturasen una y otra vez no iba a pasarse la mitad de su tiempo vengándolo. Oyendo esas palabras, Mick Boone se acercó y dijo que sin duda Sam no iba a volver a internarse en territorio Crow.

Justo por el medio, dijo Sam. McNees se preguntó a cuántos de los veinte había matado Sam. Mick dijo que no sólo los Crows irían tras Sam, sino también toda la nación Pies Negros.

La humillación de los Crows y los Pies Negros era el tema principal de las conversaciones en la posta de Laramie. Los Sparrowhawks, decía Charley, se habían vuelto locos de furia al saber que habían capturado a su enemigo y le habían dejado escapar. Los Pies Negros no podían ocultar ni explicar que su prisionero, indefenso y medio desnudo, había matado a uno de sus más poderosos guerreros en su propio campamento y que los otros cincuenta y siete no habían podido capturar a un hombre que no tenía ni comida ni armas y que debía recorrer trescientos kilómetros. La historia de la fuga de Sam fue adornándose mientras se contaba, por parte de pieles rojas y blancos, hasta que su largo viaje a temperaturas bajo cero sin comida, rifle o mantas, se convirtió en la mayor demostración de valor y resistencia de la historia de la humanidad. A los tramperos que tenían talento para la charla y la invención les encantaba decorarla; les gustaba describir la ira asesina de los bravos Pies Negros cuando al despertarse de su borrachera con los ojos inyectados en sangre habían descubierto que un cautivo atado e indefenso, medio muerto de hambre y frío, había asfixiado con las manos desnudas a un guerrero que presumía de seis *coups*.

En la posta sus intentos por hacer cambiar a Sam de rumbo no sirvieron de nada.

Zeke Campbell, que había pasado el invierno en las montañas Medicine Bow, andaba por ahí con un pote de ron fuerte en la mano y estudiaba a Sam con los ojos más raros del territorio. Debajo de unas cejas grandes, pobladas e hirsutas del color de la arenisca dorada había unos ojos pequeños que parecían ser sólo dos luces centelleantes. Habría invitado a Sam a un trago, pero sabía que Sam no bebía. Así que después de mirar fijamente a Sam por encima de su taza se dirigió a Mick Boone, uno de los tramperos más altos, que tenía un cuello anormalmente largo delante del que sobresalía una enorme nuez. Mick era un hombre sombrío, vigilante, silencioso, que parecía lento y reflexivo, pero era rápido desenfundando. Su gran rostro feo, con una nariz grande y curvada y boca ancha, solía mostrar una sonrisa tímida incluso aunque le hiciesen una pregunta corriente.

La pregunta que le hizo Zeke no era corriente.

—Pa haber perdió tos sus aparejos tiene buen aspecto, ¿no?

—Perdió mi bayo —dijo Mick, levantando las cejas.

Cy Cregg se acercó. Había pasado el invierno en las aguas del Belle Fourche. Aquello era territorio Crow, pero hacía años que Cy había tomado una esposa Crow y había pagado, en opinión de casi todos, una cantidad escandalosa. Ahora era un hermano Crow; si los Crows no lo querían o no deseaban su cabellera al menos no lo molestaban. Como Bill y Charley, Cy hablaba su idioma y conocía sus costumbres y lo que decían y pensaban. Cuando se acercó a los dos hombres estos se callaron, pues no confiaban en él.

Un momento después Jeb Berger entró en el almacén. Jeb era el único trampero que no caía bien a ninguno de los otros. Era un tipo grande, de más de dos metros y ciento diez kilos, macizo, ancho de pecho; y era un buen tirador y buen cazador. Lo que hacía que los hombres estuviesen incómodos cerca de él eran sus gestos: siempre estaba fingiendo que estaba disparando a patos o gansos en vuelo o a las cabezas de los pollos; o, poniéndose en posición de pelea, que estaba preparado para derrotar al campeón del mundo. Pocos tramperos eran fanfarrones; tenían valor pero no pensaban en ello o se preguntaban si lo tenían. Había algo vergonzoso en un hombre que tenía que estar contándole constantemente al mundo que era un boxeador experto, un buen tirador y un hombre valiente. Jeb pertenecía a los jactanciosos y arrogantes entre los que posteriormente se contaría uno muy famoso que llegaría a ser conocido como Buffalo Bill. La verdad era que no pertenecía a la misma tribu que Kit Carson, Jim Bridger y Tom Fitzpatrick. Debía de saberlo, porque parecía pasarse la mañana, la tarde y la noche tratando de convencer a los demás de su talento y su valor.

Como su torso, su rostro era cuadrado; era una cara grande y fuerte sin rasgos de debilidad, excepto en los ojos, que eran los ojos de un mentiroso. Jeb tenía una espesa barba negra de tres centímetros que le cubría casi toda la cara, y tras su barba la sonrisa mostraba dos filas de dientes igualados que eran asombrosamente pequeños en una cara tan grande y oscura. Cuando sonreía simplemente retiraba sus bien alimentadas mejillas y excepto por dos arrugas en las comisuras y por la aparición de los dientes no se veía rastro de una sonrisa. Estaba orgulloso de su barba y del pelo que le cubría el cuerpo, porque creía que el vello era signo de virilidad. Era de la opinión de que todos los hombres lampiños eran cobardes.

Jeb se aproximó a Mick y a los que estaban con él y, cuando le pareció que estaba lo suficientemente cerca para ser cordial, sonrió y al instante siguiente dio un torpe saltito. Colocó los brazos en la posición en que estarían si sostuviese un arma, y con voz grave dijo: «¡Buum, buum!», con un gesto que indicaba que habían caído dos pájaros. Luego cerró las manos y le presentó a Cy la pose de un boxeador en guardia y dio algunos pasos de boxeo. Mick lo miraba adusto, con el cuello estirado y mirando desde arriba de su larga nariz. Que Jeb no le caía bien estaba claro en su expresión. Mick, Cy y Zeke no eran de la clase de personas que le bajan los humos a

un bravucón. McNees sí. Se acercó y miró a Jeb.

—¿T'as enterao?

—De algo —dijo Jeb, y mostró su sonrisa mecánica.

—¿Crees que vas a ir a la reunión en Three Forks?

Jeb no era un hombre hablador y no era rápido para responder. Le encantaba representar el papel de una persona profunda y silenciosa, con un sentido del honor extremadamente sensible y una mano relampagueante a la hora de desenfundar.

—¿Cuándo? —dijo al fin.

—Pa primeros de agosto, ¿no? —preguntó McNees, con un ojo en Zeke y el otro en Mick.

—Por ahí —dijo Mick.

—¡Eh, Sam! —Sam, de pie junto a un montón de mantas y pieles curtidas, miró a los hombres. Entonces se acercó y su mirada pasó de un hombre a otro según avanzaba.

—Aquí Jeb —dijo McNees— se muere de ganas de matar a unos Bloods. Quiere saber cuándo va a ser la reunión.

—Creo que la mayoría de los hombres la quieren para el primero de agosto.

Jeb, dijo McNees, estaba resoplando como un bisonte con un tejón colgándole de las pelotas. Jeb estaba mirando a Sam.

—¿Dormías? —preguntó.

—Bien podría haber estado durmiendo —dijo Sam—. La cosa es que estaba tratando de separar a dos ciervos que tenían los cuernos enredados. Estaba a punto de cortar un cuerno cuando todo lo que vi a mi alrededor eran los cañones de unos rifles.

—¿Cinco o seis? —preguntó Jeb, indicando con su tono que cualquier hombre podría haberse encargado de cinco o seis.

Sam miró a Jeb a los ojos y dijo:

—Cincuenta y siete cuando los dejé.

—Jeb es un experto con los números —dijo McNees—, ¿cuánto es la tercera parte de cincuenta y siete?

Jeb se volvió a McNees con su amplia sonrisa inexpresiva.

—Unos diecinueve —dijo Mick.

—¿Sólo tres pa cada uno? —dijo McNees—. ¿No podemos conseguir alguno más pa Jeb?

Las mejillas de Jeb seguían estiradas en una sonrisa impersonal. El largo y feo rostro de Mick se había abierto en una sonrisa que se extendía hasta su frente. Él, como mucho, prefería enfrentarse a dos Pies Negros al mismo tiempo, dijo; Jeb podía quedarse con uno de los suyos y así tendría cuatro para él.

¿Dónde los iban a encontrar? Preguntó Zeke. En cualquier parte, dijo Sam. ¿Habían dejado que las *squaws* defecaran sobre él?

—No llegaron tan lejos.

McNees dijo: «Cuenta con que estemos allí, Sam. El primero de agosto». Fijó un

ojo negro en Jeb, lo estudió unos instantes y dijo: «Allí te veremos».

Quedaba mucho hasta agosto. Mientras, Sam tenía cosas que hacer en territorio Crow y una deuda que pagarle a una mujer sin cuya comida y abrigo él hubiese muerto. Durante su segunda noche en la posta los hombres se sentaron alrededor de una gran hoguera, unos pocos de ellos bebiendo, todos fumando o mascando tabaco. La conversación se dirigió a Kate. Río Wind Bill había llegado y sobre Kate, como sobre la mayoría de las cosas, era una autoridad. Cuando alguien se preguntaba si la mujer estaba loca o sólo fingía estarlo, Bill dijo que él había estado allí seis o siete veces y ni una sola lo había mirado ni le había dirigido la palabra. Parecía no saber que estaba allí, así que seguro que no fingía.

—¿Sabía que tú estabas allí, Sam?

—No estoy seguro —dijo Sam—, nunca la vi mirarme.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —preguntó alguien.

—Güeno, n'el cuarenta y tres yo'staba en el Belle Fourche; n'el cuarenta y cuatro en las Teton; n'el cuarenta y cinco en el Little Powder; n'el cuarenta y seis estaba en Hoback; cuarenta y siete... —a los tramperos les gustaba el catálogo de lugares de Bill; les encantaban los nombres. Bill hurgó en su memoria y dijo que creía haber estado en el Snake pero bien que podría estar equivocao. ¿Cuándo estuvo con Abner Back? Güeno, la cosa era que la mujer llevaba mucho tiempo allí. Había envejecido cien años y había llorado lo bastante como pa que a un país entero le saliesen canas.

—¿Es verdá c'abla sola?

Sola no, dijo Bill; les hablaba a sus hijos. Aparecían y se arrodillaban en las matas de salvia, o a lo mejor se sentaban, nunca s'abía aclarao; y les leía la Biblia y hablaba con ellos.

—¿Tú crees que los ve?

Güeno, dijo Bill, y levantó la cara al cielo, como si la respuesta estuviese allí. Esta vida era una adivinanza, demontres, y nadie l'abía solucionao.

—Crees que morirá allí, ¿eh?

—Eso creo —un trampero que pasara se encontraría un día sus huesos y los enterraría junto a sus hijos. Luego los indios quemarían la cabaña y el viento se lo llevaría todo, y no quedaría ni rastro de que una madre había vivido allí durante años leyéndoles la palabra de Dios a sus ángeles.

Una voz dijo: «Nuestra madre nunca nos quiso así».

No muchas madres lo hacían, dijo Bill, porque también en ese tema era una autoridad. Nunca había conocido a una madre con una devoción como la de aquella mujer. ¿Se habían parao a pensar que de todas las cosas cabían existido, o que pudiesen existir algún día, aquella era la mejor? Sólo había habido una Eva y de todas las mujeres que el Todopoderoso había creao desde c'abía tomado la costilla de Adán, ella era la única a la que tos los sementales le relinchaban. ¡Agh! Sólo había habido una María, una Cleopatra, una Isabel, y sólo había una Kate. Pensaba que Dios la había puesto allí pa mostrarle al mundo lo que debía ser una madre. Quizá

había puesto a Sam pa mostrar lo que debería ser un padre, porque había oído que Sam les había llevao a los huesos de su esposa e hijo las flores más bonitas que pudo encontrar. Las miradas de todos los hombres se volvieron hacia Sam, pero estaba fumando y mirando al fuego y fingió no ser consciente de que lo miraban.

—He oído que nunca enciende un fuego.

Nunca, dijo Bill. Sam l'abía llevado leña suficiente pa diez años y el montón no había crecido, pero tampoco había menguao. Jeb interrumpió la charla de Bill para decir que había pasado cerca de su cabaña el otoño anterior. ¡Buum, buum! Dos patos cayeron del cielo. Le había llevado los patos y un ciervo, pero ella parecía no quererlos. Era un buen ciervo, bien gordo. Le había roto el cuello en una carrera a toda velocidad a casi un kilómetro.

Algunos de los hombres se miraron entre sí. Todos sabían que nadie podía alcanzar a un ciervo en una carrera a toda velocidad a casi un kilómetro. Las palabras de Jeb tuvieron un efecto silenciador. Hasta Bill se calló. Los pisaverdes que venían del este se jactaban con grandes aspavientos sobre lo bien que disparaban a perdices y palomas; pero con un rifle Hawken eran incapaces de acertarle a un bisonte macho que estuviera de costado a cien metros.

McNees era el único que le había mirado directamente a la cara a Jeb. Cuando Tres Dedos miraba a un hombre, este normalmente se estremecía un poco y el humo del tabaco se le iba por el conducto equivocado. Mientras un pequeño ojo negro te miraba fijamente, el otro miraba al cielo o a las montañas; y, cuando después de unos instantes pasabas la mirada del ojo que te taladraba al otro que miraba al infinito, él movía la cabeza y el otro ojo se te quedaba mirando. Tres Dedos era uno de los pocos hombres que se afeitaba el pelo de la cara. Era un tipo alto de piernas largas que, como Bill Williams, siempre había vivido y cazado solo, un ermitaño en las profundidades de las montañas que iba a lo suyo y no aceptaba insultos de nadie. Su ojo derecho, fijo en Jeb, tenía al fanfarrón de barba negra muy inquieto; y después de unos segundos McNees dijo:

—M'an dicho que t'as hecho con cabelleras de Pies Negros. El agosto que viene va a ser un gran día pa ti.

Todos sabían que Jeb nunca había arrancado cabelleras de Pies Negros. Después de que la Compañía de Pieles de Missouri tuviese que abandonar su posta en Three Forks, aquel que se aventurase en territorio Pies Negros tenía que ser un trampero muy valiente, y muy pocos días había habido en que uno se llevase la cabellera de un Pies Negros.

Iba a ser todo un placer acabar con aquella banda de alimañas. El primero de agosto, se recordaron unos a otros al día siguiente, y desaparecieron en todas direcciones. Sam estaba de nuevo bien equipado, pero añoraba la sensación familiar del rifle que había perdido, de la silla, del caballo que montaba. Llevaba ropa de piel tan nueva que los olores del humo y el curtido eran más fuertes que los del sudor del caballo y el humo del tabaco. Era olor Crow. Después de haber cabalgado unas

cuantas horas, los Oteros Rawhide quedaban a su derecha, el río North Platte a su izquierda; y hasta donde le alcanzaba la vista sólo estaba la pálida luz sobre la vasta zona entre el Platte, el Powder y el Belle Fourche. El Belle Fourche y el Powder eran el corazón del territorio Crow. Debido a lo que le había dicho Cy, Sam había decidido cruzar el territorio Sparrowhawk todo el camino hasta el Yellowstone.

Cy le había contado que los Crows estaban frenéticos por la frustración y la indignación. Hasta las muchachas estaban jurando tomar el sendero de la guerra contra él. El viejo jefe ignoraba a cuántos de los veinte había matado Sam, pero habían encontrado a una docena de guerreros con la marca de Sam. Como si aquello no fuese suficiente humillación, los traga-ron de los Pies Negros lo habían dejado escapar de su dogal y ahora iban diciendo que lo habían capturado sólo para dejarlo marchar de modo que pudieran capturarlo una segunda vez. Era una vergüenza indescriptible para los orgullosos Sparrowhawks. Todavía no habían sido capaces, con sus hombres más valientes, de clavarle siquiera una flecha a Sam, pero los Pies Negros lo habían capturado, le habían escupido a la cara, lo habían golpeado con sus *tomahawks*, le habían hecho pasar hambre y frío y lo habían dejado marchar. Cy le había contado que los Pies Negros decían que capturar a Sam había sido tan sencillo que tenían la intención de capturarlo una vez al año mientras fuese lo bastante necio para quedarse en aquellas tierras. Conseguirían enormes rescates, incluyendo ron, y les demostrarían a sus enemigos ancestrales, los Crows, que como luchadores no eran mejores que ancianas enfermas. El jefe Crow sabía que los tramperos llevarían a cabo su venganza y rogaba por tener la oportunidad de exterminar a la banda que había capturado a Sam. Si se la negaban, los Crows jurarían por sus bolsas de medicina y por todos sus ancestros que seguirían el rastro de Sam y no dormirían ni de día ni de noche hasta que lo hubiesen capturado.

—¿Les parece que veinte no eran bastantes? —dijo Sam sombríamente divertido—. ¿Dices que alrededor de una docena siguen detrás de mí?

—Eso calculan.

—¿Los mejores?

Oh, demonios, no, dijo Cy; Sam había matado a tres de los mejores, quizá a cuatro.

—¿Y las muchachas van a por mí?

—Algunas de ellas.

—Quizá capture a una para que sea mi esposa —dijo Sam.

No sabía cómo se sentiría si veía a una chica siguiéndolo. No sabía qué parte de los cotilleos de Cy creerse o si no creerse nada de ello. Al norte de Lighthing Creek, en una zona tan desierta que no vio rastro de ningún ser vivo, puso a prueba sus nuevas armas; cuando con el rifle fue capaz de alcanzarle a un objeto del tamaño de un sombrero de castor nueve veces de diez a doscientos metros, tomó el revólver. No era de la clase de revólver que les revienta la cabeza a los urogallos a quince metros, pero durante sus años en las montañas había aprendido que el hombre que salva la

vida en un apuro necesita más una cabeza fría que buena puntería. Había habido pisaverdes del oeste que en un campo de tiro tenían mejor puntería que la mayoría de los tramperos, pero cuando salían a cazar y cargaba contra ellos un bisonte o un *grizzly* sus manos temblorosas soltaban las armas. ¡Buum, buum!, decían, cuando estaban a kilómetros del peligro. Habían cazado tigres en la India y leones en África (eso decían), pero al día siguiente les entraban los nervios al ver a su presa y temblaban cuando un viejo macho se daba la vuelta y los miraba con ojos medio ciegos.

Sam pensó que las armas le servirían. No estaba tan seguro del caballo.

El caballo no le falló cuando una semana después tuvo que salvarse por los pelos. Había llegado al nacimiento del río Powder y se encontraba en el corazón del territorio Crow cuando sus sentidos le dijeron que lo seguían. No había visto huellas frescas de indios ni cenizas de hogueras recientes. De subida se había revolcado en salvia y había frotado sus armas, la silla y al caballo con varias esencias vegetales. No había encendido hogueras desde que había penetrado en territorio Crow.

Miró a su alrededor y estudió la situación. El río Powder corría hacia el norte a través de un precioso valle con las Bighorn al oeste y las Colinas Negras al este. Era un gran terreno para el bisonte. Excepto por las plantas que crecían a lo largo del río no había buenos parapetos entre él y las estribaciones, a cincuenta o sesenta kilómetros. Pensó en esconderse, esperar y derribar de su caballo de un disparo al primero, pero su sexto sentido le dijo que aquello no bastaría para detenerlos. Estaban desesperados y eran más osados de lo que lo habían sido antes. Si disparaba a uno de una partida de cuatro o cinco, tendría que cabalgar a toda velocidad mientras recargaba; y mientras tanto ellos estarían disparándole a su caballo.

En la posta le habían dicho que su mulo de carga era un animal bien entrenado al que podía soltar y lo seguiría. Supuso que tendría que hacerlo, pues corriendo por su vida no podría sostener la rienda de un mulo. Mientras pensaba en ese problema y se preguntaba por qué estaba allí, mantenía su aguda vista en el paisaje y estudiaba el río. Pensó que su mejor opción sería lanzarse al río, cruzarlo y huir a las montañas. Unos pocos segundos después ya no pudo quedarse a pensar; se vio obligado repentinamente a tomar una decisión.

A un kilómetro al suroeste de él apareció un jinete indio en la cresta de una colina. Enseguida fueron dos, luego tres y cuatro; y al final había siete. Supo que se trataba de una partida de guerra con todas sus pinturas, con buenos caballos y bien armados. Supuso que eran todos guerreros escogidos. Fingiendo no verlos, siguió el curso del río a paso lento y estudió las orillas. El río hacía un corte profundo en la tierra y estaba a cinco o seis metros bajo la orilla. ¿Su caballo saltaría desde aquella altura? ¿Le seguiría el mulo? La mayoría de sus aperos estaban en el mulo, igual que el rifle de Kate y la comida para ella. Los siete indios habían desaparecido. Sam se habría subido a un alto y los hubiese esperado, pero no había ninguno cerca.

Tomó un sendero que se dirigía hacia el río, que estaba a cincuenta metros de él; y dejando sus caballos, volvió al camino principal. Mirando desde el límite de los árboles, tuvo una buena visión del terreno, excepto de las orillas del río. La pista de bisontes principal recorría los límites del bosque, con muchas veredas que serpenteaban entre los árboles. Sabía que siete indios no intentarían acercarse a

caballo; algunos se desviarían y aparecerían por el norte, otros por el sur; y en alguna parte tendrían a un vigía observando el río. Todavía tenía tiempo de lanzarse y cruzarlo mientras ellos vigilaban su posición, pero nunca había huido de una pelea y no quería huir de aquella. Sólo eran siete, se dijo, y Cabellera Perdida Dan diría que sólo supondrían una hora de trabajo para un muchacho. Aquello eran fanfarronadas y lo sabía. Se preguntó por un instante si la experiencia del cautiverio y la fuga había embotado su raciocinio, porque no parecía ser el de costumbre. Convencido de que estaba siendo un idiota, corrió hacia los caballos, guió al mulo hasta el borde y con un golpe lo empujó. Montó, se colocó ante el río, clavó los tacones y sin dudar el animal hizo el salto hasta las arremolinadas aguas. El caballo se hundió y Sam con él, excepto su mano derecha, que sostenía el rifle en alto. En el momento en que sus ojos salieron a la superficie y se sacudió el agua de las pestañas vio algo que lo dejó tan asombrado que sólo pudo quedarse mirando fijamente. En la orilla se encontraba un indio desnudo, sin nada que lo cubriese excepto una especie de tocado y nada en las manos más que un objeto que parecía ser un cuchillo. Si Sam se admiró ante la visión del joven piel roja, se quedó completamente pasmado al ver lo que el muchacho hizo a continuación. Sólo permaneció un instante en la orilla, alto, rojizo, desnudo y, con el grito de guerra de su pueblo, se colocó el cuchillo entre los dientes y se lanzó al agua, y al segundo estaba nadando como una nutria, mientras su absurdo tocado y el cuchillo relampagueaban sobre el agua. El caballo de Sam nadaba hacia la orilla lejana, casi a la altura del mulo. Sam colgó el rifle del cuerno de la silla, pasó su pierna derecha por encima del cuello del animal y se giró en la silla para enfrentarse al nadador. El caballo era fuerte pero el indio ganaba terreno. Mientras Sam veía acercarse el tocado no pudo seguir dudando del increíble hecho que suponía que aquel bravo, un jovencito, estuviese decidido a contar un *coup* en la persona de Sam Minard.

Como no era propio de Sam dispararle a un enemigo casi indefenso, aflojó el cuchillo que llevaba al cinto. Luego esperó, con la mirada fija y su mente comprendiendo lentamente que aquel era el acto de valor más espectacular que había visto nunca. Según se acercaba el indio, los ojos negros nunca abandonaron la cara de Sam. Sam vio algo más. Notó que aquel joven se había sentido tan ofendido en su orgullo tribal y personal que estaba decidido a demostrar que un guerrero Crow podía ser más valiente que el Terror. Si podía tocar a Sam, al instante siguiente podría clavarle el cuchillo, y si moría justo después, ¿qué importaría? Sería recordado por su pueblo como el guerrero más valeroso de todos, vivos o muertos.

¡Bueno!, pensó Sam. Habiendo decidido lo que pasaba por la mente del joven, se movió deprisa. Si aquel joven bravo quería una pelea con cuchillos la tendría; y así Sam se deslizó por los cuartos traseros del caballo y cayó al agua. En aquel momento su enemigo no estaba a más de tres metros de él. Al instante, el pecho del indio subió a la superficie, como una nutria, y en un segundo se lanzó contra Sam. En ese mismo momento las poderosas manos de Sam agarraron el brazo derecho del piel roja y le

hizo soltar el cuchillo. El siguiente movimiento pilló desprevenido a Sam. Con una velocidad extraordinaria el indio sacó el cuerpo prácticamente por completo del agua y ambas manos desesperadas se agarraron al cuello de Sam. El movimiento había sido como el de una trucha, en arco, y con tal coordinación que por unos momentos, mientras las manos se cerraban en su garganta, Sam sólo pudo abrir los ojos y preguntarse qué había pasado. Más tarde se daría cuenta de que el indio podría haber cogido el cuchillo del cinto de Sam y clavárselo.

Como un horror de pesadilla en el recuerdo, Sam vio al *grizzly* con los dientes del tejón clavados en el hocico. Con todas las fuerzas que pudo reunir desde la posición en la que se encontraba dentro del agua, agarró las muñecas del indio y trató de soltarse de su presa. En aquel momento fue consciente de que el indio le escupía en la cara. En aquel momento captó la espantosa visión de unos ojos tan llenos de odio que eran como acero negro fundido, de unos dientes al descubierto. Sam sintió después que la oscuridad estaba a punto de engullirlo y con sus últimos restos de cordura hizo lo único que podía hacer: cogió el terrible cuchillo que llevaba en el cinturón y se lo clavó profundamente al indio bajo el esternón. Como las manos no se soltaron inmediatamente, retiró el cuchillo y se lo volvió a clavar. Mientras luchaba para permanecer consciente, vio el cambio en los ojos negros, y aquello lo recordaría hasta el día de su muerte. Pensaría en ello como en la clase de cambio que un padre nunca quiere ver en los ojos de un hijo.

Sam pensó que debía de haberse quedado inconsciente unos instantes, porque tenía agua en los pulmones. Tosiendo, miró a su alrededor y vio charcos rojos. Las manos habían desaparecido de su cuello y el indio muerto iba flotando en la corriente. Tras colocar el cuchillo en el cinturón y mirar a la orilla donde estaban sus caballos, Sam comenzó a nadar, manteniendo la cabeza bajo el agua excepto cuando sacaba la boca para respirar. Una vez, a través del velo del agua que colgaba de sus cejas y pestañas, vio a sus dos animales dirigirse hacia una zona arbolada, a unos ochocientos metros del río. Mientras nadaba se le ocurrió la idea de que aquel intrépido joven no era uno de los siete que había visto, sino un guerrero solitario que había dejado a su gente para conseguir un *coup* o morir. Era un hombre tan valiente, pensó Sam, como cualquiera que hubiese conocido; y tras llegar a la orilla, agotado, debilitado y sintiendo una extraña vergüenza, la admiración lo obligó a mirar al río, esperando ver por última vez al valeroso joven. Pero no había rastro de él en las aguas grisáceas; estaba muerto y había desaparecido. Sam sacó el cuchillo. El río lo había limpiado excepto por un punto diminuto que quedaba entre el cinturón y la funda. Sam limpió la mancha de sangre con el índice y se tocó la piel por encima del corazón. Era la única manera que se le ocurrió de honrar el valor de un enemigo que había sido más que digno de él.

Tras correr hacia los árboles se giró para mirar atrás. Seguía sin haber ni rastro de los siete. Tras montar en el caballo, galopó hacia el noroeste a las estribaciones y entró en un bosque denso. Sentía náuseas y una tristeza que no era nada natural en él.

Mientras cabalgaba de noche y se ocultaba de día, comenzó a preguntarse por un asunto que sólo ahora se le había ocurrido. Allí estaba, un varón humano, perseguido por mil guerreros de dos naciones; y más allá estaba Kate, una hembra, querida por todos y a quien nadie deseaba matar. Si el viejo jefe Crow se dirigiese a él y le dijera que su pueblo lamentaba los asesinatos de su esposa e hijo y que los bravos que los habían matado serían castigados, enfundaría su cuchillo y fumaría la pipa de la paz...

Era cierto (se dijo) que Kate había matado en un frenesí de odio y pasión que ningún hombre podía superar y pocos podrían igualar, pero desde entonces había dedicado todo su ser a sus hijos y sus flores. Sam dudaba de que hubiese matado a nada, ni siquiera un insecto, desde aquella terrible mañana. Regaba sus plantas, hablaba con sus ángeles y esperaba a que el Señor la llamase a su hogar; mientras que él, que acababa de matar a un valiente muchacho, pronto se uniría a una partida de guerra que intentaría exterminar hasta el último hombre y perro a toda una banda.

Sospechaba que no pensaba con claridad. Sin duda había aspectos del asunto ante los que estaba ciego. Si los Crows lo tuviesen en sus manos, no encontraría en sus corazones ni compasión ni piedad; y si el guerrero del río hubiese podido matarlo se habría convertido en un héroe nacional, posiblemente el más grande de la historia Crow. Era ojo por ojo, decía el libro sagrado. No era la devoción de Kate a la ternura lo que la había protegido; eran los tramperos que habían puesto los cráneos en las cuatro estacas de las cuatro esquinas de su diminuto mundo. Si las leyes de la vida, de la debilidad y la fuerza, de la cobardía y el valor, hubiesen seguido su curso inexorable, sin que los fuertes protegiesen a los débiles, le habrían arrancado la cabellera hacía tiempo y sus huesos ya estarían mondos en alguna parte a lo largo del Musselshell.

De todos modos, se preguntaba Sam, tumbado con su manta, ¿cómo quería el Todopoderoso que fuese? Por todo el mundo del Creador rara vez, si alguna, los fuertes protegían a los débiles, excepto de vez en cuando los humanos o los perros. Cuando Sam tenía diecisiete años vio a tres abusones atormentar a un joven indefenso más o menos de su edad y tamaño, mientras una docena de hombres y chicos observaban la tortura sin levantar un dedo. Sam se había acercado y había hecho chocar las cabezas de los tres entre ellos con tanta fuerza que fracturó dos cráneos e hizo que todo el grupo se volviera en su contra. Cuando caminaba por la calle le chillaban madres que no habían mostrado ningún interés, ninguno, en el muchacho que había estado siendo torturado, y que sólo lo mostraban por sus brutales matones. Sam se había alegrado de salir de allí y de alejarse del odio en los ojos de las madres. De los tramperos que conocía, pensó que no había ninguno que fuese capaz de aprovecharse de los débiles o indefensos, y mucho menos de torturar por puro placer diabólico. Sam había observado que en la naturaleza inferior a los humanos nada mataba excepto para comer, o por sus compañeros, o en defensa de sí mismo o de los suyos. Los seres humanos, en lo que llamaban las zonas civilizadas, habían llevado el matar hasta un nivel tan repugnante que algunos hombres realmente mataban por un

puñado de monedas o por el simple y morboso placer de hacerlo. Los pieles rojas convertían la guerra en una filosofía y un modo de vida, como hace el torero con el toreo. Para su país, que recientemente había asaltado a un débil vecino y le había arrebatado la mitad de sus tierras como los pumas más fuertes les arrebatan los conejos a los más débiles, no era una filosofía ni un modo de vida. Jim Bridger decía que en Washington lo estaban llamando Destino Manifiesto. Los indios, guerreando unos con otros, parecían estar bien igualados, hombre a hombre y nación a nación; o al menos aquello era cierto entre los más belicosos. Que hubiese tribus que amasen y buscaran la guerra e hicieran una filosofía de ello; que matasen a plena luz y pasión del heroísmo, cuando las emociones estaban más inflamadas, cuando un hombre apenas sentía la bala, la flecha o el cuchillo y cuando, si era mortalmente herido, entonaba su canción fúnebre y moría de un modo limpio, alzando las alas... A Sam todo aquello le parecía bien. Quizá la verdad (creía verla ahora) era que el joven que se había lanzado al río había tenido una muerte maravillosa: en los últimos momentos había tenido al enemigo por el cuello y le estaba asfixiando; y la sangre le hervía y su hambre de gloria estaba justo a las puertas del cielo. ¿Cuántos hombres en un siglo llegaban a la muerte con un triunfo así? ¿Cuántos alcanzaban la consumación de todo su valor y fuerza en un último instante supremo y cegador? Todos salvo unos pocos morían chirriando, irritados y quejándose, costrosos y marcados, medio ciegos y medio sordos, enfermos de soledad y autocompasión, y tan lejos del triunfo y la gloria como un viejo petirrojo escondiéndose por la oscuridad del bosque arrastrando las alas.

Después de pensarlo, Sam se sintió un poco mejor. Eran unas disquisiciones muy elaboradas para un trampero y después de llegar a una conclusión se sintió cansado. No percibía que su amor por la vida era tan exorbitante y voraz que matar por placer le resultaba tan extraño como el ascetismo, su inseparable gemelo. Prefería con mucho cantar a disparar; yacer sobre un campo de lirios de montaña o en un huerto de ciruelos y lilas, inhalando los maravillosos aromas que llenaban el aire y la tierra que cabalgar para matar a un hombre que avanzaba con la esperanza de matarlo a él. Prefería estar sobre la cumbre de una montaña y gritarles a los cielos las últimas notas de la Sinfonía en do menor de Beethoven que seguir las cornetas y a Zachary Taylor a Resaca de la Palma y Buena Vista.

En su disquisición Sam notaba el boceto de una sinfonía. Un día o dos después llegó al meollo: había perdido a un hijo y supuso que ahora ya nunca tendría uno. Había perdido a uno en el Little Snake y a otro en el río: Sam era incapaz de ignorar la cara convulsa por la pasión y los ojos negros ardiendo de coraje y odio; o las palabras, entre tantas, que su padre había dicho en voz alta con inquietud: «Y donde yacen los muertos allí está ella, la madre águila». No podía dejar de pensar en Kate, pues allí donde estaban los muertos, estaba ella, en otro mundo y en otro camino. Supuso que no había mucha diferencia entre la madre águila y la humana, el padre humano y el lobo. Pero sobre las pasiones de Kate se proyectaba una luz celestial que

era como los ojos del alba, la luz de los vivos. Aquello era lo que lo dejaba perplejo y lo inquietaba. Dios había dicho, aunque él ya no recordaba de qué ni de quién, que una luz brillaba y que los ojos eran como los ojos del alba; y Job había dicho: «Yo te conocía de oídas, pero ahora te han visto mis ojos».

Tras una semana ocultándose de día y abriéndose camino hacia el norte, Sam creyó ver al fin a Kate mientras estaba sentado sobre su caballo en la cima de una colina y miraba a sus flores. Ese año tenía todo un jardín; vio que había plantado algunas de las semillas que él le había llevado. Eso indicaba, con certeza, que ella sabía lo que hacía, o que Dios guiaba su mano. Al acercarse, las flores le parecieron encantadoras, aunque prefería las silvestres, las columbinas, los lirios y las galias y cien más. Creyó que había plantado algunas columbinas; si lo había hecho, la gloria de sus pétalos abiertos parecería tan fuera de lugar en aquella región árida y solitaria como los rizos rubios y los risueños ojos azules de una niña.

Kate salió de entre los árboles del río, cubo en mano. Mientras subía por la colina, Sam estudió su jardín. Sin duda estaba creando una maravilla de colores y fragancias sobre sus hijos, las flores más altas hacia el norte y las otras cayendo hacia el sur. En la parte norte había un espacio abierto; allí era, supuso, donde se sentaba cuando hablaba con sus hijos o les leía el Libro. Cuando subió con el cubo, él la llamó señora Bowden y le preguntó cómo estaba, pero ella no le miró. Era como si, teniendo sólo una pequeña parte de consciencia, la dedicase por completo a sus flores y a sus hijos. Diciéndole que había limpiado, aceitado y bruñido su rifle, se sentó junto a la puerta de la cabaña. Entonces, rápidamente, tomó su rostro con las dos manos y le besó en la frente, diciendo: «Yo le subiré este cubo»; pero cuando trató de quitarle el cubo de la mano, ella hizo un movimiento feroz y Sam dio un paso atrás. La observó mientras bajaba la colina; cada año parecía más pequeña, más frágil, más gris. Cuando desapareció entre los árboles del río, Sam miró hacia el túmulo; luego a las plantas de salvia y las flores; y al final al largo cuchillo y el pesado revólver que colgaban de su cinturón.

Aquella noche, mientras se fumaba una pipa, vio salir la luna; pronto estaría ella en el jardín, hablando con sus ángeles. Era una lástima que no tuviese árboles allí arriba. Se preguntó si debería trasplantar un sauce del río, un guillomo o un chopo. Si tuviese una alameda podría escuchar la maravillosa música de las hojas cuando los vientos suaves susurran entre ellas y descubrir la alegría de sus dorados y amarillos en el otoño.

Supuso que al menos debería subir y sentarse con ella. Estaba junto a las flores del extremo norte, delante de las plantas de salvia, con el Libro en el regazo. Sam se habría sorprendido de saber en qué estaba pensando, porque se estaba diciendo que hasta ese momento no se había dado cuenta de lo hermosos que eran sus hijos o lo adorable que era su hija. No habían envejecido desde aquella noche en que bajaron del cielo para arrodillarse ante ella. Pero ella no lo había pensado. Habría dicho que los ángeles no envejecen, sino que eran siempre iguales. Dado que la luna era llena y

amarilla como un melón, la belleza de su hija era exquisita cuando le sonreía y asentía ante su madre entre el follaje de la salvia. Llevaba una celestial tela vaporosa tan delicada como la seda de una araña que nadie había visto en la tierra, porque allí no se encontraba. Kate no veía los hombros de sus hijos pero sabía que estaban vestidos de un brillo sedoso que no era de esta tierra.

Les leyó primero las palabras de Isaías: «... levantarán las alas como águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán». Todo el día, mientras subía agua a la colina, había murmurado esas palabras una y otra vez, pues esperaba en el Señor tan bien como sabía y no estaba cansada. En su alma, junto a aquellas palabras, había otras: «El desierto y el lugar desolado se alegrarán por ellos; el yermo se regocijará y florecerá como la rosa». Sam se puso de pie tras ella, fumando su pipa y escuchando las palabras: la lengua de los mudos cantará porque aguas brotarán en el desierto y torrentes en el lugar desolado. Habrá allí una calzada donde no habrá bestias feroces; y se alejarán la tristeza y el gemido.

Los hijos le sonrieron y todas las flores asentían suavemente; y tras unos minutos la madre comenzó a entonar una vieja canción que las madres del mundo entero les cantan a sus pequeños; y tras ella una armónica sonaba suave y queda. Sam se había retrasado y se apoyaba ahora en la cabaña con el rifle a su lado. Se preguntó si ella creía que la música venía del cielo. ¿Quién podría decir que no era así? Tras unos minutos tomó la iniciativa y tocó las sencillas canciones que su madre les había cantado a sus hijos; y en voz baja y cansada Kate le dio palabras a su música. Durante casi dos horas él tocó y ella cantó y ni una sola vez ella se giró para mirarlo ni pareció saber que estaba allí. Entonces él se apartó silenciosamente de su vista.

Al día siguiente pensó en quedarse y volver a tocar para ella pero reflexionando se dijo que sería una crueldad. Si ella de verdad creía que la música venía del cielo sería mejor no usarla en exceso, no fuera a ser que descubriese que no era así. Porque el artista que tenía dentro le decía que el cielo tenía que ser algo que uno sólo pudiese alcanzar en raras ocasiones y anhelar alcanzarlo una vez más. Sería mejor marcharse, porque ahora ella tenía abundancia de frutos y nueces, azúcar y harina. Quizá volvería el siguiente otoño, después de la reunión en Three Forks, para llevarle carne para el invierno y volver a abrir una ventana celestial a la música de modo que las melodías de antaño alcanzasen su alma en recuerdo de sus seres queridos muertos, y de los de él.

El primero de los vengadores en llegar a la zona de Three Forks fue Garras de Oso George Meek, un rubio grande y sonriente a quien llamaban Garras de Oso por su costumbre de coleccionar las garras de los osos, principalmente de los *grizzlies*, que bañaba en orín y otros astringentes y pulía con arcillas, polvos y cueros hasta que quedaban tan limpias y relucientes como joyas. George era un tipo despreocupado, o parecía serlo; tenía cordiales ojos azules y palabras amables para todos excepto para los pieles rojas, a quienes despreciaba porque habían matado a su hermano. Bajo su alegre superficie había un hombre inteligente con muchos recursos. Siempre estaba sonriendo; Bill decía que George sonreía mientras dormía; y aquello parecía probable, porque sus sueños consistían habitualmente en engaños, estratagemas y agudas prácticas con las que superaba a aquellos que se enfrentaban a él. «Siempre intento ensillar al caballo adecuado», era como se definía a sí mismo. Se adaptaba a sus circunstancias; tomaba riesgos; y nunca vadeaba cuando no podía ver el fondo. Pero era un hombre agradable al que no le gustaba vivir y cazar solo durante cinco fríos meses, como hacían Zeke y Hank, y también Cabellera Perdida Dan, Bill Williams y Sam Minard. Pobre Bill, ahora estaba muerto, y Windy estaba escribiendo un poema sobre él:

Se comía la vida como permitían las leyes de Dios
al menos
hasta ahora.
Ya no hay rastro de que esté subiendo por la montaña.
Supongo que ya
se ha cansado.

Lo habían encontrado en las Uintah con una bala en el corazón y un viejo rifle Ute sobre el regazo. Lo cubría medio metro de nieve.

George había pasado a veces el invierno con Hob Niles (muerto ahora, como Bill), con el que alrededor de una hoguera había compartido su talento manual (ambos habían tallado objetos en madera), el amor de un artista por el detalle exquisito y embustes. Ambos preferían mascar tabaco a fumarlo y tenían barbas castañas en las que las zonas más oscuras denotaban las manchas del jugo del tabaco. George había llegado desde el río Henrys y a unas pocas horas tras él llegó *Tomahawk* Jack, una criatura cruel como él solo y uno de los mejores tiradores con revólver del Oeste. Jack, como Dave Black, otro experto con el revólver, no era mucho más alto que Kit Carson y tenía los impulsos felinos y el instinto letal de los hombres pequeños. Si Jack o Dave habían sonreído alguna vez había sido mirando el rostro muerto de un enemigo. De treinta y cinco años y treinta y ocho el año en que

los tramperos se reunieron en Three Forks, ambos estaban afeitados y tenían aspecto juvenil, y no servían de gran cosa en una pelea excepto con armas. Jack era casi tan bueno montando como el mejor de los Crows, y su caballo Crow estaba considerado por algunos como el más veloz de todas las montañas. Eso, había dicho Mick Boone, con su gran rostro feo mostrando una sonrisa lenta, era sólo porque Jack era pequeño. Él cuando nació era más grande, dijo Mick. Eso, había dicho Bill, no significaba ná más que siempre había sido un blanco mayor.

El siguiente de los tramperos en llegar era, según los soldados, uno de los tres mejores exploradores del Oeste. Aquello, dijo el irrefrenable Bill, era porque McNees veía el doble que cualquier otro hombre; mientras un ojo miraba al noreste el otro se dirigía al noroeste. Que veía igual de bien con ambos, como los caballos, estaba demostrado, según Bill, por el hecho de que te miraba con cualquiera de los dos; y a veces, como un pájaro, te miraba con uno y si no le gustaba lo que veía aquel ojo te miraba con el otro. En Roger McNees, medio escocés y medio alemán, no había espacio para las payasadas; ningún sentido de la diversión ni para las historias exageradas. Desde que llegase al Oeste hacía quince años había corrido el rumor de que había matado a su padre y había huido, pero ningún hombre al oeste del Missouri sabía si era cierto y a ninguno le importaba. A Tres Dedos le encantaba rastrear y explorar; se decía que podía llenarse las fosas nasales con hojas de salvia y aun así oler un rastro indio más deprisa que un lobezno siguiendo a un conejo. Los otros habían supuesto que exploraría un poco de camino a la reunión, así que no se sorprendieron por la respuesta que dio a la pregunta de Meek: «¿Sabes por dónde andan las alimañas?»

Sabía dónde estaban y sabía cuántos venían. ¿Conocía Garras de Oso aquellos manantiales sulfurosos al este de las Big Belt? «Como la cara de mi madre», dijo George. «He estao allí, de hombre y de muchacho, mil veces». ¿Conocía aquel arroyo en el que Black Harris se había escondido de los Pies Negros durante dos días y una noche mientras ellos estaban sentaos tan cerca de él jugando a la ruleta que uno de ellos l'abía tocao? «¡Pos claro!», dijo George. Fue cuando a Black no le respondían las piernas al salir del escondite; durante kilómetros s'abía arrastrao usando los brazos. «Siempre había pensao que aquel era Mano Rota», dijo George. Un ojo negro estudió a George. ¿Sabía dónde estaba el arroyo Seven Mile? «Lo conozco tan bien como la verruga que tenía mi padre en la nariz. Tenía dos pelos». Pos a medio camino entre Seven Mile y los manantiales se toma el oeste hacia las Big Belt y en seguida tienes el campamento justo delante las narices, como el bigote d'un bisonte.

—Eso nostá mu lejos d'aquí —dijo George.

—¿Cuántos? —dijo Jack, frunciendo el ceño.

Si las alimañas estaban todas en el campamento, eran cincuenta y ocho.

Uno ha debido de tener un hijo, dijo George. Sam había matao a uno. Y cincuenta y ocho, condenación, saldrían a tres por barba. Como había dicho aquel, no eran más c'unos minutos de trabajo.

—¿Has visto a Cuernos de Uapití? —preguntó Dave.

Tres Dedos miró a Dave.

—¿Lo habría contao si no le hubiera visto?

—O sea —dijo Dave mordazmente—, que le viste las cicatrices.

—Él lo ve tó —dijo George rápidamente, porque los dos hombres se miraban el uno al otro.

Aquella noche llegaron Cabellera Perdida Dan y una docena más. Ninguno, ni siquiera el frío McNees o *Tomahawk* Jack, podía mirar a Dan sin sentir un ligero escalofrío. No porque fuese un tipo grande, de uno noventa y todo músculo y hueso, con un perímetro de cuarenta y cinco centímetros de cuello o de bíceps flexionados. No era su gran cabeza sin pelo ni piel por encima de las orejas. Eran sus ojos. Tenía cuarenta años y había sido trampero durante diecinueve. Cómo había perdido el cuero cabelludo no lo sabía nadie, porque ni siquiera la entrometida nariz de Río Wind Bill había podido husmearlo. Quien se hubiese llevado su cabellera era un tipo codicioso: el cuchillo había hecho la incisión donde la parte superior de la oreja se unía al cuero cabelludo pero, en lugar de tirar hacia abajo de la oreja, el indio había cortado a través, de modo que Dan estaba marcado y cortado como un caballo. Su gran cráneo brillante era todo de hueso lampiño excepto una fila de unos cinco centímetros a lo largo de la nuca. En lugar de cortar en la línea del pelo de la frente, el descabellador había llegado hasta casi los ojos; y ahora como a dos centímetros encima de las cejas tenía Dan una fea cicatriz recta casi a lo largo de toda la frente que era como un verdugón. Parecía llenarse de sangre cuando estaba furioso.

Río Powder Charley estaba conjeturando que, si los que le habían quitado la cabellera a Dan eran los Pies Negros, esta incursión supondría para él un placer especial. A Charley le gustaba burlarse un poco, aunque sabía que para Dan las burlas eran como linimento en una herida abierta. Dan, había dicho Bill, tenía el sentido del humor de un bisonte viejo y enfermo rodeado de una manada de lobos. Si les tocaban tres a cada uno, dijo Charley, tendrían que darle a Dan el más grande, porque así quizá lo podían curtir pa hacerle una peluca. En ese momento Dan estaba fumando su pipa. Miró a Charley, no rápidamente, sino como alguien que se tomase su tiempo para hacer sus cosas. Sus grandes ojos azul pálido parecían ligeramente hinchados y sobresalían de su cráneo, como los de un sapo. Miró a Charley, con su gran rostro fuerte y afeitado impasible, y George decidió en aquel momento que sería juicioso para él hacer algún chistecillo, como una jovencita ante un pretendiente; y así, volviendo a colocar su tabaco, dijo:

—El problema es que las alimañas rojas no dejaron demasiaio pelo pa que podamos comparar, y el pelo de la tripa de uno nos nunca del mismo color que'l de la cabeza. Que me parta un rayo si sé cómo podríamos hacerlo —Garras de Oso miró a su alrededor discretamente para ver si la chanza estaba sentando bien.

Dan volvió ahora sus fríos ojos a George y siguió chupando de su pipa. Bueno, una cosa se podía decir de Dan, habría dicho Sam Minard si hubiese estado allí, y era

que se había vengado de sus enemigos diez o veinte veces. Dan tenía una choza río Madison arriba cerca de su nacimiento, y la única vez que Sam había mirado dentro le había parecido que la mitad de las paredes estaban cubiertas de cabelleras indias. Dan peinaba el negro pelo y lo abrillantaba como hacía con las pieles de castor y, como decía George, lo dejaba tó mu bonito. Alguna que otra vez, cuando el cráneo entero le picaba por los picotazos de los mosquitos, Dan iba a conseguir otra cabellera. Siempre la cortaba junto a las orejas y la frente y por la parte baja de la nuca. Era un asesino solitario y letal. Si a Sam le hubiesen preguntado que cuál de los hombres le pondría nervioso si tuviese que enfrentarse a él en una pelea, el primero en el que hubiese pensado habría sido Dan.

A la mañana siguiente llegó hasta el campamento el hombre a quien todos los tramperos habrían escogido mediante voto privado como el más capaz de todos ellos. No porque Sam Minard fuese el mejor hombre del Oeste o el más poderoso físicamente. No era porque fuese el tirador más certero, había muchos que lo eran más; ni el más valeroso, había otros más imprudentes; ni porque fuese el más frío a la hora de enfrentarse a un desafío espantoso, quizá no había hombres sobre la tierra con nervios de un acero más frío al enfrentarse a un *grizzly* furioso o a un piel roja blandiendo el *tomahawk* que Hank Cady o Kit Carson, Cabellera Perdida Dan o Tres Dedos McNees. No era porque fuese el que mejor había luchado contra los indios; en eso Kit o Dan o Jim Bridger o una docena eran más que sus iguales. Era porque tenía en amplia medida todos los rasgos y habilidades que definían a un soberbio trampero. No tenía nada de Jeb Berger en él. Aunque Windy Bill era un hombre valiente y un fantástico luchador en un apuro, había un poco de Jeb en él. Aunque Mick Boone se hubiese enfrentado a cualquier hombre sobre la tierra, siempre sentía la carne de gallina cuando su vida dependía sólo de su coraje.

Los hombres reunidos allí (había veintitrés antes de que empezasen a cabalgar) probablemente formaban, considerando su número, un grupo de guerreros tan osado y capaz como cualquiera que se hubiese reunido alguna vez. Cualquiera de ellos podía derribar a dos indios, la mayoría de ellos a tres, y unos pocos a cuatro o a cinco. Estaban deseosos de pelear en distintos grados. Todos se sentían competitivos y algunos de ellos temían no poder conseguir su parte de cabelleras. Unos pocos, como Dan, McNees y Jack, tenían la ambición de ser reconocidos como el asesino destacado cuando todo hubiese acabado. Otros, George, por ejemplo, Hobe Isham, un tipo callado, también, creían que no tenían el talento asesino para ser los primeros y se contentarían con hacerlo lo mejor que pudieran. Unos pocos, como Sam, David Black y Zeke Campbell, eran estrategas de corazón y asesinos sólo después.

McNees dijo que Caracortada y su manada estaban acampados en un pequeño río contra la pared de un risco con un buen número de árboles en la cresta. Aquello era en el lado oeste. El viento predominante cuando estuvo allí soplaba desde aquella parte pero en aquella zona los vientos eran como la mente de una mujer y cambiaban sin motivo alguno. En la parte norte y por detrás había frondosos bosques de chopos

y píceas. Un río corría hacia el lado sur. Cuando los hombres se reunieron a su alrededor, Tres Dedos dibujó en la tierra un mapa. Cuando había estado explorando su posición tenían dos centinelas; uno aquí, otro por allá, en los extremos noreste y sureste; y suponía que tendrían a un vigía en uno de los riscos de arriba, aunque no había visto señales de ninguno.

Era posible que se hubiesen ido de allí y tuvieran que volver a localizarlos. Mirando al cielo ennegrecido dijo que una tormenta de tres pares estaba llenándose las tripas de agua; si podían atacar bajo los truenos estaría bien.

George al fin había sido capaz de dividir cincuenta y ocho entre veintitrés y ahora decía que algunos de ellos se iban a quedar cortos. No habría tres para cada uno para todos. Habría tres para trece de ellos, dos para otros nueve y sólo uno para él. Alguien dijo que Sam tenía que tener alguno extra, pos era su fiesta; pero otro añadió que el jefe tenía que ser pa Sam. Un tercero sugirió c'avía que dividir por igual a la mayoría de las alimañas y que los demás serían extras p'al primero que llegase. Sam habló entonces y dijo que deberían permitir escapar a uno de ellos, para llevar las alegres noticias a la nación Pies Negros; y Dan dijo que eso estaría bien si antes l'arrancaban la cabellera y luego le daban al desgraciao un caballo rápido con un cactus bajo el trasero. «Güeno», dijo George, «aquí hay mucho *matemático*».

Algunos de los hombres hablaban de la inminente muerte de cincuenta y siete indios como si estuviesen a punto de irse a cazar bisontes. Algunos, como Hank Cady, no dijeron nada. Para casi todos el piel roja no era más humano que el negro. «Tos se paecen un poco a un hombre», había dicho George, «pero cuando llegas al fondo de la cuestión no lo son. Cuando el Todopoderoso hizo al indio se l'avía acabao tó menos los yierros. Ni un diablo de los que sisean en el infierno es más colorao que una alimaña roja».

Algunos de los hombres habían llegado desde lugares tan lejanos como el lago Bear y el río North Platte y creían que dos cochinos pieles rojas eran poca cosa para un viaje tan largo. Uno de ellos dijo que era como cabalgar cien kilómetros pa comerte dos palomas. De haber sabido, dijo Mark Hillers, qu'iba a ver un ejército aquí s'abría quedao en casa. A su padre l'abría dao vergüenza ver a su hijo cabalgar mil kilómetros pa dos cabelleras.

—Quizá será mejor que le demos tres —dijo George—, yo puedo quedarme y cuidar del campamento —a Windy Bill le pareció una buena sugerencia. Mark, dijo, estaba al otro lao del mundo, casi en Bent's Fort, y había cruzao cincuenta ríos y mil montañas pa llegar allí. Pronto, dijo George, no iban a quedar extras. Tendrían que dejar que el primero que les clavase el cuchillo se los quedase.

Así era la cosa, dijo Zeke; no creía que ninguno pudiese ver ná. No habría luna y probablemente tampoco hogueras. La noche sería tan negra que sería como volver al vientre de tu madre. Tenía razón, dijo Bill, observando el cielo oscurecido; tendrían que saber si era rojo o blanco por el tacto de la piel. Por el olor, dijo Mick Boone. ¿Pero cómo iba a distinguir Sam entre cuernos de uapití, garras de lobo o cola de

castor? Era David Black el que hablaba y, cuando él hablaba, el cerebro se le hinchaba como un vientre embarazado, según Bill.

—Olerá a jefe —dijo George.

Sam, dijo Bill, encontraría a Cuernos de Uapití como un ternero encuentra a su madre. ¿Pero y si no?, preguntó Dan. ¿El que lo encontrase primero tendría que agarrarlo del pescuezo y esperar a Sam?

El jefe, dijo Bill, había escupido a Sam en la cara. L'abía pegao en la cara con el *tommyhawk*. L'abía atao a un árbol y casi l'abía congelao el culo y había fanfarroneao y l'abía amenazao cosa mala. Tenían que dejar que Sam lo matase. Supuso que Sam agarraría al jefe por la cabellera en menos tiempo del que tarda un lobo en darse la vuelta.

Los hombres pasaron dos o tres horas con sus armas. Examinaban las piezas, las limpiaban y engrasaban y lustraban los cañones con tanta delicadeza como si tocasen el mecanismo de un reloj. Los cuchillos los afilaron con muelas de grano fino que habían empapado en aceite de ganso y luego los suavizaron con cuero blando. A sus caballos, y todos tenían monturas soberbias, les dedicaron un cuidado atento que nunca se daban a sí mismos, examinando los cascos, los dientes, los lomos y los músculos del cuello y los hombros, inspeccionando bajo los flancos y los escrotos en busca de garrapatas y otros chupasangres, dejando que bebiesen sólo en aguas libres de arcillas y cienos venenosos y llevándolos a pastar en los lugares más frondosos. Si cuatrocientos guerreros Pies Negros los hubiesen atacado, sus posibilidades de salir vivos habrían dependido casi por completo de los fuertes animales que montaban. Un trampero pensaba en su caballo, su rifle y su cuchillo como partes de sí mismo; una extensión de su alcance y una triplicación de su velocidad.

Cuando los veintitrés hombres de la comitiva creyeron que ya no aparecerían más tramperos, pasaron otra noche allí, esperando la tormenta, con centinelas en turnos de tres horas en los cuatro extremos. A la mañana siguiente ensillaron a sus animales, aseguraron sus camas y aparejos tras las sillas y se dirigieron al norte hacia el Missouri. Delante del grupo principal iban tres exploradores y Dave Black con su vista de lince cerraba la retaguardia a un kilómetro por detrás. Unos cuantos, con Dan como portavoz, habían propuesto que después de que hubiesen eliminado a aquella banda debían seguir hacia el norte y buscar a otra; pero los más serenos dijeron que no, porque sabían que la masacre iba a provocar un frenesí salvaje entre los indios. Las *squaws* se harían cortes y derramarían su propia sangre sobre sus cuerpos, y chillarían y gritarían con tal furia demente que los bravos, como avispas salidas de su avispero, saldrían en todas direcciones con la vista puesta en encontrar algo que matar. Después de todo, habría dicho Bill Williams, si hubiese estado vivo y presente, su deber era vengar los insultos proferidos contra un hermano de la montaña. Después de aquello se dispersarían en silencio por los valles y a través de los bosques en todas direcciones menos hacia el norte, dejando a los avispones rojos agotarse en sus berrinches. Lo importante, habían acordado todos, era dejar a un hombre vivo

para que pudiese llevarle la noticia a su pueblo. ¡Cómo aullarían y se sacarían los ojos cuando el único superviviente, con el cráneo desnudo y rojo, les contase lo que había pasado!

La primera noche acamparon cerca de las estribaciones de las montañas Big Belt. McNees llegó a eso de la medianoche para informar de que la banda seguía allí contra el risco pero mostraba señales de estar preparándose para moverse. Sus centinelas estaban donde antes, una alimaña a un kilómetro del campamento al noreste y la otra al sureste, y posiblemente un tercero sobre el risco. El viento soplaba del noroeste. Calculaba que había unos quince kilómetros hasta el campamento indio.

Habría que eliminar a los tres centinelas. A Sam le dieron a elegir quiénes serían los verdugos. Sabía que sería absurdo pedir voluntarios; todos se presentarían. Sabiendo que Dan se moría de ganas de ser uno de ellos, le asignó a él la alimaña en el sureste. Como el del risco sería el más difícil de los tres de sorprender, se lo dio a Tres Dedos. Luego miró a su alrededor y le pareció ver en la oscuridad de la noche un deseo especial en los ojos de David Black.

—Muy bien, Dave, el del noreste es tuyo.

Era una noche oscura, los lobos aullaban y el ulular del búho anunciaba tormenta. Todos los hombres estaban acostados pero despiertos. Escuchando, los únicos sonidos que Sam oía eran los de un pájaro nocturno, un lobo y un búho. Dos horas después la partida recorrió dos tercios del camino y escondieron sus caballos en un bosque de chopos. El cielo estaba cubierto y oscuro y caían enormes gotas de lluvia cuando los hombres reemprendieron camino. «¡Qué maravilloso sería», pensó Sam, mirando el húmedo cielo oscuro, «si en el momento del ataque el Creador llenase el mundo con un atronador canto de venganza, con compases como los que abrían la Quinta!»

Avanzaron casi tan silenciosamente como el lobo hasta que se encontraron con los exploradores que volvían. McNees les había dicho que él y los otros dos sólo necesitarían media hora. Bueno, quizá, pensó Sam; Dan no era tan rápido como los otros dos. Seguían a tres kilómetros del campamento indio cuando Sam, que ahora iba en cabeza de los veinte, se quedó asombrado al ver una figura alta salir de entre las sombras de la noche. Era McNees, que llevaba una cabellera húmeda en la mano. Así no era como Sam lo había planeado y estaba preguntándose por Dave y Dan cuando McNees comenzó a susurrar por el grupo que todo estaba preparado para la pelea. Dan y Dave estaban como un kilómetro más adelante, esperando. Habían encontrado a los tres centinelas dormitando y tenían una mano sobre sus bocas y un cuchillo en sus cuellos antes de que pudiesen moverse. El campamento estaba dormido. Había perros, dijo McNees; sus caballos estaban al sureste alrededor de la base del risco y no había ningún guardia con ellos. Se acercarían por el sureste, porque de ese modo el viento les daría en las caras y los dormidos sólo oirían el huracán. ¡Caray!, pensaba Sam: no era extraño que aquel hombre fuese conocido como uno de los tres mejores exploradores del Oeste; los otros dos eran Kit Carson y

Jim Bridger. Todavía susurrando, McNees dijo mientras se aproximaban que había cinco tiendas en fila delante de ellos; a unos cinco metros más allá había una tienda más grande dentro de la que el jefe estaría roncando y soñando con la gloria. Alrededor, al sur, en un semicírculo, había nueve *teepees* más pequeños. Algunas de las alimañas no estaban bajo techo y como la lluvia los despertaría sería mejor apresurarse. Para cuando McNees había dejado de susurrar, los hombres tenían en la cabeza un mapa de la situación y sabían que en las cinco tiendas de cuero que daban al este estaban los guerreros más poderosos del jefe. Todos los hombres excepto Sam, cuya mente estaba puesta en el jefe, esperaban ser los primeros en llegar a las cinco tiendas.

Avanzaron bajo la llovizna. Tras kilómetro y medio Dan apareció entre la oscuridad y se unió a ellos. Cuando estaban a unos trescientos metros del campamento, la partida se detuvo; los hombres avanzaban ahora arrastrándose tan sigilosamente como el lobo, pues cada uno de ellos llevaba tres pares de mocasines. Todos llevaban un revólver al cinto y un Bowie largo. Tras cincuenta metros Dave Black se levantó como si brotase de la tierra y avanzó con ellos. Cuando Sam y la docena de hombres que estaban a su altura estaban a unos cincuenta metros de las primeras tiendas, se detuvieron, apoyados sobre una rodilla y la palma de la mano; y Sam miró a los hombres que estaban detrás. No podría haberse oído ni la respiración de un solo hombre pero esperaban que los perros explotasen en ladridos furiosos en cualquier momento. Durante otros quince metros se deslizaron silenciosamente hacia delante y entonces Sam se levantó con un cuchillo relampagueando en su mano. Aquella era la señal. Al momento siguiente el campamento, las montañas de detrás y la tierra entera se vieron sacudidos por un grito de guerra que espantó a todos los indios dormidos. Casi al mismo instante los hombres corrieron a toda velocidad y los perros del campamento se despertaron. Durante unos instantes fatales los pieles rojas estaban drogados por el sueño y asombrados por el terror y durante esos momentos todo acabó para la mayoría de ellos. Ni un indio entre cinco supo qué les había atacado.

Cuernos de Uapití lo supo. Sam se encargó de ello. Mientras los gritos de horror seguían resonando en la noche de la montaña Sam corrió como un relámpago entre las dos tiendas de los centinelas y llegó ante la del jefe. El piel roja se puso en pie rápidamente y se topó con Sam en la puerta. Mientras corría, Sam había devuelto el cuchillo al cinturón porque en distancias cortas prefería luchar con sus manos. En la puerta de la tienda agarró al hombre por los dos brazos y le dio un tirón con tanta fuerza que el hacha se le cayó de la mano. En ese momento Sam le escupió en la cara y luego lo lanzó de cabeza hacia atrás por encima de su hombro. Giró entonces hacia un guardia que había salido apresuradamente de la tienda y lo atravesó con su cuchillo; y al instante siguiente agarró al jefe, lo puso en pie con una sacudida que casi le fracturó las piernas, volvió a escupirle en la cara y le abofeteó la roja mejilla con la mano abierta con tanta fuerza que el jefe casi se cae. «¡Soy yo!», rugió Sam en

la cara del hombre indefenso y, volviendo a lanzar el temible grito de guerra, agarró al jefe con ambas manos justo por debajo de las costillas, lo levantó y lo lanzó por encima de su cabeza. Enseguida estuvo sobre él, con el ensangrentado cuchillo en la mano, y mientras el asombrado jefe yacía indefenso, Sam le arrancó la cabellera.

Con la cabellera en una mano y el cuchillo en otra, saltó hacia atrás y en la oscuridad de la madrugada examinó la escena. A su izquierda oía las pisadas de hombres persiguiendo a otros hombres. Oyó un grito ahogado en sangre. Mirando hacia el otro lado, vio a un hombre blanco tomando una cabellera y a un indio ensangrentado corriendo hacia él con el *tomahawk* en alto. Sam saltó, derribó al indio, y le salvó la vida a Hank Cady. Hank siempre era un poco descuidado en la pelea. Lo que Sam andaba buscando era a un indio vivo que enviar como mensajero y cuando vio a uno saltando entre media docena de cuerpos caídos y emprendiendo una carrera desesperada en busca de la libertad, Sam se lanzó tras él como un puma. Lo alcanzó como unos cien metros después y lo derribó. Cayó sobre él buscando armas, pero aquel bravo no tenía ninguna. Sam le dio la vuelta, apoyó la rodilla en su espalda y cortó unos flecos de cuero de la chaqueta de piel del indio. Con ellos le ató las manos por detrás y estaba asegurándolo a un árbol cuando oyó que lo llamaban por su nombre.

—¡Estoy aquí! —gritó Sam.

Para entonces todo había terminado. Unos cuantos indios heridos habían huido con tramperos pisándoles los talones, y uno a uno habían regresado con sus cabelleras. Nadie sabía aún si alguno había escapado. Nadie sabía si McNees los había contado bien. Sam, Bill y Mick caminaban entre los muertos intentando contarlos; y George apareció con su sonrisa habitual y dijo que había otro muerto más allá y otro por allí. ¿Alguna de las alimañas había escapado? No lo sabían, dijo Sam. Dan y McNees no aparecían, andarían persiguiendo a alguno. ¿Algún trampero había resultado herido? Bueno, por allá andaba Cy Gregg cojeando como si tuviese la pierna rota; y *Tomahawk* Jack, que en su entusiasmo por arrancar cabelleras se había cortado gran parte de la carne de dos dedos; y Abe Jackson, a quien le habían partido la clavícula en dos con un *tomahawk*. Por lo que sabía Sam, ningún hombre blanco había muerto. En cuanto a los perros, todos habían desaparecido y Bill creía que algunos de los diablos rojos podrían haber escapado también. No lo sabrían hasta que no los contasen.

A la luz del día Sam, Bill y algunos otros trataron de contar los cadáveres desperdigados por la zona pero no se ponían de acuerdo en el número. Sam fue entonces a ver a los heridos. Abe tenía un corte feo, sí, que atravesaba la clavícula y las dos costillas más cercanas, pero, como todos los tramperos, fingía que no era nada. Era todo por su condenada torpeza, dijo. Algunos de los hombres mascaron tabaco y le dieron las hebras y Abe se las puso en la herida. Jack había encendido una pequeña hoguera y con la punta de un cuchillo calentado trataba de cauterizar y cicatrizar sus heridas; y Abe, observándolo, dijo que le vendría bien algo de esa

medicina. Hasta Tres Dedos tenía una herida, un corte de cuchillo en el hombro en la que metió tabaco humedecido. Zeke se había cortado él solo la palma de la mano; otro hombre mientras perseguía a un indio en la oscuridad se había chocado contra un árbol y había perdido cinco o seis dientes. Mick Boone se había arrancado la uña de uno de los pulgares. Sam dijo que examinaría el botín para ver si había cosas que quisieran alguno de ellos y luego doblarían los cañones de los rifles y quemarían las culatas. Le dijo a Hank que escogiese a cinco o seis hombres y llevasen a los ponis indios junto con sus caballos y luego fuesen a buscar uapití para desayunar.

No había gran cosa en el botín que quisieran los hombres. Algunos escogieron prendas de cuero, o un *tomahawk* o un tocado. Los rifles, proporcionados por los británicos para que los Pies Negros luchasen contra los americanos, los apilaron en una hoguera y cuando la madera se hubo quemado y los cañones estuvieron calientes los colocaron entre unas piedras y tiraron una roca enorme en el centro de cada uno para doblarlo. Fue mientras doblaba un cañón cuando Sam se quedó sobresaltado y luego asombrado. Cuernos de Uapití, a pesar del vapuleo que se había llevado, seguía vivo. Estaba consciente. De hecho, lenta y furtivamente se estaba arrastrando hacia Sam con un cuchillo en la mano. Sam avanzó hacia el indio y cuando estaba a quince metros se detuvo y lo miró. Fueron los ojos los que cautivaron su atención; sólo en los ojos del halcón, el lobo o el glotón, o en los del joven del río, había visto tanto odio mortal. «¡Que me cuelguen!», gritó, y otros hombres se acercaron a él para mirar.

George dijo:

—Sam, creía cabías matao a la alimaña.

Charley dijo:

—¿Este es al que vamos a mandar con los Bloods?

—Ese está atao a un árbol —dijo George.

—Pos no hay razón pa mandar dos —dijo Charley—. ¿A cuáló matamos?

Bill se había acercado. Miró al indio ensangrentado, ahora tirado en el suelo y mirando a los hombres. El piel roja tenía el aspecto de una bestia herida que sabía que el enemigo tenía toda la ventaja pero que estaba decidida a luchar por su vida. Miraba como si estuviese esperando y planeando. Los hombres vieron el cuchillo en su mano y esperaban que en cualquier momento saltase al ataque.

Bill dijo:

—Güeno, ahora sabe quién lo ha hecho. Me malicio que Sam quiere mandar a este jefe y cogió al otro por si acaso al jefe no l'apetecía. ¿Es eso, Sam?

—Podría ser —dijo Sam.

George dijo:

—¿No sería más insultante mandar al jefe?

—Diez veces más, pos claro —dijo Bill.

—¿Entonces quién se carga al otro?

—Es de Sam —dijo Bill.

Sam miraba fijamente al jefe. Se estaba acordando de cómo aquella alimaña lo había vejado y humillado y cómo durante días había estado cerca de la muerte en el páramo helado; pero había algo en aquella situación que le disgustaba. Quizá eran los ojos de todas las criaturas atrapadas e indefensas o heridas que le habían mirado durante sus años en el Oeste y le miraban ahora desde los ojos de aquel hombre. Estaba la garza ceniza. Una vez, practicando el tiro, le disparó a una garza en la orilla de un río, rompiéndole sólo un ala. El ave, alta y elegante, había llegado caminando por la orilla y había pasado de largo junto a él con lo que Sam había tomado por desprecio. Nunca había podido olvidar aquella experiencia. El pájaro, caminando con soberbia dignidad, lo había mirado fijamente con un ojo según se acercaba y pasó de largo y siguió caminando por la orilla con su ala azul colgando. Y estaba Kate Bowden.

Sam podría haber dicho, tras intentar meditar una respuesta, que en los ojos de todos los seres heridos o indefensos había algo que le tocaba el corazón. Seguía mirando a Cuernos de Uapití cuando *Tomahawk* Jack se acercó al jefe y apretando el cañón de un revólver contra el cráneo ensangrentado, se agachó y le quitó el cuchillo de la mano. Fue entonces cuando Sam vio, más conmovido, la mirada en los ojos que no quería ver y que estaba cansado de ver. Dan se había quedado retrasado, escuchando y observando. Se acercó ahora a Sam y dijo que si el jefe iba a ser el mensajero había que arrancarle la cabellera adecuadamente; a mitad de la frente y justo por mitad de las orejas. Dan estaba dispuesto a mostrar cómo debía hacerse, pero Sam dijo que no, que al jefe le había arrancado la cabellera y ya estaba hecho. Si Dan quería arrancársela a aquel otro y soltarlo le parecía bien. Una cabeza calva era mejor advertencia que un indio muerto. Podrían decirles que le contasen a su pueblo que habían enviado dos mensajeros porque se les había ocurrido que uno podría morir a manos de los Crows por el camino. Bueno, dijo Bill; eso acumularía el insulto en dos calvas.

Después de pensarlo Dan dijo que tenía sentido. ¿Podía arrancarle la cabellera al otro?

—Claro —dijo Sam—, y acaba pronto. Queremos desayunar.

Según se acercaba Dan, el indio atado al árbol comenzó el canto de la muerte. Luego la canción dejó de oírse y por lo que vieron los hombres que estaban mirando el piel roja ni parpadeó mientras le arrancaban la cabellera. La mitad de cada oreja colgaba del cuero cabelludo. Colocaron a los dos indios delante de Sam, con las puntas de unos cuchillos pegadas a la espalda. Sam estudió sus rostros. Luego Bill dijo:

—Sam, el jefe tiene el hombro dislocao, ya lo creo.

Todos vieron que era así cuando miraron la posición del brazo. Desde atrás, Bill palpó el torso del jefe y dijo que parecía tener varias costillas rotas. Sam había debido darle una buena, dijo Bill. Los dos indios temblaban de odio e ira; a su alrededor veían los cadáveres de sus camaradas y la pila de rifles destrozados. El jefe estaba tan

furioso, tan terriblemente humillado y conservaba tan poco control sobre sí mismo que de sus labios colgaba la sangre y la baba y se estaba orinando. George habría dicho que aquello era suficiente para hacer llorar a un lobo muerto; pero Dan, McNees, Jack y algunos otros lo miraban como si les hubiese gustado despellejarlo vivo. Estaban pensando en las innumerables torturas y agonías a las que se verían sometidos si estuviesen en poder de aquel salvaje. Dan le habría cortado la cabeza y la habría colgado de un árbol.

Alguien preguntó que por qué no llevaban a las alimañas al campamento y las ataban hasta después del desayuno. Que los pieles rojas piensen un rato. Sam dijo que bien, que lo harían y que luego los mandarían de camino; y se volvió a Cy y a Charley, que tenían nociones de las lenguas indias. Los hombres montaron los ponis indios y cabalgaron hasta su campamento; y detrás de ellos en caballos, con los pies atados con cuerdas de cuero bajo los vientres de los animales y las manos atadas, iban los dos prisioneros. Los cazadores volvieron de las montañas con las mejores porciones de uapití y bisonte; se encendieron hogueras; y colgaron de trípodes grandes asados y suspendieron en ramas de cerezo gruesos filetes sobre ascuas rojas. Sam, Hank y Bill hicieron panecillos calientes. Una docena de hombres andaban por los valles y las colinas recogiendo raíces y frutos silvestres.

Después de haber comido más de cincuenta kilos de carne con panecillos y bayas y de que cada uno se hubiese bebido un litro de café fuerte, se sentaron, mascando tabaco o fumando sus pipas. Bill se quitó la pipa de la boca y, como un indio, hizo una señal con la pipa a la tierra y al cielo. Era una maravilla impresionante, dijo, que Sam no hubiese partido al jefe por la mitad, aunque tal como estaba ya l'abía dao bastante. Dudaba de que l'alimaña pudiese llegar hasta su pueblo; podía ser c' algunas de sus entrañas estuviesen reventás. ¡Sangre de Cristo!, dijo Jack, y se volvió rojo de ira. ¿S'acariciaba a un lobo herido porque les daba pena? No sentía ninguna piedad por esas criaturas rojas y él se sentiría mu inquieto si se dejaba suelto a aquel jefe. Levantaría a toda la nación en su contra. ¿Las alimañas pensarían que lo habían soltao porque era un jefe más importante que cualquier jefe blanco? Y Sam tenía que saber que si soltaban a Cuernos de Uapití acabaría persiguiéndolo día y noche hasta que se secara el último río. ¿Por qué no se lo vendían a los Crows?

Esa propuesta les hizo gracia a algunos hombres: Cuernos de Uapití había capturao a Sam pa vendérselo a los Crows y Sam l'abía dao la vuelta a la tortilla. ¡Caray! Eso los *aprendería* a quedarse en su sitio.

Durante un minuto entero Sam fumó su pipa y consideró el asunto. No quería ofender a aquellos hombres que habían venido desde muy lejos y habían arriesgado sus vidas por él; pero no quería que los Crows sometiesen a un hombre herido a una tortura y muerte diabólicas. Ignoraba si el que soltase al jefe le granjearía alguna gratitud del indio. Podía ser que lo persiguiera día y noche mientras viviese pero Sam estaba pensando en los ojos del joven que había muerto en el río.

—No, creo que no —dijo al fin—. Lo mandaremos de vuelta y si quiere venir a

por mí estaré preparado —miró a los dos hombres atados a un árbol—. Traedlos aquí.

En el momento en que los hombres se dirigieron hacia los dos indios, estos empezaron a entonar su canción de muerte. Dan estaba mirando los caballos de los indios; quería el caballo del jefe y todos los hombres lo sabían. La mayoría creía que Dan debía quedarse con él, y también con el jefe, porque durante años había recorrido montañas y praderas con su cabeza calva quemándose o congelándose con el sol y los vientos. El caballo del jefe era un precioso negro brioso. Sabiendo lo que pensaban los hombres, Sam dijo que Dan podía quedarse con el animal y en seguida Dan lo ensilló y lo montó y se mostró sobre él orgulloso, calvo y preparado para la guerra.

Cuando llevaron a los dos indios ante él, Sam llamó a Cy y a Charley. Les contó que les dijese a los dos pieles rojas que los mandaban de regreso con su pueblo; y que les dijeran a los suyos que si alguna vez volvían a capturar o intentaban capturar a un trampero los otros emprenderían una guerra contra ellos hasta que no quedase en todas sus tierras ni una anciana enferma. «Aseguraos de que os entienden». Mientras Cy y Charley hablaban por turnos con signos y palabras indias, Sam estudió los rostros de los prisioneros. En la cara del joven sólo vio lo que le pareció asombro; en la cara del jefe sólo un desprecio y un odio enfermizo, hoscos y ardientes. Quizá debería habérselo dado a Dan después de todo. Sam había estado pensando que como gesto de buena voluntad le volvería a colocar el hombro en su sitio pero ahora se dijo que ni hablar. Una cara tan feroz y malvada como aquella no se merecía nada. Ahora debían decirle a aquel jefe que si quería pelear con Sam en cualquier parte y en cualquier momento no anduviese merodeando como un coyote cobarde; que apareciese como un guerrero y hombre valeroso, a la cara, para que pudiesen luchar. Aseguraos de que os entiende. «Decidle que puede venir cuando quiera y, cuanto antes, mejor». Sam volvió a estudiar el rostro ensangrentado del jefe. La expresión no era ahora de hosca animadversión; a Sam le pareció ver miedo y se dijo que nunca volvería a ver a aquel jefe. Había quebrantado la voluntad de lucha de aquel hombre. Qué cosa tan abyecta y lastimosa sería, soportando el resto de su vida las chanzas y el desprecio de su pueblo. Sam supuso que matarlo hubiese sido más compasivo.

Sin cuchillos, rifles ni comida los dos indios se dirigieron hacia el norte a pie y un grupo de veintitrés hombres blancos los observó marcharse mientras sus rojos cráneos estuvieron a la vista. Para mediodía los lobos y los buitres estarían alimentándose de los cadáveres. Para el día siguiente o el otro la mayor aldea de Pies Negros sería un avispero.

Los hombres cabalgaron juntos hasta la zona de Three Forks y desde allí, de uno en uno o en parejas o tríos se dirigieron hacia el suroeste, el sur, el sureste o el este, con un gesto de la mano y las palabras «¡Cuidao con la cabellera!», o «¡Nos vemos en el próximo encuentro!» Cuando llegase otra primavera no estarían todos vivos, pero así eran las cosas entre los tramperos, era su modo de vida y no habrían querido vivir de otra manera. Hank y Bill cabalgaron hacia el este con Sam. Bill dijo que a Mick Boone se le había roto el corazón porque su bayo no estaba entre los caballos.

Sam dijo que lo sentía muchísimo. Quizá debería haberse quedado con el jefe y haberlo cambiado por el caballo y por sus pistolas, el cuchillo y el mechón de pelo de su mujer. Suponía que estaba volviéndose viejo y tonto.

Después de haber viajado durante un día hacia el este y haber pasado una noche en un bosque, Sam les dijo a Hank y a Bill que los dejaba. Creían que tenía intención de entrar en territorio Crow pero lo que Sam tenía en mente eran las cuencas de Colter y la paz y el descanso.

Cuando Sam desapareció de la vista, Bill le dijo a Hank:

—Estoy mu preocupao por Sam. No ha actuaao con normalidad.

Los maravillosos ojos grises de Hank estaban mirando en la dirección que había tomado Sam y su mente recordaba que aquel hombretón le había salvado la vida. Lanzó un escupitajo de jugo marrón y no dijo nada.

Sam no se había sentido normal desde la muerte del joven en el río. Era un luchador y luchar había sido su modo de vida durante años pero ahora, mientras volvía sobre sus pasos hacia el suroeste y se dirigía al hermoso valle del Gallatin, se sentía condenadamente cansado. Bueno, por el momento se había hartado de ello; había tenido suficiente, como el viejo Bill. Apenas entrando en la treintena se preguntaba si se estaba haciendo viejo. Podría estirarse en el agua caliente unos cuantos días y sudar los venenos; y tocar y cantar algunas arias y las canciones que él y Lotus habían cantado, incluso hasta las canciones que habían cantado él y Kate. Sería agradable estar solo y a salvo durante un tiempo. Suponía que debería visitar a su suegro y ver si tenía una hija casadera, pues al convertirlo a la vida solitaria el Creador se había dejado algo. De vez en cuando en su mente aparecía una imagen de unos diablos rojos saliendo de las tierras del norte como enormes avispas furiosas con largos y afilados agujones. Habían fanfarroneado con que los Crows eran demasiado cobardes como para atraparlo, pero que ellos sí podían y ahora dedicarían a ello todos sus infernales esfuerzos. De modo que durante un tiempo viviría con las aves y los animales, evaluaría sus recursos y reduciría su vida a la sencillez del canto del pájaro, el vuelo del halcón y la llamada del lobo. Tenía tres meses antes de la siguiente temporada de trampeo; quizá debería irse a casa a visitar a su gente. Podría ir en barco de vapor por el río pero si regresaba ese año tendría que hacerlo por tierra; pensar en un viaje de miles de kilómetros no le volvía loco de alegría. Quería ver a su familia pero no quería ver la clase de vida que llevaban. Él nunca podría vivir en lo que se llamaba la vida civilizada: «Aquí donde los hombres se sientan y se oyen gemir; donde el temblor sacude unas postreras y tristes canas y los jóvenes son pálidos, espectrales y mueren». Algo así había escrito el poeta. Los vecinos y sus hijos, todo energía y chillidos; hipotecas y deudas y policías y funerales y tasas; aquí fuera, gracias a Dios, no había funerales; un hombre moría, los lobos y los buitres limpiaban sus huesos y aquel era su fin.

Bill había llevado noticias de la posta de Bridger que habían deprimido a todos los tramperos. Aquel magnífico territorio salvaje estaba llenándose rápidamente de gente. Los trenes de inmigrantes llegaban ahora todo el verano en dirección a Oregón y California; los valles acabarían envenenados por ciudades que eructaban humos y uno no se atrevería a tumbarse a beber de un río. Al este del Gran Lago Salado había ahora miles de mormones; Bill contó que decían que sólo deseaban alejarse de sus perseguidores y tomar tantas esposas como pudieran, pero la cuenca se llenaría de ellos y hasta rebosaría, y donde hoy había castores, frutos silvestres y paz, mañana sólo habría esposas mormonas. Las polígamas señoras pisotearían todos los

matorrales de bayas y cortarían todos los árboles; y al final todos los indios y todos los uapitíes y bisontes desaparecerían. Quedaría, dijo Bridger, sólo lo que llamaban civilización, y sólo pensarlo le daba ganas de vomitar. ¿Cuántas esposas tenía ya Brigham? Cincuenta al menos, y quinientos hijos, decía Jim.

La verdad era que Sam Minard había nacido demasiado tarde y que había ido al Oeste demasiado tarde. Llevaba allí sólo unos pocos años cuando Brigham llegó chirriando y arrastrándose a través de las praderas con sus hordas mormonas; y ahora, después de él, llegaba la gente a miles, deseosos de encontrar oro o de levantar todo el territorio con arados; y para construir cárceles, imponer tasas, votar a políticos y jugar como niños a ser elegantes y civilizados. Santo Dios, suponía que debería irse hacia el norte.

En el infierno de Colter, con sus olores penetrantes que salían de las calderas de azufre y los géiseres humeantes, o de los vastos bosques de píceas, pinos y abetos, Sam miró a su alrededor y se preguntó cómo sería después de que hombres con ollas de oro, hachas y arados hubiesen pasado por allí. Trató de imaginárselo cincuenta o cien años después. ¿Por qué estaba poniendo el Creador a tanta gente sobre la tierra? Maldita sea, ahora eran cientos de millones; Sam creía que unos pocos cientos de miles bastarían. Había demasiados pieles rojas, tantos que los sitios donde habían montado sus aldeas despedían durante años hedores infames y sobre la tierra quedaban manchas de muerte. Deja a los pieles rojas asentarse durante un año o dos en un sitio y todo lo que había debajo y alrededor empezaba a morir y a oler mal, como flores empapadas de orina de lobo, hasta que podías señalar, allí en el Rosebud, en el Bighorn, en el Belle Fourche, el Chugwater, el Teton, el Snake, el Colorado, el Green, aquí y allá, las manchas de muerte donde aquella gente había arruinado lo que había tocado hasta que la Naturaleza ya no podía limpiarlo y reemplazar el hedor con fragancia. La gente era otra cosa, decidió Sam, y se olió las manos. Había millones de bisontes; mares y océanos de ellos, y en veinticuatro horas apilaban montañas de heces; pero enseguida las heces se convertían en pedazos sin olor que parecían puñados de hierba seca. Pero un sitio donde personas, blancas o rojas, acampasen durante unas semanas, hacía que uno quisiera subirse a los picos más altos por culpa de la hediondez. El hombre era, de hecho, una criatura tan maloliente que todas las bestias y aves de la tierra lo temían por su mal olor. Esa broma provocó que Sam se riese. El Creador estaba fallando ahí. A Sam le parecía que llegaría un tiempo en el que por toda la tierra no hubiese un río sin contaminar ni un valle boscoso intacto; un soto donde uno no tuviese que mirar a su alrededor antes de sentarse; una cuenca que no estuviese sucia y azotada por la fealdad humana. Sam se hubiese sentido sombríamente divertido si le hubiesen dicho que dentro de cien años habría entusiasmo por las zonas naturales, que a esas mismas tierras que ahora lo rodeaban acudirían de los hervideros de masas arracimadas para pasar una hora o dos llenándose los pulmones de aire limpio, oír cantar a los pájaros o sentir el significado de la paz.

Allí, en los edenes y jardines primitivos donde los ciervos lo observaban con sus miradas suaves, donde los pájaros se asomaban a través del follaje de las píceas y le hablaban y los más altos picos llevaban sobre sus hombros capas blancas que el sol nunca podía apartar; o donde en las estribaciones del sur podía tumbarse entre matorrales de bayas y beber los deliciosos néctares; donde podía coger a puñados el resplandor anaranjado de las moras y alimentarse de ellas mientras las exquisitas esencias de los frutos de la montaña llenaban su olfato y todos sus sentidos; donde podía recolectar la resina dorada y bronceada de los grandes abetos y masticar sus sabores a madera y risco mientras se abrazaba al árbol para impregnar su ropa de cuero con ese olor a montañas y eternidad, traído de las profundidades de la tierra y de los cielos en las alturas; donde podía trepar con la ayuda de unas cuerdas de cuero los veinte metros de la muralla de oro de un pino amarillo, llevando sólo su rifle y su armónica y encontrar, en la copa, dos o tres ramas grandes sobre las que tenderse y mirar a través de la hermosa pasamanería los azules ríos y los montones de algodón, y tocar el vals de las viñas ante la maravillosa obra de Dios; donde en un bosque de cien mil o un millón de años podía excavar, como un oso o un tejón, a través de treinta o quizá sesenta centímetros de hojas y piñas y sentir el prodigio de la tierra limpia en sus manos, enterrarse en ella y respirar hasta el alma los olores y el tiempo infinito hasta que estuviese lleno de la magnífica antigüedad natural de la tierra que da la acumulación de siglos del moho del mantillo hecho de agujas, piñas y ramas, corteza vieja, nidos de pájaros, nieves y lluvias, dejando fuera sólo la cara y los brazos, su ser abrazado por la antigüedad y la paz hasta que al fin se adormilase y soñase; y donde con panecillos calientes, un asado de uapití guarnecido con ajos silvestres, una cafetera y un kilo de arándanos azules podía darse un banquete no sólo de comida gratis y divina, sino de la imagen de la eterna belleza en todo lo que le rodeaba, y después llenar su pipa y fumar y entonar unos compases del *Mesías* de Handel, y aguzar el oído para escuchar algunas notas débiles de las orquestas infinitas que creía que debían de estar tocando en la infinita cápsula azul que envolvía la tierra; y donde al fin, cuando se había acabado el día, podía tumbarse sobre el suave pelaje de una manta de bisonte bajo las joyas que los hombres llamaban estrellas con una colcha de piel de uapití encima de él subida hasta la barbilla de modo que su olor se mezclase con el del abeto, el cornejo sedoso, el laurel de montaña, las parras silvestres y el humo del enebro, y con las bocanadas que llegaban de las calderas minerales, el vapor del géiser y el cielo y la noche...

Se habría quedado en el refugio hasta octubre si no hubiese visto señales de un invierno anormalmente frío. Tras años en las montañas, los hombres blancos sabían casi tan bien como los pieles rojas o el lobo, el castor y la torcaza, los humores y augurios de la Naturaleza. La nieve empezó a caer en la cuenca de los géiseres a principios de septiembre. Aquello, para Sam, fue advertencia suficiente. Cuando en treinta y seis horas cayó medio metro de nieve, Sam se subió al pico más alto para mirar a su alrededor, buscando presagios en todo lo que había en el bosque mientras

subía. No podía ver las Bighorn al este ni las montañas Gallatin al norte. ¿Dónde, se preguntaba, tendería trampas aquel invierno? Las Uintah eran buenas, pero estaban lejos y a Bill Williams lo habían matado allí. Había puntos en el río Bear, el Snake, el Teton, pero pronto habría ranchos por todas partes y hombres construyendo vallas para evitar que pasaran sus vecinos. Cuando no quedasen más espacios abiertos a los que ir, un hombre que amase la libertad más que a la vida tendría que asentarse, con un vecino a cinco metros a izquierda y derecha y toda una fila de ellos al otro lado de la calle. Más allá, en alguna parte, seguían arrastrándose rezagados trenes de inmigrantes.

A la mañana siguiente había recogido y estaba en marcha. Diez días después volvía a estar en una cumbre mirando a su alrededor; lo que veía no eran bosques de coníferas sino las llanuras del alto Sweetwater donde salía de las montañas. Estaba observando el Camino de Oregón a unos ciento treinta kilómetros de Independence Rock y una caravana que chirriaba y crujía en quince centímetros de nieve. Otra hornada de pisaverdes que se quedarían atrapados en las montañas, igual que se habían quedado la partida de Donner y otras; o así sería si el cielo se abriese de repente y dejase caer unos cuantos centímetros de invierno. ¿Eran también mormones aquellos de abajo? Se preguntó por qué un hombre podía ser tan necio como para querer más de una esposa. Aquella gente todavía estaba a trescientos o cuatrocientos kilómetros de los santos polígamos y a mil quinientos de los Dalles y Sacramento. Podrían tener que comerse sus gorras de cuero y los arneses antes de salir de allí.

Sintió el impulso de bajar y preguntarle a esa gente por qué no se habían quedado en el Este, donde pertenecían. ¿Creían, como otros muchos, que en el Oeste había pepitas de oro grandes como melones tiradas por los cañones y los ríos? ¿Y un terreno tan fértil que los repollos salían tan grandes como cocinas? ¿Qué embustes habían contado los bromistas que habían estado en el Oeste y habían regresado al Este! Dos años antes Sam se había acercado a una caravana y una mujer, sentada en un carromato cubierto, tras limpiarse los ojos con la muñeca sucia de polvo de arcilla, lo había mirado con los párpados enrojecidos y le había preguntado si era cierto que allí todos los hombres se vestían con ropa de cuero y se casaban con *squaws*. Ninguno de los inmigrantes parecía tener ni la más remota idea de qué clase de mundo era aquel. Lo que buscaban no eran los perfumados valles, el cielo límpido, la majestad y la grandeza, sino un lugar donde pudiesen juntarse como vecinos y envenenar la tierra. Le recordaban al ejército de hormigas en marcha y a las plagas periódicas de langostas. Allí estaban, los trescientos, con sus camas, sus mesas, sus niños llorones y su ganado chillón, con sus absurdas ideas de que pronto serían ricos y estarían de camino hacia el cielo.

Montado en su caballo, Sam observó la larga línea traqueteante, como trazos de lápiz sobre el blanco papel. De vez en cuando apartaba la mirada de los animales medio congelados, las frías ruedas de los carros, las lonas tiesas y llenas de polvo aleteando al viento y miraba hacia el norte y el oeste, al inmenso mundo de valles,

montañas, ríos y cielo. Pronto no quedarían caminos ni bosques con huertos de bayas en sus frescas profundidades, ni mirlos acuáticos que bebiesen y se zambullesen a los pies de las cascadas, ni alondras que cantasen sus arias, ni movimientos en la pradera que desde la distancia pareciesen unas aguas oscuras que fluían pero que se trataban de manadas de bisontes, ni el canto del lobo, ni el rugido del puma, ni la llamada del colimbo. En el Big Snake, no muchos cientos de años atrás, había habido fantásticas erupciones de lava hirviente que fluía hacia el sur y el oeste por las llanuras durante más de cien kilómetros; un siseo al rojo vivo, un flujo humeante de muerte que mataba todo lo que tocaba y dejaba total desolación, negra, grotesca e inerte, en cientos de kilómetros cuadrados. Para Sam y hombres como él las caravanas de inmigrantes eran otra clase de flujo de muerte: mirando hacia el este, vio en su imaginación una columna de mil kilómetros, tan ancha como una migración de bisontes, gris por el polvo, pesada, exangüe e inexorable, que llegaba desde el Este para cubrir la tierra. Recordó lo que había dicho Bill: «Está muy claro que nos empujarán hasta las montañas y después al mar y cubrirán toda la tierra con sus letrinas».

Laramie se había convertido en una reunión creciente de chozas de madera y tiendas rodeadas de montones de pieles de bisonte tan grandes como almiares. Para el 5 de julio, en sólo una estación, habían pasado por aquel fuerte de camino al Oeste 37.171 hombres, 803 mujeres, 1.094 niños, 7.474 mulas, 30.615 bueyes, 22.742 caballos, 8.998 carretas y 5.720 vacas. En los dos años anteriores docenas o cientos de personas y animales se habían ahogado tratando de cruzar el North Platte usando como barcas los encogidos y chirriantes lechos de las carretas. Esperaba que el Todopoderoso supiese lo que estaba haciendo. No le correspondía a un simple hombre decir si algo era bueno o malo cuando la cuestión llegaba más allá de donde alcanzaba su vista; pero hombres como Sam habrían preferido unirse a una tribu india y marcharse hacia el norte que vivir donde los vecinos convertían la vida a su alrededor en un infierno.

Guiando a dos mulos de carga, cruzó el sendero y cabalgó hacia el sur, pero se giraba una y otra vez para mirar con curiosidad las carretas chirriantes, con aspecto de monstruos espantosos desde el tiro hasta la trasera. Se las imaginó con bocas succionantes, como las de las langostas; las patas como espinas de cactus que atrapan y sujetan; ojos redondos opacos sin pestañear que buscan en la vida sólo lo que la boca pueda devorar; y largas antenas de lija que se retuercen, coletean y se sacuden con impaciencia cuando la criatura nota que ha tocado un objeto que puede ser comido. Durante la hora anterior se había formado una imagen tan odiosa de los inmigrantes y de todo lo que parecían ansiar que sintió una punzada de vergüenza y se alegró cuando las nubes bajaron y abrieron su vientre para derramar los grandes copos blancos. Comenzó a tararear una melodía de Haydn.

Doscientos kilómetros y tres días después seguía cayendo la nieve cuando Sam, sentado en la maravillosa penumbra, vio la cabaña. Le parecía que habían pasado

muchos años desde que había ido y había descubierto lo que quedaba de su esposa y su hijo. Las suyas no eran de la clase de heridas que se curan con el tiempo. Desmontando, se acercó y se quedó junto a la puerta; y cuando miró al sitio donde había sido asesinada sintió, sin haber perdido apenas intensidad, el profundo dolor, la ira, la injusticia, la estupidez del plan divino y la soledad del pesar que había sentido cuando cogió su cráneo en la palma de la mano. Había visto el descarnado blanco de los dientes, recordando los suaves y los carnosos labios que los habían cubierto; los agujeros vacíos, pensando en los maravillosos ojos que habían tenido su hogar allí. Recordaba ahora todas las luces y los seres vivos que habían estado en aquellos ojos; la preciosa cabellera; el rostro completo y todo el delicioso cuerpo; y toda la maravilla viva de su ser que de algún modo, por una voluntad más fuerte que la de él, se había quedado en nada más que unos cuantos huesos y el recuerdo que él conservaba. Era de esa clase de cosas que desgarraban el corazón de un hombre y le secaban el alma: ¡Si hubiese sobrevivido algo que fuese más que una mínima parte de lo que había sido! Si, de una flor, pudiesen quedar más que pétalos secos y muertos; de un hombre, más que huesos blanqueados después de que los lobos hubiesen acabado con ellos; de su hijo, algo en alguna parte del valeroso trampero que podía haber sido. Muy al norte, a mil kilómetros o más, tres veces había quitado unas piedras para poder dejar un ramo de flores. Tres veces su mano había tocado delicadamente los lastimosos y absurdos restos y había apretado los pétalos y había frotado el perfume sobre los dos cráneos. ¡Cuán completamente la muerte separaba al amante de aquello a lo que amaba! Allí, junto a la puerta de la cabaña, apartó la nieve y sentándose donde ella había caído, tocó algunas de las melodías que había tocado aquellas inmortales semanas cuando eran marido y mujer.

Todos los tramperos habían sabido qué clase de invierno iba a ser; fue el segundo invierno más crudo que recordaban los indios más viejos del territorio del norte. Llegó pronto y se recrudeció rápidamente. A mediados de diciembre el Missouri estaba helado en el Gran Meandro y el Yellowstone en la boca del Bighorn. Agosto estaba sintiendo los fríos de septiembre cuando Kate vio el primer deterioro en sus flores. No sabía que era hielo; creyó que sus plantas necesitaban agua y durante una semana se pasó el día subiendo por la colina. Para octubre hasta las que florecían tardíamente estaban afectadas, las onagras, las áster y las estrellas doradas. Las noches eran frías y despejadas, y cuando salía la luna Kate se sentaba con sus hijos hasta que se ponía.

Durante sus años en el Musselshell no había sido consciente de haber perdido un marido. Ya no veía a Sam caminar por la cresta de las altas montañas ni le oía llenar los cielos de profunda música de órgano. Su vida se había ido reduciendo a su núcleo hasta que sólo comprendió a sus hijos y sus flores. Excepto en momentos irregulares de sueño o mientras masticaba comida pasada, rancia y dura le dedicaba todo su tiempo a sus hijos y a su jardín, regando y limpiando el día entero, incluso cuando no había malas hierbas, y leyendo nobles versos o cantando viejos himnos la mitad de la noche.

Tenía treinta y cinco años cuando su familia fue asesinada; ahora no era una anciana, pero parecía tan vieja como las colinas que la rodeaban. Bill había llegado tras la matanza de indios y se había sobresaltado al ver su pelo completamente blanco. No era gris, sino blanco, como si fuese algodón. Su cara estaba profundamente surcada y la piel parecía cuero. Su cuerpo se había encogido hasta que apenas levantaba el metro y medio; y estaba inclinado y deformado, como los chopos en las estribaciones del norte tras las copiosas nieves del invierno. No era el trabajo lo que la había envejecido prematuramente, sino la falta de comida y sueño: había estado tan completamente dedicada a sus hijos que no comía en días y sólo dormía cuando estaba demasiado exhausta como para leer o cantar.

Durante esos años nunca se había tumbado a dormir, sino que se había quedado sentada junto a la puerta. Tenía tan poco sentido de la realidad y estaba tan lejos en el cielo que no comprendía que la luna no era caprichosa en sus apariciones sino que salía a determinadas horas. Adquirió el hábito de sentarse junto a la puerta porque creía que la luna podría aparecer en cualquier momento, día o noche. Había tenido el mismo sueño tantas veces que sólo tenía que adormilarse y volvía a soñarlo. Estaba en el cielo con sus hijos y todo allí era inefablemente tierno y hermoso. El río de la vida corría limpio, sagrado y enriquecedor, y alejándose de él por todas partes había

suaves colinas, rebosantes de flores y colmadas de huertos; y cubriéndolo todo había un cielo azul tan inmaculado como Dios. Todos los que la rodeaban eran madres con sus hijos, sonrientes y juguetones, que recogían flores, comían bayas, bebían del río y cantaban alegres canciones de amor y agradecimiento. Kate era tan feliz que soltaba pequeñas risitas y gritos mientras dormía; y al despertarse estaba tan henchida de la gloria de todo aquello que le parecía que toda su vida se había alimentado de la luz y el amor de aquel otro mundo. De su mundo, de las solitarias colinas que la rodeaban, vacías excepto por su jardín, sólo era vagamente consciente, si acaso lo era; pues se había estado acercando al paraíso onírico mediante la oración y estaba al fin en el umbral, y estaba preparada para entrar y quedarse con sus ángeles.

Como su humor era tan poco terrenal, comer se había convertido en algo mecánico; acudía al montón de cosas que había junto a la pared y sin mirarlo toqueteaba a su alrededor; y si sentía algo que creía poder comer comenzaba a roerlo, si era carne vieja o panecillos duros, o se lo metía en la boca si eran frutas secas. Los ratones se habían metido entre la comida y habían derramado y comido la mayor parte del azúcar y la harina. Si su mano tocaba azúcar derramada, se comía un poco, o la harina cruda; o masticaba un grano de café si lo encontraba. Su hambre estaba a la altura de su necesidad de evacuar y para ella no tenía un mayor significado. En mitad del invierno, cuando el frío era más crudo y toda su comida estaba congelada y no podía roerla, porque su dentadura estaba en mal estado, la chupaba. Sentada junto a la puerta cubierta con todas las mantas, se llevaba a la boca un pedazo de carne dura de ciervo o uapití, la chupaba y esperaba a la luna.

En aquel terrible invierno, en diciembre, bajó al río a por un cubo de agua. El río estaba congelado de una orilla a la otra. Hacía una semana había hecho un agujero en el suelo pero lo había olvidado; ahora subió la colina por el sendero para coger el hacha. Cortó hasta que se agotó y no encontró agua. Aquello la inquietó considerablemente, porque creía que las plantas de sus hijos necesitaban ser regadas. A la mañana siguiente volvió a bajar y a cortar el hielo. Al fin consiguió hacer un agujero de cuarenta y cinco centímetros de profundidad, pero al asomarse vio que no había agua en él. Temblando por la debilidad y la ansiedad, lo agrandó. Como los trozos de hielo caían dentro según cortaba, de vez en cuando tenía que tumbarse y sacarlos. Luego se ponía de rodillas y volvía a cortar. Con la misma clase de intrépida perseverancia que había permitido a Sam atravesar las frías y blancas praderas siguió trabajando hasta que pudo ver el agua negra, a sesenta centímetros. El agujero tenía setenta y cinco centímetros de ancho; alrededor y hasta abajo sobresalía de modo irregular, como un talud, y tumbada mirando hacia abajo, trató de alisar las paredes con el hacha. Estirándose demasiado, resbaló y se cayó de cabeza al agujero. El fondo era demasiado pequeño como para que pasara, y se quedó boca abajo, como el tapón de una enorme jarra de hielo envuelto en algodón. Pero enseguida empezó a moverse y con prácticamente sus últimas fuerzas salió del agujero. El hacha había desaparecido.

Si en ese momento los tramperos la hubiesen estado observando habrían elaborado otra leyenda con su nombre. Se puso en pie. Casi helada, se frotó las manos mientras sus extraviados ojos miraban al agujero. Se echó hacia atrás para ver si había estado pisando el hacha y cuando estuvo convencida de que había caído al río no dudó, sino que se tumbó junto al agujero y metió dentro el brazo derecho, dejando resbalar su cabeza y sus hombros poco a poco por el agujero hasta que la mano estuvo en el agua. No sabía que estaba sobre un remolino cuyas negras aguas tenían dos o tres metros de profundidad. Si hubiese cabido por el agujero se habría metido en el agua para buscar el hacha.

Después de salir con esfuerzo del agujero estaba casi rígida y tenía la mano y el brazo entumecidos e insensibles. Nunca se recuperaron del frío. La pérdida del hacha fue para ella una amarga privación. Día y noche sufría por ello y volvía una y otra vez al río para buscarla, y desesperada trató de encender una hoguera para fundir nieve. Al fracasar y convencida de que sus plantas morirían, se sentó, temblando y medio llorando, abrigada ante el frío, con la atención dividida entre el cielo y el jardín.

No sabía, y durante aquellos años, nunca supo, el mes en que estaba, mucho menos la semana o el día. Cosas como el Día de Acción de Gracias o Navidad las había olvidado. Fue dos días antes de Navidad en aquel terrible año cuando empezó a caer la segunda nevada más intensa de la estación. Los primeros días fue una tormenta silenciosa como las que le gustaban a Sam, y día y noche Kate estuvo sentada junto a la puerta, mirando a través de una neblina de copos que se arremolinaban. Su camino hacia el río se había cubierto, como todos los senderos. Una hora o dos cada día apartaba la nieve de la puerta y de las mantas con las manos desnudas, y de las salvias donde se arrodillaban sus hijos; pero estaba tan hambrienta, fría y debilitada que había olvidado sus flores. Su consciencia se iba cerrando como una persiana pero antes de morir nunca olvidó a sus hijos ni tampoco la luna en cuya luz aparecían. Al final del tercer día la nieve, a tres lados de la cabaña y también en el tejado, tenía metro y medio de altura. Una y otra vez intentó seguir su viejo camino hacia el río pero siempre volvía, agotada y llorando. Una y otra vez buscó el hacha por todas partes de la cabaña. Luego el recuerdo del hacha también desapareció, como el del cubo, el del camino, el del río. Excepto por los pinchazos del hambre, había perdido todo recuerdo de la comida.

Después de tres días de fuertes nevadas la temperatura bajó y durante una semana el frío se acentuó de forma constante. Los vientos del norte hicieron su aparición. Sam hubiese dicho al principio que llegaron con las primeras notas de una obertura o un pródigo torrente de una docena de oberturas salido de las grandes cuevas de hielo del norte. Aquellos vientos se tomarían su tiempo, porque tenían la paciencia de Beethoven y su talento a la hora de diseñar variaciones sobre temas principales y acumular *crescendo* sobre *crescendo*. Si Sam hubiese estado en el territorio del río Wind o allí con Kate, donde los vientos lanzaban su música salvaje, habría pensado

que el Creador estaba a punto de utilizar todos Sus instrumentos en una grandiosa sinfonía. Kate apenas notaba aquello. Después de que la nieve llegase a su tejado, el camino estuviese completamente cubierto y todo a su alrededor fuese blanco invernal, casi no era consciente de los vientos que esculpían magníficas dunas de nieve. Al principio sólo le molestaban un poco. A diario apartaba con las manos la nieve de las salvias para que sus hijos pudiesen arrodillarse allí si aparecía la luna; y los primeros y débiles vientos soplaron alrededor del claro que había hecho y lo rociaban de gemas heladas pero no lo cubrían. Tras las notas iniciales del primer movimiento llegaron los fríos y luminosos anuncios de los metales, en el lejano norte, y a la mañana del tercer día de vientos el primer movimiento estaba en pleno apogeo. Para el mediodía el claro que rodeaba las plantas había sido barrido por completo, pero ni en volumen ni en intensidad el viento era más que una pizca de lo que iba a ser. Era una especie de *molto adagio*. El segundo movimiento fue de tal violencia percusiva, con *crescendo* sobre *crescendo*, que su cabaña tembló y zumbó con la furiosa música invernal y sus esfuerzos por apartar la nieve de las plantas eran sólo patéticas ráfagas en los ciclones blancos que la envolvían.

Pero perseveraba y esperaba a la luna. Se alzó, redonda, helada e invernalmente lánguida, y aparecía y desaparecía según los vientos empujaban cortinas de nieve delante de su rostro. A la mañana siguiente la temperatura había caído a veintitrés bajo cero y en los siguientes días descendió rápidamente según entraba el segundo movimiento. El primero había sido una vasta y juguetona declaración de temas, mientras los vientos reordenaban la cara nevada del terreno; y, si Kate hubiese tenido algún interés en las maravillas del viento del norte, habría mirado en cualquier dirección y habría visto el lujurioso contorneado de la escultura de los ventisqueros, los grandes macizos y los oteros invernalmente blancos mientras Canadá arrojaba su loco genio contra el paisaje. Era un mundo de pureza y maravilla superlativas, pero Kate sólo podía quedarse sentada muda, temblando, medio muerta; o luchar desesperadamente con las inmensas corrientes que habían sido lanzadas contra la pared norte y alrededor de las esquinas; o arrodillarse y excavar para intentar encontrar su antiguo camino en la nieve. Cuando el frío se volvió más intenso, la superficie de la nieve se había congelado formando joyas y el diamantino hielo que chocaba contra su rostro escocía como el fuego. El viento, carente ahora de la alegría de la escultura, parecía dejar a un lado los instrumentos más dulces como el *cello*, la viola y la flauta y traer consigo los metales, las trompetas y los timbales. El segundo movimiento era un *allegro* que aumentó rápidamente a un *presto*; aunque para Kate sólo era un viento salvaje que aullaba, un oído agudo habría oído deliciosas variaciones en varios temas cuando los instrumentos invernales derramaban sus maravillosas armonías por debajo de los valles, a lo largo de las praderas y por encima de las altas montañas blancas. Los vientos lo tocaban todo a su paso; y cuando encontraban un objeto tal como la cabaña de Kate o un risco de piedra desnuda, o un puñado de altos álamos, las voces cambiaban en intensidad y tono, y a

veces subían o bajaban una octava o dos, según modelaban los temas para que encajasen con las curvas y contornos del mundo. A veces, salvajes e intensas, crecían con estridente y turbadora energía hasta alcanzar las notas más agudas y chocar contra los hoyuelos de hondonadas y barrancos; y los *cellos* y las violas, las arpas y las flautas tomaban el mando y en los remolinos de viento que soplaban sobre las plantas cubiertas de nieve y en las ciegas paredes rocosas de los cañones se oían pequeñas, dulces melodías. A Sam le hubiese encantado aquello; tras gritar con toda su alma para hacerse oír, habría interpretado uno de los temas una y otra vez en diferentes tonos, como en la tercera obertura de Leonore y hubiese imaginado que sus melodías eran pequeñas bolsas vocales que cabalgaban en el viento. Habría ido cantando y bailando por la tierra y habría regresado, cuando se hubiese cansado, para comerse cuatro filetes de uapití y sentarse junto al fuego con su pipa para alabar al Señor.

Las armonías más feroces y los movimientos más salvajes, incluso los temas principales, no eran para la hembra, cuyos instintos hogareños la compelían a buscar la tranquilidad. Para el final del segundo movimiento, cuando la temperatura había bajado a más de treinta bajo cero, Kate estaba tan entumecida y sin vida que apenas podía moverse. Los dolores del hambre la obligaban, quizá una vez pero nunca dos veces en veinticuatro horas, a arrastrarse fuera de la pila de mantas y acercarse a la pared norte donde, en la oscuridad, sus frías manos toqueteaban por las cosas que había allí.

No había nada que pudiese masticar, excepto azúcar o harina, y los ratones y los insectos habían destruido la mayoría. Había carne de ciervo y uapití curada. Había pasas en bolsas de cuero, congeladas y duras como piedras. Se llevó a la cama un poco de fruta y un pedazo de carne; los puso sobre el duro suelo helado y después de arrastrarse hacia el montón de mantas trató de envolverse con ellas uniformemente; entonces tocó el suelo hasta que su mano llegó a la comida. Se metió tres o cuatro pasas en la boca y las chupó durante diez o quince minutos; la carne no pudo ni morderla ni romperla, así que tuvo que colocar los labios y los dientes sobre un extremo, tratar de calentarlo y chupar el alimento. No había prisa; tenía todo el día y toda la noche para esa sola tarea.

Cuando cayó la oscuridad y apareció la luna, una pálida luz entre el viento, volvió a arrastrarse fuera de su cama y buscó en la pila de mantas la Biblia. No podía caminar ni por encima ni a través de la nieve, porque el viento la habría derribado de un solo empujón; y así, se arrastró a cuatro patas hasta que estuvo más o menos donde solía sentarse; y allí se quedó, casi llevada por el viento, y miró esperanzadamente buscando ver a sus hijos. Pero ya no volvieron; la nieve era más alta que las salvias y no había sitio para ellos. Cuando su cuerpo congelado y su mente entumecida comprendieron que no estaban allí, se dio la vuelta a cuatro patas y se arrastró de vuelta a las mantas, y allí se sentó, con las orejas y la nariz heladas, los ojos mirando a la luna o al jardín, aquí y allá durante la larga noche, o mientras la

luna estuvo en el cielo.

Antes de que la orquesta divina iniciase su tercer movimiento, la mano derecha y los dos pies de Kate estaban tan congelados que la sangre ya no corría a través de ellos; y, antes de que aquel movimiento diese paso al cuarto, tenía las piernas congeladas hasta las rodillas. Parecía no saberlo. Era el séptimo día de los vientos y ya no se arrastraba hasta la pared norte. La temperatura había caído a más de cuarenta bajo cero y los instrumentos eran ahora todos de percusión y tocaban notas agudas. No había nada que los vientos pudiesen hacer con la tierra; los ríos estaban congelados casi hasta sus fondos, los árboles hasta sus raíces; y en los blancos paisajes esculpidos no había cambio, por fuerte que fuese el viento. Ahora soplaba con agudos tonos penetrantes, enrarecido y salvaje, y parecía estar preparándose para la coda; y entonces, una negra noche, todos los instrumentos fueron ascendiendo gradualmente hasta el primer *fortissimo* y en una ensordecedora apoteosis llegaron rugiendo hasta la puerta de Kate en tales ciclones de sonido que el cielo literalmente se llenó; y sobre todo aquello, en frenéticas explicaciones, llegó el primer *crescendo*, y sobre él el segundo, en tal atronadora magnificencia helada que Kate se perdió dentro del alma de la música.

A la mañana siguiente había un silencio total. Kate Bowden estaba muerta. Estaba allí sentada con sus mantas junto a la puerta, congelada casi por completo, su rostro hacia el jardín, su helada mano izquierda sobre la Biblia, sus ojos helados buscando la luna a una temperatura de cuarenta y seis bajo cero. Dos semanas después volvería a nevar, y durante los siguientes dos meses sería suave y dulcemente enterrada. La nieve cayó sobre ella y medio llenó la cabaña hasta que no quedó rastro de ella y ningún vestigio de jardín o tumbas. Por todo el paisaje se extendía el más puro blanco invernal.

A casi mil quinientos kilómetros al sur, donde Sam tenía una diminuta choza bajo un saliente de piedra, la temperatura nunca caía por debajo de veinticinco bajo cero, pero sabía que al norte hacía mucho más frío. Estaba preocupado por Kate, pero se dijo que estaba acostumbrada al frío de los inviernos del norte y que estaría bien. No sospechaba que en el Musselshell el tiempo era tan ártico que los árboles se partían longitudinalmente por la mitad, que los ciervos, uapitíes y berrendos viejos congelados como piedras moteaban las blancas estribaciones, que los bisontes viejos habían caído y habían sido cubiertos por la nieve y que los coyotes y los lobos más débiles habían sucumbido a los vientos del norte. Para Sam había sido un buen invierno; el frío extremo había producido pieles más gruesas y cuando llegó la primavera tenía tres cargas de castor, nutria, zorro y armiño. Al llegar al sitio escogido se había dado prisa en reunir una pila de leña junto a un saliente y varios cientos de kilos de carne de uapití; y cada noche tras cenar había estado afilando sus cuchillos de desollar, había llenado su pipa, calentado un lugar donde dormir y había dormido tan cómodamente como un *grizzly* en su abrigo de grasa y piel.

Era mayo antes de que pudiese abrirse camino para salir de las montañas. Era el veinte de mayo para cuando llegó a la posta de Laramie. Charley había llegado desde el Powder, Cy de Lighthouse Creek, Bill de las Teton, George del Hoback, Hank de las Bighorn y McNees del Sweetwater superior. No traían noticias excepto el rumor de que Abe Jackson había muerto a causa de sus heridas y que el país se dirigía hacia una guerra a causa de la esclavitud. En cuanto al pasado invierno, había sido el peor, dijo Bill, desde que a Adán le dieron la patá en el Paraíso y había salido solo al relente. Querría haber tenido una *squaw*, porque todavía le gustaban las mujeres, pos claro que sí. Creía que se estaba haciendo viejo, porque a veces se sentía raro y tenía más dolores que mentiras un político. Mirándose en el espejo de un lago, s'abía visto las canas en el pelo y la barba; y un día l'abía disparao a un uapití a través de doscientos metros y ni siquiera había asustao al animal. «No le levanté ni un pelo, pero ni uno». George dijo que igual tenían que comprarse una granja y aposentarse. El buen clima de California y un puñado de críos en la puerta.

George no podría tener un hijo sin ayuda, dijo Bill. «Debe ser tan viejo como yo». Bill tenía treinta y siete y George cuarenta y dos.

Qué más da, dijo George, un invierno como el último te crujía las juntas. Pos anda, si el viento en las montañas quería barrerlas de la tierra.

—¿Te piensas que la mujer del Mussel está bien? —preguntó Bill.

—Eso espero —dijo Sam. Tenía idea de irse para allá pronto.

Sam compró generosamente para Kate. Había mucho más que comprar que lo que

había la primera vez que fue al Oeste: además de pasas ahora había manzanas secas, y melocotones, además de cacahuetes y caramelos duros, mucha panceta ahumada, pescado en salazón, arroz, alubias, ciruelas, miel. Compró unos kilos de cada, además de hilo, agujas y tela, mocasines, mantas, semillas de flores, una pala corta, y luego miró a su alrededor para ver qué más podía llevarle.

Al salir de la posta, por primera vez en sus años en el Oeste no se dirigió hacia el oeste, sino hacia el norte, a través de territorio Crow. No huía de los problemas pero tampoco los buscaba. No quería matar a más jóvenes necios decididos a arrancarle la cabellera. Después de doscientos cincuenta kilómetros no tenía duda de que los Crows lo habían visto pero ninguno lo había seguido. ¿Estaban acobardados por la destrucción de Cuernos de Uapití y su banda, o el terrible invierno los había calmado? Fuese cual fuese la razón, ni un solo guerrero trató de emboscarlo ni de sorprenderlo durante el largo camino a través de la parte occidental de sus tierras. Cerca de donde el Little Bighorn desemboca en el Bighorn, no lejos del lugar donde un general llamado Custer haría su última defensa, vio las hogueras de una partida de guerra que había pasado; pero cuando llegó a la orilla del Yellowstone, a sólo ochenta kilómetros del Musselshell, podía decir que no había visto a un piel roja en ochocientos kilómetros.

Sabía que aquello tenía un significado y sentía que no auguraba nada bueno. ¿Habrían hecho un pacto los Crows con los Pies Negros para que volviesen a capturarlo? Aquella idea lo enfureció de tal modo que, sentado sobre una colina, llenó su pipa y miró hacia el sur y el este a territorio Crow, y al norte y al noroeste hacia donde los Pies Negros. Supuso que Cuernos de Uapití, con la cabeza curada y tan calva y blanca como la de Dan, andaría buscándolo. Como gesto de desprecio, tanto para con él como para con el jefe, Sam decidió seguir hacia el norte a través del Musselshell directamente hacia territorio Pies Negros. Se acercaría entonces hacia Kate desde el oeste, por el camino de muerte por el que, medio muerto, sordo y ciego, había ido tambaleándose. Fue en las estribaciones donde vio algo que lo detuvo: un *teepee* de piel en una alameda. Retirándose, escondió sus caballos y entonces se acercó cautelosamente con el rifle cargado. Al llegar a la tienda vio que la puerta había sido cosida con hilo de cuero y que el borde del cuero había sido clavado a la tierra por todos lados. Tras unos momentos intentando mirar adentro, fue consciente de la situación con un violento sobresalto y mirando rápidamente a su alrededor, dijo en voz alta: «¡Sam Minard, así es justo como estabas cuando Cuernos de Uapití te capturó!» Saliendo de la alameda, exploró la zona en todas direcciones pero no encontró huellas humanas, ni recientes ni antiguas.

Aunque le parecía que estaba profanando algo sagrado, tiró de tres estacas y tumbado se arrastró bajo el cuero suelto, rifle en mano. Incapaz de ver nada dentro, levantó el borde de la tienda para dejar que pasara la luz del día y luego se puso en pie y miró fijamente durante un minuto entero. Sobre un lecho de troncos a medio metro del suelo yacía un guerrero muerto con toda la parafernalia, su escudo de piel

de bisonte sobre los muslos; su pipa de tabaco, adornada con plumas de águila, cruzada sobre el brazo derecho y su bolsa de medicina en el pecho encima del corazón. A la cabecera del lecho, arrodillada, había una mujer en lo que parecía actitud de rezar. Sam supo que era la esposa de aquel hombre. Tras estudiar cuidadosamente su posición, supuso que se había arrodillado allí y había muerto por congelación. Entendió que el hombre era Cuernos de Uapití y supuso que se había suicidado porque su pueblo lo había desterrado. Sam se sintió profundamente conmovido por la escena. No quería tocar nada de lo que había allí, pero dado que tenía que saber si aquel hombre era el jefe apartó su pesada cabellera negra hasta que pudo ver parte del cráneo. ¡Qué hermosa devoción en una esposa! ¡Qué poema, qué sinfonía componía aquella imagen que tenía ante él! El jefe había sido su mortal enemigo pero debía de haber tenido destacadas virtudes para haberse ganado un amor como aquel de una mujer. Delicadamente volvió a poner el pelo sobre el cráneo y la cara. El olor a descomposición humana le había dado náuseas; poniéndose a cuatro patas y sosteniendo su rifle, se arrastró bajo la tienda y miró a su alrededor antes de ponerse en pie.

Pensó que sería mejor que se pusiera en marcha. Mientras cabalgaba se le ocurrió que él y los tramperos habían vengado no sólo su propia humillación sino también la masacre de la familia de Kate, si es que podía decirse, en la tierra o en el cielo, que una afrenta tan monstruosa podía vengarse. Si Lotus hubiese vivido, ¿lo habría amado con tal santidad que hubiese cubierto la deshonra de Sam con su propio pelo, se habría arrodillado junto a él y habría muerto por el espantoso frío? Todos los tramperos estaban impresionados por la lealtad de las mujeres piel roja a sus maridos. Eran gatas salvajes en sus arranques celosos y a menudo mataban, cuando podían, al esposo adúltero; pero aceptaban latigazos y brutalidades que empujarían a la puerta a una mujer blanca. Cubriendo la indescriptible vergüenza de una cabeza sin cabellera, morirían congeladas por el hombre al que amaban.

Tras cruzar el Musselshell, Sam vio que el invierno no había tenido prisa en marcharse. Era junio, pero en el lado norte de cada colina había un banco de nieve moldeado según el contorno de la colina y veteado por el polvo del viento. Todavía no había florecido ninguna flor del río; se preguntó si las de Kate lo habrían hecho. Llevaba con él veinte clases distintas de semillas de flores silvestres; suficientes, esperaba, para sembrar media hectárea de pradera. Puede que Kate no las usara pero se alegraría de tenerlas: cuando una mujer construye su nido, igual que un ave, es más feliz cuando tiene materiales de sobra. Excepto por los sauces y los arbustos, la vida vegetal todavía no se había puesto su traje primaveral; y las hierbas de río apenas estaban saliendo de la tierra. Por todas partes había señales de que los vientos canadienses habían estado allí. Los chopos destrozados por el hielo aparecían con sus vientres abiertos; y los álamos habían sido partidos por los vientos o arrancados de la tierra.

Cuando llegó a la colina donde siempre se había detenido para mirar la cabaña y

el jardín gritó: «¡Dios mío!», y parte de él murió. Lo vio al instante y lo supo todo. Vio el segundo túmulo de piedras, cerca del que él había construido, y supo que Kate estaba muerta. El dolor que lo ahogaba y lo cegaba no podría haber sido más intenso si hubiese estado ante la tumba de su madre. El cielo se había oscurecido, la tierra había adquirido un silencio más profundo. Ahora era todo desolación; no había flores, sólo una vieja cabaña con parte de su tejado caído, y dos pilas de piedras.

Desmontando, soltó las riendas y, con el rifle en la mano, se acercó a pie.

Las salvias seguían vivas y las miró durante unos instantes. Luego miró al segundo túmulo, observando cómo habían colocado las piedras, porque su primer pensamiento fue que un trampero había pasado por allí y se había encontrado a Kate congelada. Pero sabía que no era eso. Algo le había llamado la atención y rodeó ambos túmulos mirando las salvias, la mayoría de las cuales habían sido pisoteadas y estaban rotas, y se dirigió hacia la cabaña para mirar dentro. El montón de ropa de cama sucia seguía junto a la puerta. Junto a la pared norte, con tierra caída del tejado encima, estaban los utensilios y la comida. Pasando por encima de las mantas, se acercó y se arrodilló para examinar. Encontró un viejo cuchillo pero no el hacha. Bajo las mantas estaba el rifle.

Sam salió y miró hacia el sur. Allí había pasado algo que no comprendía. Tras dar dos vueltas alrededor de la cabaña se arrodilló para examinar las huellas de hombres y caballos. Avanzó cincuenta metros hacia el este. Giró al norte y regresó por el sur, y en la cima de una colina encontró la increíble prueba que había pensado que quizá encontraría. Supo entonces que una partida de indios había estado allí y que eran Crows. Aquello le parecía tan completamente fuera de lo probable y lo posible que examinó todas las señales una y otra vez; miró fijamente el túmulo, medio esperando que no estuviese allí; y miró en ambos sentidos en el río y a su alrededor. Sabía que era cierto pero no podía creérselo, no de repente; una partida de Crows había llegado allí y había encontrado a Kate entre sus mantas, muerta, con parte del tejado caído sobre ella; y habían juntado piedras y habían construido una casa para protegerla; ¡y no se habían llevado ninguna de sus herramientas, sus mantas, su comida, ni siquiera su rifle! ¿Cómo podía alguien creerse eso?

Para estar completamente seguro, buscó por la zona donde habían atado sus caballos; examinó las huellas de hombres y animales; estudió de arriba abajo cómo estaban colocadas las piedras del túmulo; encontró su campamento e inspeccionó las cenizas de su hoguera; y luego siguió durante tres kilómetros el rastro que habían tomado hacia el este, por encima de las colinas. Las conclusiones lo abrumaron de tal modo que tras dos horas de buscar y estudiar sólo pudo sentarse, mirar y maravillarse. Así había sido: habían llegado desde el sureste, quizá en busca de Pies Negros; y en la primera colina desde la que podían ver la cabaña se habían quedado allí, mirando y escuchando. Habían atado tres de siete u ocho caballos a un cedro y en fila se habían acercado a la choza. Cuando estaban a cien metros pudieron ver que la mayoría del tejado se había derrumbado y que no había ni flores ni mujer ni vida.

Entonces habían avanzado y dos de ellos se habían acercado a la puerta siguiendo la pared norte. La habían encontrado en la cama. Hombre de anciana sus hijos sus fantasmas allí, en las noches más negras están, en la salvia están llorando...

Sentado junto a las mantas, con la palma izquierda descansando sobre ellas, Sam se fumó tres pipas. Intentaba creer que más allá de la pálida bruma había una pequeña tienda llena del olor a muerte donde una esposa se inclinaba ante su hombre, con su melena cubriendo su deshonra; y que aquí otra esposa había vivido durante años, sola, junto a las tumbas de sus hijos. Ningún hombre había recibido un amor tan extraordinario, pero la madre sentía un amor aún más extraordinario. ¿Dónde estaba su Biblia? Un día sabría que los indios la habían metido en el túmulo con ella. ¿Dónde estaba su hacha? Nunca lo sabría. ¿Por qué habían hecho aquello los Crows? Se trataba de un acto de tan misericordiosa compasión y piedad; o, si no era aquello, de expiación, que provocó en él un sentimiento de humildad.

¡Así que aquel era el motivo de que no hubiese visto a ningún Crow desde la posta!

Tras la tercera pipa Sam dio palmadas en las mantas como si fuesen Kate y cerró los ojos sintiéndose solo y apenado. Luego se dirigió a los túmulos. Sobre un saliente de piedra a la altura del hombro, descansó la cabeza sobre las manos y trató de decir una oración por Kate, o un adiós, o algo. Las oraciones nunca habían sido parte de él y no sabía cómo despedirse. El comienzo de luz del último movimiento de la Quinta, aquello quizá fuese una plegaria, de las suyas. No importaba, hacía tiempo que los Crows habían dicho la única oración para ella que merecía la pena decirse:

Hombre de anciana sus hijos sus fantasmas allí, en las noches más negras están, en la salvia están llorando...

Pero ya no lloraban. Nunca más.

De vez en cuando, se dijo, con la cabeza inclinada y cayéndosele las lágrimas, pasaría por allí, para llevar flores y tocar una piedra. Su esposa y su hijo estarían allí, y también Kate y sus hijos. Ya no habría salvias de color verde oliva, ni caléndulas ni campanillas ni galias; no habría una mujercita gris harapienta subiendo cubos de agua por una colina el día entero. Ahora sólo quedaría su recuerdo y su historia; y tras una generación o dos no quedaría ni siquiera aquello. Pero mientras cualquier trampero siguiese viviendo allí, se oirían las pisadas de amigos pasando por el camino y unos ojos mirarían el lugar donde había vivido la loca...

Mientras, él tenía un trabajo que hacer. Dejando todo allí tal como lo había encontrado, para que el tiempo y Dios hiciesen según su infinita paciencia, montó en su caballo, tiró con fuerza de las riendas y se puso en marcha hacia el sureste, directo hacia el Belle Fourche y al anciano jefe de los Crows.

Después de haber cruzado el Yellowstone continuó atravesando territorio Crow sin su habitual precaución. Disparó a ciervos y por las noches encendía una hoguera y asaba filetes. Se sentó a la luz de las llamas y fumó su pipa. Aunque cruzó rastros recientes no vio un solo piel roja.

Decidió tomar al jefe por sorpresa, así que se deslizó entre los centinelas y los perros que dormían justo antes del amanecer. Reconoció la tienda del jefe por el tamaño y el lugar donde estaba. En la entrada retiró el faldón y colocó el oído ante la apertura. Le habían dicho que el viejo jefe roncaba como toda la tripulación de un barco y después de escuchar unos instantes supuso que había dado con la tienda correcta. Mirando a su alrededor, se deslizó dentro y se puso en pie en la oscuridad. Entonces apartó aún más el faldón de la tienda, exponiendo el interior a la luz del día. Dado que el jefe era anciano, mientras dormía hacía los ruidos de ansiedad y tristeza que a veces hacen los mayores; y durante un momento Sam permaneció ante él mirándolo a la cara y escuchando. Luego, llenándose los pulmones de aire, lanzó el grito de guerra del trampero. Al instante el jefe se incorporó como un relámpago y aunque amodorrado por el sueño y atontado por el susto, buscó ciegamente sus armas. Sam se había colocado de modo que el anciano pudiese verle la cara y reconocerle; llevaba un dedo dentro de la guarda de su revólver y el rifle en la otra mano. Lo primero que supo el jefe es que lo tenía bien cubierto; lo segundo que la persona que tenía delante era el temible asesino de su gente; y lo tercero era que el asesino le ofrecía la mano y le hablaba.

—Me pareció que tenía que visitarte —estaba diciendo Sam—. Es de día. ¿Qué tal si desayunamos?

El anciano se levantó lentamente y se quedó en pie, delante de Sam, su mirada explorando el rostro del trampero. Al fin miró abajo, a la mano extendida. «Hora de que nos demos la mano», dijo Sam, y cogió la vieja mano y la sostuvo. «He pensado que quizá haya demasiada muerte en el mundo». Fuera, la aldea estaba agitada, los perros aullaban, las madres les gritaban a los hijos y los bravos corrían hacia sus caballos. Sam apoyó el rifle contra su vientre, le soltó la mano y sacando su cuchillo, se lo ofreció al jefe con el mango por delante. Cuando el anciano se negó a aceptarlo, Sam dejó su rifle en el suelo, se quitó el cinturón con el revólver y lo tiró, y con mano experta lanzó el cuchillo de modo que la mitad de la hoja se quedó clavada en la tierra entre sus pies y los del jefe. Volvió a ofrecerle la mano, diciendo: «Es hora de ser amigos».

El viejo guerrero, uno de los mayores que habían existido en la nación, dio un paso adelante, y deteniéndose por encima del cuchillo, miró a Sam a los ojos. Los

ojos negros miraron a los grises, los grises a los negros, durante quizá medio minuto. Entonces la mano roja se alzó para encontrarse con la mano blanca. Acercándose a la puerta de la tienda, el jefe llamó y una mujer acudió corriendo; la mandó a por la pipa y el tabaco. Con palabras y signos le preguntó a Sam dónde estaban sus caballos y mandó a un guerrero a buscarlos. La mayoría de los bravos habían salido corriendo a la luz del amanecer en busca de sus caballos y regresaban ahora, mirando la tienda del jefe reunidos en grupos. Se había corrido la voz de que el Terror estaba allí para fumar la pipa de la paz. Como ocurre entre todos los pueblos apasionados e impetuosos, había jóvenes impulsivos que querían seguir con la venganza y soñaban con colgar una cabellera del poste de medicina, por encima de las otras cabelleras que había allí. Cuando era completamente de día, Sam y el jefe, sentados en los lugares de honor del centro de la aldea, fumaron la pipa mientras Sam examinaba los rostros hostiles a su alrededor. Estando en territorio Crow nunca se atrevería a olvidar el pasado, porque hasta el final de sus días uno de los vengadores podría acecharlo.

Mientras los dos hombres hablaban y se preparaba el desayuno en las hogueras, el jefe miró a Sam con ojos que habían visto casi noventa inviernos y dijo «Dua-wici?» Sam pensó en Charley y Cy y trató de recordar qué significaban aquellas palabras. El jefe le preguntó con signos si tenía una esposa. Sam sacudió la cabeza, negando.

El jefe hizo una señal. Una ancianita, tullida por la artritis y la edad, cojeó hasta él y se inclinó para escuchar con oídos medio muertos; luego salió apresurada y regresó medio arrastrando cogida de las manos a una asustada muchacha. Miraba a Sam como una niña, pero era delgada y adorable y le recordaba un poco a Lotus. Esta, explicó el jefe, era su hija pequeña y no estaba en venta. Se la daría a Sam como garantía de la amistad y la paz que a partir de entonces existiría entre Garras Largas y los Sparrowhawks. A Sam le emocionó el ofrecimiento. Sabía que era una oferta de buena voluntad y extraordinario valor, ¡entregarle al asesino de su pueblo la única hija soltera del jefe! Era casi como si George Washington le hubiese ofrecido a su hija a Cornwallis en Yorktown.

Sam tardó unos instantes en sentir la magnanimidad del ofrecimiento. Se puso en pie y le dijo a la muchacha que se acercase a él. Ella avanzó avergonzada, tímida y hostil, y se detuvo ante él, mirando al suelo. Encorvándose, Sam colocó su brazo izquierdo bajo el trasero de la chica y se puso en pie; y allí se quedó ella sentada sobre el brazo, sus negros ojos mirándolo. Alguien que leyese a las mujeres más acertadamente que Sam podría haber pensado que su mirada era una mezcla fascinada de odio y admiración; odio porque aquel era el monstruo; admiración porque su padre había dicho que como luchador Garras Largas no tenía parangón en toda la tierra. «¿Esposa para mí?», le preguntó, pero ella sólo se le quedó mirando. Era algo más pesada que Lotus, pensó, y un poco más alta. Le gustaba su femineidad sobre su brazo y la presión que ejercía en su hombro. Le gustaba la inteligencia de sus ojos. La posó pero no la soltó al instante; sosteniéndola por la espalda con el brazo izquierdo y la negra melena llegándole al hombro, miró a su alrededor a los

bravos y al humo de las hogueras del desayuno. No quería a la chica pero no quería ofender a su anfitrión. Ahora tendría que igualar la generosidad del jefe y le parecía que eso difícilmente lo conseguiría a menos que le diese todo cuanto tenía y se marchase. Pero entonces pensó en las alforjas rebosantes de cosas para Kate. ¡Eso era! El jefe creería que había comprado todas aquellas cosas para él y su pueblo. De modo que con palabras y signos le dijo que le había llevado regalos al gran jefe de los Sparrowhawks; y tomando a la muchacha de la mano, Sam se dirigió hacia sus mulos de carga. A la chica le dio, con una ligera inclinación, un rollo de tela de brillantes colores. No observó que ella se había quedado paralizada por la sorpresa y la alegría. Todo lo demás se lo dio al jefe, que casi se derritió de felicidad, porque creía que Garras Largas había comprado aquellas cosas para él en alguna posta.

Durante las horas que pasó con el jefe no se dijo una palabra sobre Kate Bowden. Pero el jefe sabía que Sam sabía lo que se había hecho, y Sam sabía que él lo sabía. El indio varón era en realidad un alma sentimental, pero desde la infancia le esperaba un modo de vida en el que debía ser valeroso, atrevido, implacable y conquistador. El jefe quería saber si los rostros pálidos que llegaban del sol naciente iban a seguir llegando hasta que llenasen toda la tierra y expulsaran al pueblo indio. Sam le dijo que lucharía por sus hermanos pieles rojas antes de tolerar que les robasen sus tierras ancestrales. Aquello complació al jefe, y se fumaron otra pipa. Sam le había dado dos kilos de tabaco y a los jóvenes guerreros que lo rodeaban les prometió tabaco y ron. El jefe dijo que ahora eran todos amigos. Su pueblo había tenido suficientes problemas luchando contra los Pies Negros y los Cheyennes; sólo quería paz con los tramperos.

Mientras Sam desayunaba con el jefe, la hija se mantuvo atrás, estudiando al hombre blanco con sus ojos negros. Quizá estuviese intentando imaginarse cómo sería la vida para ella siendo su esposa. Las mujeres Crow estaban poco consideradas, pero parecían bastante satisfechas con su suerte y fanfarroneaban con mayor ahínco sobre sus amos y señores que cualquier otra mujer que Sam hubiese conocido. Aquella chica, supuso, estaba pensando en que recogería la leña, encendería las hogueras, cocinaría, curtiría pieles, cosería y arreglaría la ropa, buscaría forraje para los caballos y bayas y raíces para su hombre mientras él, con su ropa de cuero con flecos y cuentas, se alejaba cabalgando arrogantemente para ir a matar a un enemigo o a un bisonte. Por lo que Sam sabía, ninguna muchacha india había preferido a un hombre blanco antes que a un piel roja. No sabía si alguna vez volvería para llevársela o si alguna vez querría tener otra esposa. Si podía estar en paz con todas las tribus que lo rodeaban, tendría la vida que quería; el mundo entero de valles, ríos y montañas, de olores naturales y música natural, donde los casis, los cerezos y los ciruelos inclinaban sus ramas hacia él y bebía agua pura y su lecho era la tierra. Si no lo mataba hombre o animal, algún día sería anciano, y como el viejo bisonte se marcharía a algún sitio para estar solo y esperar la muerte.

Pero tenía ante él, esperaba, veinte o treinta años de vida completa y millones de

kilómetros cuadrados en los que vivirla; filetes calientes y gargantas de pájaros que le cantaban; y mañanas tan frescas como el primer lirio de montaña, y noches tan llenas de paz como la tierra que había bajo ellos. Girándose sobre una colina, volvió la mirada hacia los mil Sparrowhawks que lo observaban y les hizo una señal que decía que algún día volvería; y entonces galopó hacia el suroeste, hacia una brillante puesta de sol de Rubens. Quizá bajaría a ver a Jim Bridger, que estaba teniendo problemas con Brigham Young y sus mormones.

Cuando unos días más tarde se acercó al Camino de Oregón se detuvo, como otras veces, y miró la escena que tenía delante. Allí estaban, cientos o miles de ellos, que llegaban hasta donde las nubes de polvo le permitían ver; una gran fila gris de bestias chillonas, ejes chirriantes y lechos de carromato que crujían, a los que no les quedaba ni una gota de humedad. Allí estaban, avanzando y avanzando como ejércitos de hormigas rojas; y detrás de ellos habría otros miles, de camino o preparándose; y en el futuro los hijos de sus hijos se apelotonarían por aquella magnífica tierra, persiguiendo hasta la muerte al último uapití y el último ciervo, disparando a los últimos pájaros cantores, pisoteando el último arbusto de bayas; allí y por todas partes vivirían en sus casas, hoteles, salones y alcantarillas, en sus ciudades con aspecto de gigantescos nidos de urracas o cuervos; allí y por todas partes, proliferando, juntándose y dejándolo todo sucio y apestoso, gente chocando y tropezando para apartarse del paso de los demás. Todas las tribus indias se estaban inquietando cada vez más según aparecían las hordas y dentro de poco sin duda habría una guerra sangrienta entre los pieles rojas y los blancos. Durante la hora que estuvo contemplando aquella caravana serpenteante y llena de polvo de seis kilómetros de larga, se dio cuenta de que su modo de vida dejaría de existir algún día. Durante un tiempo breve quedarían retazos arriba, en Canadá, pero allí todo sería como había dicho Jim Bridger que sería, arracimadas masas humanas con los efluvios de sus olores corporales, y los hedores de la ciudad, y los miasmas de las máquinas elevándose hacia el cielo y tapando el azul. Sam no sabía si el Creador lo había planeado así o si sólo era la ciega manera del ciego. Recordó lo que un músico había escrito tras escuchar la obertura de Don Giovanni: que el terror se había apoderado de él mientras las escalas ascendentes y descendentes se desarrollaban tan carentes de respuesta como el destino y tan inexorables como la muerte. Sam supuso que ahora no iría a la posta de Jim sino que volvería con las alas de los pájaros y los alegres correccaminos y azulejos que derramaban versos salidos de la pura belleza azul de sus almas. Volvería a las mañanas de Breughel y a las noches de Rubens, y se acercaría a ver qué estaba haciendo Bill y qué hacía Hank; y encontraría un puñado de flores silvestres y las depositaría suavemente sobre los huesos de dos madres y un hijo.

Y así, tras una larga mirada a los emigrantes, se giró y se dirigió al norte, de vuelta a los valles y las montañas.



VARDIS FISHER (1895-1968) nació en Annis, un pueblo del montañoso estado de Idaho (USA), estudió Filosofía y ejerció como profesor de inglés, funcionario durante la Gran Depresión y columnista del *Idaho Statesman*. Gran amante de su tierra natal, Fisher escribió novelas sobre los primeros colonos del Oeste —como *Dark Bridwell* (1931) o *The novel April: A Fable of Love* (1937)—, una tetralogía autobiográfica —*Vridar Hunter* (1932-36)— y *Testament of Man* (1943-1960), un ambicioso proyecto en doce volúmenes sobre la historia de la Humanidad.

Notas

[1] *The Life and Adventures of James P. Beckwourth: Mountaineer, Scout and Pioneer, and Chief of the Crow Nation of Indians.* (N. del T.) <<

[2] *Pemmican* es una palabra de origen Cree que describe una comida india compuesta de carne curada con bayas o ciruelas secas y mezclada con grasa fundida que se conservaba en una masa que se podía comer sin preparar o, añadiéndole agua, en forma de sopa calentada al fuego. (N. del T.) <<

[3] *Kinnikinic*, o *kinnikinnick*, era un preparado que algunas tribus de nativos americanos fumaban en sus célebres pipas de la paz. Se elaboraba con la corteza interior y las hojas del sauce, el cornejo y otros árboles y arbusto comunes. (N. del T.)

<<